

DOS LIBROS
COMPLEMENTARIOS
Y NECESARIOS

Fernando Savater

Ética para Amador

TRADUCIDO A 20 LENGUAS
MÁS DE DOS MILLONES DE COPIAS
VENDIDAS

Ética de

URGENCIA

Ariel

Índice

Portada

Ética para Amador

Dedicatoria

Cita

Aviso antipedagógico

Prólogo

I. De qué va la ética

II. Órdenes, costumbres y caprichos

III. Haz lo que quieras

IV. Date la buena vida

V. ¡Despierta, baby!

VI. Aparece Pepito Grillo

VII. Ponte en su lugar

VIII. Tanto gusto

IX. Elecciones generales

Epílogo. Tendrás que pensártelo

Apéndice. Diez años después: ante el nuevo milenio

Apéndice. Veinte años después

Ética de urgencia

Presentación

Veinte años de Ética para Amador

Primera parte: El mundo que viene

Razones para la ética

Internet y realidad

La educación

Internet y derechos

La intimidad

Sobre la verdad

Ciencia y robótica

Segunda parte: Cuestiones imperecederas

¿Qué es un problema de filosofía?

La felicidad

La libertad y la autenticidad

Sobre la belleza

Religión, Dios y muerte

Los derechos animales

Tercera parte: Pensar lo público

Democracia y participación

Justicia e igualdad

Terrorismo y violencia

Sobre la crisis

Capitalismo y Tercer Mundo

Créditos

Ariel

ÉTICA PARA AMADOR

FERNANDO SAVATER

*A Sara,
por su amorosa impaciencia
con Amador y conmigo*

«Escucha, hijo mío, dijo el demonio poniendo su mano sobre mi cabeza...»

EDGAR ALLAN POE, «Silencio»

Aviso antipedagógico

Este libro *no* es un manual de ética para alumnos de bachillerato. No contiene información sobre los más destacados autores y más importantes movimientos de la teoría moral a lo largo de la historia. No he intentado poner el imperativo categórico al alcance de todos los públicos...

Tampoco se trata de un recetario de respuestas moralizantes a los problemas cotidianos que puede uno encontrarse en el periódico y en la calle, del aborto a la objeción de conciencia, pasando por el preservativo. No creo que la ética sirva para zanjar ningún debate, aunque su oficio sea colaborar a iniciarlos todos...

¿Tiene que hablarse de ética en la enseñanza media? Desde luego, me parece nefasto que haya una asignatura así denominada que se presente como alternativa a la hora de adoctrinamiento religioso. La pobre ética no ha venido al mundo para dedicarse a apuntalar ni a sustituir catecismos... por lo menos, no debiera hacerlo a estas alturas del siglo XX. Pero no estoy nada seguro de que deban evitarse unas primeras consideraciones generales sobre el sentido de la libertad ni que basten a este respecto unas cuantas consideraciones deontológicas incrustadas en cada una de las restantes disciplinas. La reflexión moral no es solamente un asunto especializado más para quienes deseen cursar estudios superiores de filosofía sino parte *esencial* de cualquier educación digna de ese nombre.

Este libro no es más que eso, sólo un libro. Personal y subjetivo, como la relación que une a un padre con su hijo; pero por eso mismo universal como la relación entre padre e hijo, la más común de todas. Ha sido pensado y escrito para que puedan leerlo los adolescentes: probablemente enseñará muy pocas cosas a sus maestros. Su objetivo no es fabricar ciudadanos bienpensantes (ni mucho menos malpensados) sino estimular el desarrollo de *librepensadores*.

Madrid, 26 de enero de 1991

Prólogo

A veces, Amador, tengo ganas de contarte muchas cosas. Me las aguanto, estate tranquilo, porque bastantes rollos debo pegarte ya en mi oficio de padre como para añadir otros suplementarios disfrazado de filósofo. Comprendo que la paciencia de los hijos también tiene un límite. Además, no quiero que me pase lo que a un amigo mío gallego que cierto día contemplaba pacíficamente el mar con su chaval de cinco años. El mocoso le dijo, en tono soñador: «Papi, me gustaría que saliéramos mamá, tú y yo a dar un paseo en una barquita, por el mar.» A mi sentimental amigo se le hizo un nudo en la garganta, justo encima del de la corbata: «¡Desde luego, hijo mío, vamos cuando quieras!» «Y cuando estemos muy adentro –siguió fantaseando la tierna criatura– os tiraré a los dos al agua para que os ahoguéis.» Del corazón partido del padre brotó un berrido de dolor: «¡Pero, hijo mío...!» «Claro, papi. ¿Es que no sabes que los papás nos dais mucho la lata?» Fin de la lección primera.

Si hasta un crío de cinco años puede darse cuenta de eso, me figuro que un gamberro de más de quince como tú lo tendrá ya requetesabido. De modo que no es mi intención proporcionarte más motivos para el parricidio de los ya usuales en familias bien avenidas. Por otro lado, siempre me han parecido fastidiosos esos padres empeñados en ser «el mejor amigo de sus hijos». Los chicos debéis tener amigos de vuestra edad: amigos y amigas, claro. Con padres, profesores y demás adultos es posible en el mejor de los casos llevarse razonablemente bien, lo cual es ya bastante. Pero llevarse razonablemente bien con un adulto incluye, a veces, tener ganas de ahogarle. De otro modo no vale. Si yo tuviera quince años, lo que ya no es probable que vuelva a pasarme, desconfiaría de todos los mayores demasiado «simpáticos», de todos los que parece como si quisieran ser más jóvenes que yo y de todos los que me diesen por sistema la razón. Ya sabes, los que siempre están con que «los jóvenes sois cojonudos», «me siento tan joven como vosotros» y chorradas por el estilo. ¡Ojo con ellos! Algo querrán con tanta zalamería. Un padre o un profesor como es debido tienen que ser algo cargantes o no sirven para nada. Para joven ya estás tú.

De modo que se me ha ocurrido escribirte algunas de esas cosas que a ratos quise contarte y no supe o no me atreví. A un padre soltando el rollo filosófico hay que estarle mirando a la jeta, mientras se pone cara de cierto interés y se sueña con el liberador momento de correr a ver la tele. Pero un libro lo puedes leer cuando quieras, a ratos perdidos y sin necesidad de dar ninguna muestra de respeto: al pasar las páginas bostezas o te ríes si te apetece, con toda libertad. Como la mayor parte de lo que voy a decirte tiene mucho que ver precisamente con la libertad, es más propio para ser leído que para

ser escuchado en sermón. Eso sí, tendrás que prestarme un poco de *atención* (aproximadamente la mitad de la que dedicas a aprender un nuevo juego de ordenador) y tener algo de *paciencia*, sobre todo en los primeros capítulos. Aunque comprendo que es poner las cosas bastante más difíciles, no he querido ahorrarte el esfuerzo de pensar *paso a paso* ni tratarte como si fueses idiota. Soy de la opinión, que no sé si compartirás, de que cuando se trata a alguien como si fuese idiota es muy probable que si no lo es llegue pronto a serlo...

¿De qué me propongo hablarte? De mi vida y de la tuya, nada más ni nada menos. O si prefieres: de lo que yo hago y de lo que tú estás empezando a hacer. En cuanto a lo primero, a lo que hago, quisiera contestarte por fin a una pregunta que me planteaste a bocajarro hace muchos años –ya ni te acordarás– y que en su día quedó sin respuesta. Debías tener unos seis años y pasábamos el verano en Torrelodones. Esa tarde, como las otras, yo estaba tecleando con desgana en mi Olivetti portátil, encerrado en mi cuarto, ante una foto de la cola de una gran ballena, erguida y chorreante sobre el mar azul. Os oía jugar a ti y a tus primos en la piscina; os veía correr por el jardín. Perdona la cursilada confidencial: me sentía pringoso de sudor y de felicidad. De pronto te llegaste hasta la ventana abierta y me dijiste: «Hola. ¿Qué estás *maquinando*?» Contesté cualquier bobada porque no era el caso de empezar a explicarte que intentaba escribir un libro de *ética*. Ni a ti te interesaba lo que pudiera ser la ética ni estabas dispuesto a prestarme atención durante mucho más de tres minutos. Quizá sólo querías que supiese que estabas ahí: ¡como si yo pudiera olvidarlo alguna vez, entonces o ahora! Pero ya te llamaban los otros y te fuiste corriendo. Yo seguí *maquinando* dale que te pego y es ahora, casi diez años más tarde, cuando me decido por fin a darte explicaciones sobre esa cosa rara, la ética, de la que me sigo ocupando.

Un par de años más tarde y también en nuestro miniparaíso de Torrelodones, me contaste un sueño que habías tenido. ¿A que tampoco te acuerdas? Estabas en un campo muy oscuro, como de noche, y soplaban un viento terrible. Te agarrabas a los árboles, a las piedras, pero el huracán te arrastraba sin remedio, igual que a la niña de *El mago de Oz*. Cuando ibas zarandeado por el aire, hacia lo desconocido, oíste mi voz («yo no te veía, pero sabía que eras tú»), precisaste) diciendo: «¡Ten confianza! ¡Ten confianza!» No sabes el regalo que me hiciste contándome esa rara pesadilla: ni en mil años que viva podría pagarte el orgullo de aquella tarde en que supe que mi voz podía darte ánimos. Pues bueno, todo lo que voy a decirte en las páginas siguientes no son más que repeticiones de ese único consejo una y otra vez: ten confianza. No en mí, claro, ni en ningún sabio aunque sea de los de verdad, ni en alcaldes, curas ni policías. No en dioses ni diablos, ni en máquinas, ni en banderas. Ten confianza *en ti mismo*. En la inteligencia que te permitirá ser mejor de lo que ya eres y en el instinto de tu amor, que te abrirá a merecer la buena compañía. Ya ves que esto no es una novela de misterio, de esas que hay que leer hasta la última página para saber quién es el criminal. Tengo tanta prisa que empiezo por descubrirte en el prólogo la última lección.

Quizá sospeches que estoy tratando de comerte el coco y en cierto sentido no vas desencaminado. Verás, muchos pueblos antropófagos abren –o abrían– el cráneo de sus enemigos para comer parte de su cerebro, en un intento de apropiarse así de su sabiduría, de sus mitos y de su coraje. En este libro te estoy dando a comer algo de mi propio coco y también aprovecho para comerte un poco el tuyo. No sé si sacarás mucha pitanza de mis sesos: quizá sólo unos bocados de la experiencia de un príncipe que no todo lo aprendió en los libros. Por mi parte, quiero apropiarme a mordiscos de una buena porción del tesoro que te sobra: juventud intacta. Que nos aproveche a ambos.

De qué va la ética

Hay ciencias que se estudian por simple interés de saber cosas nuevas; otras, para aprender una destreza que permita hacer o utilizar algo; la mayoría, para obtener un puesto de trabajo y ganarse con él la vida. Si no sentimos curiosidad ni necesidad de realizar tales estudios, podemos prescindir tranquilamente de ellos. Abundan los conocimientos muy interesantes pero sin los cuales uno se las arregla bastante bien para vivir: yo, por ejemplo, lamento no tener ni idea de astrofísica ni de ebanistería, que a otros les darán tantas satisfacciones, aunque tal ignorancia no me ha impedido ir tirando hasta la fecha. Y tú, si no me equivoco, conoces las reglas del fútbol pero estás bastante pez en béisbol. No tiene mayor importancia, disfrutas con los mundiales, pasas olímpicamente de la liga americana y todos tan contentos.

Lo que quiero decir es que ciertas cosas uno puede aprenderlas o no, a voluntad. Como nadie es capaz de saberlo todo, no hay más remedio que elegir y aceptar con humildad lo mucho que ignoramos. Se puede vivir sin saber astrofísica, ni ebanistería, ni fútbol, incluso sin saber leer ni escribir: se vive peor, si quieres, pero se vive. Ahora bien, otras cosas hay que saberlas porque en ello, como suele decirse, *nos va la vida*. Es preciso estar enterado, por ejemplo, de que saltar desde el balcón de un sexto piso no es cosa buena para la salud; o de que una dieta de clavos (¡con perdón de los fakires!) y ácido prúsico no permite llegar a viejo. Tampoco es aconsejable ignorar que si uno cada vez que se cruza con el vecino le atiza un mamporro las consecuencias serán antes o después muy desagradables. Pequeñeces así son importantes. Se puede vivir de muchos modos pero hay modos que no dejan vivir.

En una palabra, entre todos los saberes posibles existe al menos uno imprescindible: el de que ciertas cosas nos *convienen* y otras no. No nos convienen ciertos alimentos ni nos convienen ciertos comportamientos ni ciertas actitudes. Me refiero, claro está, a que no nos convienen si queremos seguir viviendo. Si lo que uno quiere es reventar cuanto antes, beber lejía puede ser muy adecuado o también procurar rodearse del mayor número de enemigos posibles. Pero de momento vamos a suponer que lo que preferimos es vivir: los respetables gustos del suicida los dejaremos por ahora de lado. De modo que ciertas cosas nos convienen y a lo que nos conviene solemos llamarlo «bueno» porque nos sienta *bien*; otras, en cambio, nos sientan pero que muy *mal* y a todo eso lo

llamamos «malo». Saber lo que nos conviene, es decir: distinguir entre lo bueno y lo malo, es un conocimiento que todos intentamos adquirir –todos sin excepción– por la cuenta que nos trae.

Como he señalado antes, hay cosas buenas y malas para la salud: es necesario saber lo que debemos comer, o que el fuego a veces calienta y otras quema, así como el agua puede quitar la sed pero también ahogarnos. Sin embargo, a veces las cosas no son tan sencillas: ciertas drogas, por ejemplo, aumentan nuestro brío o producen sensaciones agradables, pero su abuso continuado puede ser nocivo. *En unos aspectos* son buenas, pero en otros malas: nos convienen y a la vez no nos convienen. En el terreno de las relaciones humanas, estas ambigüedades se dan con aún mayor frecuencia. La mentira es algo en general malo, porque destruye la confianza en la palabra –y todos necesitamos hablar para vivir en sociedad– y enemista a las personas; pero a veces parece que puede ser útil o beneficioso mentir para obtener alguna ventajilla. O incluso para hacerle un favor a alguien. Por ejemplo: ¿es mejor decirle al enfermo de cáncer incurable la verdad sobre su estado o se le debe engañar para que pase sin angustia sus últimas horas? La mentira no nos conviene, es mala, pero a veces parece resultar buena. Buscar gresca con los demás ya hemos dicho que es por lo común inconveniente, pero ¿debemos consentir que violen delante de nosotros a una chica sin intervenir, por aquello de no meternos en líos? Por otra parte, al que siempre dice la verdad –caiga quien caiga– suele cogerle manía todo el mundo; y quien interviene en plan Indiana Jones para salvar a la chica agredida es más probable que se vea con la crisma rota que quien se va silbando a su casa. Lo malo parece a veces resultar más o menos bueno y lo bueno tiene en ocasiones apariencias de malo. Vaya jaleo.

Lo de saber vivir no resulta tan fácil porque hay diversos criterios *opuestos* respecto a qué debemos hacer. En matemáticas o geografía hay sabios e ignorantes, pero los sabios están casi siempre de acuerdo en lo fundamental. En lo de vivir, en cambio, las opiniones distan de ser unánimes. Si uno quiere llevar una vida emocionante, puede dedicarse a los coches de fórmula uno o al alpinismo; pero si se prefiere una vida segura y tranquila, será mejor buscar las aventuras en el videoclub de la esquina. Algunos aseguran que lo más noble es vivir para los demás y otros señalan que lo más útil es lograr que los demás vivan para uno. Según ciertas opiniones lo que cuenta es ganar dinero y nada más, mientras que otros arguyen que el dinero sin salud, tiempo libre, afecto sincero o serenidad de ánimo no vale nada. Médicos respetables indican que renunciar al tabaco y al alcohol es un medio seguro de alargar la vida, a lo que responden fumadores y borrachos que con tales privaciones a ellos desde luego la vida se les haría mucho más larga. Etc.

En lo único que a primera vista todos estamos de acuerdo es en que no estamos de acuerdo con todos. Pero fíjate que también estas opiniones distintas coinciden en otro punto: a saber, que lo que vaya a ser nuestra vida es, al menos *en parte*, resultado de lo que quiera cada cual. Si nuestra vida fuera algo completamente determinado y fatal,

irremediable, todas estas disquisiciones carecerían del más mínimo sentido. Nadie discute si las piedras deben caer hacia arriba o hacia abajo: caen hacia abajo y punto. Los castores hacen presas en los arroyos y las abejas panales de celdillas exagonales: no hay castores a los que tiene hacer celdillas de panal, ni abejas que se dediquen a la ingeniería hidráulica. En su medio natural, cada animal parece saber perfectamente lo que es bueno y lo que es malo para él, sin discusiones ni dudas. No hay animales *malos* ni *buenos* en la naturaleza, aunque quizá la mosca considere *mala* a la araña que tiende su trampa y se la come. Pero es que la araña no lo puede remediar...

Voy a contarte un caso dramático. Ya conoces a las termitas, esas hormigas blancas que en África levantan impresionantes hormigueros de varios metros de alto y duros como la piedra. Dado que el cuerpo de las termitas es blando, por carecer de la coraza quitinosa que protege a otros insectos, el hormiguero les sirve de caparazón colectivo contra ciertas hormigas enemigas, mejor armadas que ellas. Pero a veces uno de esos hormigueros se derrumba, por culpa de una riada o de un elefante (a los elefantes les gusta rascarse los flancos contra los termiteros, qué le vamos a hacer). En seguida, las termitas-obrero se ponen a trabajar para reconstruir su dañada fortaleza, a toda prisa. Y las grandes hormigas enemigas se lanzan al asalto. Las termitas-soldado salen a defender a su tribu e intentan detener a las enemigas. Como ni por tamaño ni por armamento pueden competir con ellas, se cuelgan de las asaltantes intentando frenar todo lo posible su marcha, mientras las feroces mandíbulas de sus asaltantes las van despedazando. Las obreras trabajan con toda celeridad y se ocupan de cerrar otra vez el termitero derruido... pero lo cierran dejando *fuera* a las pobres y heroicas termitas-soldado, que sacrifican sus vidas por la seguridad de las demás. ¿No merecen acaso una medalla, por lo menos? ¿No es justo decir que son *valientes*?

Cambio de escenario, pero no de tema. En la *Iliada*, Homero cuenta la historia de Héctor, el mejor guerrero de Troya, que espera a pie firme fuera de las murallas de su ciudad a Aquiles, el enfurecido campeón de los aqueos, aun sabiendo que éste es más fuerte que él y que probablemente va a matarle. Lo hace por cumplir su deber, que consiste en defender a su familia y a sus conciudadanos del terrible asaltante. Nadie duda de que Héctor es un héroe, un auténtico valiente. Pero ¿es Héctor heroico y valiente del mismo modo que las termitas-soldado, cuya gesta millones de veces repetida ningún Homero se ha molestado en contar? ¿No hace Héctor, a fin de cuentas, lo mismo que cualquiera de las termitas anónimas? ¿Por qué nos parece su valor más auténtico y más *difícil* que el de los insectos? ¿Cuál es la diferencia entre un caso y otro?

Sencillamente, la diferencia estriba en que las termitas-soldado luchan y mueren porque *tienen* que hacerlo, sin poderlo remediar (como la araña que se come a la mosca). Héctor, en cambio, sale a enfrentarse con Aquiles porque *quiere*. Las termitas-soldado no pueden desertar, ni rebelarse, ni remolonear para que otras vayan en su lugar: están *programadas* necesariamente por la naturaleza para cumplir su heroica misión. El caso de Héctor es distinto. Podría decir que está enfermo o que no le da la gana

enfrentarse a alguien más fuerte que él. Quizá sus conciudadanos le llamasen cobarde y le tuviesen por un caradura o quizá le preguntasen qué otro plan se le ocurre para frenar a Aquiles, pero es indudable que tiene la posibilidad de negarse a ser héroe. Por mucha presión que los demás ejerzan sobre él, siempre podría escaparse de lo que se supone que debe hacer: no está *programado* para ser héroe, ningún hombre lo está. De ahí que tenga mérito su gesto y que Homero cuente su historia con épica emoción. A diferencia de las termitas, decimos que Héctor es *libre* y por eso admiramos su valor.

Y así llegamos a la palabra fundamental de todo este embrollo: *libertad*. Los animales (y no digamos ya los minerales o las plantas) no tienen más remedio que ser tal como son y hacer lo que están programados naturalmente para hacer. No se les puede reprochar que lo hagan ni aplaudirles por ello *porque no saben comportarse de otro modo*. Tal disposición obligatoria les ahorra sin duda muchos quebraderos de cabeza. En cierta medida, desde luego, los hombres también estamos programados por la naturaleza. Estamos hechos para beber agua, no lejía, y a pesar de todas nuestras precauciones debemos morir antes o después. Y de modo menos imperioso pero parecido, nuestro programa *cultural* es determinante: nuestro pensamiento viene condicionado por el lenguaje que le da forma (un lenguaje que se nos impone desde fuera y que no hemos inventado para nuestro uso personal) y somos educados en ciertas tradiciones, hábitos, formas de comportamiento, leyendas...; en una palabra, que se nos inculcan desde la cunita unas *fidelidades* y no otras. Todo ello pesa mucho y hace que seamos bastante previsibles. Por ejemplo, Héctor, ese del que acabamos de hablar. Su programación natural hacía que Héctor sintiese necesidad de protección, cobijo y colaboración, beneficios que mejor o peor encontraba en su ciudad de Troya. También era muy natural que considerara con afecto a su mujer Andrómaca –que le proporcionaba compañía placentera– y a su hijito, por el que sentía lazos de apego biológico. Culturalmente, se sentía parte de Troya y compartía con los troyanos la lengua, las costumbres y las tradiciones. Además, desde pequeño le habían educado para que fuese un buen guerrero al servicio de su ciudad y se le dijo que la cobardía era algo aborrecible, indigno de un hombre. Si traicionaba a los suyos, Héctor sabía que se vería despreciado y que le castigarían de uno u otro modo. De modo que también estaba bastante programado para actuar como lo hizo, ¿no? Y sin embargo...

Sin embargo, Héctor hubiese podido decir: ¡a la porra con todo! Podría haberse disfrazado de mujer para escapar por la noche de Troya, o haberse fingido enfermo o loco para no combatir, o haberse arrodillado ante Aquiles ofreciéndole sus servicios como guía para invadir Troya por su lado más débil; también podría haberse dedicado a la bebida o haber inventado una nueva religión que dijese que no hay que luchar contra los enemigos sino poner la otra mejilla cuando nos abofetean. Me dirás que todos estos comportamientos hubiesen sido bastante *raros*, dado quien era Héctor y la educación que había recibido. Pero tienes que reconocer que no son hipótesis *imposibles*, mientras que un castor que fabrique panales o una termita desertora no son algo raro sino

estrictamente imposible. Con los hombres nunca puede uno estar seguro del todo, mientras que con los animales o con otros seres naturales sí. Por mucha programación biológica o cultural que tengamos, los hombres siempre podemos optar finalmente por algo que no esté en el programa (al menos, que no esté *del todo*). Podemos decir «sí» o «no», quiero o no quiero. Por muy achuchados que nos veamos por las circunstancias, nunca tenemos *un solo* camino a seguir sino varios.

Cuando te hablo de *libertad* es a esto a lo que me refiero. A lo que nos diferencia de las termitas y de las mareas, de todo lo que se mueve de modo necesario e irremediable. Ciertamente que no podemos hacer *cualquier cosa que queramos*, pero también cierto que no estamos obligados a querer hacer una sola cosa. Y aquí conviene señalar dos aclaraciones respecto a la libertad:

Primera: No somos libres de elegir *lo que nos pasa* (haber nacido tal día, de tales padres y en tal país, padecer un cáncer o ser atropellados por un coche, ser guapos o feos, que los aqueos se empeñen en conquistar nuestra ciudad, etc.), sino libres para *responder a lo que nos pasa de tal o cual modo* (obedecer o rebelarnos, ser prudentes o temerarios, vengativos o resignados, vestirnos a la moda o disfrazarnos de oso de las cavernas, defender Troya o huir, etc.).

Segunda: Ser libres para *intentar* algo no tiene nada que ver con *lograrlo* indefectiblemente. No es lo mismo la libertad (que consiste en elegir dentro de lo posible) que la omnipotencia (que sería conseguir siempre lo que uno quiere, aunque pareciese imposible). Por ello, cuanto más *capacidad* de acción tengamos, mejores resultados podremos obtener de nuestra libertad. Soy libre de querer subir al monte Everest, pero dado mi lamentable estado físico y mi nula preparación en alpinismo es prácticamente imposible que consiguiera mi objetivo. En cambio soy libre de leer o no leer, pero como aprendí a leer de pequeño la cosa no me resulta demasiado difícil si decido hacerlo. Hay cosas que dependen de mi voluntad (y eso es ser libre) pero no *todo* depende de mi voluntad (entonces sería omnipotente), porque en el mundo hay otras muchas voluntades y otras muchas necesidades que no controlo a mi gusto. Si no me conozco ni a mí mismo ni al mundo en que vivo, mi libertad se *estrellará* una y otra vez contra lo necesario. Pero, cosa importante, no por ello dejaré de ser libre... aunque me escueza.

En la realidad existen muchas fuerzas que *limitan* nuestra libertad, desde terremotos o enfermedades hasta tiranos. Pero también nuestra libertad es una fuerza en el mundo, *nuestra* fuerza. Si hablas con la gente, sin embargo, verás que la mayoría tiene mucha más conciencia de lo que limita su libertad que de la libertad misma. Te dirán: «¿Libertad? ¿Pero de qué libertad me hablas? ¿Cómo vamos a ser libres, si nos comen el coco desde la televisión, si los gobernantes nos engañan y nos manipulan, si los terroristas nos amenazan, si las drogas nos esclavizan, y si además me falta dinero para comprarme una moto, que es lo que yo quisiera?» En cuanto te fijes un poco, verás que los que así hablan parece que se están quejando pero en realidad se encuentran muy satisfechos de saber que no son libres. En el fondo piensan: «¡Uf! ¡Menudo peso nos

hemos quitado de encima! Como no somos libres, no podemos tener la *culpa* de nada de lo que nos ocurra...» Pero yo estoy seguro de que nadie –*nadie*– cree de veras que no es libre, nadie acepta sin más que funciona como un mecanismo inexorable de relojería o como una termita. Uno puede considerar que optar libremente por ciertas cosas en ciertas circunstancias es muy *difícil* (entrar en una casa en llamas para salvar a un niño, por ejemplo, o enfrentarse con firmeza a un tirano) y que es mejor decir que no hay libertad para no reconocer que libremente se prefiere lo más fácil, es decir, esperar a los bomberos o lamer la bota que le pisa a uno el cuello. Pero dentro de las tripas algo insiste en decirnos: «Si tú hubieras querido...».

Cuando cualquiera se empeñe en negarte que los hombres somos libres, te aconsejo que le apliques la prueba del filósofo romano. En la antigüedad, un filósofo romano discutía con un amigo que le negaba la libertad humana y aseguraba que todos los hombres no tienen más remedio que hacer lo que hacen. El filósofo cogió su bastón y comenzó a darle estacazos con toda su fuerza. «¡Para, ya está bien, no me pegues más!», le decía el otro. Y el filósofo, sin dejar de zurrarle, continuó argumentando: «¿No dices que no soy libre y que lo que hago no tengo más remedio que hacerlo? Pues entonces no gastes saliva pidiéndome que pare: soy automático.» Hasta que el amigo no reconoció que el filósofo podía libremente dejar de pegarle, el filósofo no suspendió su paliza. La prueba es buena, pero no debes utilizarla más que en último extremo y siempre con amigos que no sepan artes marciales...

En resumen: a diferencia de otros seres, vivos o inanimados, los hombres podemos *inventar* y *elegir* en parte nuestra forma de vida. Podemos optar por lo que nos parece bueno, es decir, conveniente para nosotros, frente a lo que nos parece malo e inconveniente. Y como podemos inventar y elegir, podemos *equivocarnos*, que es algo que a los castores, las abejas y las termitas no suele pasarles. De modo que parece prudente fijarnos bien en lo que hacemos y procurar adquirir un cierto saber vivir que nos permita acertar. A ese saber vivir, o *arte de vivir* si prefieres, es a lo que llaman *ética*. De ello, si tienes paciencia, seguiremos hablando en las siguientes páginas de este libro.

Vete leyendo...

«¿Y si ahora, dejando en el suelo el abollonado escudo y el fuerte casco y apoyado la pica contra el muro, saliera al encuentro del inexorable Aquiles, le dijera que permitía a los Atridas llevarse a Helena y las riquezas que Alejandro trajo a Ilión en las cóncavas naves, que esto fue lo que originó la guerra, y le ofreciera repartir a los aqueos la mitad de lo que la ciudad contiene y más tarde tomara juramento a los troyanos de que, sin ocultar nada, formasen dos lotes con cuantos bienes existen dentro de esta hermosa ciudad?... Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón?» (Homero, *Iliada*).

«La libertad no es una filosofía y ni siquiera es una idea: es un movimiento de la conciencia que nos lleva, en ciertos momentos, a pronunciar dos monosílabos: Sí o No. En su brevedad instantánea, como a la luz del relámpago, se dibuja el signo contradictorio de la naturaleza humana» (Octavio Paz, *La otra voz*).

«La vida del hombre no puede “ser vivida” repitiendo los patrones de su especie; es *él mismo* –cada uno– quien debe vivir. El hombre es el único animal que puede estar *fastidiado*, que puede estar *disgustado*, que puede sentirse expulsado del paraíso» (Erich Fromm, *Ética y psicoanálisis*).

Órdenes, costumbres y caprichos

Te recuerdo brevemente donde estamos. Queda claro que hay cosas que nos convienen para vivir y otras no, pero no siempre está claro qué cosas son las que nos convienen. Aunque no podamos elegir lo que nos pasa, podemos en cambio elegir lo que hacer frente a lo que nos pasa. Modestia aparte, nuestro caso se parece más al de Héctor que al de las beneméritas termitas... Cuando vamos a hacer algo, lo hacemos porque *preferimos* hacer eso a hacer otra cosa, o porque preferimos hacerlo a no hacerlo. ¿Resulta entonces que hacemos siempre lo que queremos? Hombre, no tanto. A veces las circunstancias nos imponen elegir entre dos opciones que no hemos elegido: vamos, que hay ocasiones en que elegimos aunque preferiríamos no tener que elegir.

Uno de los primeros filósofos que se ocupó de estas cuestiones, Aristóteles, imaginó el siguiente ejemplo. Un barco lleva una importante carga de un puerto a otro. A medio trayecto, le sorprende una tremenda tempestad. Parece que la única forma de salvar el barco y la tripulación es arrojar por la borda el cargamento, que además de importante es pesado. El capitán del navío se plantea el problema siguiente: «¿Debo tirar la mercancía o arriesgarme a capear el temporal con ella en la bodega, esperando que el tiempo mejore o que la nave resista?». Desde luego, si arroja el cargamento lo hará porque *prefiere* hacer eso a afrontar el riesgo, pero sería injusto decir sin más que *quiere* tirarlo. Lo que de veras *quiere* es llegar a puerto con su barco, su tripulación y su mercancía: eso es lo que más le conviene. Sin embargo, dadas las borrascosas circunstancias, prefiere salvar su vida y la de su tripulación a salvar la carga, por preciosa que sea. ¡Ojalá no se hubiera levantado la maldita tormenta! Pero la tormenta no puede elegirla, es cosa que se le impone, cosa que le *pasa*, quiera o no; lo que en cambio puede elegir es el comportamiento a seguir en el peligro que le amenaza. Si tira el cargamento por la borda lo hace porque quiere... y a la vez sin querer. Quiere vivir, salvarse y salvar a los hombres que dependen de él, salvar su barco; pero no quisiera quedarse sin la carga ni el provecho que representa, por lo que no se desprenderá de ella sino muy a regañadientes. Preferiría sin duda no verse en el trance de tener que escoger entre la pérdida de sus bienes y la pérdida de su vida. Sin embargo, no queda más remedio y debe decidirse: elegirá lo que quiera *más*, lo que crea más conveniente. Podríamos decir que es libre porque no le queda otro remedio que serlo, libre de optar en circunstancias que él no ha elegido padecer.

Casi siempre que reflexionamos en situaciones difíciles o importantes sobre lo que vamos a hacer nos encontramos en una situación parecida a la de ese capitán de barco del que habla Aristóteles. Pero claro, no siempre las cosas se ponen tan feas. A veces las circunstancias son menos tormentosas y si me empeño en no ponerte más que ejemplos con ciclón incorporado puedes rebelarte contra ellos, como hizo aquel aprendiz de aviador. Su profesor de vuelo le preguntó: «Va usted en un avión, se declara una tormenta y le inutiliza a usted el motor. ¿Qué debe hacer?» Y el estudiante contesta: «Seguiré con el otro motor.» «Bueno –dijo el profesor–, pero llega otra tormenta y le deja sin ese motor. ¿Cómo se las arregla entonces?» «Pues seguiré con el otro motor.» «También se lo destruye una tormenta. ¿Y entonces?» «Pues continúo con otro motor.» «Vamos a ver –se mosquea el profesor–, ¿se puede saber de dónde saca usted tantos motores?» Y el alumno, imperturbable: «Del mismo sitio del que saca usted tantas tormentas.» No, dejemos de lado el tormento de las tormentas. Veamos qué ocurre cuando hace buen tiempo.

Por lo general, uno no se pasa la vida dando vueltas a lo que nos conviene o no nos conviene hacer. Afortunadamente no solemos estar tan achuchados por la vida como el capitán del dichoso barquito del que hemos hablado. Si vamos a ser sinceros, tendremos que reconocer que la mayoría de nuestros actos los hacemos casi automáticamente, sin darle demasiadas vueltas al asunto. Recuerda conmigo, por favor, lo que has hecho esta mañana. A una hora indeciblemente temprana ha sonado el despertador y tú, en vez de estrellarlo contra la pared como te apetecía, has apagado la alarma. Te has quedado un ratito entre las sábanas, intentando aprovechar los últimos y preciosos minutos de comodidad horizontal. Después has pensado que se te estaba haciendo demasiado tarde y el autobús para el *cole* no espera, de modo que te has levantado con santa resignación. Ya sé que no te gusta demasiado lavarte los dientes pero como te insisto tanto para que lo hagas has acudido entre bostezos a la cita con el cepillo y la pasta. Te has duchado casi sin darte cuenta de lo que hacías, porque es algo que ya pertenece a la rutina de todas las mañanas. Luego te has bebido el café con leche y te has tomado la habitual tostada con mantequilla. Después, a la dura calle. Mientras ibas hacia la parada del autobús repasando mentalmente los problemas de matemáticas –¿no tenías hoy control?– has ido dando patadas distraídas a una lata vacía de coca-cola. Más tarde el autobús, el colegio, etc.

Francamente, no creo que cada uno de esos actos los hayas realizado tras angustiosas meditaciones: «¿Me levanto o no me levanto? ¿Me ducho o no me ducho? ¿Desayunar o no desayunar, ésa es la cuestión!» La zozobra del pobre capitán de barco a punto de zozobrar, tratando de decidir a toda prisa si tiraba por la borda la carga o no, se parece poco a tus soñolientas decisiones de esta mañana. Has actuado de manera casi instintiva, sin plantearte muchos problemas. En el fondo resulta lo más cómodo y lo más eficaz, ¿no? A veces darle demasiadas vueltas a lo que uno va a hacer nos paraliza. Es como cuando echas a andar: si te pones a mirarte los pies y a decir «ahora, el derecho;

luego, el izquierdo, etcétera», lo más seguro es que pegues un tropezón o que acabes parándote. Pero yo quisiera que ahora, retrospectivamente, te preguntaras lo que no te preguntaste esta mañana. Es decir: *¿por qué* he hecho lo que hice?, *¿por qué* ese gesto y no mejor el contrario o quizá otro cualquiera?

Supongo que esta encuesta te indignará un poco. ¡Vaya! ¿Que por qué tienes que levantarte a las siete y media, lavarte los dientes e ir al colegio? ¿Y yo te lo pregunto? ¡Pues precisamente porque yo me empeño en que lo hagas y te doy la lata de mil maneras, con amenazas y promesas, para obligarte! ¡Si te quedases en la cama menudo jaleo te montaría! Claro que algunos de los gestos reseñados, como ducharte o desayunar, los realizas ya sin acordarte de mí, porque son cosas que siempre se hacen al levantarse, ¿no?, y que todo el mundo repite. Lo mismo que ponerse pantalones en lugar de ir en calzoncillos, por mucho que apriete el calor... En cuanto a lo de tomar el autobús, bueno, no tienes más remedio que hacerlo para llegar a tiempo, porque el colegio está demasiado lejos como para ir andando y no soy tan espléndido para pagarte un taxi de ida y vuelta todos los días. ¿Y lo de pegarle patadas a la lata? Pues eso lo haces porque sí, porque te da la gana.

Vamos a detallar entonces la serie de diferentes motivos que tienes para tus comportamientos matutinos. Ya sabes lo que es un «motivo» en el sentido que recibe la palabra en este contexto: es la razón que tienes o al menos crees tener para hacer algo, la explicación más aceptable de tu conducta cuando reflexionas un poco sobre ella. En una palabra: la mejor respuesta que se te ocurre a la pregunta «¿por qué hago eso?». Pues bien, uno de los tipos de motivación que reconoces es el de que yo te mando que hagas tal o cual cosa. A estos motivos les llamaremos *órdenes*. En otras ocasiones el motivo es que sueles hacer siempre ese mismo gesto y ya lo repites casi sin pensar, o también el ver que a tu alrededor todo el mundo se comporta así habitualmente: llamaremos *costumbres* a este juego de motivos. En otros casos –los puntapiés a la lata, por ejemplo– el motivo parece ser la ausencia de motivo, el que te apetece sin más, la pura gana. ¿Estás de acuerdo en que llamemos *caprichos* al por qué de estos comportamientos? Dejo de lado los motivos más crudamente *funcionales*, es decir los que te inducen a aquellos gestos que haces como puro y directo instrumento para conseguir algo: bajar la escalera para llegar a la calle en lugar de saltar por la ventana, coger el autobús para ir al *cole*, utilizar una taza para tomar tu café con leche, etc.

Nos limitaremos a examinar los tres primeros tipos de motivos, es decir las órdenes, las costumbres y los caprichos. Cada uno de esos motivos *inclina* tu conducta en una dirección u otra, explica más o menos tu *preferencia* por hacer lo que haces frente a las otras muchas cosas que podrías hacer. La primera pregunta que se me ocurre plantear sobre ellos es: ¿de qué modo y con cuánta fuerza te obliga a actuar cada uno? Porque no todos tienen el mismo peso en cada ocasión. Levantarte para ir al colegio es más *obligatorio* que lavarte los dientes o ducharte y creo que bastante más que dar patadas a la lata de coca-cola; en cambio, ponerte pantalones o al menos calzoncillos por mucho

calor que haga es tan obligatorio como ir al *cole*, ¿no? Lo que quiero decirte es que cada tipo de motivos tiene su propio peso y te condiciona a su modo. Las órdenes, por ejemplo, sacan su fuerza, en parte, del *miedo* que puedes tener a las terribles represalias que tomaré contra ti si no me obedeces; pero también, supongo, al *afecto* y la *confianza* que me tienes y que te lleva a pensar que lo que te mando es para protegerte y mejorarte o, como suele decirse con expresión que te hace torcer el gesto, *por tu bien*. También desde luego porque esperas algún tipo de recompensa si cumples como es debido: paga, regalos, etc. Las costumbres, en cambio, vienen más bien de la *comodidad* de seguir la rutina en ciertas ocasiones y también de tu interés de no contrariar a los otros, es decir de la *presión* de los demás. También en las costumbres hay algo así como una obediencia a ciertos tipos de órdenes: piensa, por poner otro ejemplo, en las *modas*. ¡La cantidad de cazadoras, zapatillas, pins, etc., que tienes que ponerte porque entre tus amigos es costumbre llevarlas y tú no quieres desentonar!

Las órdenes y las costumbres tienen una cosa en común: parece que vienen de *fuera*, que se te imponen sin pedirte permiso. En cambio, los caprichos te salen de *dentro*, brotan espontáneamente sin que nadie te los mande ni a nadie en principio creas imitarlos. Yo supongo que si te pregunto que cuándo te sientes más libre, al cumplir órdenes, al seguir la costumbre o al hacer tu capricho, me dirás que eres más libre al hacer tu capricho, porque es una cosa más tuya y que no depende de nadie más que de ti. Claro que vete a saber: a lo mejor también el llamado capricho te apetece porque se lo imitas a alguien o quizá brota de una orden pero *al revés*, por ganas de llevar la contraria, unas ganas que no se te hubieran despertado a ti solo sin el mandato previo que desobedeces... En fin, por el momento vamos a dejar las cosas aquí, que por hoy ya es llo suficiente.

Pero antes de acabar recordemos como despedida otra vez aquel barco griego en la tormenta al que se refirió Aristóteles. Ya que empezamos entre olas y truenos bien podemos acabar lo mismo, para que el capítulo resulte capicúa. El capitán del barco estaba, cuando lo dejamos, en el trance de arrojar o no la carga por la borda para evitar el naufragio. Desde luego tiene orden de llevar las mercancías a puerto, la costumbre no es precisamente tirarlas al mar y poco le ayudaría seguir sus caprichos dado el berenjenal en que se encuentra. ¿Seguirá sus órdenes aun a riesgo de perder la vida y la de toda su tripulación? ¿Tendrá más miedo a la cólera de sus patronos que al mismo mar furioso? En circunstancias normales puede bastar con hacer lo que le mandan a uno, pero a veces lo más prudente es plantearse hasta qué punto resulta aconsejable obedecer... Después de todo, el capitán no es como las termitas, que tienen que salir en plan *kamikaze* quieran o no porque no les queda otro remedio que «obedecer» los impulsos de su naturaleza.

Y si en la situación en que está las órdenes no le bastan, la costumbre todavía menos. La costumbre sirve para lo corriente, para la rutina de todos los días. ¡Francamente, una tempestad en alta mar no es momento para andarse con rutinas! Tú mismo te pones religiosamente pantalones y calzoncillos todas las mañanas, pero si en

caso de incendio no te diera tiempo tampoco te sentirías demasiado culpable. Durante el gran terremoto de México de hace pocos años un amigo mío vio derrumbarse ante sus propios ojos un elevado edificio; acudió a prestar ayuda e intentó sacar de entre los escombros a una de las víctimas, que se resistía inexplicablemente a salir de la trampa de cascotes hasta que confesó: «Es que no llevo nada encima...» ¡Premio especial del jurado a la defensa intempestiva del taparrabos! Tanto conformismo ante la costumbre vigente es un poco morboso, ¿no? Podemos suponer que nuestro capitán griego era un hombre práctico y que la rutina de conservar la carga no era suficiente para determinar su comportamiento en caso de peligro. Ni tampoco para arrojarla, claro está, por mucho que en la mayoría de los casos fuese habitual desprenderse de ella. Cuando las cosas están de veras serias hay que *inventar* y no sencillamente limitarse a seguir la moda o el hábito...

Tampoco parece que sea ocasión propicia para entregarse a los caprichos. Si te dijeran que el capitán de ese barco tiró la carga no porque lo considerase prudente, sino por capricho (o que la conservó en la bodega por el mismo motivo), ¿qué pensarías? Respondo por ti: que estaba un poco *loco*. Arriesgar la fortuna o la vida sin otro móvil que el capricho tiene mucho de chaladura, y si la extravagancia compromete la fortuna o la vida del prójimo merece ser calificada aún más duramente. ¿Cómo podría haber llegado a mandar un barco semejante antojadizo irresponsable? En momentos tempestuosos a la persona sana se le pasan casi todos los caprichitos y no le queda sino el deseo intenso de acertar con la línea de conducta más conveniente, o sea: más racional.

¿Se trata entonces de un simple problema *funcional*, de encontrar el mejor medio para llegar sanos y salvos a puerto? Vamos a suponer que el capitán llega a la conclusión de que para salvarse basta con arrojar *cierto peso* al mar, sea peso en mercancías o sea peso en tripulación. Podría entonces intentar convencer a los marineros de que tirasen por la borda a los cuatro o cinco más inútiles de entre ellos y así de este modo tendrían una buena oportunidad de conservar las ganancias del flete. Desde un punto de vista funcional, a lo mejor era ésta la mejor solución para salvar el pellejo y también para asegurar las ganancias... Sin embargo, algo me resulta *repugnante* en tal decisión y supongo que a ti también. ¿Será porque me han dado la orden de que tales cosas no deben hacerse, o porque no tengo costumbre de hacerlas o simplemente porque no me apetece –tan caprichoso soy– comportarme de esa manera?

Perdona que te deje en un *suspense* digno de Hitchcock, pero no voy a decirte para acabar qué es lo que a la postre decidió nuestro zarandeado capitán. ¡Ojalá acertase y tuviera ya buen viento hasta volver a casa! La verdad es que cuando pienso en él me doy cuenta de que todos vamos en el mismo barco... Por el momento, nos quedaremos con las preguntas que hemos planteado y esperemos que vientos favorables nos lleven hasta el próximo capítulo, donde volveremos a encontrarlas e intentaremos empezar a responderlas.

Vete leyendo...

«Tanto la virtud como el vicio están en nuestro poder. En efecto, siempre que está en nuestro poder el hacer, lo está también el no hacer, y siempre que está en nuestro poder el no, lo está el sí, de modo, que si está en nuestro poder el obrar cuando es bello, lo estará también cuando es vergonzoso, y si está en nuestro poder el no obrar cuando es bello, lo estará, asimismo, para no obrar cuando es vergonzoso» (Aristóteles, *Ética para Nicómaco*).

«En el *arte de vivir*, el hombre es al mismo tiempo el artista y el objeto de su arte, es el escultor y el mármol, el médico y el paciente» (Erich Fromm, *Ética y psicoanálisis*).

«Sólo disponemos de cuatro principios de la moral:

»1) El *filosófico*: haz el bien por el bien mismo, por respeto a la ley.

»2) El *religioso*: hazlo porque es la voluntad de Dios, por amor a Dios.

»3) El *humano*: hazlo porque tu bienestar lo requiere, por amor propio.

»4) El *político*: hazlo porque lo requiere la prosperidad de la sociedad de la que formas parte, por amor a la sociedad y por consideración a ti» (Lichtenberg, *Aforismos*).

«No hemos de preocuparnos de vivir largos años, sino de vivirlos satisfactoriamente; porque vivir largo tiempo depende del destino, vivir satisfactoriamente de tu alma. La vida es larga si es plena; y se hace plena cuando el alma ha recuperado la posesión de su bien propio y ha transferido a sí el dominio de sí misma» (Séneca, *Cartas a Lucilio*).

III

Haz lo que quieras

Decíamos antes que la mayoría de las cosas las hacemos porque nos las mandan (los padres cuando se es joven, los superiores o las leyes cuando se es adulto), porque se acostumbra a hacerlas así (a veces la rutina nos la imponen los demás con su ejemplo y su presión –miedo al ridículo, censura, chismorreos, deseo de aceptación en el grupo...– y otras veces nos la creamos nosotros mismos), porque son un medio para conseguir lo que queremos (como tomar el autobús para ir al colegio) o sencillamente porque nos da la ventolera o el capricho de hacerlas así, sin más ni más. Pero resulta que en ocasiones importantes o cuando nos tomamos lo que vamos a hacer verdaderamente en serio, todas estas motivaciones corrientes resultan insatisfactorias: vamos, que *saben a poco*, como suele decirse.

Cuando tiene uno que salir a exponer el pellejo junto a las murallas de Troya desafiando el ataque de Aquiles, como hizo Héctor; o cuando hay que decidir entre tirar al mar la carga para salvar a la tripulación o tirar a unos cuantos de la tripulación para salvar la carga; o... en casos semejantes, aunque no sean tan dramáticos (por ejemplo sencillito: ¿debo votar al político que considero mejor para la mayoría del país, aunque perjudique con su subida de impuestos mis intereses personales, o apoyar al que me permite forrarme más a gusto y los demás que espabilen?), ni órdenes ni costumbres bastan y no son cuestiones de capricho. El comandante nazi del campo de concentración al que acusan de una matanza de judíos intenta excusarse diciendo que «cumplió órdenes», pero a mí, sin embargo, no me convence esa justificación; en ciertos países es costumbre no alquilar un piso a negros por su color de piel o a homosexuales por su preferencia amorosa, pero por mucho que sea habitual tal discriminación sigue sin parecerme aceptable; el capricho de irse a pasar unos días en la playa es muy comprensible, pero si uno tiene a un bebé a su cargo y lo deja sin cuidado durante un fin de semana, semejante capricho ya no resulta simpático sino criminal. ¿No opinas lo mismo que yo en estos casos?

Todo esto tiene que ver con la cuestión de la *libertad*, que es el asunto del que se ocupa propiamente la ética, según creo haberte dicho ya. Libertad es poder decir «sí» o «no»; lo hago o no lo hago, digan lo que digan mis jefes o los demás; esto me conviene y lo quiero, aquello no me conviene y por tanto no lo quiero. Libertad es *decidir*, pero también, no lo olvides, *darte cuenta* de que estás decidiendo. Lo más opuesto a *dejarse llevar*, como podrás comprender. Y para no dejarte llevar no tienes más remedio que

intentar pensar al menos dos veces lo que vas a hacer; sí, dos veces, lo siento, aunque te duela la cabeza... La *primera* vez que piensas el motivo de tu acción la respuesta a la pregunta «¿por qué hago esto?» es del tipo de las que hemos estudiado últimamente: lo hago porque me lo mandan, porque es costumbre hacerlo, porque me da la gana. Pero si lo piensas por *segunda* vez, la cosa ya varía. Esto lo hago porque me lo mandan, pero... ¿por qué obedezco lo que me mandan?, ¿por miedo al castigo?, ¿por esperanza de un premio?, ¿no estoy entonces como *esclavizado* por quien me manda? Si obedezco porque quien da las órdenes sabe más que yo, ¿no sería aconsejable que procurara informarme lo suficiente para decidir por mí mismo? ¿Y si me mandan cosas que no me parecen *convenientes*, como cuando le ordenaron al comandante nazi eliminar a los judíos del campo de concentración? ¿Acaso no puede ser algo «malo» –es decir, no conveniente para mí– por mucho que me lo manden, o «bueno» y conveniente aunque nadie me lo ordene?

Lo mismo sucede respecto a las costumbres. Si no pienso lo que hago más que una vez, quizá me baste la respuesta de que actúo así «porque es costumbre». Pero ¿por qué diablos tengo que hacer siempre lo que suele hacerse (o lo que suelo hacer)? ¡Ni que fuera esclavo de quienes me rodean, por muy amigos míos que sean, o de lo que hice ayer, antes de ayer y el mes pasado! Si vivo rodeado de gente que tiene la costumbre de discriminar a los negros y a mí eso no me parece ni medio bien, ¿por qué tengo que imitarles? Si he cogido la costumbre de pedir dinero prestado y no devolverlo nunca, pero cada vez me da más vergüenza hacerlo, ¿por qué no voy a poder cambiar de conducta y empezar desde ahora mismo a ser más legal? ¿Es que acaso una costumbre no puede ser poco conveniente para mí, por muy acostumbrada que sea? Y cuando me interrogo por segunda vez sobre mis caprichos, el resultado es parecido. Muchas veces tengo ganas de hacer cosas que en seguida se vuelven contra mí, de las que me arrepiento luego. En asuntos sin importancia el capricho puede ser aceptable, pero cuando se trata de cosas más serias dejarme llevar por él, sin reflexionar si se trata de un capricho conveniente o inconveniente, puede resultar muy poco aconsejable, hasta peligroso: el capricho de cruzar siempre los semáforos en rojo a lo mejor resulta una o dos veces divertido pero ¿llegaré a viejo si me empeño en hacerlo día tras día?

En resumidas cuentas: puede haber órdenes, costumbres y caprichos que sean motivos adecuados para obrar, pero en otros casos no tiene por qué ser así. Sería un poco idiota querer llevar la contraria a todas las órdenes y a todas las costumbres, como también a todos los caprichos, porque a veces resultarán convenientes o agradables. *Pero nunca una acción es buena sólo por ser una orden, una costumbre o un capricho.* Para saber si algo me resulta de veras conveniente o no tendré que examinar lo que hago más a fondo, razonando por mí mismo. Nadie puede ser libre en mi lugar, es decir: nadie puede dispensarme de elegir y de buscar por mí mismo. Cuando se es un niño pequeño, inmaduro, con poco conocimiento de la vida y de la realidad, basta con la obediencia, la rutina o el caprichito. Pero es porque todavía se está dependiendo de alguien, en manos

de otro que vela por nosotros. Luego hay que hacerse adulto, es decir, capaz de *inventar* en cierto modo la propia vida y no simplemente de vivir la que otros han inventado para uno. Naturalmente, no podemos inventarnos del todo porque no vivimos solos y muchas cosas se nos imponen queramos o no (acuérdate de que el pobre capitán no eligió padecer una tormenta en alta mar ni Aquiles le pidió a Héctor permiso para atacar Troya...). Pero entre las órdenes que se nos dan, entre las costumbres que nos rodean o nos creamos, entre los caprichos que nos asaltan, tendremos que aprender a elegir por nosotros mismos. No habrá más remedio, para ser hombres y no borregos (con perdón de los borregos), que pensar dos veces lo que hacemos. Y si me apuras, hasta tres y cuatro veces en ocasiones señaladas.

La palabra «moral» etimológicamente tiene que ver con las costumbres, pues eso precisamente es lo que significa la voz latina *mores*, y también con las órdenes, pues la mayoría de los preceptos morales suenan así como «debes hacer tal cosa» o «ni se te ocurra hacer tal otra». Sin embargo, hay costumbres y órdenes –como ya hemos visto– que pueden ser *malas*, o sea «inmorales», por muy ordenadas y acostumbradas que se nos presenten. Si queremos profundizar en la moral de verdad, si queremos aprender en serio cómo emplear bien la libertad que tenemos (y en este aprendizaje consiste precisamente la «moral» o «ética» de la que estamos hablando aquí), más vale dejarse de órdenes, costumbres y caprichos. Lo primero que hay que dejar claro es que la ética de un hombre libre nada tiene que ver con los castigos ni los premios repartidos por la autoridad que sea, autoridad humana o divina, para el caso es igual. El que no hace más que huir del castigo y buscar la recompensa que dispensan otros, según normas establecidas por ellos, no es mejor que un pobre esclavo. A un niño quizá le basten el palo y la zanahoria como guías de su conducta, pero para alguien crecido es más bien triste seguir con esa mentalidad. Hay que orientarse de otro modo. Por cierto, una aclaración terminológica. Aunque yo voy a utilizar las palabras «moral» y «ética» como equivalentes, desde un punto de vista técnico (perdona que me ponga más profesoral que de costumbre) no tienen idéntico significado. «Moral» es el conjunto de comportamientos y normas que tú, yo y algunos de quienes nos rodean solemos aceptar como válidos; «ética» es la reflexión sobre *por qué* los consideramos válidos y la comparación con otras «morales» que tienen personas diferentes. Pero en fin, aquí seguiré usando una u otra palabra indistintamente, siempre como *arte de vivir*. Que me perdone la academia...

Te recuerdo que las palabras «bueno» y «malo» no sólo se aplican a comportamientos morales, ni siquiera sólo a personas. Se dice, por ejemplo, que Rivaldo o Raúl son futbolistas muy buenos, sin que ese calificativo tenga nada que ver con su tendencia a ayudar al prójimo fuera del estadio o su propensión a decir siempre la verdad. Son buenos en cuanto futbolistas y como futbolistas, sin que entremos en averiguaciones sobre su vida privada. Y también puede decirse que una moto es muy buena sin que ello implique que la tomamos por la Santa Teresa de las motos: nos

referimos a que funciona estupendamente y que tiene todas las ventajas que a una moto pueden pedirse. En cuestión de futbolistas o de motos, lo «bueno» —es decir, lo que conviene— está bastante claro. Seguro que si te pregunto me explicas muy bien cuáles son los requisitos necesarios para que algo merezca calificación de sobresaliente en el terreno de juego o en la carretera. Y digo yo: ¿por qué no intentamos definir del mismo modo lo que se necesita para ser un *hombre* bueno? ¿No nos resolvería eso todos los problemas que nos estamos planteando desde hace ya bastantes páginas?

No es cosa tan fácil, sin embargo. Respecto a los buenos futbolistas, las buenas motos, los buenos caballos de carreras, etc., la mayoría de la gente suele estar de acuerdo, pero cuando se trata de determinar si alguien es bueno o malo en general, como ser humano, las opiniones varían mucho. Ahí tienes, por ejemplo, el caso de Purita: su mamá en casa la tiene por el no va más de la bondad, porque es obediente y modosita, pero en clase todo el mundo la detesta porque es chismosa y cizañera. Seguro que para sus superiores el oficial nazi que gaseaba judíos en Auschwitz era bueno y como es debido, pero los judíos debían tener sobre él una opinión diferente. A veces llamarle a alguien «bueno» no indica nada bueno: hasta el punto de que suelen decirse cosas como «Fulanito es muy bueno, ¡el pobre!». El poeta español Antonio Machado era consciente de esta ambigüedad y en su autobiografía poética escribió: «Soy en el buen sentido de la palabra bueno...» Se refería a que, en muchos casos, llamarle a uno «bueno» no indica más que docilidad, tendencia a no llevar la contraria y a no causar problemas, prestarse a cambiar los discos mientras los demás bailan, cosas así.

Para unos, ser bueno significará ser resignado y paciente, pero otros llamarán bueno a la persona emprendedora, original, que no se acobarda a la hora de decir lo que piensa aunque pueda molestar a alguien. En países como Sudáfrica, por ejemplo, unos tendrán por bueno al negro que no da la lata y se conforma con el *apartheid*, mientras que otros no llamarán así más que al que sigue a Nelson Mandela. ¿Y sabes por qué no resulta sencillo decir cuándo un ser humano es «bueno» y cuándo no lo es? Porque no sabemos *para qué sirven* los seres humanos. Un futbolista sirve para jugar al fútbol de tal modo que ayude a ganar a su equipo y meta goles al contrario; una moto sirve para trasladarnos de modo veloz, estable, resistente... Sabemos cuándo un especialista en algo o cuándo un instrumento *funcionan* como es debido porque tenemos idea del servicio que deben prestar, de lo que se espera de ellos. Pero si tomamos al ser humano en general la cosa se complica: a los humanos se nos reclama a veces resignación y a veces rebeldía, a veces iniciativa y a veces obediencia, a veces generosidad y otras previsión del futuro, etc. No es fácil ni siquiera determinar una virtud cualquiera: que un futbolista meta un gol en la portería contraria sin cometer falta siempre es bueno, pero decir la verdad puede no serlo. ¿Llamarías «bueno» a quien le dice por crueldad al moribundo que va a morir o a quien delata dónde se esconde la víctima al asesino que quiere matarla? Los oficios y los instrumentos responden a unas normas de utilidad bastante claras, establecidas desde fuera: si se las cumple, bien; si no, mal y se acabó. No se pide otra cosa. Nadie exige a

un futbolista –para ser buen futbolista, no buen ser humano– que sea caritativo o veraz; nadie le pide a una moto, para ser buena moto, que sirva para clavar clavos. Pero cuando se considera a los humanos en general la cosa no está tan clara, porque no hay un único *reglamento* para ser buen humano ni el hombre es *instrumento* para conseguir nada.

Se puede ser buen hombre (y buena mujer, claro) de muchas maneras y las opiniones que juzgan los comportamientos suelen variar según las circunstancias. Por eso decimos a veces que Fulano o Menganita son buenos «a su modo». Admitimos así que hay muchas formas de serlo y que la cuestión depende del ámbito en que se mueve cada cual. De modo que ya ves que *desde fuera* no es fácil determinar quién es bueno y quién malo, quién hace lo conveniente y quién no. Habría que estudiar no sólo todas las circunstancias de cada caso, sino hasta las *intenciones* que mueven a cada uno. Porque podría pasar que alguien hubiese pretendido hacer algo malo y le saliera un resultado aparentemente bueno por carambola. Y al que hace lo bueno y conveniente por chiripa no le llamaríamos «bueno», ¿verdad? También al revés: con la mejor voluntad del mundo alguien podría provocar un desastre y ser tenido por monstruo sin culpa suya. Me parece que por este camino sacaremos poco en limpio, lo siento.

Pero si ya hemos dicho que ni órdenes ni costumbres ni caprichos bastan para guiarnos en esto de la ética y ahora resulta que no hay un claro reglamento que enseñe a ser hombre bueno y a funcionar siempre como tal, ¿cómo nos las arreglaremos? Voy a contestarte algo que de seguro te sorprende y quizá hasta te escandalice. Un divertidísimo escritor francés del siglo XVI, François Rabelais, contó en una de las primeras novelas europeas las aventuras del gigante Gargantúa y su hijo Pantagruel. Muchas cosas podría contarte de ese libro, pero prefiero que antes o después te decidas a leerlo por ti mismo. Sólo te diré que en una ocasión Gargantúa decide fundar una orden más o menos religiosa e instalarla en una abadía, la abadía de Theleme, sobre cuya puerta está escrito este único precepto: «Haz lo que quieras.» Y todos los habitantes de esa santa casa no hacen precisamente más que eso, lo que quieren. ¿Qué te parecería si ahora te digo que a la puerta de la ética bien entendida no está escrita más que esa misma consigna: *haz lo que quieras*? A lo mejor te indignas conmigo: ¡vaya, pues sí que es *moral* la conclusión a la que hemos llegado!, ¡la que se armaría si todo el mundo hiciese sin más ni más lo que quisiera!, ¿para eso hemos perdido tanto tiempo y nos hemos comido tanto el coco? Espera, espera, no te enfades. Dame otra oportunidad: hazme el favor de pasar al capítulo siguiente...

Vete leyendo...

«Los congregados en Theleme empleaban su vida, no en atenerse a leyes, reglas o estatutos, sino en ejecutar su voluntad y libre albedrío. Levantábanse del lecho cuando les parecía bien, y bebían, comían, trabajaban y dormían cuando sentían deseo de

hacerlo. Nadie les despertaba, ni le forzaba a beber, o comer, ni a nada.

»Así lo había dispuesto Gargantúa. La única regla de la Orden era ésta:

HAZ LO QUE QUIERAS

»Y era razonable, porque las gentes libres, bien nacidas y bien educadas, cuando tratan con personas honradas, sienten por naturaleza el instinto y estímulo de huir del vicio y acogerse a la virtud. Y es a esto a lo que llaman honor.

»Pero cuando las mismas gentes se ven refrenadas y constreñidas, tienden a rebelarse y romper el yugo que las abrumba. Pues todos nos inclinamos siempre a buscar lo prohibido y a codiciar lo que se nos niega» (François Rebelais, *Gargantúa y Pantagruel*).

«La ética *humanista*, en contraste con la ética *autoritaria*, puede distinguirse de ella por un criterio formal y otro material. Formalmente se basa en el principio de que sólo el hombre por sí mismo puede determinar el criterio sobre virtud y pecado, y no una autoridad que lo trascienda. Materialmente se basa en el principio de que lo “bueno” es aquello que es bueno para el hombre y “malo” lo que le es nocivo, siendo *el único criterio de valor ético el bienestar del hombre*» (Erich Fromm, *Ética y psicoanálisis*).

«Pero, aunque la razón basta, cuando está plenamente desarrollada y perfeccionada, para instruirnos de las tendencias dañosas o útiles de las cualidades y de las acciones, no basta, por sí misma, para producir la censura o la aprobación moral. La utilidad no es más que una tendencia hacia un cierto fin; si el fin nos fuese totalmente indiferente, sentiríamos la misma indiferencia por los medios. Es preciso necesariamente que un *sentimiento* se manifieste aquí, para hacernos preferir las tendencias útiles a las tendencias dañinas. Ese sentimiento no puede ser más que una simpatía por la felicidad de los hombres o un eco de su desdicha, puesto que éstos son los diferentes fines que la virtud y el vicio tienen tendencia a promover. Así pues, la razón nos instruye acerca de las diversas tendencias de las acciones y la humanidad hace una distinción a favor de las tendencias útiles y beneficiosas» (David Hume, *Investigación sobre los principios de la moral*).

Date la buena vida

¿Qué pretendo decirte poniendo un «haz lo que quieras» como lema fundamental de esa ética hacia la que vamos tanteando? Pues sencillamente (aunque luego resultará que no es tan sencillo, me temo) que hay que dejarse de órdenes y costumbres, de premios y castigos; en una palabra, de cuanto quiere dirigirte desde fuera, y que tienes que plantearte todo este asunto desde ti mismo, desde el fuero interno de tu voluntad. No le preguntes a nadie qué es lo que debes hacer con tu vida: pregúntatelo a ti mismo. Si deseas saber en qué puedes emplear mejor tu libertad, no la pierdas poniéndote ya desde el principio al servicio de otro o de otros, por buenos, sabios y respetables que sean: interroga sobre el uso de tu libertad... a la libertad misma.

Claro, como eres chico listo puede que te estés dando ya cuenta de que aquí hay una cierta contradicción. Si te digo «haz lo que quieras» parece que te estoy dando de todas formas una orden, «haz eso y no lo otro», aunque sea la orden de que actúes libremente. ¡Vaya orden más complicada, cuando se la examina de cerca! Si la cumples, la desobedeces (porque no haces lo que quieres, sino lo que quiero yo que te lo mando); si la desobedeces, la cumples (porque haces lo que tú quieres en lugar de lo que yo te mando... ¡pero eso es precisamente lo que te estoy mandando!). Créeme, no pretendo meterte en un rompecabezas como los que aparecen en la sección de pasatiempos de los periódicos. Aunque procure decirte todo esto sonriendo para que no nos aburramos más de lo debido, el asunto es serio: no se trata de *pasar* el tiempo, sino de *vivirlo* bien. La aparente contradicción que encierra ese «haz lo que quieras» no es sino un reflejo del problema esencial de la libertad misma: a saber, que no somos libres de no ser libres, que no tenemos más remedio que serlo. ¿Y si me dices que ya está bien, que estás harto y que no quieres seguir siendo libre? ¿Y si decides entregarte como esclavo al mejor postor o jurar que obedecerás en todo y para siempre a tal o cual tirano? Pues lo harás porque quieres, en uso de tu libertad y aunque obedezcas a otro o te dejes llevar por la masa seguirás actuando tal como prefieres: no renunciarás a elegir, sino que habrás elegido no elegir por ti mismo. Por eso un filósofo francés de nuestro siglo, Jean-Paul Sartre, dijo que «estamos condenados a la libertad». Para esa condena, no hay indulto que valga...

De modo que mi «haz lo que quieras» no es más que una forma de decirte que te tomes en serio el problema de tu libertad, lo de que nadie puede dispensarte de la responsabilidad *creadora* de escoger tu camino. No te preguntes con demasiado morbo si «merece la pena» todo este jaleo de la libertad, porque quieras o no eres libre, quieras o

no tienes que *querer*. Aunque digas que no quieres saber nada de estos asuntos tan fastidiosos y que te dejen en paz, también estarás queriendo... queriendo no saber nada, queriendo que te dejen en paz aun a costa de aborregarte un poco o un mucho. ¡Son las cosas del querer, amigo mío, como dice la copla! Pero no confundamos este «haz lo que quieras» con los *caprichos* de que hemos hablado antes. Una cosa es que hagas «lo que quieras» y otra bien distinta que hagas «lo primero que te venga en gana». No digo que en ciertas ocasiones no pueda bastar la pura y simple gana de algo: al elegir qué vas a comer en un restaurante, por ejemplo. Ya que afortunadamente tienes buen estómago y no te preocupa engordar, pues venga, pide lo que te dé la gana... Pero cuidado, que a veces con la «gana» no se gana sino que se pierde. Ejemplo al canto.

No sé si has leído mucho la Biblia. Está llena de cosas interesantes y no hace falta ser muy religioso –ya sabes que yo lo soy más bien poco– para apreciarlas. En el primero de sus libros, el Génesis, se cuenta la historia de Esaú y Jacob, hijos de Isaac. Eran hermanos gemelos, pero Esaú había salido primero del vientre de su madre, lo que le concedía el derecho de primogenitura: ser primogénito en aquellos tiempos no era cosa sin importancia, porque significaba estar destinado a heredar todas las posesiones y privilegios del padre. A Esaú le gustaba ir de caza y correr aventuras, mientras que Jacob prefería quedarse en casita, preparando de vez en cuando algunas delicias culinarias. Cierta día volvió Esaú del campo cansado y hambriento. Jacob había preparado un succulento potaje de lentejas y a su hermano, nada más llegarle el olorillo del guiso, se le hizo la boca agua. Le entraron muchas ganas de comerlo y pidió a Jacob que le invitara. El hermano cocinero le dijo que con mucho gusto pero no gratis sino a cambio del derecho de primogenitura. Esaú pensó: «Ahora lo que me apetecen son las lentejas. Lo de heredar a mi padre será dentro de mucho tiempo. ¡Quién sabe, a lo mejor me muero yo antes que él!» Y accedió a cambiar sus futuros derechos de primogénito por las sabrosas lentejas del presente. ¡Debían oler estupendamente esas lentejas! Ni que decir tiene que más tarde, ya repleta la panza, se arrepintió del mal negocio que había hecho, lo que provocó bastantes problemas entre los hermanos (dicho sea con el respeto debido, siempre me ha dado la impresión de que Jacob era un pájaro de mucho cuidado). Pero si quieres saber cómo acaba la historia, léete el Génesis. Para lo que aquí nos interesa ejemplificar basta con lo que te he contado.

Como te veo un poco sublevado, no me extrañaría que intentaras volver esta historia contra lo que te vengo diciendo: «¿No me recomendabas tú eso tan bonito de “haz lo que quieras”? Pues ahí tienes: Esaú quería potaje, se empeñó en conseguirlo y al final se quedó sin herencia. ¡Menudo éxito!» Sí, claro, pero... ¿eran esas lentejas lo que Esaú quería *de veras* o simplemente lo que le apetecía en aquel momento? Después de todo, ser el primogénito era entonces una cosa muy rentable y en cambio las lentejas ya se sabe: si quieres las tomas y si no las dejas... Es lógico pensar que lo que Esaú quería en el fondo era la primogenitura, un derecho destinado a mejorarle mucho la vida en un plazo más o menos próximo. Por supuesto, también le apetecía comer potaje, pero si se

hubiese molestado en pensar un poco se habría dado cuenta de que este segundo deseo podía esperar un rato con tal de no estropear sus posibilidades de conseguir lo fundamental. A veces los hombres queremos cosas contradictorias que entran en conflicto unas con otras. Es importante ser capaz de establecer prioridades y de imponer una cierta jerarquía entre lo que de pronto me apetece y lo que en el fondo, a la larga, quiero. Y si no, que se lo pregunten a Esaú...

En el cuento bíblico hay un detalle importante. Lo que determina a Esaú para que elija el potaje presente y renuncie a la herencia futura es la sombra de la muerte o, si prefieres, el desánimo producido por la brevedad de la vida. «Como sé que me voy a morir de todos modos y a lo mejor antes que mi padre... ¿para qué molestarme en dar más vueltas a lo que me conviene? ¡Ahora quiero lentejas y mañana estaré muerto, de modo que vengan las lentejas y se acabó!» Parece como si a Esaú la certeza de la muerte le llevase a pensar que la vida *ya no vale la pena*, que todo da igual. Pero lo que hace que todo dé igual no es la vida, sino la muerte. Fíjate: *por miedo a la muerte, Esaú decide vivir como si ya estuviese muerto y todo diese igual*. La vida está hecha de tiempo, nuestro presente está lleno de recuerdos y esperanzas, pero Esaú vive como si para él ya no hubiese otra realidad que el aroma de lentejas que le llega ahorita mismo a la nariz, sin ayer ni mañana. Aún más: nuestra vida está hecha de relaciones con los demás –somos padres, hijos, hermanos, amigos o enemigos, herederos o heredados, etc.–, pero Esaú decide que las lentejas (que son una *cosa*, no una *persona*) cuentan más para él que esas vinculaciones con otros que le hacen ser quien es. Y ahora una pregunta: ¿cumple Esaú realmente lo que quiere o es que la muerte le tiene como *hipnotizado*, paralizando y estropeando su querer?

Dejemos a Esaú con sus caprichos culinarios y sus líos de familia. Volvamos a tu caso, que es el que aquí nos interesa. Si te digo que hagas lo que quieras, lo primero que parece oportuno hacer es que pienses con detenimiento y a fondo qué es lo que quieres. Sin duda te apetecen muchas cosas, a menudo contradictorias, como le pasa a todo el mundo: quieres tener una moto pero no quieres romperte la crisma por la carretera, quieres tener amigos pero sin perder tu independencia, quieres tener dinero pero no quieres avasallar al prójimo para conseguirlo, quieres saber cosas y por ello comprendes que hay que estudiar pero también quieres divertirse, quieres que yo no te dé la lata y te deje vivir a tu aire pero también que esté ahí para ayudarte cuando lo necesites, etc. En una palabra, si tuvieras que resumir todo esto y poner en palabras sinceramente tu deseo global de fondo, me dirías: «Mira, papi, lo que quiero es *darme la buena vida*.» ¡Bravo! ¡Premio para el caballero! Eso mismito es lo que yo quería aconsejarte: cuando te dije «haz lo que quieras» lo que en el fondo pretendía recomendarte es que te atrevieras a darte la buena vida. Y no hagas caso a los tristes ni a los beatos, con perdón: la ética no es más que el intento racional de averiguar cómo vivir mejor. Si merece la pena

interesarse por la ética es porque nos gusta la buena vida. Sólo quien ha nacido para esclavo o quien tiene tanto miedo a la muerte que cree que todo da igual se dedica a las lentejas y vive de cualquier manera...

Quieres darte la buena vida: estupendo. Pero también quieres que esa buena vida no sea la buena vida de una coliflor o de un escarabajo, con todo mi respeto para ambas especies, sino una buena vida *humana*. Es lo que te corresponde, creo yo. Y estoy seguro de que a ello no renunciarías por nada del mundo. Ser humano, ya lo hemos indicado antes, consiste principalmente en tener relaciones con los otros seres humanos. Si pudieras tener muchísimo dinero, una casa más suntuosa que un palacio de las mil y una noches, las mejores ropas, los más exquisitos alimentos (¡muchísimas lentejas!), los más sofisticados aparatos, etc., pero todo ello a costa de no volver a ver ni a ser visto por ningún ser humano jamás, ¿estarías contento? ¿Cuánto tiempo podrías vivir así sin volverte *loco*? ¿No es la mayor de las locuras querer las cosas *a costa* de la relación con las personas? ¡Pero si precisamente la gracia de todas esas cosas estriba en que te permiten –o parecen permitirte– relacionarte más favorablemente con los demás! Por medio del dinero se espera poder deslumbrar o comprar a los otros; las ropas son para gustarles o para que nos envidien; y lo mismo la buena casa, los mejores vinos, etcétera. Y no digamos los aparatos: el vídeo y la tele son para verles mejor, el *compact* para oírles mejor y así sucesivamente. Muy pocas cosas conservan su gracia en la soledad; y si la soledad es completa y definitiva, todas las cosas se amargan irremediabilmente. La buena vida humana es buena vida *entre seres humanos* o de lo contrario puede que sea vida, pero no será ni buena ni humana. ¿Empiezas a ver por dónde voy?

Las cosas pueden ser bonitas y útiles, los animales (por lo menos algunos) resultan simpáticos, pero los hombres lo que queremos ser es humanos, no herramientas ni bichos. Y queremos también ser *tratados* como humanos, porque eso de la humanidad depende en buena medida de lo que los unos hacemos con los otros. Me explico: el melocotón nace melocotón, el leopardo viene ya al mundo como leopardo, pero el hombre no nace ya hombre del todo ni nunca llega a serlo si los demás no le ayudan. ¿Por qué? Porque el hombre no es solamente una realidad biológica, natural (como los melocotones o los leopardos), sino también una realidad *cultural*. No hay humanidad sin aprendizaje cultural y para empezar sin la base de toda cultura (y fundamento por tanto de nuestra humanidad): el *lenguaje*. El mundo en el que vivimos los humanos es un mundo lingüístico, una realidad de símbolos y leyes sin la cual no sólo seríamos incapaces de comunicarnos entre nosotros sino también de captar la *significación* de lo que nos rodea. Pero nadie puede aprender a hablar por sí solo (como podría aprender a comer por sí solo o a mear –con perdón– por sí solo), porque el lenguaje no es una función natural y biológica del hombre (aunque tenga su base en nuestra condición biológica, claro está) sino una creación cultural que heredamos y aprendemos de otros hombres.

Por eso hablar a alguien y escucharle es tratarle como a una persona, por lo menos empezar a darle un trato humano. Es sólo un primer paso, desde luego, porque la cultura dentro de la cual nos humanizamos unos a otros parte del lenguaje pero no es simplemente lenguaje. Hay otras formas de demostrar que nos *reconocemos* como humanos, es decir, estilos de respeto y de miramientos humanizadores que tenemos unos para con otros. Todos queremos que se nos trate así y si no, protestamos. Por eso las chicas se quejan de que se las trate como mujeres «objeto», es decir, simples adornos o herramientas; y por eso cuando insultamos a alguien le llamamos «¡animal!», como advirtiéndole que está rompiendo el trato debido entre hombres y que como siga así podemos pagarle con la misma moneda. Lo más importante de todo esto me parece lo siguiente: que la humanización (es decir, lo que nos convierte en humanos, en lo que queremos ser) es un proceso *recíproco* (como el propio lenguaje, ¿te das cuenta?). Para que los demás puedan hacerme humano, tengo yo que hacerles humanos a ellos; si para mí todos son como cosas o como bestias, yo no seré mejor que una cosa o una bestia tampoco. Por eso *darse la buena vida* no puede ser algo muy distinto a fin de cuentas de *dar la buena vida*. Piénsalo un poco, por favor.

Más adelante seguiremos con esta cuestión. Ahora, para concluir este capítulo de modo más relajado, te propongo que nos vayamos al cine. Podemos ver, si quieres, una hermosísima película dirigida e interpretada por Orson Welles: *Ciudadano Kane*. Te la recuerdo brevemente, Kane es un multimillonario que con pocos escrúpulos ha reunido en su palacio de Xanadú una enorme colección de todas las cosas hermosas y caras del mundo. Tiene de todo, sin duda, y a todos los que le rodean les utiliza para sus fines, como simples instrumentos de su ambición. Al final de su vida, pasea solo por los salones de su mansión, llenos de espejos que le devuelven mil veces su propia imagen de solitario: sólo su imagen le hace compañía. Al fin muere, murmurando una palabra: «¡Rosebud!» Un periodista intenta adivinar el significado de este último gemido, pero no lo logra. En realidad, «Rosebud» es el nombre escrito en un trineo con el que Kane jugaba cuando niño, en la época en que aún vivía rodeado de afecto y devolviendo afecto a quienes le rodeaban. Todas sus riquezas y todo el poder acumulado sobre los otros no habían podido comprarle nada mejor que aquel recuerdo infantil. Ese trineo, símbolo de dulces relaciones humanas, era en verdad lo que Kane quería, la *buena vida* que había sacrificado para conseguir millones de cosas que en realidad no le servían para nada. Y sin embargo la mayoría le envidiaba... Venga, vámonos al cine: mañana seguiremos.

Vete leyendo...

«Y guisó Jacob un potaje; y volviendo Esaú del campo, cansado, dijo a Jacob: Te ruego que me des a comer de ese guiso rojo, pues estoy muy cansado.

»Y Jacob respondió: Véndeme en este día tu primogenitura.

»Entonces dijo Esaú: He aquí que yo me voy a morir; ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura?

»Y dijo Jacob: Júramelo en este día. Y le juró, y vendió a Jacob su primogenitura.

»Entonces Jacob dio a Esaú pan y del guisado de las lentejas; y él comió y bebió, se levantó y se fue. Así menospreció Esaú la primogenitura» (*Génesis*, XXV, 27 a 34).

«Quizá el hombre es malo porque, durante toda la vida, está esperando morir: y así muere mil veces en la muerte de los otros y de las cosas.

»Pues todo animal consciente de estar en peligro de muerte se vuelve loco. Loco miedoso, loco astuto, loco malvado, loco que huye, loco servil, loco furioso, loco odiador, loco embrollador, loco asesino» (Tony Duvert, *Abecedario malévolo*).

«Un hombre libre en nada piensa menos que en la muerte, y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida» (Spinoza, *Ética*).

«Hombre libre es el que quiere sin la arrogancia de lo arbitrario. Cree en la realidad, es decir, en el lazo real que une la dualidad real del Yo y del Tú. Cree en el Destino y cree que el Destino le necesita... Pues lo que ha de acontecer no acontecerá si no está resuelto a querer lo que es capaz de querer» (Martin Buber, *Yo y tú*).

«Ser capaz de prestarse atención a uno mismo es requisito previo para tener la capacidad de prestar atención a los demás; el sentirse a gusto con uno mismo es la condición necesaria para relacionarse con otros» (Erich Fromm, *Ética y psicoanálisis*).

¡Despierta, baby!

Breve resumen de lo anteriormente publicado. El cazador Esaú, convencido de que para cuatro días que va a vivir uno todo da igual, sigue el consejo de su barriga y renuncia a su derecho de primogenitura por un buen plato de lentejas (Jacob fue generoso al menos en eso y le dejó repetir dos veces). El ciudadano Kane, por su parte, se dedicó durante muchos años a vender a todas las personas para poder comprarse todas las cosas; al final de su vida reconoce que cambiaría si pudiera su almacén repleto de cosas carísimas por la única cosa humilde –un viejo trineo– que le recordaba a cierta persona: a él mismo, antes de dedicarse a la compraventa, cuando prefería amar y ser amado que poseer o dominar.

Tanto Esaú como Kane estaban convencidos de hacer *lo que querían*, pero ninguno de ellos parece que consiguió darse *una buena vida*. Y sin embargo, si se les hubiera preguntado qué es lo que deseaban de veras, habrían respondido lo mismo que tú (o que yo, claro): «Quiero dar me la buena vida.» Conclusión: está bastante claro lo que queremos (darnos la buena vida) pero no lo está tanto en qué consiste eso de «la buena vida». Y es que querer la buena vida no es un querer cualquiera, como cuando uno quiere lentejas, cuadros, electrodomésticos o dinero. Todos estos querer es por decirlo así *simples*, se fijan en un solo aspecto de la realidad: no tienen perspectiva de conjunto. No hay nada malo en querer lentejas cuando se tiene hambre, desde luego: pero en el mundo hay otras cosas, otras relaciones, fidelidades debidas al pasado y esperanzas suscitadas por lo venidero, no sé, mucho más, todo lo que se te ocurra. En una palabra, no sólo de lentejas vive el hombre. Por conseguir sus lentejas, Esaú sacrificó demasiados aspectos importantes de su vida, la simplificó más de lo debido. Actuó, como ya te he dicho, bajo el peso de la inminencia de la muerte. La muerte es una gran simplificadora: cuando estás a punto de estirar la pata importan muy pocas cosas (la medicina que puede salvarte, el aire que aún consiente en llenarte los pulmones una vez más...). La vida, en cambio, es siempre complejidad y casi siempre *complicaciones*. Si rehúyes toda complicación y buscas la gran simpleza (¡vengan las lentejas!) no creas que quieres vivir más y mejor sino morirte de una vez. Y hemos dicho que lo que realmente deseamos es la buena vida, no la pronta muerte. De modo que Esaú no nos sirve como maestro.

También Kane simplificaba a su modo la cuestión. A diferencia de Esaú, no era derrochador, sino acumulador y ambicioso. Lo que quería era poder para manejar a los hombres y dinero para comprar cosas, muchas cosas bonitas y seguramente útiles. No tengo nada, figúrate, contra intentar conseguir dinero ni contra la afición a las cosas hermosas o útiles. No me fío de esa gente que dice que no se interesa por el dinero y que asegura no necesitar nada de nada. A lo mejor estoy hecho de barro muy mal cocido, pero no me hace ninguna gracia quedarme sin blanca y si mañana los ladrones me desvalijaran la casa y se llevaran mis libros (temo que poco más podrían llevarse) me sentaría como un tiro. Sin embargo, el deseo de tener más y más (dinero, cosas...) tampoco me parece del todo sano. La verdad es que las cosas que tenemos nos tienen ellas también a nosotros en contrapartida: lo que poseemos nos posee. Me explico. Un día, un sabio budista le decía a su discípulo esto mismo que te estoy diciendo y el discípulo le miraba con la misma cara rara («este tío está *chalo*») con la que a lo mejor tú lees esta página. Entonces el sabio preguntó al discípulo: «¿Qué es lo que más te gusta de esta habitación?» El avisado alumno señaló una estupenda copa de oro y marfil que debía costar su buena pasta. «Bueno, cógela», dijo el sabio, y el muchacho, sin esperar a que se lo dijeran dos veces, agarró firmemente la joyita con la mano derecha. «No se te ocurra soltarla, ¿eh?», observó el maestro con cierta guasa; y después añadió: «¿Y no hay ninguna otra cosa que te guste también?» El discípulo reconoció que la bolsa llena de dinerito contante y sonante que estaba sobre la mesa tampoco le producía repugnancia. «Pues nada, ¡a por ella!», le animó el otro. Y el chico empuñó fervorosamente la bolsa con su mano izquierda. «Y ahora ¿qué?», preguntó al maestro con cierto nerviosismo. Y el sabio repuso: «Ahora ¡ráscale!» No había manera, claro. ¡Y mira que puede llegar uno a necesitar rascarse cuando le pica alguna parte del cuerpo... o aun del alma! Con las manos ocupadas, no puede uno rascarse a gusto ni hacer otros muchos gestos. Lo que tenemos muy agarrado nos agarra también a su modo... o sea que más vale tener cuidado con no pasarse. En cierta forma, eso es lo que le ocurrió a Kane: tenía las manos y el alma tan ocupadas con sus posesiones que de pronto sintió un extraño picor y no supo con qué rascarse.

La vida es más complicada de lo que Kane suponía, porque las manos no sólo sirven para coger sino también para rascarse o para acariciar. Pero la equivocación fundamental de ese personaje, si el que se equivoca no soy yo, fue otra. Obsesionado por conseguir cosas y dinero, trató a la gente como si también fueran cosas. Consideraba que en eso consiste tener *poder* sobre ellas. Grave simplificación: la mayor complejidad de la vida es precisamente ésa, que las personas no son cosas. Al principio no encontró dificultades: las cosas se compran y se venden y Kane compró y vendió también personas. De momento no le pareció que hubiese gran diferencia. Las cosas se usan mientras sirven y luego se tiran: Kane hizo lo mismo con los que le rodeaban y se diría que todo marchaba bien. Tal como poseía las cosas, Kane se propuso poseer personas, dominarlas, manejarlas a su gusto. Así se portó con sus amantes, con sus amigos, con

sus empleados, con sus rivales políticos, con todo bicho viviente. Desde luego hizo mucho daño a los demás, pero lo peor desde su punto de vista (el punto de vista de alguien que suponemos quería darse «buena vida», ya sabes) es que se fastidió seriamente a sí mismo. Intentaré aclararte esto porque me parece de la mayor importancia.

Desengáñate: de una cosa –aunque sea la mejor cosa del mundo– sólo pueden sacarse... *cosas*. Nadie es capaz de dar lo que no tiene, ¿verdad?, ni mucho menos nada puede dar más de lo que es. Las lentejas son útiles para quitar el hambre pero no ayudan a aprender francés, por ejemplo; el dinero, por su parte, sirve para casi todo y sin embargo no puede comprar una verdadera amistad (a fuerza de pasta se consigue servilismo, compañía de gorriones o sexo mercenario, pero nada más). Vamos, que un vídeo le puede prestar a otro vídeo una pieza pero no puede darle un beso... Si los hombres fuésemos simples cosas, con lo que las cosas pueden darnos nos bastaría. Pero ésa es la complicación de que te hablaba: *que como no somos puras cosas, necesitamos «cosas» que las cosas no tienen*. Cuando tratamos a los demás como cosas, a la manera en que lo hacía Kane, lo que recibimos de ellos son también cosas: al estrujarlos sueltan dinero, nos sirven (como si fueran instrumentos mecánicos), salen, entran, se frotan contra nosotros o sonrían cuando apretamos el debido botón... Pero de este modo nunca nos darán esos dones más sutiles que sólo las personas pueden dar. No conseguiremos así ni amistad, ni respeto, ni mucho menos amor. Ninguna cosa (ni siquiera un animal, porque la diferencia entre su condición y la nuestra es demasiado grande) puede brindarnos esa amistad, respeto, amor... en resumen, esa *complicidad* fundamental que sólo se da entre iguales y que a ti o a mí o a Kane, que somos personas, no nos pueden ofrecer más que otras personas a las que tratemos como a tales. Lo del trato es importante, porque ya hemos dicho que los humanos nos humanizamos unos a otros. Al tratar a las personas como a personas y no como a cosas (es decir, al tomar en cuenta lo que quieren o lo que necesitan y no sólo lo que puedo sacar de ellas) estoy haciendo posible que me devuelvan lo que sólo una persona puede darle a otra.

A Kane se le olvidó este pequeño detalle y de pronto (pero demasiado tarde) se dio cuenta de que tenía de todo salvo lo que nadie más que otra persona puede dar: *aprecio sincero* o *cariño espontáneo* o simple *compañía inteligente*. Como a Kane nunca nada pareció importarle salvo el dinero, a nadie le importaba nada de Kane salvo su dinero. Y el gran hombre sabía, además, que era por culpa suya. A veces uno puede tratar a los demás como a personas y no recibir más que coces, traiciones o abusos. De acuerdo. Pero al menos contamos con el respeto de *una* persona, aunque no sea más que una: nosotros mismos. Al no convertir a los otros en cosas defendemos por lo menos nuestro *derecho* a no ser cosas para los otros. Intentamos que el mundo de las personas –ese mundo en el que unas personas tratan como tales a otras, el único en el que de veras se puede *vivir bien* sea posible. Supongo que la desesperación del ciudadano Kane al final de su vida no provenía simplemente de haber perdido el tierno conjunto de relaciones

humanas que tuvo en su infancia, sino de haberse empeñado en perderlas y de haber dedicado su vida entera a estropearlas. No es que no las tuviera sino que se dio cuenta de que ya ni siquiera las *merecía*...

Pero al multimillonario Kane seguro que le envidiaba muchísima gente, me dirás. Seguro que muchos pensaban: «¡Ése sí que sabe vivir!» Bueno, ¿y qué? ¡Despierta de una vez, criatura! Los demás, desde fuera, pueden envidiarle a uno y no saber que en ese mismo momento nos estamos muriendo de cáncer. ¿Vas a preferir darle gusto a los demás que satisfacerte a ti mismo? Kane consiguió todo lo que *había oído decir* que hace feliz a una persona: dinero, poder, influencia, servidumbre... Y descubrió finalmente que a él, dijeran lo que dijeran, le faltaba lo fundamental: el auténtico afecto, el auténtico respeto y aun el auténtico amor de personas libres, de personas a las que él tratara como personas y no como a cosas. Me dirás a lo mejor que ese Kane era un poco raro, como suelen serlo los protagonistas de las películas. Mucha gente se hubiera sentido de lo más satisfecha viviendo en semejante palacio y con tales lujos: la mayoría, me asegurarás en plan cínico, no se hubiera acordado del trineo «Rosebud» para nada. A lo mejor Kane estaba algo chalado... ¡mira que sentirse desgraciado con tantas cosas como tenía! Y yo te digo que dejes a la gente en paz y que sólo pienses en ti mismo. La buena vida que tú quieres ¿es algo así como la de Kane? ¿Te conformas con el plato de lentejas de Esaú?

No respondas demasiado de prisa. Precisamente la ética lo que intenta es averiguar en qué consiste *en el fondo*, más allá de lo que nos cuentan o de lo que vemos en los anuncios de la *tele*, esa dichosa buena vida que nos gustaría pegarnos. A estas alturas ya sabemos que ninguna buena vida puede prescindir de las cosas (nos hacen falta lentejas, que tienen mucho hierro) pero aún menos puede pasarse de personas. A las cosas hay que manejarlas como a cosas y a las personas hay que tratarlas como personas: de este modo las cosas nos ayudarán en muchos aspectos y las personas en uno fundamental, que ninguna cosa puede suplir, el de ser *humanos*. ¿Se trata de una chaladura mía o del ciudadano Kane? A lo mejor ser humanos no es cosa importante porque queramos o no ya lo somos sin remedio... ¡Pero se puede ser humano-cosa o humano-humano, humano simplemente preocupado en ganarse las cosas de la vida –todas las cosas, cuanto más cosas, mejor– y humano dedicado a *disfrutar* de la humanidad vivida entre personas! Por favor, no te *rebajes*; deja las rebajas para los grandes almacenes, que es lo suyo.

Estoy de acuerdo en que muchos a primera vista no le conceden demasiada importancia a lo que estoy diciendo. ¿Son de fiar? ¿Son los más listos o simplemente los que menos atención le prestan al asunto más importante, a su vida? Se puede ser listo para los negocios o para la política y un solemne borrico para cosas más serias, como lo de vivir bien o no. Kane era enormemente listo en lo que se refería al dinero y la manipulación de la gente, pero al final se dio cuenta de que estaba equivocado en lo fundamental. Metió la pata en donde más le convenía acertar. Te repito una palabra que me parece crucial para este asunto: *atención*. No me refiero a la atención del búho, que

no habla pero se fija mucho (según el viejo chiste, ya sabes), sino a la disposición a reflexionar sobre lo que se hace y a intentar precisar lo mejor posible el sentido de esa «buena vida» que queremos vivir. Sin cómodas pero peligrosas simplificaciones, procurando comprender toda la complejidad del asunto este de vivir (me refiero a vivir *humanamente*), que se las trae.

Yo creo que la primera e indispensable condición ética es la de estar decidido a no vivir de cualquier modo: estar convencido de que no todo da igual aunque antes o después vayamos a morirnos. Cuando se habla de «moral» la gente suele referirse a esas órdenes y costumbres que suelen respetarse, por lo menos aparentemente y a veces sin saber muy bien por qué. Pero quizá el verdadero intrínquilis no esté en someterse a un código o en llevar la contraria a lo establecido (que es también someterse a un código, pero *al revés*) sino en intentar *comprender*. Comprender por qué ciertos comportamientos nos convienen y otros no, comprender de qué va la vida y qué es lo que puede hacerla «buena» para nosotros los humanos. Ante todo, nada de contentarse con *ser tenido por bueno*, con *quedar bien* ante los demás, con que nos den *aprobado*... Desde luego, para ello será preciso no sólo fijarse en plan búho o con timorata obediencia de robot, sino también hablar con los demás, dar razones y escucharlas. Pero el esfuerzo de tomar la decisión tiene que hacerlo cada cual en solitario: *nadie puede ser libre por ti*.

De momento te dejo dos cuestiones para que vayas rumiando. La primera es ésta: ¿por qué está *mal* lo que está mal? Y la segunda es todavía más bonita: ¿en qué consiste lo de tratar a las personas como a personas? Si sigues teniendo paciencia conmigo, intentaremos empezar a responder en los dos próximos capítulos.

Vete leyendo...

«Es la debilidad del hombre lo que le hace sociable; son nuestras comunes miserias las que inclinan nuestros corazones a la humanidad; si no fuésemos hombres, no le deberíamos nada. Todo apego es un signo de insuficiencia: si cada uno de nosotros no tuviese ninguna necesidad de los demás, ni siquiera pensaría en unirse a ellos. Así, de nuestra misma deficiencia nace nuestra frágil dicha. Un ser verdaderamente feliz es un ser solitario: sólo Dios goza de una felicidad absoluta; pero ¿quién de nosotros tiene idea de cosa semejante? Si alguien imperfecto pudiese bastarse a sí mismo, ¿de qué gozaría, según nosotros? Estaría solo, sería desdichado. Yo no concibo que quien no tiene necesidad de nada pueda amar algo: y no concibo que quien no ame nada pueda ser feliz» (Jean-Jacques Rousseau, *Emilio*).

«En efecto, por lo que respecta a aquellos cuya atareada pobreza ha usurpado el nombre de riqueza, tienen su riqueza como nosotros decimos que tenemos fiebre, siendo así que es ella la que nos tiene cogidos» (Séneca, *Cartas a Lucilio*).

«Como la razón no exige nada que sea contrario a la naturaleza, exige, por consiguiente, que cada cual se ame a sí mismo, busque su utilidad propia –lo que realmente le sea útil–, apetezca todo aquello que conduce realmente al hombre a una perfección mayor y, en términos absolutos, que cada cual se esfuerce cuanto está en su mano por conservar su ser. (...). Y así, nada es más útil al hombre que el hombre; quiero decir que nada pueden desear los hombres que sea mejor para la conservación de su ser que el concordar todos en todas las cosas, de suerte que las almas de todos formen como una sola alma, y sus cuerpos como un solo cuerpo, esforzándose todos a la vez, cuanto puedan, en conservar su ser, y buscando todos a una la común utilidad, de donde se sigue que los hombres que se guían por la razón, es decir, los hombres que buscan su utilidad bajo la guía de la razón, no apetecen para sí nada que no deseen para los demás hombres, y, por ello, son justos, dignos de confianza y honestos» (Spinoza, *Ética*).

Aparece Pepito Grillo

¿Sabes cuál es la única *obligación* que tenemos en esta vida? Pues no ser imbéciles. La palabra «imbécil» es más sustanciosa de lo que parece, no te vayas a creer. Viene del latín *baculus* que significa «bastón»: el imbécil es el que necesita bastón para caminar. Que no se enfaden con nosotros los cojos ni los ancianitos, porque el bastón al que nos referimos no es el que se usa muy legítimamente para ayudar a sostenerse y dar pasitos a un cuerpo quebrantado por algún accidente o por la edad. El imbécil puede ser todo lo ágil que se quiera y dar brincos como una gacela olímpica, no se trata de eso. Si el imbécil cojea no es de los pies, sino del ánimo: es su espíritu el debilucho y cojitranco, aunque su cuerpo pegue unas volteretas de órdago. Hay imbéciles de varios modelos, a elegir:

a) El que cree que no quiere nada, el que dice que todo le da igual, el que vive en un perpetuo bostezo o en siesta permanente, aunque tenga los ojos abiertos y no ronque.

b) El que cree que lo quiere todo, lo primero que se le presenta y lo contrario de lo que se le presenta: marcharse y quedarse, bailar y estar sentado, masticar ajos y dar besos sublimes, todo a la vez.

c) El que no sabe lo que quiere ni se molesta en averiguarlo. Imita los quererres de sus vecinos o les lleva la contraria porque sí, todo lo que hace está dictado por la opinión mayoritaria de los que le rodean: es conformista sin reflexión o rebelde sin causa.

d) El que sabe qué quiere y sabe lo que quiere y, más o menos, sabe por qué lo quiere pero lo quiere flojito, con miedo o con poca fuerza. A fin de cuentas, termina siempre haciendo lo que no quiere y dejando lo que quiere para mañana, a ver si entonces se encuentra más entonado.

e) El que quiere con fuerza y ferocidad, en plan bárbaro, pero se ha engañado a sí mismo sobre lo que es la realidad, se despista enormemente y termina confundiendo la buena vida con aquello que va a hacerle polvo.

Todos estos tipos de imbecilidad necesitan bastón, es decir, necesitan apoyarse en cosas de fuera, ajenas, que no tienen nada que ver con la libertad y la reflexión propias. Siento decirte que los imbéciles suelen acabar bastante mal, crea lo que crea la opinión vulgar. Cuando digo que «acaban mal» no me refiero a que terminen en la cárcel o fulminados por un rayo (eso sólo suele pasar en las películas), sino que te aviso de que suelen fastidiarse a sí mismos y nunca logran vivir la buena vida, esa que tanto nos apetece a ti y a mí. Y todavía siento más tener que informarte qué síntomas de

imbecilidad solemos tener casi todos; vamos, por lo menos yo me los encuentro un día sí y otro también, ojalá a ti te vaya mejor en el invento... Conclusión: ¡alerta!, ¡en guardia!, ¡la imbecilidad acecha y no perdona!

Por favor, no vayas a confundir la imbecilidad de la que te hablo con lo que a menudo se llama ser «imbécil», es decir, ser tonto, saber pocas cosas, no entender la trigonometría o ser incapaz de aprenderse el subjuntivo del verbo francés *aimer*. Uno puede ser imbécil para las matemáticas (*mea culpa!*) y no serlo para la moral, es decir, para la buena vida. Y al revés: los hay que son lince para los negocios y unos perfectos cretinos para cuestiones de ética. Seguro que el mundo está lleno de premios Nobel, listísimos en lo suyo, pero que van dando tropezones y bastonazos en la cuestión que aquí nos preocupa. Desde luego, para evitar la imbecilidad en cualquier campo es preciso prestar atención, como ya hemos dicho en el capítulo anterior, y esforzarse todo lo posible por aprender. En estos requisitos coinciden la física o la arqueología y la ética. Pero el negocio de vivir bien no es lo mismo que el de saber cuánto son dos y dos. Saber cuánto son dos y dos es cosa preciosa, sin duda, pero al imbécil moral no es esa sabiduría la que puede librarle del gran batacazo. Por cierto, ahora que lo pienso... ¿cuánto son dos y dos?

Lo contrario de ser moralmente imbécil es tener *conciencia*. Pero la conciencia no es algo que le toque a uno en una tómbola ni que nos caiga del cielo. Por supuesto, hay que reconocer que ciertas personas tienen desde pequeñas mejor «oído» ético que otras y un «buen gusto» moral espontáneo, pero este «oído» y ese «buen gusto» pueden afirmarse y desarrollarse con la práctica (lo mismo que el oído musical y el buen gusto estético). ¿Y si alguien carece en absoluto de semejante «oído» o «buen gusto» en cuestiones de bien vivir? Pues, chico, mal remedio le veo a su caso. Uno puede dar muchas razones estéticas, basadas en la historia, la armonía de formas y colores, en lo que quieras, para justificar que un cuadro de Velázquez tiene mayor mérito artístico que un cromó de las tortugas Ninja. Pero si después de mucho hablar alguien dice que prefiere el cromito a *Las Meninas* no sé cómo vamos a arreglárnoslas para sacarle de su error. Del mismo modo, si alguien no ve malicia ninguna en matar a martillazos a un niño para robarle el chupete, me temo que nos quedaremos roncós antes de lograr convencerle...

Bueno, admito que para lograr tener conciencia hacen falta algunas cualidades innatas, como para apreciar la música o disfrutar con el arte. Y supongo que también serán favorables ciertos requisitos sociales y económicos, pues a quien se ha visto desde la cuna privado de lo humanamente más necesario es difícil exigirle la misma facilidad para comprender lo de la buena vida que a los que tuvieron mejor suerte. Si nadie te trata como humano, no es raro que vayas a lo bestia... Pero una vez concedido ese mínimo, creo que el resto depende de la atención y esfuerzo de cada cual. ¿En qué consiste esa conciencia que nos curará de la imbecilidad moral? Fundamentalmente en los siguientes rasgos:

a) Saber que no todo da igual porque queremos realmente vivir y además vivir bien, *humanamente* bien.

b) Estar dispuestos a *fiarnos* en si lo que hacemos corresponde a lo que de veras queremos o no.

c) A base de práctica, ir desarrollando el *buen gusto* moral, de tal modo que haya ciertas cosas que nos *repugne* espontáneamente hacer (por ejemplo, que le dé a uno «asco» mentir como nos da asco por lo general mear en la sopera de la que vamos a servirnos de inmediato...).

d) Renunciar a buscar coartadas que disimulen que somos libres y por tanto razonablemente *responsables* de las consecuencias de nuestros actos.

Como verás, no invoco en estos rasgos descriptivos motivo diferente para preferir lo de aquí a lo de allá, la conciencia a la imbecilidad, que tu propio provecho. ¿Por qué está *mal* lo que llamamos «malo»? Porque no le deja a uno vivir la buena vida que queremos. ¿Resulta pues que hay que evitar el mal por una especie de *egoísmo*? Ni más ni menos. Por lo general la palabra «egoísmo» suele tener mala prensa: se llama «egoísta» a quien sólo piensa en sí mismo y no se preocupa por los demás, hasta el punto de fastidiarles tranquilamente si con ello obtiene algún beneficio. En este sentido diríamos que el ciudadano Kane era un «egoísta» o también Calígula, aquel emperador romano capaz de cometer cualquier crimen por satisfacer el más simple de sus caprichos. Estos personajes y otros parecidos suelen ser considerados egoístas (incluso *monstruosamente* egoístas) y desde luego no se distinguen por lo exquisito de su conciencia ética ni por su empeño en evitar hacer el mal...

De acuerdo, pero ¿son tan egoístas como parece estos llamados «egoístas»? ¿Quién es el verdadero egoísta? Es decir: ¿quién puede ser egoísta sin ser imbécil? La respuesta me parece obvia: *el que quiere lo mejor para sí mismo*. Y ¿qué es lo mejor? Pues eso que hemos llamado «buena vida». ¿Se dio una buena vida Kane? Si hemos de creer lo que nos cuenta Orson Welles, no parece. Se empeñó en tratar a las personas como si fueran cosas y de este modo se quedó sin los regalos humanamente más apetecibles de la vida, como el cariño sincero de los otros o su amistad sin cálculo. Y Calígula, no digamos. ¡Vaya vida que se infligió el pobre chico! Los únicos sentimientos sinceros que consiguió despertar en su prójimo fueron el terror y el odio. ¡Hay que ser imbécil, moralmente imbécil, para suponer que es mejor vivir rodeado de pánico y crueldad que entre amor y agradecimiento! Para concluir, al despistado de Calígula se lo cargaron sus propios guardias, claro: ¡menuda birria de egoísta estaba hecho si lo que quiso es darse la buena vida a base de fechorías! Si hubiera pensado de veras en sí mismo (es decir, si hubiese tenido conciencia) se habría dado cuenta de que los humanos necesitamos para vivir bien algo que sólo los otros humanos pueden darnos si nos lo ganamos pero que es imposible de *robar* por la fuerza o los engaños.

Cuando se roba, ese algo (respeto, amistad, amor) pierde todo su buen gusto y a la larga se convierte en veneno. Los «egoístas» del tipo de Kane o Calígula se parecen a esos concursantes de televisión que quieren conseguir el premio mayor pero se equivocan y piden el que no vale nada...

Sólo deberíamos llamar egoísta consecuente al que sabe de verdad lo que le conviene para vivir bien y se esfuerza por conseguirlo. El que se harta de todo lo que le sienta mal (odio, caprichos criminales, lentejas compradas a precio de lágrimas, etc.) en el fondo quisiera ser egoísta pero *no sabe*. Pertenece al gremio de los imbéciles y habría que recetarle un poco de conciencia para que se amase mejor a sí mismo. Porque el pobrecillo (aunque sea un pobrecillo millonario o un pobrecillo emperador) cree que se ama a sí mismo pero se fija tan poco en lo que de veras le conviene que termina portándose como si fuese su peor enemigo. Así lo reconoce un célebre villano de la literatura universal, el Ricardo III de Shakespeare en la tragedia de ese mismo título. Para llegar a convertirse en rey, el conde de Gloucester (que finalmente será coronado como Ricardo III) elimina a todos los parientes varones que se interponen entre el trono y él, incluyendo hasta niños. Gloucester ha nacido muy listo, pero contrahecho, lo que ha sido un constante sufrimiento para su amor propio; supone que el poder real compensará en cierto modo su joroba y su pierna renga, logrando así inspirar el *respeto* que no consigue por medio de su aspecto físico. En el fondo, Gloucester quiere *ser amado*, se siente aislado por su malformación y cree que el afecto puede *imponerse* a los demás... ¡a la fuerza, por medio del poder! Fracasa, claro está: consigue el trono, pero no inspira a nadie cariño sino horror y después odio. Y lo peor de todo es que él mismo, que había cometido todos sus crímenes por amor propio desesperado, siente ahora horror y odio por sí mismo: ¡no sólo no ha ganado ningún nuevo amigo sino que ha perdido el único amor que creía seguro! Es entonces cuando pronuncia el espantoso y profético diagnóstico de su caso clínico: «Me lanzaré con negra desesperación contra mi alma y acabaré convertido en enemigo de mí mismo.»

¿Por qué termina Gloucester vuelto un «enemigo de sí mismo»? ¿Acaso no ha conseguido lo que quería, el trono? Sí, pero al precio de estropear su verdadera posibilidad de ser amado y respetado por el resto de sus compañeros humanos. Un trono no concede automáticamente ni amor ni respeto verdadero: sólo garantiza adulación, temor y servilismo. Sobre todo cuando se consigue por medio de fechorías, como en el caso de Ricardo III. En vez de compensar de algún modo su deformación física, Gloucester se deforma también *por dentro*. Ni de su joroba ni de su cojera tenía él la culpa, por lo que no había razón para avergonzarse de esas casualidades infortunadas: los que se rieran de él o le despreciaran por ellas son quienes hubieran debido avergonzarse. Por fuera los demás le veían contrahecho, pero él por dentro podía haberse sabido inteligente, generoso y digno de afecto; si se hubiera amado de verdad a sí mismo, debería haber intentado exteriorizar por medio de su conducta ese interior limpio y recto, su verdadero yo. Por el contrario, sus crímenes le convierten ante sus propios ojos

(cuando se mira a sí mismo por dentro, allí donde nadie más que él es testigo) en un monstruo más repugnante que cualquier contrahecho físico. ¿Por qué? Porque de sus jorobas y cojeras morales es él mismo responsable, a diferencia de las otras que eran azares de la naturaleza. La corona manchada de traición y de sangre no le hace más *amable*, ni mucho menos: ahora se sabe menos digno de amor que nunca y ni él mismo se quiere ya. ¿Llamaremos «egoísta» a alguien que se hace tanta pupa a sí mismo?

En el párrafo anterior he utilizado unas palabras severas que quizá no se te hayan escapado (si se te han escapado, mala suerte): palabras como «culpa» o «responsable». Suenan a lo que habitualmente se relaciona con la conciencia, ¿no?, lo de Pepito Grillo y demás. No me ha faltado más que mencionar el más «feo» de esos títulos: *remordimiento*. Sin duda lo que amarga la existencia a Gloucester y no le deja disfrutar de su trono ni de su poder son ante todo los remordimientos de su conciencia. Y ahora yo te pregunto: ¿sabes de dónde vienen los remordimientos? En algunos casos, me dirás, son reflejos íntimos del *miedo* que sentimos ante el castigo que puede merecer –en este mundo o en otro después de la muerte, si es que lo hay– nuestro mal comportamiento. Pero supongamos que Gloucester no tiene miedo a la venganza justiciera de los hombres y no cree que haya ningún Dios dispuesto a condenarle al fuego eterno por sus fechorías. Y, sin embargo, sigue desazonado por los remordimientos... Fíjate: uno puede lamentar haber obrado mal *aunque esté razonablemente seguro de que nada ni nadie va a tomar represalias contra él*. Y es que, al actuar mal y darnos cuenta de ello, comprendemos que ya estamos siendo castigados, que nos hemos *estropeado* a nosotros mismos –poco o mucho– voluntariamente. No hay peor castigo que darse cuenta de que uno está boicoteando con sus actos lo que en realidad quiere ser...

¿Que de dónde vienen los remordimientos? Para mí está muy claro: de nuestra *libertad*. Si no fuésemos libres, no podríamos sentirnos culpables (ni orgullosos, claro) de nada y evitaríamos los remordimientos. Por eso, cuando sabemos que hemos hecho algo *vergonzoso*, procuramos asegurar que no tuvimos otro remedio que obrar así, que no pudimos elegir: «yo cumplí órdenes de mis superiores», «vi que todo el mundo hacía lo mismo», «perdí la cabeza», «es más fuerte que yo», «no me di cuenta de lo que hacía», etcétera. Del mismo modo el niño pequeño, cuando se cae al suelo y se rompe el tarro de mermelada que intentaba coger de lo alto de la estantería, grita lloroso: «¡Yo no he sido!» Lo grita precisamente porque *sabe que ha sido él*; si no fuera así, ni se molestaría en decir nada y quizá hasta se riese y todo. En cambio, si ha dibujado algo muy bonito en seguida proclamará: «¡Lo he hecho yo solito, nadie me ha ayudado!» Del mismo modo, ya mayores, queremos siempre ser libres para atribuirnos el mérito de lo que logramos pero preferimos confesarnos «esclavos de las circunstancias» cuando nuestros actos no son precisamente gloriosos.

Despachemos con viento fresco al pelmazo de Pepito Grillo: la verdad es que me ha resultado siempre tan poco simpático como aquel otro insecto detestable, la hormiga de la fábula que deja a la locuela cigarra sin comida ni cobijo en invierno sólo para darle una

lección, la muy grosera. De lo que se trata es de tomarse en serio la libertad, o sea de ser *responsable*. Y lo serio de la libertad es que tiene *efectos* indudables, que no se pueden borrar a conveniencia una vez producidos. Soy libre de comerme o no comerme el pastel que tengo delante; pero una vez que me lo he comido, ya no soy libre de tenerlo delante o no. Te pongo otro ejemplo, éste de Aristóteles (ya sabes, aquel viejo griego del barco en la tormenta): si tengo una piedra en la mano, soy libre de conservarla o de tirarla, pero si la tiro a lo lejos ya no puedo ordenarle que vuelva para seguir teniéndola en la mano. Y si con ella le parto la crisma a alguien... pues tú me dirás. Lo serio de la libertad es que cada acto libre que hago limita mis posibilidades al elegir y realizar una de ellas. Y no vale la trampa de esperar a ver si el resultado es bueno o malo antes de asumir si soy o no su responsable. Quizá pueda engañar al observador de fuera, como pretende el niño que dice «¡yo no he sido!», pero a mí mismo nunca me puedo engañar del todo. Pregúntaselo a Gloucester... ¡o a Pinocho!

De modo que lo que llamamos «remordimiento» no es más que el descontento que sentimos con nosotros mismos cuando hemos empleado mal la libertad, es decir, cuando la hemos utilizado en contradicción con lo que de veras queremos como seres humanos. Y ser responsable es saberse auténticamente libre, para bien y para mal: apechugar con las consecuencias de lo que hemos hecho, enmendar lo malo que pueda enmendarse y aprovechar al máximo lo bueno. A diferencia del niño malcriado y cobarde, el responsable siempre está dispuesto a *responder* de sus actos: «¡Sí, he sido yo!» El mundo que nos rodea, si te fijas, está lleno de ofrecimiento para descargar al sujeto del peso de su responsabilidad. La culpa de lo malo que sucede parece ser de las circunstancias, de la sociedad en la que vivimos, del sistema capitalista, del carácter que tengo (¡es que yo soy así!), de que no me educaron bien (o me mimaron demasiado), de los anuncios de la *tele*, de las tentaciones que se ofrecen en los escaparates, de los ejemplos irresistibles y perniciosos... Acabo de usar la palabra clave de estas justificaciones: *irresistible*. Todos los que quieren dimitir de su responsabilidad creen en lo irresistible, aquello que avasalla sin remedio, sea propaganda, droga, apetito, soborno, amenaza, forma de ser... lo que salte. En cuanto aparece lo irresistible, ¡zas!, deja uno de ser libre y se convierte en marioneta a la que no se le deben pedir cuentas. Los partidarios del autoritarismo creen firmemente en lo irresistible y sostienen que es necesario prohibir todo lo que puede resultar avasallador: ¡una vez que la policía haya acabado con todas las tentaciones, ya no habrá más delitos ni pecados! Tampoco habrá ya libertad, claro, pero el que algo quiere, algo le cuesta... Además ¡qué gran alivio saber que si todavía queda por ahí alguna tentación suelta la responsabilidad de lo que pase es de quien no la prohibió a tiempo y no de quien cede a ella!

¿Y si yo te dijera que lo «irresistible» no es más que una *superstición*, inventada por los que le tienen miedo a la libertad? ¿Que todas las instituciones y teorías que nos ofrecen disculpas para la responsabilidad no nos quieren ver más contentos sino sabernos más esclavos? ¿Que quien espera a que todo en el mundo sea como es debido para

empezar a portarse él mismo como es debido ha nacido para mentecato, para bribón o para las dos cosas, que también suele pasar? ¿Que por muchas prohibiciones que se nos impongan y muchos policías que nos vigilen siempre podremos obrar mal –es decir, contra nosotros mismos– si *queremos*? Pues te lo digo, te lo digo con toda la convicción del mundo.

Un gran poeta y narrador argentino, Jorge Luis Borges, hace al principio de uno de sus cuentos la siguiente reflexión sobre cierto antepasado suyo: «Le tocaron, como a todos los hombres, malos tiempos en que vivir.» En efecto, *nadie* ha vivido nunca en tiempos completamente favorables, en los que resulte sencillo ser hombre y llevar una buena vida. Siempre ha habido violencia, rapiña, cobardía, imbecilidad (moral y de la otra), mentiras aceptadas como verdades porque son agradables de oír... A nadie se le *regala* la buena vida humana ni nadie consigue lo conveniente para él sin coraje y sin esfuerzo: por eso *virtud* deriva etimológicamente de *vir*, la fuerza viril del guerrero que se impone en el combate contra la mayoría. ¿Te parece un auténtico fastidio? Pues pide el libro de reclamaciones... Lo único que puedo garantizarte es que nunca se ha vivido en Jauja y que la decisión de vivir bien la tiene que tomar cada cual respecto a sí mismo, día a día, sin esperar a que la estadística le sea favorable o el resto del universo se lo pida por favor.

El meollo de la responsabilidad, por si te interesa saberlo, no consiste simplemente en tener la gallardía o la honradez de asumir las propias meteduras de pata sin buscar excusas a derecha e izquierda. El tipo responsable es consciente de lo *real* de su libertad. Y empleo «real» en el doble sentido de «auténtico» o «verdadero» pero también de «propio de un rey»: el que toma decisiones sin que nadie por encima suyo le dé órdenes. Responsabilidad es saber que cada uno de mis actos me va construyendo, me va definiendo, me va *inventando*. Al elegir lo que quiero hacer voy *transformándome* poco a poco. Todas mis decisiones dejan huella en mí mismo antes de dejarla en el mundo que me rodea. Y claro, una vez emplea da mi libertad en irme haciendo un rostro ya no puedo quejarme o asustarme de lo que veo en el espejo cuando me miro... Si obro bien cada vez me será más difícil obrar mal (y al revés, por desgracia): por eso lo ideal es ir cogiendo el vicio... de vivir bien. Cuando al protagonista de la película del oeste le dan la oportunidad de que dispare al villano por la espalda y él dice: «Yo no *puedo* hacer eso», todos entendemos lo que quiere decir. Disparar, lo que se dice disparar, sí que podría, pero no tiene semejante costumbre. ¡Por algo es el «bueno» de la historia! Quiere seguir siendo fiel al tipo que ha elegido ser, al tipo que se ha fabricado libremente desde tiempo atrás.

Perdona si este capítulo me ha salido demasiado largo pero es que me he entusiasmado un poco y además ¡tengo tantas cosas que decirte! Lo dejaremos aquí y cogeremos fuerzas, porque mañana me propongo hablarte de en qué consiste eso de tratar a las personas como a personas, es decir con realismo o, si prefieres: con bondad.

Vete leyendo...

«¡Oh, cobarde conciencia, cómo me afliges!... ¡La luz despide resplandores azulencos!... ¡Es la hora de la medianoche mortal!... ¡Un sudor frío empapa mis temblorosas carnes!... ¡Cómo! ¿Tengo miedo de mí mismo?... Aquí no hay nadie... Ricardo ama a Ricardo... Eso es; yo soy yo... ¿Hay aquí algún asesino?... No... ¡Sí!... ¡Yo!... ¡Huyamos, pues!... ¡Cómo! ¿De mí mismo?... ¡Valiente razón!... ¿Por qué?... ¡Del miedo a la venganza! ¡Cómo! ¿De mí mismo contra mí mismo? ¡Ay! ¡Yo me amo! ¿Por qué causa? ¿Por el escaso bien que me he hecho a mí mismo? ¡Oh, no! ¡Ay de mí! ... ¡Más bien debería odiarme por las infames acciones que he cometido! ¡Soy un miserable! Pero miento: eso no es verdad... ¡Loco, habla bien de ti! ¡Loco, no te adules! ¡Mi conciencia tiene millares de lenguas, y cada lengua repite su historia particular, y cada historia me condena como un miserable! ¡El perjurio, el perjurio en el más alto grado! ¡El asesinato, el horrendo asesinato hasta el más feroz extremo! Todos los crímenes diversos, todos cometidos bajo todas las formas, acuden a acusarme, gritando todos: ¡Culpable! ¡Culpable!... ¡Me desesperaré! ¡No hay criatura humana que me ame! ¡Y si muero, ningún alma tendrá piedad de mí!... ¿Y por qué había de tenerla? ¡Si yo mismo no he tenido piedad de mí!» (William Shakespeare, *La tragedia de Ricardo III*).

«*No hagas a los otros lo que no quieras que te hagan a ti*” es uno de los principios más fundamentales de la ética. Pero es igualmente justificado afirmar: *todo lo que hagas a otros te lo haces también a ti mismo*» (Erich Fromm, *Ética y psicoanálisis*).

«Todos, cuando favorecen a otros, se favorecen a sí mismos; y no me refiero al hecho de que el socorrido querrá socorrer y el defendido proteger, o que el buen ejemplo retorna, describiendo un círculo, hacia el que lo da –como los malos ejemplos recaen sobre sus autores, y ninguna piedad alcanza a aquellos que padecen injurias después de haber demostrado con sus actos que podían hacerse–, sino a que el valor de toda virtud radica en ella misma, ya que no se practica en orden al premio: la recompensa de la acción virtuosa es haberla realizado» (Séneca, *Cartas a Lucilio*).

Ponte en su lugar

Robinson Crusoe pasea por una de las playas de la isla en la que una inoportuna tormenta con su correspondiente naufragio le ha confinado. Lleva su loro al hombro y se protege del sol gracias a la sombrilla fabricada con hojas de palmera que le tiene justificadamente orgulloso de su habilidad. Piensa que, dadas las circunstancias, no puede decirse que se las haya arreglado del todo mal. Ahora tiene un refugio en el que guarecerse de las inclemencias del tiempo y del asalto de las fieras, sabe dónde conseguir alimento y bebida, tiene vestidos que le abriguen y que él mismo se ha hecho con elementos naturales de la isla, los dóciles servicios de un rebañito de cabras, etc. En fin, que sabe cómo arreglárselas para llevar más o menos su buena vida de náufrago solitario. Sigue paseando Robinson y está tan contento de sí mismo que por un momento le parece que no echa nada de menos. De pronto, se detiene con sobresalto. Allí, en la arena blanca, se dibuja una marca que va a revolucionar toda su pacífica existencia: la huella de un pie humano.

¿De quién será? ¿Amigo o enemigo? ¿Quizá un enemigo al que puede convertir en amigo? ¿Hombre o mujer? ¿Cómo se entenderá con él o ella? ¿Qué *trato* le dará? Robinson está ya acostumbrado a hacerse preguntas desde que llegó a la isla y a resolver los problemas del modo más ingenioso posible: ¿qué comeré?, ¿dónde me refugiaré?, ¿cómo me protegeré del sol? Pero ahora la situación no es igual porque ya no tiene que vérselas con acontecimientos naturales, como el hambre o la lluvia, ni con fieras salvajes, sino con otro ser humano: es decir, con otro Robinson o con otros Robinsones y Robinsonas. Ante los elementos o las bestias, Robinson ha podido comportarse sin atender a nada más que a su necesidad de supervivencia. Se trataba de ver si podía con ellos o ellos podían con él, sin otras complicaciones. Pero ante seres humanos la cosa ya no es tan simple. Debe sobrevivir, desde luego, pero ya no *de cualquier modo*. Si Robinson se ha convertido en una fiera como las demás que rondan por la selva, a causa de su soledad y su desventura, no se preocupará más que de si el desconocido causante de la huella es un enemigo a eliminar o una presa a devorar. Pero si aún quiere seguir siendo un hombre... Entonces se las va a ver no ya con una presa o un simple enemigo, sino con un rival o un posible compañero; en cualquier caso, con un *semejante*.

Mientras está solo, Robinson se enfrenta a cuestiones técnicas, mecánicas, higiénicas, incluso científicas, si me apuras. De lo que se trata es de *salvar la vida* en un medio hostil y desconocido. Pero cuando encuentra la huella de Viernes en la arena de la

playa empiezan sus problemas *éticos*. Ya no se trata solamente de sobrevivir, como una fiera o como una alcachofa, perdido en la naturaleza; ahora tiene que empezar a *vivir humanamente*, es decir, con otros o contra otros hombres, pero *entre* hombres. Lo que hace «humana» a la vida es el transcurrir en compañía de humanos, hablando con ellos, pactando y mintiendo, siendo respetado o traicionado, amando, haciendo proyectos y recordando el pasado, desafiándose, organizando juntos las cosas comunes, jugando, intercambiando símbolos... La ética no se ocupa de cómo alimentarse mejor o de cuál es la manera más recomendable de protegerse del frío ni de qué hay que hacer para vadear un río sin ahogarse, cuestiones todas ellas sin duda muy importantes para sobrevivir en determinadas circunstancias; lo que a la ética le interesa, lo que constituye su *especialidad*, es cómo vivir bien la vida humana, la vida que transcurre entre humanos. Si uno no sabe cómo arreglárselas para sobrevivir en los peligros naturales, pierde la vida, lo cual sin duda es un fastidio grande; pero si uno no tiene ni idea de ética, lo que pierde o malgasta es lo humano de su vida y eso, francamente, tampoco tiene ninguna gracia.

Antes te dije que la huella en la arena anunció a Robinson la proximidad comprometedora de un *semejante*. Pero vamos a ver, ¿hasta qué punto era Viernes semejante a Robinson? Por un lado, un europeo del siglo XVII, poseedor de los conocimientos científicos más avanzados de su época, educado en la religión cristiana, familiarizado con los mitos homéricos y con la imprenta; por otro, un salvaje caníbal de los mares del Sur, sin más cultura que la tradición oral de su tribu, creyente en una religión politeísta y desconocedor de la existencia de las grandes ciudades contemporáneas como Londres o Amsterdam. Todo era diferente del uno al otro: color de la piel, aficiones culinarias, entretenimientos... Seguro que por las noches ni siquiera sus sueños tenían nada en común. Y sin embargo, pese a tantas diferencias, también había entre ellos rasgos fundamentalmente parecidos, semejanzas esenciales que Robinson no compartía con ninguna fiera ni con ningún árbol o manantial de la isla. Para empezar, ambos *hablaban*, aunque fuese en lenguas muy distintas. El mundo estaba hecho para ellos de símbolos y de relaciones entre símbolos, no de puras cosas sin nombre. Y tanto Robinson como Viernes eran capaces de *valorar* los comportamientos, de saber que uno puede hacer ciertas cosas que están «bien» y otras que son por el contrario «malas». A primera vista, lo que ambos consideraban «bueno» y «malo» no era ni mucho menos igual, porque sus valoraciones concretas provenían de culturas muy lejanas: el canibalismo, sin ir más lejos, era una costumbre razonable y aceptada para Viernes, mientras que a Robinson –como a ti, supongo, por tragaldabas que seas, le merecía el más profundo de los horrores. Y a pesar de ello los dos coincidían en suponer que hay *criterios* destinados a justificar qué es aceptable y qué es horroroso. Aunque tuvieran posiciones muy distintas desde las que discutir, *podían* llegar a discutir y comprender de qué estaban discutiendo. Ya es bastante más de lo que se suele hacer con un tiburón o con una avalancha de rocas, ¿no?

Todo eso está muy bien, me dirás, pero lo cierto es que por muy semejantes que sean los hombres no está claro de antemano cuál sea la mejor manera de comportarse respecto a ellos. Si la huella en la arena que encuentra Robinson pertenece a un miembro de la tribu de caníbales que pretende comérselo estofado, su actitud ante el desconocido no deberá ser la misma que si se trata del grumete del barco que viene por fin a rescatarle. Precisamente porque los otros hombres se me parecen mucho pueden resultarme más *peligrosos* que cualquier animal feroz o que un terremoto. No hay peor enemigo que un enemigo inteligente, capaz de hacer planes minuciosos, de tender trampas o de engañarme de mil maneras. Quizá entonces lo mejor sea tomarles la delantera y ser uno el primero en tratarles, por medio de violencia o emboscadas, como si ya fuesen efectivamente esos *enemigos* que pudieran llegar a ser... Sin embargo, esta actitud no es tan prudente como parece a primera vista: al comportarme ante mis semejantes como enemigo, aumento sin duda las posibilidades de que ellos se conviertan sin remedio en enemigos míos también; y además pierdo la ocasión de ganarme su amistad o de conservarla si en principio estuviesen dispuestos a ofrecérmela.

Mira este otro comportamiento posible ante nuestros peligrosos semejantes. Marco Aurelio fue emperador de Roma y además filósofo, lo cual es bastante raro porque los gobernantes suelen interesarse poco por todas las cuestiones que no sean indiscutiblemente prácticas. A este emperador le gustaba anotar algo así como unas conversaciones que tenía consigo mismo, dándose consejos o hasta pegándose broncas. Frecuentemente apuntaba cosas de este jaez (acudo a la memoria, no al libro, de modo que no te lo tomes al pie de la letra): «Al levantarte hoy, piensa que a lo largo del día te encontrarás con algún mentiroso, con algún ladrón, con algún adúltero, con algún asesino. Y recuerda que has de tratarles como a hombres, porque son tan humanos como tú y por tanto te resultan tan imprescindibles como la mandíbula inferior lo es para la superior.» Para Marco Aurelio, lo más importante respecto a los hombres no es si su conducta me parece conveniente o no, sino que –en cuanto humanos– me *conviene* y eso nunca debo olvidarlo al tratar con ellos. Por malos que sean, su humanidad coincide con la mía y la refuerza. Sin ellos, yo podría quizá vivir pero no vivir humanamente. Aunque tenga algún diente postizo y dos o tres con caries, siempre es más conveniente a la hora de comer contar con una mandíbula inferior que ayude a la superior...

Y es que esa misma semejanza en la inteligencia, en la capacidad de cálculo y proyecto, en las pasiones y los miedos, eso mismo que hace tan peligrosos a los hombres para mí cuando quieren serlo, los hace también supremamente *útiles*. Cuando un ser humano *me viene bien*, nada puede venirme mejor. A ver, ¿qué conoces tú que sea mejor que ser *amado*? Cuando alguien quiere dinero, o poder, o prestigio... ¿acaso no apetece esas riquezas para poder comprar la mitad de lo que cuando uno es amado recibe *gratis*? Y ¿quién me puede amar de verdad sino otro ser como yo, que funcione igual que yo, que me quiera *en tanto que humano*... y a pesar de ello? Ningún bicho, por cariñoso que sea, puede darme tanto como otro ser humano, incluso aunque sea un ser

humano algo antipático. Es muy cierto que a los hombres debo tratarlos con *cuidado*, por si acaso. Pero ese «cuidado» no puede consistir ante todo en recelo o malicia, sino en el miramiento que se tiene al manejar las cosas frágiles, las cosas más frágiles de todas... porque no son simples *cosas*. Ya que el vínculo de respeto y amistad con los otros humanos es lo más precioso del mundo para mí, que también lo soy, cuando me las vea con ellos debo tener principal interés en resguardarlo y hasta *mimarlo*, si me apuras un poco. Y ni siquiera a la hora de salvar el pellejo es aconsejable que olvide por completo esta prioridad.

Marco Aurelio, que era emperador y filósofo pero no imbécil, sabía muy bien lo que tú también sabes: que hay gente que roba, que miente y que mata. Naturalmente, no suponía que por aquello de llevarse bien con el prójimo hay que favorecer semejantes conductas. Pero tenía bastante claras dos cosas que me parecen muy importantes:

Primera: que quien roba, miente, traiciona, viola, mata o abusa de cualquier modo de uno no por ello deja de ser *humano*. Aquí el lenguaje es engañoso, porque al acuñar el título de infamia («ése es un ladrón», «aquélla una mentirosa», «tal otro un criminal») nos hace olvidar un poco que se trata siempre de seres humanos que, sin dejar de serlo, se comportan de manera poco recomendable. Y quien «ha llegado» a ser algo detestable, como sigue siendo humano aún puede volver a transformarse de nuevo en lo más conveniente para nosotros, lo más imprescindible...

Segunda: Una de las características principales de todos los humanos es nuestra capacidad de *imitación*. La mayor parte de nuestro comportamiento y de nuestros gustos la copiamos de los demás. Por eso somos tan educables y vamos aprendiendo sin cesar los logros que conquistaron otras personas en tiempos pasados o latitudes remotas. En todo lo que llamamos «civilización», «cultura», etc., hay un poco de invención y muchísimo de imitación. Si no fuésemos tan copiones, constantemente cada hombre debería empezar todo desde cero. Por eso es tan importante el *ejemplo* que damos a nuestros congéneres sociales: es casi seguro que en la mayoría de los casos nos tratarán tal como se vean tratados. Si repartimos a troche y moche enemistad, aunque sea disimuladamente, no es probable que recibamos a cambio cosa mejor que más enemistad. Ya sé que por muy buen ejemplo que llegue a dar uno, los demás siempre tienen a la vista demasiados malos ejemplos que imitar. ¿Para qué molestarse, pues, y renunciar a las ventajas inmediatas que sacan a menudo los canallas? Marco Aurelio te contestaría: «¿Te parece prudente aumentar el ya crecido número de los malos, de los que poco realmente positivo puedes esperar, y desanimar a la minoría de los mejores, que en cambio tanto pueden hacer por tu buena vida? ¿No es más lógico sembrar lo que intentas cosechar en lugar de lo opuesto, aun a sabiendas de que la cizaña puede estropear tu cosecha? ¿Prefieres portarte voluntariamente al modo de tanto loco como hay suelto, en lugar de defender y mostrar las ventajas de la cordura?»

Pero estudiemos un poco más de cerca lo que hacen esos que llamamos «malos», es decir, los que tratan a los demás humanos como a enemigos en lugar de procurar su amistad. Seguro que recuerdas la película *Frankenstein*, interpretada por ese entrañable monstruo de monstruos que fue Boris Karloff. Intentamos verla juntos en la *tele* cuando eras bastante pequeñajo y tuve que apagar porque, según me dijiste con elegante franqueza, «me parece que empieza a darme *demasiado* miedo». Bueno, pues en la novela de Mary W. Shelley en la que se basa la película, la criatura hecha de remiendos de cadáveres hace esta confesión a su ya arrepentido inventor: «Soy malo porque soy desgraciado.» Tengo la impresión de que la mayoría de los supuestos «malos» que corren por el mundo podrían decir lo mismo cuando fuesen sinceros. Si se comportan de manera hostil y despiadada con sus semejantes es porque sienten miedo, o soledad, o porque carecen de cosas necesarias que otros muchos poseen: desgracias, como verás. O porque padecen la mayor desgracia de todas, la de verse tratados por la mayoría sin amor ni respeto, tal como le ocurría a la pobre criatura del doctor Frankenstein, a la que sólo un ciego y una niña quisieron mostrar amistad. No conozco gente que sea mala de puro feliz ni que martirice al prójimo como señal de alegría. Todo lo más, hay bastantes que para estar contentos necesitan *no enterarse* de los padecimientos que abundan a su alrededor y de algunos de los cuales son cómplices. Pero la ignorancia, aunque esté satisfecha de sí misma, también es una forma de desgracia...

Ahora bien: si cuanto más feliz y alegre se siente alguien menos ganas tendrá de ser malo, ¿no será cosa prudente intentar fomentar todo lo posible la felicidad de los demás en lugar de hacerles desgraciados y por tanto propensos al mal? El que colabora en la desdicha ajena o no hace nada para ponerle remedio... se la está buscando. ¡Que no se queje luego de que haya tantos malos sueltos! A corto plazo, tratar a los semejantes como enemigos (o como víctimas) puede parecer *ventajoso*. El mundo está lleno de «pillines» o de descarados canallas que se consideran sumamente astutos cuando sacan provecho de la buena intención de los demás y hasta de sus desventuras. Francamente, no me parecen tan «listos» como ellos se halagan en creer. La mayor *ventaja* que podemos obtener de nuestros semejantes no es la posesión de más cosas (o el dominio sobre más personas tratadas como cosas, como instrumentos) sino *la complicidad y afecto de más seres libres*. Es decir, la ampliación y refuerzo de mi *humanidad*. «Y eso ¿para qué sirve?», preguntará el pillo, creyendo alcanzar el colmo de la astucia. A lo que tú puedes responderle: «No *sirve* para nada de lo que tú piensas. Sólo los *siervos* sirven y aquí ya te he dicho que estamos hablando de seres *libres*.» El problema del canalla es que no sabe que la libertad no sirve ni gusta de ser servida sino que busca *contagiarse*. Tiene mentalidad de esclavo, el pobrecillo... ¡por muy «rico» en cosas que se considere a sí mismo!

Y suspira luego el canalla, ahora ya tembloroso y reducido a simple pillín: «Si yo no me aprovecho de los otros, ¡seguro que son los otros los que se aprovechan de mí!» Es una cuestión de ratones-esclavos y leones-libres, con las debidas reverencias para ambas

especies zoológicas de mi mayor consideración. Diferencia número uno entre el que ha nacido para ratón y el que ha nacido para león: el ratón pregunta «¿qué me pasará?» y el león «¿qué haré?». Número dos: el ratón quiere obligar a los demás a que le quieran para así ser capaz de quererse a sí mismo y el león se quiere a sí mismo por lo que es capaz de querer a los demás. Número tres: el ratón está dispuesto a hacer lo que sea contra los demás para prevenir lo que los demás pueden hacer contra él, mientras que el león considera que hace a favor de sí mismo todo lo que hace a favor de los demás. Ser ratón o ser león: ¡he aquí la cuestión! Para el león está bastante claro —«tenebrosamente claro», como diría el poeta Antonio Machado— que el primer perjudicado cuando intento perjudicar a mi semejante soy precisamente yo mismo... y en lo que tengo de más valioso, de menos *servil*.

Llegamos por fin al momento de intentar responder a una pregunta cuya contestación directa (indirectamente y con rodeos hace bastantes páginas que no hablamos de otra cosa) hemos aplazado ya demasiado tiempo: ¿en qué consiste tratar a las personas como a personas, es decir, humanamente? Respuesta: consiste en que *intentas ponerte en su lugar*. Reconocer a alguien como semejante implica sobre todo la posibilidad de comprenderle *desde dentro*, de adoptar por un momento su propio punto de vista. Es algo que sólo de una manera muy novelesca y dudosa puedo pretender con un murciélago o con un geranio, pero que en cambio se impone con los seres capaces de manejar símbolos como yo mismo. A fin de cuentas, siempre que *hablamos* con alguien lo que hacemos es establecer un terreno en el que quien ahora es «yo» sabe que se convertirá en «tú» y viceversa. Si no admitiésemos que existe algo fundamentalmente igual entre nosotros (la posibilidad de ser para otro lo que otro es para mí) no podríamos *cruzar* ni palabra. Allí donde hay cruce, hay también reconocimiento de que en cierto modo pertenecemos a lo de *enfrente* y lo de enfrente nos pertenece... Y eso aunque yo sea joven y el otro viejo, aunque yo sea hombre y el otro mujer, aunque yo sea blanco y el otro negro, aunque yo sea tonto y el otro listo, aunque yo esté sano y el otro enfermo, aunque yo sea rico y el otro pobre. «Soy humano —dijo un antiguo poeta latino— y nada de lo que es humano puede parecerme ajeno.» Es decir: tener conciencia de mi humanidad consiste en darme cuenta de que, pese a todas las muy reales diferencias entre los individuos, estoy también en cierto modo *dentro* de cada uno de mis semejantes. Para empezar, como *palabra*...

Y no sólo para poder hablar con ellos, claro está. Ponerse en el lugar de otro es algo más que el comienzo de toda comunicación simbólica con él: se trata de tomar en cuenta sus *derechos*. Y cuando los derechos faltan, hay que comprender sus *razones*. Pues eso es algo a lo que todo hombre tiene derecho frente a los demás hombres, aunque sea el peor de todos: tiene derecho —derecho *humano*— a que alguien intente ponerse en su lugar y comprender lo que hace y lo que siente. Aunque sea para condenarle en nombre de leyes que toda sociedad debe admitir. En una palabra, ponerte en el lugar de otro es *tomarle en serio*, considerarle tan plenamente *real* como a ti mismo. ¿Recuerdas a

nuestro viejo amigo el ciudadano Kane? ¿O a Gloucester? Se tomaron tan en serio a sí mismos, tuvieron tan en cuenta sus deseos y ambiciones, que actuaron como si los demás no fuesen de verdad, como si fuesen simples muñecos o fantasmas: los aprovechaban cuando les venía bien su colaboración, los desechaban o mataban si ya no les resultaban utilizables. No hicieron el mínimo esfuerzo por ponerse en su lugar, por *relativizar* su interés propio para tomar en cuenta también el interés ajeno. Ya sabes cómo les fue.

No te estoy diciendo que haya nada malo en que tengas tus propios *intereses*, ni tampoco que debas renunciar a ellos siempre para dar prioridad a los de tu vecino. Los tuyos, desde luego, son tan respetables como los suyos y lo demás son cuentos. Pero fijate en la palabra misma «interés»: viene del latín *inter esse*, lo que está entre varios, lo que pone en relación a varios. Cuando hablo de «relativizar» tu interés quiero decir que ese interés no es algo tuyo exclusivamente, como si vivieras solo en un mundo de fantasmas, sino que te pone en contacto con otras realidades tan «de verdad» como tú mismo. De modo que todos los intereses que puedas tener son relativos (según otros intereses, según las circunstancias, según leyes y costumbres de la sociedad en que vives) salvo un interés, el único interés *absoluto*: el interés de ser humano entre los humanos, de dar y recibir el trato de humanidad sin el que no puede haber «buena vida». Por mucho que pueda interesarte algo, si miras bien nada puede ser tan interesante para ti como la capacidad de ponerte en el lugar de aquellos con los que tu interés te relaciona. Y al ponerte en su lugar no sólo debes ser capaz de atender a sus razones, sino también de participar de algún modo en sus pasiones y sentimientos, en sus dolores, anhelos y gozos. Se trata de sentir *simpatía* por el otro (o si prefieres *compasión*, pues ambas voces tienen etimologías semejantes, la una derivando del griego y la otra del latín), es decir ser capaz de experimentar en cierta manera al unísono con el otro, no dejarle del todo solo ni en su pensar ni en su querer. Reconocer que estamos hechos de la misma pasta, a la vez idea, pasión y carne. O como lo dijo más bella y profundamente Shakespeare: todos los humanos estamos hechos de la sustancia con la que se trenzan los sueños. Que se note que nos damos cuenta de ese parentesco.

Tomarte al otro en serio, es decir, ser capaz de ponerte en su lugar para aceptar prácticamente que es tan real como tú mismo, no significa que siempre debas darle la razón en lo que reclama o en lo que hace. Ni tampoco que, como le tienes por tan real como tú mismo y semejante a ti, debas comportarte como si fueseis *idénticos*. El dramaturgo y humorista Bernard Shaw solía decir: «No siempre hagas a los demás lo que deseas que te hagan a ti: ellos pueden tener gustos diferentes.» Sin duda los hombres somos semejantes, sin duda sería estupendo que llegásemos a ser iguales (en cuanto a oportunidades al nacer y luego ante las leyes), pero desde luego no somos ni tenemos por qué empeñarnos en ser idénticos. ¡Menudo aburrimiento y menuda tortura generalizada! Ponerte en el lugar del otro es hacer un esfuerzo de objetividad por ver las cosas como él las ve, no *echar* al otro y ocupar tú su sitio... O sea que él debe seguir siendo él y tú

tienes que seguir siendo tú. El primero de los derechos humanos es el derecho a no ser fotocopia de nuestros vecinos, a ser más o menos *raros*. Y no hay derecho a obligar a otro a que deje de ser «raro» por su bien, salvo que su «rareza» consista en hacer daño al prójimo directa y claramente...

Acabo de emplear la palabra «derecho» y me parece que ya la he utilizado un poco antes. ¿Sabes por qué? Porque gran parte del difícil arte de ponerse en el lugar del prójimo tiene que ver con eso que desde muy antiguo se llama *justicia*. Pero aquí no sólo me refiero a lo que la justicia tiene de *institución pública* (es decir, leyes establecidas, jueces, abogados, etc.), sino a la *virtud* de la justicia, o sea: a la habilidad y el esfuerzo que debemos hacer cada uno –si queremos vivir bien– por entender lo que nuestros semejantes pueden *esperar* de nosotros. Las leyes y los jueces intentan determinar obligatoriamente lo mínimo que las personas tienen derecho a exigir de aquellos con quienes conviven en sociedad, pero se trata de un mínimo y nada más. Muchas veces, por muy *legal* que sea, por mucho que se respeten los códigos y nadie pueda ponernos multas o llevarnos a la cárcel, nuestro comportamiento sigue siendo en el fondo *injusto*. Toda ley escrita no es más que una abreviatura, una simplificación –a menudo imperfecta– de lo que tu semejante puede esperar concretamente de *ti*, no del Estado o de sus jueces. La vida es demasiado compleja y sutil, las personas somos demasiado distintas, las situaciones son demasiado variadas, a menudo demasiado *íntimas*, como para que todo quepa en los libros de jurisprudencia. Lo mismo que nadie puede ser *libre* en tu lugar, también es cierto que nadie puede ser *justo* por ti si tú no te das cuenta de que debes serlo para vivir bien. Para entender del todo lo que el otro puede esperar de ti no hay más remedio que *amarle* un poco, aunque no sea más que amarle sólo porque también es humano... y ese pequeño pero importantísimo amor ninguna ley instituida puede imponerlo. Quien vive bien debe ser capaz de una justicia simpática, o de una compasión justa.

¡Vaya, me ha salido otro capítulo larguísimo! Pero tengo la excusa de que éste es el capítulo más importante de todos. Lo fundamental de la ética de la que quiero hablarte he intentado decirlo en estas últimas páginas. Me atrevería a pedirte que, si no estás demasiado harto, lo leyeras otra vez antes de pasar más adelante. Aunque si no lo haces porque estás algo cansado... ¡bueno, me pongo en tu lugar!

Vete leyendo...

«Un día, cerca del mediodía, cuando iba a visitar mi canoa, me sorprendió de una manera extraña el descubrir sobre la arena la reciente huella de un pie descalzo. Me paré de repente, como herido por un rayo o como si hubiese visto alguna aparición. Escuché, dirigí la vista alrededor mío, pero nada vi, no oí nada...» (Daniel Defoe, *Aventuras de Robinson Crusoe*).

«Toda vida verdadera es encuentro» (Martin Buber, *Yo y tú*).

«Unido con sus semejantes por el más fuerte de todos los vínculos, el de un destino común, el hombre libre encuentra que siempre lo acompaña una nueva visión que proyecta sobre toda tarea cotidiana la luz del amor. La vida del hombre es una larga marcha a través de la noche, rodeado de enemigos invisibles, torturado por el cansancio y el dolor, hacia una meta que pocos pueden esperar alcanzar, y donde nadie puede detenerse mucho tiempo. Uno tras otro, a medida que avanzan, nuestros camaradas se alejan de nuestra vista, atrapados por las órdenes silenciosas de la muerte omnipotente. Muy breve es el lapso durante el cual podemos ayudarlos, en el que se decide su felicidad o su miseria. ¡Ojalá nos corresponda derramar luz solar en su senda, iluminar sus penas con el bálsamo de la simpatía, darles la pura alegría de un afecto que nunca se cansa, fortalecer su ánimo desfalleciente, inspirarles fe en horas de desesperanza» (Bertrand Russell, *Misticismo y lógica*).

«Nunca hubo adepto de la virtud y enemigo del placer tan triste y tan rígido como para predicar las vigilias, los trabajos y las austeridades sin ordenar, al mismo tiempo, dedicarse con todas sus fuerzas a aliviar la pobreza y la miseria de los otros. Todos estiman que incluso hay que glorificar, con el título de humanidad, el hecho de que el hombre es para el hombre salvación y consuelo, puesto que es esencialmente “humano” –y ninguna virtud es tan propia del hombre como ésta– suavizar lo más posible las penas de los otros, hacer desaparecer la tristeza, devolver la alegría de vivir, es decir: el placer» (Tomás Moro, *Utopía*).

Tanto gusto

Imagínate que alguien te informa de que tu amigo Fulanito o tu amiga Zutanita han sido detenidos por «conducta inmoral» en la vía pública. Puedes estar seguro de que su «inmoralidad» no ha consistido en saltarse un semáforo en rojo, o en haber dicho a alguien una mentira muy gorda en plena calle, ni tampoco es que hayan sustraído una cartera aprovechando las aperturas urbanas. Lo más probable es que el salido de Fulanito se dedicase a palmear con rudo aprecio el trasero de las mejores jamonas que se fueran cruzando en su camino o que la descocada de Zutanita, tras unas cuantas copas, se haya empeñado en mostrar a los viandantes que su anatomía nada tiene que envidiar a la más atrevida modelo. Y si alguna persona de las llamadas «respetables» (¡como si el resto de las personas no lo fuesen!) te anuncia en tono severo que tal o cual película es «inmoral», ya sabes que no se refiere a que aparezcan varios asesinatos en la pantalla o a que los personajes ganen dinero por medios poco limpios sino a... bueno, tú ya sabes a lo que se refieren.

Cuando la gente habla de «moral» y sobre todo de «inmoralidad», el ochenta por ciento de las veces —y seguro que me quedo corto— el sermón trata de algo referente al *sexo*. Tanto que algunos creen que la moral se dedica ante todo a juzgar lo que la gente hace con sus genitales. El disparate no puede ser mayor y supongo que por poca atención que le hayas dedicado a lo que te vengo diciendo hasta ahora ya no se te ocurrirá compartirlo. En el sexo, de por sí, no hay nada más «inmoral» que en la comida o en los paseos por el campo; claro que alguien puede comportarse inmoralmente en el sexo (utilizándolo para hacer daño a otra persona, por ejemplo), lo mismo que hay quien se come el bocadillo del vecino o aprovecha sus paseos para planear atentados terroristas. Y por supuesto, como la relación sexual puede llegar a establecer vínculos muy poderosos y complicaciones afectivas muy delicadas entre la gente, es lógico que se consideren especialmente los *miramientos* debidos a los semejantes en tales casos. Pero, por lo demás, te digo rotundamente que en lo que hace disfrutar a dos y no daña a ninguno no hay nada de malo. El que de veras está «malo» es quien cree que hay algo de malo en disfrutar... No sólo es que «tenemos» un cuerpo, como suele decirse (casi con resignación), sino que *somos* un cuerpo, sin cuya satisfacción y bienestar no hay vida buena que valga. El que se avergüenza de las capacidades gozosas de su cuerpo es tan bobo como el que se avergüenza de haberse aprendido la tabla de multiplicar.

Desde luego, una de las funciones indudablemente importantes del sexo es la *procreación*. ¡Qué te voy a contar a ti, que eres hijo mío! Y es una consecuencia que no puede ser tomada a la ligera, pues impone obligaciones ciertamente éticas: repasa, si no te acuerdas, lo que te he contado antes sobre la *responsabilidad* como reverso inevitable de la libertad. Pero la experiencia sexual no puede limitarse simplemente a la *función* procreadora. En los seres humanos, los dispositivos naturales para asegurar la perpetuación de la especie tienen siempre otras dimensiones que la biología no parece haber previsto. Se les añaden símbolos y refinamientos, invenciones preciosas de esa libertad sin la que los hombres no seríamos hombres. Es paradójico que sean los que ven algo de «malo» o al menos de «turbio» en el sexo quienes dicen que dedicarse con demasiado entusiasmo a él *animaliza* al hombre. La verdad es que son precisamente los animales quienes sólo emplean el sexo para procrear, lo mismo que sólo utilizan la comida para alimentarse o el ejercicio físico para conservar la salud; los humanos, en cambio, hemos inventado el erotismo, la gastronomía y el atletismo. El sexo es un mecanismo de reproducción para los hombres, como también para los ciervos y los besugos; pero en los hombres produce otros muchos efectos, por ejemplo la poesía lírica y la institución matrimonial, que ni los ciervos ni los besugos conocen (no sé si por desgracia o por suerte para ellos). Cuanto más se separa el sexo de la simple procreación, menos animal y más humano resulta. Claro que de ello se derivan consecuencias buenas y malas, como siempre que la libertad está en juego... Pero de ese problema te vengo hablando casi desde la primera página de este rollo.

Lo que se agazapa en toda esa obsesión sobre la «inmoralidad» sexual no es ni más ni menos que uno de los más viejos temores sociales del hombre: *el miedo al placer*. Y como el placer sexual destaca entre los más intensos y vivos que pueden sentirse, por eso se ve rodeado de tan enfáticos recelos y cautelas. ¿Por qué asusta el placer? Supongo que será porque nos gusta demasiado. A lo largo de los siglos, las sociedades siempre han intentado evitar que sus miembros se aficionasen a darle marcha al cuerpo a todas horas, olvidando el trabajo, la previsión del futuro y la defensa del grupo: la verdad es que uno nunca se siente tan contento y de acuerdo con la vida como cuando goza, pero si se olvida de todo lo demás puede no durar mucho vivo. La existencia humana ha sido en toda época y momento un juego *peligroso* y eso vale para las primeras tribus que se agruparon junto al fuego hace millares de años y para quienes hoy tenemos que cruzar la calle cuando vamos a comprar el periódico. El placer nos *distrae* a veces más de la cuenta, cosa que puede resultarnos fatal. Por eso los placeres se han visto siempre acosados por tabúes y restricciones, cuidadosamente racionados, permitidos sólo en ciertas fechas, etc.: se trata de precauciones sociales (que a veces perduran aun cuando ya no hacen falta) para que nadie se distraiga demasiado del peligro de vivir.

Por otro lado están quienes sólo disfrutan no dejando disfrutar. Tienen tanto miedo a que el placer les resulte irresistible, se angustian tanto pensando lo que les puede pasar si un día le dan de verdad gusto al cuerpo, que se convierten en *calumniadores*

profesionales del placer. Que si el sexo esto, que si la comida y la bebida lo otro, que si el juego lo de más allá, que si basta de risas y fiestas con lo triste que es el mundo, etc. Tú, ni caso. Todo puede llegar a sentar mal o servir para hacer el mal, pero *nada es malo sólo por el hecho de que te dé gusto hacerlo*. A los calumniadores profesionales del placer se les llama «puritanos». ¿Sabes quién es puritano? El que asegura que la señal de que algo es bueno consiste en que no nos gusta hacerlo. El que sostiene que siempre tiene más mérito sufrir que gozar (cuando en realidad puede ser más meritorio gozar *bien* que sufrir *mal*). Y lo peor de todo: el puritano cree que cuando uno vive *bien* tiene que pasarlo mal y que cuando uno lo pasa *mal* es porque está viviendo bien. Por supuesto, los puritanos se consideran la gente más «moral» del mundo y además guardianes de la moralidad de sus vecinos. No quiero ser exagerado, aunque suelo serlo, pero yo te diría que es más «decente» y más «moral» el sinvergüenza corriente que el puritano oficial. Su modelo suele ser la señora de aquel cuento... ¿te acuerdas? Llamó a la policía para protestar de que había unos chicos desnudos bañándose delante de su casa. La policía alejó a los chicos, pero la señora volvió a llamar diciendo que se estaban bañando (desnudos, siempre desnudos) un poco más arriba y que seguía el escándalo. Vuelta a alejarlos la policía y vuelta a protestar la señora. «Pero señora –dijo el inspector–, si los hemos mandado a más de un kilómetro y medio de distancia...» Y la puritana contestó, «virtuosamente» indignada: «¡Sí, pero con los gemelos todavía sigo viéndoles!»

Como a mi juicio el puritanismo es la actitud más opuesta que puede darse a la ética, no me oirás ni una palabra contra el placer ni por supuesto intentaré de ningún modo que te *avergüences*, aunque sea poquito, por el apetito de disfrutar lo más posible con cuerpo y alma. Incluso estoy dispuesto a repetirte con la mayor convicción el consejo de un viejo maestro francés que mucho te recomiendo, Michel de Montaigne: «Hay que retener con todas nuestras uñas y dientes el uso de los placeres de la vida, que los años nos quitan de entre las manos unos después de otros.» En esa frase de Montaigne quiero destacarte dos cosas. La primera aparece al final de la recomendación y dice que los años nos van quitando sin cesar posibilidades de gozo por lo que no es prudente esperar demasiado para decidirse a pasarlo bien. Si tardas mucho en pasarlo bien, terminas por pasar de pasarlo bien... Hay que saber entregarse al saboreo del presente, lo que los romanos (y el un poco latoso profe-poeta de *El club de los poetas muertos*) resumían en el dicho *carpe diem*. Pero esto no quiere decir que tengas que buscar hoy todos los placeres sino que debes *buscar todos los placeres de hoy*. Uno de los medios más seguros de estropear los goces del presente es empeñarte en que cada momento tenga *de todo* y que te brinde las satisfacciones más dispares e improbables. No te obsesiones con meter a la fuerza en el instante que vives los placeres que no pegan; procura más bien encontrarle el guiño placentero a todo lo que hay. Vamos: no dejes que se te enfríe el huevo frito por esforzarte a contracorriente en conseguir una

hamburguesa ni te amargues la hamburguesa ya servida porque le falta *ketchup*... Recuerda que lo placentero no es el huevo, ni la hamburguesa, ni la salsa, sino lo bien que tú *sepas* disfrutar con lo que te rodea.

Lo cual me lleva al principio de la cita de Montaigne que antes te puse, cuando habla de aferrarse con uñas y dientes «al *uso* de los placeres de la vida». Lo bueno es usar los placeres, es decir, tener siempre cierto control sobre ellos que no les permita revolverse contra el resto de lo que forma tu existencia personal. Recuerda que hace bastantes páginas, con motivo de Esaú y sus lentejas recalentadas, hablamos de la *complejidad* de la vida y de lo recomendable que es para vivirla bien no simplificarla más de lo debido. El placer es muy agradable pero tiene una fastidiosa tendencia a lo excluyente: si te entregas a él con demasiada generosidad es capaz de irte dejando sin nada con el pretexto de hacértelo pasar bien. *Usar* los placeres, como dice Montaigne, es no permitir que cualquiera de ellos te borre la posibilidad de todos los otros y que ninguno te esconda por completo el *contexto* de la vida nada simple en que cada uno tiene su ocasión. La diferencia entre el «uso» y el «abuso» es precisamente ésta: cuando usas un placer, enriqueces tu vida y no sólo el placer sino que la vida misma te gusta cada vez más; es señal de que estás abusando el notar que el placer te va empobreciendo la vida y que ya no te interesa la vida sino sólo ese particular placer. O sea que el placer ya no es un ingrediente agradable de la plenitud de la vida, sino un refugio para *escapar* de la vida, para esconderte de ella y calumniarla mejor...

A veces decimos eso de «me muero de gusto». Mientras se trate de lenguaje figurado no hay nada que objetar, porque uno de los efectos benéficos del placer muy intenso es *disolver* todas esas armaduras de rutina, miedo y trivialidad que llevamos puestas y que a menudo nos amargan más de lo que nos protegen; al perder esas corazas parecemos «morir» respecto a lo que habitualmente somos, pero para renacer luego más fuertes y animosos. Por eso los franceses, especialistas delicados en esos temas, llaman al orgasmo «*la petite mort*», la *muertecita*... Se trata de una «muerte» para vivir más y mejor, que nos hace más sensibles, más dulce o fieramente apasionados. Sin embargo, en otros casos el gusto que obtenemos amenaza con matarnos en el sentido más literal e irremediable de la palabra. O mata nuestra salud y nuestro cuerpo, o nos embrutece matando nuestra humanidad, nuestros miramientos para con los demás y para con el resto de lo que constituye nuestra vida. No voy a negarte que haya ciertos placeres por los que pueda merecer la pena *jugarse* la vida. El «instinto de conservación» a toda costa está muy bien pero no es más que eso: un instinto. Y los humanos vivimos un poco más allá de los instintos o si no la cosa tiene poca gracia. Desde el punto de vista del médico o del acojonado profesional, ciertos placeres nos hacen *daño* y suponen un *peligro*, aunque para quienes tenemos una perspectiva menos clínica sigan siendo muy respetables y considerables. Sin embargo, permíteme que desconfíe de todos los placeres cuyo principal encanto parezca ser el «daño» y el «peligro» que proporcionan. Una cosa es que te «mueras de gusto» y otra bastante distinta que el gusto consista en morirse... o al

menos en ponerse «a morir». Cuando un placer te mata, o está siempre –para darte gusto– a punto de matarte o va matando en ti lo que en tu vida hay de humano (lo que hace tu existencia ricamente compleja y te permite ponerte en el lugar de los otros)... es un *castigo* disfrazado de placer, una vil trampa de nuestra enemiga la muerte. La ética consiste en apostar a favor de que la vida vale la pena, ya que hasta las penas de la vida valen la pena. Y valen la pena porque es a través de ellas como podemos alcanzar los placeres de la vida, siempre contiguos –es el destino– a los dolores. De modo que si me das a elegir obligadamente entre las penas de la vida y los placeres de la muerte, elijo sin dudar las primeras... ¡precisamente porque lo que me gusta es disfrutar y no perecer! No quiero placeres que me permitan *huir* de la vida, sino que me la hagan más intensamente grata.

Y ahora viene la pregunta del millón: ¿cuál es la mayor *gratificación* que puede darnos algo en la vida? ¿Cuál es la recompensa más alta que podemos obtener de un esfuerzo, una caricia, una palabra, una música, un conocimiento, una máquina, o de montañas de dinero, del prestigio, de la gloria, del poder, del amor, de la ética o de lo que se te ocurra? Te advierto que la respuesta es tan sencilla que corre el riesgo de decepcionarte: *lo máximo que podemos obtener sea de lo que sea es alegría*. Todo cuanto lleva a la alegría tiene justificación (al menos desde un punto de vista, aunque no sea absoluto) y todo lo que nos aleja sin remedio de la alegría es un camino equivocado. ¿Qué es la alegría? Un «sí» espontáneo a la vida que nos brota de dentro, a veces cuando menos lo esperamos. Un «sí» a lo que somos, o mejor, a lo que *sentimos* ser. Quien tiene alegría ya ha recibido el premio máximo y no echa de menos nada; quien no tiene alegría –por sabio, guapo, sano, rico, poderoso, santo, etc., que sea– es un miserable que carece de lo más importante. Pues bien, escucha: el placer es estupendo y deseable cuando sabemos ponerlo al servicio de la alegría, pero no cuando la enturbia o la compromete. El límite negativo del placer no es el dolor, ni siquiera la muerte, sino la alegría: en cuanto empezamos a perderla por determinado deleite, seguro que estamos disfrutando con lo que no nos conviene. Y es que la alegría, no sé si vas a entenderme aunque no logro explicarme mejor, es una experiencia que abarca placer y dolor, muerte y vida; es la experiencia que definitivamente *acepta* el placer y el dolor, la muerte y la vida.

Al arte de poner el placer al servicio de la alegría, es decir, a la virtud que sabe no ir a caer del gusto en el disgusto, se le suele llamar desde tiempos antiguos *templanza*.

Se trata de una habilidad fundamental del hombre libre pero hoy no está muy de moda: se la quiere sustituir por la *abstinencia* radical o por la *prohibición* policíaca. Antes que intentar usar bien algo de lo que se puede usar mal (es decir, abusar), los que han nacido para robots prefieren renunciar por completo a ello y, si es posible, que se lo prohíban desde fuera, para que así su voluntad tenga que hacer menos ejercicio. Desconfían de todo lo que les gusta; o, aún peor, creen que les gusta todo aquello de lo que desconfían. «¡Que no me dejen entrar en un bingo, porque me lo jugaré todo! ¡Que

no me consientan probar un *porro*, porque me convertiré en un esclavo babeante de la droga!» Etc. Son como esa gente que compra una máquina que les da masajes en la barriga para no tener que hacer flexiones con su propio esfuerzo. Y claro, cuanto más se privan a la fuerza de las cosas, más locamente les apetecen, más se entregan a ellas con mala conciencia, dominados por el más triste de todos los placeres: el placer de sentirse *culpables*. Desengáñate: cuando a uno le gusta sentirse «culpable», cuando uno cree que un placer es más placer auténtico si resulta en cierto modo «criminal», lo que se está pidiendo a gritos es *castigo*... El mundo está lleno de supuestos «rebeldes» que lo único que desean en el fondo es que les castiguen por ser libres, que algún poder superior de este mundo o de otro les impida quedarse a solas con sus tentaciones.

En cambio, la templanza es amistad inteligente con lo que nos hace disfrutar. A quien te diga que los placeres son «egoístas» porque siempre hay alguien sufriendo mientras tú gozas, le respondes que es bueno ayudar al otro en lo posible a dejar de sufrir, pero que es malsano sentir remordimientos por no estar en ese momento sufriendo también o por estar disfrutando como el otro quisiera poder disfrutar. Comprender el sufrimiento de quien padece e intentar remediarlo no supone más que interés porque el otro pueda gozar también, no vergüenza porque tú estés gozando. Sólo alguien con muchas ganas de amargarse la vida y amargársela a los demás puede llegar a creer que siempre se goza *contra* alguien. Y a quien veas que considera «sucios» y «animales» todos los placeres que no comparte o que no se atreve a permitirse, te doy permiso para que le tengas por sucio y por bastante animal. Pero yo creo que esta cuestión ha quedado ya suficientemente clara, ¿no?

Vete leyendo...

«Lo que el oído desea oír es música, y la prohibición de oír música se llama obstrucción al oído. Lo que el ojo desea es ver belleza, y la prohibición de ver belleza es llamada obstrucción a la vista. Lo que la nariz desea es oler perfume, y la prohibición de oler perfume es llamada obstrucción al olfato. De lo que la boca quiere hablar es de lo justo e injusto, y la prohibición de hablar de lo justo e injusto es llamada obstrucción al entendimiento. Lo que el cuerpo desea disfrutar son ricos alimentos y bellas ropas, y la prohibición de gozar de éstos se llama obstrucción a las sensaciones del cuerpo. Lo que la mente quiere es ser libre, y la prohibición a esta libertad se llama obstrucción a la naturaleza» (Yang Chu, siglo III d.C.).

«El vicio corrige mejor que la virtud. Soporta a un vicioso y tomarás horror al vicio. Soporta a un virtuoso y pronto odiarás a la virtud entera» (Tony Duvert, *Abecedario malévolo*).

«La moderación presupone el placer; la abstinencia, no. Por eso hay más abstemios que moderados» (Lichtenberg, *Aforismos*).

«La única libertad que merece ese nombre es la de buscar nuestro propio bien, por nuestro camino propio, en tanto no privemos a los demás del suyo o les impidamos esforzarse por conseguirlo. Cada uno es el guardián natural de su propia salud, sea física, mental o espiritual. La humanidad sale más gananciosa consintiendo a cada cual vivir a su manera que obligándole a vivir a la manera de los demás» (John Stuart Mill, *Sobre la libertad*).

Elecciones generales

Por todas partes te lo van a decir, de modo que no tendremos más remedio que hablar también un poco de ello. «¡La política es una vergüenza, una inmoralidad! ¡Los políticos no tienen ética!»: ¿a que has oído repetir cosas así un millón de veces? Como primera norma, en estas cuestiones de las que venimos hablando, lo más prudente es desconfiar de quienes creen que su «santa» obligación consiste en lanzar siempre rayos y truenos morales contra la gente *en general*, sean los políticos, las mujeres, los judíos, los farmacéuticos o el pobre y simple ser humano tomado como especie. La ética, ya lo hemos dicho pero nunca viene mal repetirlo, no es un arma arrojadiza ni munición destinada a pegarle buenos cañonazos al prójimo en su propia estima. Y mucho menos al prójimo en general, igual que si a los humanos nos hiciesen en serie como a los *donuts*. Para lo único que sirve la ética es para intentar mejorarse a uno mismo, no para reprender elocuentemente al vecino; y lo único seguro que sabe la ética es que el vecino, tú, yo y los demás estamos todos hechos artesanalmente, de uno en uno, con amorosa diferencia. De modo que a quien nos ruge al oído: «¡Todos los... (políticos, negros, capitalistas, australianos, bomberos, lo que se prefiera) son unos inmorales y no tienen ni pizca de ética!», se le puede responder amablemente: «Ocúpate de ti mismo, so capullo, que más te vale», o cosa parecida.

Ahora bien: ¿por qué tienen tan mala fama los políticos? A fin de cuentas, en una democracia políticos somos todos, directamente o por representación de otros. Lo más probable es que los políticos se nos parezcan mucho a quienes les votamos, quizá incluso *demasiado*; si fuesen muy distintos a nosotros, mucho peores o exageradamente mejores que el resto, seguro que no les elegiríamos para representarnos en el gobierno. Sólo los gobernantes que no llegan al poder por medio de elecciones generales (como los dictadores, los líderes religiosos o los reyes) basan su prestigio en que se les tenga por *diferentes* al común de los hombres. Como son distintos a los demás (por su fuerza, por inspiración divina, por la familia a que pertenecen o por lo que sea) se consideran con derecho a mandar sin someterse a las urnas ni escuchar la opinión de cada uno de sus conciudadanos. Eso sí, aseguran muy serios que el «verdadero» pueblo está con ellos, que la «calle» les apoya con tanto entusiasmo que no hace falta ni siquiera contar a sus partidarios para saber si son muchos o menos de muchos. En cambio, quienes desean alcanzar sus cargos por vía electoral procuran presentarse al público como gente corriente, muy «humanos», con las mismas aficiones, problemas y hasta pequeños vicios

que la mayoría cuyo refrendo necesitan para gobernar. Por supuesto, ofrecen ideas para mejorar la gestión de la sociedad y se consideran capaces de ponerlas competentemente en práctica, pero son ideas que cualquiera debe poder comprender y discutir, así como tienen que aceptar también la posibilidad de ser sustituidos en sus puestos si no son tan competentes como dijeron o tan honrados como parecían. Entre esos políticos los habrá muy decentes y otros caraduras y aprovechados, como ocurre entre los bomberos, los profesores, los sastres, los futbolistas y cualquier otro gremio. Entonces, ¿de dónde viene su notoria mala fama?

Para empezar, ocupan lugares especialmente *visibles* en la sociedad y también privilegiados. Sus defectos son más públicos que los de las restantes personas; además, tienen más ocasiones de incurrir en pequeños o grandes abusos que la mayoría de los ciudadanos de a pie. El hecho de ser conocidos, envidiados e incluso temidos tampoco contribuye a que sean tratados con ecuanimidad. Las sociedades igualitarias, es decir, democráticas, son muy poco caritativas con quienes escapan a la media por encima o por abajo: al que sobresale, apetece apedrearle; al que se va al fondo, se le pisa sin remordimiento. Por otra parte, los políticos suelen estar dispuestos a hacer más promesas de las que sabrían o querrían cumplir. Su clientela se lo exige: quien no exagera las posibilidades del futuro ante sus electores y hace mayor énfasis en las dificultades que en las ilusiones, pronto se queda solo. Jugamos a creernos que los políticos tienen poderes sobrehumanos y luego no les perdonamos la decepción inevitable que nos causan. Si confiásemos menos en ellos desde el principio, no tendríamos que aprender a desconfiar tanto de ellos más tarde. Aunque a fin de cuentas siempre es mejor que sean regulares, tontorrones y hasta algo «chorizos», como tú o como yo, mientras sea posible criticarles, controlarles y cesarles cada cierto tiempo; lo malo es cuando son «Jefes» perfectos a los cuales, como se suponen a sí mismos siempre en posesión de la verdad, no hay modo de mandarles a casa más que a tiros...

Dejemos en paz a los señores políticos, que bastantes jaleos provocan ya sin nuestra ayuda. Lo que a ti y a mí nos importa ahora es si la ética y la política tienen mucho que ver y cómo se relacionan. En cuanto a su finalidad, ambas parecen fundamentalmente emparentadas: ¿no se trata de *vivir bien* en los dos casos? La ética es el arte de elegir lo que más nos conviene y vivir lo mejor posible; el objetivo de la política es el de organizar lo mejor posible la convivencia social, de modo que cada cual pueda elegir lo que le conviene. Como nadie vive aislado (ya te he hablado de que tratar a nuestros semejantes humanamente es la base de la buena vida), cualquiera que tenga la preocupación ética de vivir bien no puede desentenderse olímpicamente de la política. Sería como empeñarse en estar cómodo en una casa pero sin querer saber nada de las goteras, las ratas, la falta de calefacción y los cimientos carcomidos que pueden hacer hundirse el edificio entero mientras dormimos...

Sin embargo, tampoco faltan las diferencias importantes entre ética y política. Para empezar, la ética se ocupa de lo que *uno mismo* (tú, yo o cualquiera) hace con su libertad, mientras que la política intenta coordinar de la manera más provechosa para el conjunto lo que *muchos* hacen con sus libertades. En la ética, lo importante es *querer* bien, porque no se trata más que de lo que cada cual hace porque quiere (no de lo que le pasa a uno quiera o no, ni de lo que hace a la fuerza). Para la política, en cambio, lo que cuentan son los *resultados* de las acciones, se hagan por lo que se hagan, y el político intentará presionar con los medios a su alcance –incluida la fuerza– para obtener ciertos resultados y evitar otros. Tomemos un caso trivial: el respeto a las indicaciones de los semáforos. Desde el punto de vista moral, lo positivo es querer respetar la luz roja (comprendiendo su utilidad general, poniéndose en el lugar de otras personas que pueden resultar dañadas si yo infrinjo la norma, etcétera); pero si el asunto se considera políticamente, lo que importa es que nadie se salte los semáforos, aunque no sea más que por miedo a la multa o a la cárcel. Para el político, todos los que respetan la luz roja son igualmente «buenos», lo hagan por miedo, por rutina, por superstición o por convencimiento racional de que debe ser respetada; a la ética, en cambio, sólo le merecen aprecio verdadero estos últimos, porque son los que entienden mejor el uso de la libertad. En una palabra, hay diferencia entre la pregunta ética que yo me hago a mí mismo (¿cómo quiero *ser*, sean como sean los demás?) y la preocupación política por que la mayoría *funcione* de la manera considerada más recomendable y armónica.

Detalle importante: la ética no puede *esperar* a la política. No hagas caso de quienes te digan que el mundo es políticamente invivible, que está peor que nunca, que nadie puede pretender llevar una buena vida (éticamente hablando) en una situación tan injusta, violenta y aberrante como la que vivimos. Eso mismo se ha asegurado en todas las épocas y con razón, porque las sociedades humanas nunca han sido nada «del otro mundo», como suele decirse, siempre han sido cosa de este mundo y por tanto llenas de defectos, de abusos, de crímenes. Pero en todas las épocas ha habido personas capaces de vivir bien o por lo menos empeñadas en intentar vivir bien. Cuando podían, colaboraban en mejorar la sociedad en la que les había tocado desenvolverse; si eso no les era posible, por lo menos no la empeoraban, lo cual la mayoría de las veces no es poco. Lucharon –y luchan también hoy, no te quepa duda– por que las relaciones humanas políticamente establecidas vayan siendo eso, más humanas (o sea, menos violentas y más justas); pero nunca han esperado a que todo a su alrededor sea perfecto y humano para aspirar a la perfección y a la verdadera humanidad. Quieren ser los primeros de la buena vida, los que arrastran a los demás, y no los últimos a la zaga de todos. Quizá las circunstancias no les permitan llevar más que una vida *relativamente* buena, peor de lo que ellos desean... Bueno, ¿y qué? ¿Serían más sensatos siendo malos del todo, para dar gusto a lo peor del mundo y disgusto a lo mejor de sí mismos? Si estás seguro de que entre los alimentos que se te ofrecen hay muchos que están adulterados o podridos, ¿intentarás mientras puedas comer cosas sanas, aún sabiendo que no por ello

dejarán de existir venenos en el mercado, o te envenenarás cuanto antes para seguir la corriente mayoritaria? Ningún orden político es tan malo que en él ya nadie pueda ser ni medio bueno: por muy adversas que sean las circunstancias, la responsabilidad final de sus propios actos la tiene cada uno y lo demás son coartadas. Del mismo modo, también son ganas de esconder la cabeza bajo el ala los sueños de un orden político tan impecable (*utopía*, suelen llamarlo) que en él todo el mundo fuese «automáticamente» bueno porque las circunstancias no permitiesen cometer el mal. Por mucho mal que haya suelto, siempre habrá bien para quien *quiera* bien; por mucho bien que hayamos logrado instalar públicamente, el mal siempre estará al alcance de quien *quiera* mal. ¿Te acuerdas? A esto le venimos llamando «libertad» hace ya no poco rato...

Desde un punto de vista ético, es decir, desde la perspectiva de lo que conviene para la vida buena, ¿cómo será la organización política preferible, aquella que hay que esforzarse por conseguir y defender? Si repasas un poco lo que hemos venido diciendo hasta aquí (temo, ay, que el rollo vaya siendo demasiado largo para que te acuerdes de todo) ciertos aspectos de ese ideal se te ocurrirán en cuanto reflexiones con atención sobre el asunto:

a) Como todo el proyecto ético parte de la *libertad*, sin la cual no hay vida buena que valga, el sistema político deseable tendrá que respetar al máximo –o limitar mínimamente, como prefieras– las facetas públicas de la libertad humana: la libertad de reunirse o de separarse de otros, la de expresar las opiniones y la de inventar belleza o ciencia, la de trabajar de acuerdo con la propia vocación o interés, la de intervenir en los asuntos públicos, la de trasladarse o instalarse en un lugar, la libertad de elegir los propios goces de cuerpo y de alma, etc. Abstenerse dictaduras, sobre todo las que son «por nuestro bien» (o por «el bien común», que viene a ser lo mismo). Nuestro mayor bien –particular o común– es ser libres. Desde luego, un régimen político que conceda la debida importancia a la libertad insistirá también en la *responsabilidad* social de las acciones y omisiones de cada uno (digo «omisiones» porque a veces se hace también *no haciendo*). Por regla general, cuanto menos responsable resulte cada cual de sus méritos o fechorías (y se diga, por ejemplo, que son fruto de la «historia», la «sociedad establecida», las «reacciones químicas del organismo», la «propaganda», el «demonio» o cosas así) menos libertad se está dispuesto a concederle. En los sistemas políticos en que los individuos nunca son del todo «responsables», tampoco suelen serlo los gobernantes, que siempre actúan movidos por las «necesidades» históricas o los imperativos de la «razón de Estado». ¡Cuidado con los políticos para quien todo el mundo es «víctima» de las circunstancias... o «culpable» de ellas!

b) Principio básico de la vida buena, como ya hemos visto, es tratar a las personas como a personas, es decir: ser capaces de ponernos en el lugar de nuestros semejantes y de relativizar nuestros intereses para armonizarlos con los suyos. Si prefieres decirlo de otro modo, se trata de aprender a considerar los intereses del otro como si fuesen tuyos y los tuyos como si fuesen de otro. A esta virtud se le llama *justicia* y no puede haber

régimen político decente que no pretenda, por medio de leyes e instituciones, fomentar la justicia entre los miembros de la sociedad. La única razón para limitar la libertad de los individuos cuando sea indispensable hacerlo es impedir, incluso por la fuerza si no hubiera otra manera, que traten a sus semejantes como si no lo fueran, o sea que los traten como a juguetes, a bestias de carga, a simples herramientas, a seres inferiores, etc. A la condición que puede exigir cada humano de ser tratado como semejante a los demás, sea cual fuere su sexo, color de piel, ideas o gustos, etc., se le llama *dignidad*. Y fíjate qué curioso: aunque la dignidad es lo que tenemos todos los humanos en común, es precisamente lo que sirve para reconocer a cada cual como único e irrepetible. Las cosas pueden ser «cambiadas» unas por otras, se las puede «sustituir» por otras parecidas o mejores, en una palabra: tienen su «precio» (el dinero suele servir para facilitar estos intercambios, midiéndolas todas por un mismo rasero). Dejemos de lado por el momento que ciertas «cosas» estén tan vinculadas a las condiciones de la existencia humana que resulten insustituibles y por lo tanto «que no puedan ser compradas ni por todo el oro del mundo», como pasa con ciertas obras de arte o ciertos aspectos de la naturaleza. Pues bien, *todo* ser humano tiene dignidad y no precio, es decir, no puede ser sustituido ni se le debe *maltratar* con el fin de beneficiar a otro. Cuando digo que no puede ser sustituido, no me refiero a la función que realiza (un carpintero puede sustituir en su trabajo a otro carpintero) sino a su personalidad propia, a lo que verdaderamente *es*; cuando hablo de «maltratar» quiero decir que, ni siquiera si se le castiga de acuerdo a la ley o se le tiene políticamente como enemigo, deja de ser acreedor a unos miramientos y a un respeto. Hasta en la *guerra*, que es el mayor fracaso del intento de «buena vida» en común de los hombres, hay comportamientos que suponen un crimen mayor que el propio crimen organizado que la guerra representa. Es la dignidad humana lo que nos hace a todos semejantes justamente porque certifica que cada cual es único, no intercambiable y con los mismos derechos al reconocimiento social que cualquier otro.

c) La experiencia de la vida nos revela en carne propia, incluso a los más afortunados, la realidad del sufrimiento. Tomarse al otro en serio, poniéndonos en su lugar, consiste no sólo en reconocer su dignidad de semejante sino también en simpatizar con sus dolores, con las desdichas que por error propio, accidente fortuito o necesidad biológica le afligen, como antes o después pueden afligirnos a todos. Enfermedades, vejez, debilidad insuperable, abandono, trastorno emocional o mental, pérdida de lo más querido o de lo más imprescindible, amenazas y agresiones violentas por parte de los más fuertes o de los menos escrupulosos... Una comunidad política deseable tiene que garantizar dentro de lo posible la *asistencia* comunitaria a los que sufren y la ayuda a los que por cualquier razón menos pueden ayudarse a sí mismos. Lo difícil es lograr que esta asistencia no se haga a costa de la libertad y la dignidad de la persona. A veces el Estado, con el pretexto de ayudar a los inválidos, termina por tratar como si fuesen inválidos a toda la población. Las desdichas nos ponen en manos de los demás y aumentan el poder

colectivo sobre el individuo: es muy importante esforzarse porque ese poder no se emplee más que para remediar carencias y debilidades, no para perpetuarlas bajo anestesia en nombre de una «compasión» autoritaria.

Quien desee la vida buena para sí mismo, de acuerdo al proyecto ético, tiene también que desear que la comunidad política de los hombres se base en la *libertad*, la *justicia* y la *asistencia*. La democracia moderna ha intentado a lo largo de los dos últimos siglos establecer (primero en la teoría y poco a poco en la práctica) esas exigencias mínimas que debe cumplir la sociedad política: son los llamados *derechos humanos* cuya lista todavía es hoy, para nuestra vergüenza colectiva, un catálogo de buenos propósitos más que de logros efectivos. Insistir en reivindicarlos al completo, en todas partes y para todos, no unos cuantos y sólo para unos cuantos, sigue siendo la única empresa política de la que la ética no puede desentenderse. Respecto a que la etiqueta que vayas a llevar en la solapa mientras tanto haya de ser de «derechas», de «izquierdas», de «centro» o de lo que sea... bueno, tú verás, porque yo paso bastante de esa nomenclatura algo anticuada.

Lo que sí me parece evidente es que muchos de los problemas que hoy se nos presentan a los cinco mil millones de seres humanos que atiborramos el planeta (y el censo sigue, ay, en aumento) no pueden ser resueltos, ni siquiera bien planteados, más que de forma global para todo el mundo. Piensa en el hambre, que hace morir todavía a tantísimos millones de personas, o el subdesarrollo económico y educativo de muchos países, o la pervivencia de sistemas políticos brutales que oprimen sin remilgos a su población y amenazan a sus vecinos, o el derroche de dinero y ciencia en armamentos, o la simple y llana miseria de demasiada gente incluso en naciones ricas, etc. Creo que la actual fragmentación política del mundo (de un mundo ya unificado por la interdependencia económica y la universalización de las comunicaciones) no hace más que perpetuar estas lacras y entorpecer las soluciones que se proponen. Otro ejemplo: el militarismo, la inversión frenética en armamento de recursos que podrían resolver la mayoría de las carencias que hoy se padecen en el mundo, el cultivo de la guerra agresiva (arte inmoral de *suprimir* al otro en lugar de intentar ponerse en su lugar)... ¿Crees tú que hay otro modo de acabar con esa locura que no sea el establecimiento de una autoridad a escala mundial con fuerza suficiente para disuadir a cualquier grupo de la afición a jugar a batallitas? Por último, antes te decía que algunas cosas no son sustituibles como lo son otras: esta «cosa» en que vivimos, el planeta Tierra, con su equilibrio vegetal y animal, no parece que tenga sustituto a mano ni que sea posible «comprarnos» otro mundo si por afán de lucro o por estupidez destruimos éste. Pues bien, la Tierra no es un conjunto de parches ni de parcelas: mantenerla habitable y hermosa es una tarea que sólo puede ser asumida por los hombres en cuanto comunidad mundial, no desde el ventajismo miope de unos contra otros.

A lo que voy: cuanto favorece la organización de los hombres de acuerdo con su pertenencia a la humanidad y no por su pertenencia a tribus, me parece en principio políticamente interesante. La diversidad de formas de vida es algo esencial (¡imagínate qué aburrimiento si faltase!) pero siempre que haya unas pautas mínimas de tolerancia entre ellas y que ciertas cuestiones reúnan los esfuerzos de todos. Si no, lo que conseguiremos es una diversidad de crímenes y no de culturas. Por ello te confieso que *aborrezco* las doctrinas que enfrentan sin remedio a unos hombres con otros: el *racismo*, que clasifica a las personas en primera, segunda o tercera clase de acuerdo con fantasías pseudocientíficas; los *nacionalismos* feroces, que consideran que el individuo no es nada y la identidad colectiva lo es todo; las *ideologías* fanáticas, religiosas o civiles, incapaces de respetar el pacífico conflicto entre opiniones, que exigen a todo el mundo creer y respetar lo que ellas consideran la «verdad» y sólo eso, etc. Pero no quiero ahora empezar a darte la paliza política ni contarte mis puntos de vista sobre todo lo divino y lo humano. En este último capítulo sólo he pretendido señalarte que hay exigencias políticas que ninguna persona que quiera vivir bien puede dejar de tener. Del resto ya hablaremos... En otro libro.

Vete leyendo...

«No el Hombre, sino los hombres habitan este planeta. La pluralidad es la ley de la Tierra» (Hanna Arendt, *La vida del espíritu*).

«Si yo supiese algo que me fuese útil y que fuese perjudicial a mi familia, lo expulsaría de mi espíritu. Si yo supiese algo útil para mi familia y que no lo fuese para mi patria, intentaría olvidarlo. Si yo supiese algo útil para mi patria y que fuese perjudicial para Europa, o bien que fuese útil para Europa y perjudicial para el género humano, lo consideraría como un crimen, porque soy necesariamente hombre mientras que no soy francés más que por casualidad» (Montesquieu).

«Aunque los estados observasen los pactos entre ellos perfectamente, es lamentable que el uso de ratificarlo todo por un juramento religioso haya entrado en las costumbres –como si dos pueblos separados por un ligero espacio, solamente por una colina o por un río, no estuviesen unidos por lazos sociales fundados en la propia naturaleza– pues esta práctica hace creer a los hombres que han nacido para ser adversarios o enemigos, y que tienen el deber de trabajar en su perdición recíproca, a menos que se lo impidan los tratados. (...). Por el contrario, nadie debería ser tenido por enemigo, si no hubiese causado un daño real. La comunidad de naturaleza es el mejor de los tratados y los

hombres están más íntima y más fuertemente unidos por la voluntad de hacerse recíprocamente el bien que por los pactos, más vinculados por el corazón que por las palabras» (Tomás Moro, *Utopía*).

Epílogo

Tendrás que pensártelo

Bien, ya está. A trancas y barrancas, desde luego, pero lo principal creo que ahí queda dicho. Me refiero a lo «principal» que yo soy capaz de decirte ahora: otras cosas mucho más principales tendrás que aprenderlas de otros o, lo que será mejor, pensarlas por ti mismo. No pretendo que te tomes este libro demasiado en serio, ¡por nada del mundo! Después de todo, es muy probable que ni siquiera se trate de un verdadero libro de ética, al menos si Wittgenstein tenía razón. Este notable filósofo contemporáneo consideraba tan imposible escribir un *verdadero* libro de ética que afirmó: «Si un hombre pudiese escribir un libro sobre ética que fuese verdaderamente un libro sobre ética, ese libro, como una explosión, aniquilaría todos los demás libros del mundo.» Aquí me tienes, ya acabando estas páginas que te dirijo y sin haber oído el trueno aniquilador de ninguna explosión. Mis viejos libros que tanto quiero (incluido ése en el que Wittgenstein expresa la opinión antes citada) siguen afortunadamente incólumes en los estantes de la biblioteca. Por lo visto no me ha salido el encantamiento, digo el libro de ética: tú, tranquilo. Otros muchísimo mejores que yo lo intentaron antes con resultados que tampoco hicieron volar en añicos el resto de la literatura pero que de todos modos harás bien en intentar conocer: Aristóteles, Spinoza, Kant, Nietzsche... Aunque me he propuesto no citártelos a cada rato porque estábamos hablando entre amigos, te confieso que lo más aprovechable que pueda haber en las páginas anteriores viene de ellos: a mí sólo me corresponde la paternidad de las tonterías (¡perdona, no te des por aludido!).

De modo que este libro no tienes por qué tomártelo demasiado en serio. Entre otras cosas porque la «seriedad» no suele ser una señal inequívoca de sabiduría, como creen los pelmazos: la inteligencia debe saber *reír*... Su tema, en cambio, harás bien en no pasarlo por alto: trata de lo que puedes hacer con tu vida y si eso no te interesa, ya no sé lo que puede interesarte. ¿Cómo vivir del mejor modo posible? Esta pregunta me resulta mucho más sustanciosa que otras aparentemente más tremendas: «¿Tiene sentido la vida? ¿Merece la pena vivir? ¿Hay vida después de la muerte?» Mira, la vida tiene sentido y sentido único; va hacia adelante, no hay moviola, no se repiten las jugadas ni suelen poder corregirse. Por eso hay que reflexionar sobre lo que uno quiere y fijarse en lo que se hace. Después... guardar siempre el ánimo ante los fallos, porque la suerte también juega y a nadie se le deja acertar en todas las ocasiones. ¿El sentido de la vida? Primero, procurar no fallar; luego, procurar fallar sin desfallecer. En cuanto a si merece

la pena vivir, te remito a lo que comentaba a este respecto Samuel Butler, un escritor inglés a menudo guasón: «Ésa es una pregunta para un embrión, no para un hombre.» Cualquiera que sea el criterio que elijas para juzgar si la vida vale la pena o no, lo tendrás que tomar de esa misma vida en la que ya estás sumergido. Incluso si rechazas la vida, lo harás en nombre de valores vitales, de ideales o ilusiones que has aprendido durante el oficio de vivir. De modo que es la vida lo que vale... incluso para quien llega a la conclusión de que no vale la pena vivir. ¡Más razonable sería preguntarnos si «tiene sentido la muerte», si la muerte «vale la pena», porque de ésta sí que no sabemos nada, ya que todo nuestro saber y todo lo que para nosotros vale proviene de la vida! Creo que toda ética digna de ese nombre parte de la vida y se propone reforzarla, hacerla más rica. Me atreveré a ir más lejos, ahora que nadie nos oye: pienso que sólo es *bueno* el que siente una *antipatía activa por la muerte*. ¡Ojo! Digo «antipatía» y no «miedo»; en el miedo siempre hay un inicio de respeto y bastante sumisión. No creo que la muerte se merezca tanto... Pero ¿hay vida después de la muerte? Desconfío de todo lo que debe conseguirse gracias a la muerte, aceptándola, utilizándola, haciendo manitas con ella, sea la gloria en este mundo o la vida perdurable en algún otro. Lo que me interesa no es si hay vida *después* de la muerte, sino que haya vida *antes*. Y que esa vida sea buena, no simple supervivencia o miedo constante a morir.

Me quedo pues con la pregunta acerca de cómo vivir mejor. A lo largo de todos los capítulos anteriores he intentado no tanto contestarla como ayudarte a *comprenderla* más a fondo. En cuanto a la respuesta, me temo que no vas a tener más remedio que buscártela personalmente. Y eso por tres razones:

a) Por la propia incompetencia de tu improvisado maestro, o sea yo. ¿Cómo voy yo a enseñar a vivir bien a nadie si sólo acierto a vivir regular y gracias? Me siento como un calvo anunciando un crecepelo insuperable...

b) Porque vivir no es una ciencia exacta, como las matemáticas, sino un *arte*, como la música. De la música se pueden aprender ciertas reglas y se puede escuchar lo que han creado grandes compositores, pero si no tienes oído, ni ritmo, ni voz, de poco va a servirte todo eso. Con el arte de vivir pasa lo mismo: lo que puede enseñarse le viene muy bien a quien tiene condiciones, pero al «sordo» de nacimiento son cosas que le aburren o le lían aún más de lo que está. Claro que en este campo la mayoría de los sordos suelen serlo *voluntariamente*...

c) La buena vida no es algo general, fabricado en serie, sino que sólo existe *a la medida*. Cada cual debe ir inventándosela de acuerdo con su individualidad, única, irrepetible... y frágil. En lo de vivir bien, la sabiduría o el ejemplo de los demás pueden ayudarnos pero no sustituirnos...

La vida no es como las medicinas, que todas vienen con su prospecto en el que se explican las contraindicaciones del producto y se detalla la dosis en que debe ser consumido. Nos la dan sin receta, la vida, y sin prospecto. La ética no puede suplir del todo esa deficiencia porque no es más que la crónica de los esfuerzos hechos por los

humanos para remediarla. Un escritor francés muerto no hace mucho, Georges Perec, escribió un libro titulado así: *La vida: instrucciones para su uso*. Pero se trata de una deliciosa e inteligente broma literaria, no de un sistema de ética. Por eso he renunciado a darte una serie de *instrucciones* sobre cuestiones concretas: que si el aborto, que si los preservativos, que si la objeción de conciencia, que si patatín o que si patatán. Ni mucho menos he tenido el atrevimiento (¡tan repelentemente típico de quienes se consideran «moralistas»!) de predicarte en tono lastimero o indignado sobre los «males» de nuestro siglo: el consumismo, ¡ah!, la insolidaridad, ¡eh!, el afán de dinero, ¡oh!, la violencia, ¡uh!, la crisis de valores, ¡ah, eh, oh, uh! Tengo mis opiniones sobre esos temas y sobre otros, pero yo no soy «la ética»: sólo soy papá. A través de mí, la ética lo único que puede decirte es que busques y pienses por ti mismo, en libertad sin trampas: responsablemente. He intentado enseñarte *formas* de andar, pero ni yo ni nadie tiene derecho a llevarte en hombros. ¿Acabo con el último consejo, sin embargo? Ya que se trata de *elegir*, procura elegir siempre aquellas opciones que permiten luego mayor número de otras opciones posibles, no las que te dejan cara a la pared. Elige lo que te *abre*: a los otros, a nuevas experiencias, a diversas alegrías. Evita lo que te encierra y lo que te entierra. Por lo demás, ¡suerte! Y también aquello otro que una voz parecida a la mía te gritó aquel día en tu sueño cuando amenazaba arrastrarte el torbellino: ¡confianza!

Despedida

«Adiós, amigo lector; intenta no ocupar tu vida en odiar y tener miedo» (Sthendal, *Lucien Leuwen*).

Apéndice

Diez años después: ante el nuevo milenio

Han pasado casi diez años desde que escribí las páginas que acabáis de leer (porque las habéis leído, ¿verdad?: muchas gracias). Amador ha cumplido venticinco años – ¡parece mentira, con qué desvergüenza los hijos le envejecen a uno con el pretexto de crecer!– y ya no me atrevo a hacerle recomendaciones morales... ni casi de ningún otro tipo. Probablemente sabe ahora tanto como yo de las cosas que importan: y ciertamente sabe más que yo de muchas de las cosas que *hoy* más importan. Quizá algún día sea él quien escriba un libro para mí y seguro que será mejor que esta obrita modesta que compuse hace ya tanto como si le dirigiese una larga carta. Digo «como si» porque a fin de cuentas estas páginas no fueron pensadas exclusivamente para él ni siquiera principalmente para él (¡ya me ha soportado bastante en persona!): las escribí para ti, lectora o lector, para ti que tienes ahora mientras me lees un poco más de quince años y algo menos de dieciocho, para ti a quien no conozco aunque a tantos como tú he conocido ya por suerte en estos diez años. Para ti que tienes dudas y deseos, que quieres disfrutar pero también ser justo, que no te avergüenzas de pensar y quieres saber cuáles son los caminos de la aventura humana. Para ti, aventurera o aventurero, porque ser racional y solidariamente humano es la única aventura que merece la pena...

De modo que cuando ya ha pasado tiempo suficiente –o demasiado tiempo, ¡ay!– y Amador se ha ido a jugar sin intermediarios ni maestros la carta de su vida, ahora por fin puedo hablarte directa y solamente a ti. ¿Querrás escucharme todavía un poco más, un poco después? Supongo que, como todo el mundo, estás oyendo hablar mucho del nuevo milenio. ¡El nuevo milenio, imagínate, con sus amenazas y también con sus esperanzas! Y quizá hasta te has llegado a preguntar si habrá algo así como una «ética del nuevo milenio». La cosa te interesa, como es lógico, porque después de todo tú vas a pasar la mayor parte de tu vida en el milenio de marras (algunos en cambio sólo vamos a estar un poquito, como de visita nada más: somos irremediablemente supervivientes del siglo XX). De modo que la cuestión es: ¿vale lo que dijimos el siglo pasado para el nuevo que estamos estrenando?, ¿no son las cosas hoy –y sobre todo mañana– demasiado distintas, demasiado inéditas?, ¿acaso no deberíamos empezar a pensar de otro modo, puesto que todo indica que vamos a vivir de otro modo? Para atender en la medida de lo posible esas preguntas te añado estas líneas finales.

Para empezar, te diré que no creo que eso del cambio de siglo o de milenio deba preocuparnos demasiado. Ni los siglos ni los milenios constituyen una medida adecuada para la vida real de la gente corriente como tú o como yo, que difícilmente llegaremos a durar cien años y desde luego en ningún caso sobreviviremos mil. Las cosas que más cuentan para nosotros con sus placeres y dolores suelen ocupar unos cuantos días, horas, a veces pocos minutos: el tiempo fugaz de la carcajada o el suspiro. Además, ¿qué importan los números que aparecen en el calendario, ni el que sean nueves, ceros o unos? La fecha no influye para nada en lo que ocurre: al contrario, es lo que ocurre lo que hace destacarse la fecha que empleamos para situar históricamente el suceso extraordinario. Lo notable del año 1616 es que en él murieron Cervantes y Shakespeare, pero no que fuese un número especial... ¡ni tampoco los dos grandes genios murieron casi a la vez por culpa de semejante cifra!

A fin de cuentas, la cronología es como la numeración de las páginas de un libro: no determina lo que se cuenta en cada una de ellas (el protagonista puede besar a la chica lo mismo en la página cuarenta que en la ciento tres) pero sirve para establecer el índice de los capítulos, cosa que tiene poco que ver con el argumento de la narración. De modo que porque los calendarios vayan a pasar del uno seguido de muchos nueves al dos seguido de ceros o de dos ceros y un uno, nada va a ocurrirnos ni de bueno ni de malo. Esas cosas sólo se las toman en serio los vendedores de *souvenirs* y de camisetas estampadas... o los que manejan ordenadores y temen que el llamado «efecto dos mil» enloquezca esas máquinas de las que ya tantas operaciones cotidianas dependen.

Pero te veo fruncir el ceño, con cara de ir a ponerme una objeción: ¿acaso no es evidente que la vida humana cambia de un año para otro, que hace medio siglo no teníamos televisores, ni vídeos, ni Internet, ni tarjetas de crédito, ni sida, ni viajes espaciales, ni...? ¿Es que todas esas transformaciones, aunque nada tengan que ver con las hojas del calendario, no cuentan y mucho a la hora de pensar cómo podemos vivir mejor? Pues sí, tienes razón... pero no *toda* la razón. Antes de comentarte en qué sentido me parecen importantes para nosotros esos indudables cambios, recordemos por un momento lo que no cambia. Y déjame contarte una breve historia, literalmente un *cuento chino* que quizá ya me has oído alguna vez.

Érase una vez en la vieja China un joven príncipe que se convirtió en emperador a la muerte de su padre. Tenía una noble ambición, no tan frecuente como debiera entre los gobernantes: quería ser perfectamente justo y hacer feliz a su pueblo. Para ello decidió documentarse exhaustivamente de la historia del país, de su geografía, de sus diversas costumbres y religiones, de sus recursos naturales, de los últimos estudios científicos sobre psicología y sociología, de los avances tecnológicos, etc... En fin, quería saberlo absolutamente *todo* sobre cómo vivieron ayer y vivían hoy sus súbditos, a fin de acertar a gobernarles mañana del mejor modo posible. Con tal fin reunió a los más

destacados sabios de su reino y les solicitó un completísimo informe enciclopédico que aclarase todas sus dudas. Los expertos se pusieron inmediatamente al trabajo del modo más concienzudo. Pasaron los meses, pasó un año y luego otro y después otro más...

Diez años más tarde, el comité de sabios se presentó ante el emperador, transportando con grandes dificultades treinta enormes volúmenes de varios miles de páginas cada uno con el resultado de sus investigaciones. Pero el emperador, ya inmerso en las mil ocupaciones de sus tareas inaplazables de gobierno, se impacientó ante una obra tan prolija: «¡No tengo tiempo de leer tantos mamotretos! Necesito algo más resumido. ¡Y daros prisa, que me urge iniciar las reformas pendientes!» Los científicos se retiraron con respetuosas reverencias y pusieron manos a la obra. Entre discusiones y enmiendas se les fueron otros diez años, al cabo de los cuales volvieron trayéndole al monarca quince copiosísimos volúmenes. Por entonces el emperador intentaba sofocar una rebelión en las provincias del norte y combatía en la frontera del este contra un vecino hostil, mientras se esforzaba en paliar los efectos desastrosos de grandes inundaciones en el sur. «¿De dónde queréis que saque tiempo para estudiar tanto libraco? ¡Rápido, preparadme un resumen manejable y no me entretengáis con detalles superfluos!» Quejándose por lo bajo de tal exigencia, los eruditos volvieron a retirarse y con enormes esfuerzos lograron compendiar todo su saber en un único, monumental y congestionado tomo. Lo malo es que tal hazaña les llevó otros diez años y cuando regresaron triunfantes a palacio el antaño joven príncipe se hallaba ya en su lecho de muerte. No es buen momento la agonía para informarse, de modo que dejarle discretamente la enciclopedia en la mesilla de noche al moribundo le pareció claramente inadecuado. Sin embargo el director del comité de sabios no se resignaba a que la tarea encomendada quedase totalmente incumplida: se acercó a la cabecera del emperador y susurró a su oído este mensaje definitivo: «Los humanos nacen, aman, luchan y mueren». ¿Acaso no es siempre así en todos los países y culturas, en todas las épocas? ¿Hace falta realmente saber mucho más para afrontar con conocimiento de causa el proyecto permanentemente abierto de la buena vida?

La moraleja de esta historia es que no conviene esperar cada trimestre ni siquiera cada siglo (me atrevería a decir que tampoco cada milenio) novedades esenciales que modifiquen las bases de la reflexión ética. Sin embargo, una cosa son los principios y otra su aplicación concreta en cada momento histórico. A este nivel sí que conviene tomar en cuenta los cambios que ocurren –¡y muy aceleradamente, por cierto!– en nuestra época. Sin ir más lejos: en el último capítulo de este libro yo te hablaba de que éramos ya en el mundo cinco mil millones de seres humanos. Pues bien, como quizá sepas, hace pocas semanas el secretario general de la ONU ha proclamado solemnemente el nacimiento de nuestro semejante número... ¡seis mil millones! De modo que todo lo que al respecto te decía en «Elecciones generales» se ha hecho a la vez más grave y más urgente.

El ser humano existe en tres registros, interrelacionados unos con otros: como persona individual, como sociedad y como especie. Durante siglos, contó mucho la sociedad (el grupo, la tribu, la comunidad, la nación) y poco la persona individual: aún hay algunos colectivistas que quieren que volvamos a esa etapa arcaica. Desde hace unos pocos siglos el individuo se fue haciendo cada vez más importante, lo cual obligó a transformar el tipo de sociedades en que vivimos, haciéndolas más democráticas y abiertas para todos, porque nadie quiere ya ser mero engranaje de una máquina social por bien engrasada que esté. Pero lo característico de nuestro siglo –y si no me equivoco, aún más del próximo– es tomar conciencia de que pertenecemos a una misma especie y que la humanidad en su conjunto debe intentar salvarse toda junta... o pereceremos también todos, unos antes y otros después. Hablar de «especie humana» –o mejor dicho, de «humanidad»– no es manejar un concepto meramente biológico (como cuando clasificamos otras especies animales o vegetales) sino que apunta a un proyecto común, a una forma de comprender lo humano desde una fraternidad básica. Equivale a algo que podríamos resumir así: ser humano es no poder *entenderse* a uno mismo si te *desentiendes* del resto de tus semejantes. Un autor latino dijo: «Soy humano y nada de lo humano me es ajeno»; o sea: ante lo mejor y lo peor de los seres humanos caben distintas apreciaciones o valoraciones, pero no la indiferencia porque la humanidad del otro siempre *compromete* la mía...

No nos engañemos: vivir así no es nada cómodo, sobre todo si queremos ir más allá de las palabras bonitas. No hay nada más fácil que amar a la Humanidad en abstracto, sobre todo cuando alguien quiere ponerse sublime para quedar bien: después de todo, nunca tropieza uno con doña Humanidad ni tiene que cederle el asiento en el autobús; pero lo verdaderamente difícil es respetar a los otros seres humanos concretos y aún más si son «raros», si vienen de lejos, si hablan otra lengua y tienen otras creencias, como pasa ya en muchas de nuestras ciudades. Respetar al prójimo que se nos parece es cosa bastante obvia, porque en cierto modo equivale a respetarse a uno mismo, dado que somos como él: lo complicado empieza cuando tenemos que aceptar al *diferente*, al extraño o al extranjero, al inmigrante. Después de todo, los humanos somos animales gregarios y por tanto nos gusta vivir en rebaño, es decir, entre quienes más se nos asemejan. Vivir en rebaño es como vivir entre espejos: siempre vemos a nuestro alrededor caras que reflejan la nuestra, que hablan como nosotros, que comen lo mismo, que se ríen o lloran por cosas similares. Pero de pronto llega alguien que no pertenece a nuestro clan, que tiene un olor o un color distinto y que *suen*a de otro modo. Entonces el animal gregario que hay dentro de nosotros se asusta o desconfía, se siente en peligro, cree estar siendo «invadido». En una palabra, nos volvemos agresivos y *peligrosos*...

Como no solamente somos cada vez más sino que también cada vez es más fácil viajar y comunicarse, la presencia de «extraños» en nuestro rebaño o tribu no cesa de aumentar. Si vives en una gran ciudad ya lo habrás notado sobradamente; si estudias en un centro como es debido –de los que no excluyen ni segregan a nadie para mantener su

inhumana «pureza» gregaria— quizá ocupes asiento en tu escuela o instituto al lado de alguien que no es un mero «espejo» tuyo, sino que presenta apariencia diferente. Y lo más probable es que eso, al principio, te cree dificultades... ¡como sin duda también se las crea al otro! Ya tenéis para empezar algo en común: sentiros y saberos «diferentes» de quien sin embargo convive a vuestro lado. Pero si controlas tus instintos gregarios, si no escuchas los gruñidos de la mala pécora que acecha en tu fuero interno, pronto descubrirás que compartes con ese forastero muchas más cosas de las que aparentemente os distinguen. Verás que os parecéis en lo esencial, que ella o él también ha nacido, también ama, lucha y sabe que va a morir lo mismo que tú. Que igual que tú necesita palabras y comprensión, apoyo y reconocimiento.

Ahora recuerdo una escena de un telefilm de los Simpson: Homer visita una especie de manicomio y le enseñan a un tipo rarísimo, feroz y peludo; los doctores le dicen que nunca nadie ha oído a semejante monstruo decir la menor palabra humana. Homer entonces le saluda: «¡Hola!» Y la fiera gruñe también «hola». Todos los médicos acuden admirados para estudiar el prodigio, mientras el supuesto monstruo refunfuña: «¡Ya era hora de que alguien me saludase!» La mayoría de las veces el otro resulta incomprensible porque nadie tiene paciencia para tomarse la molestia de intentar hacerse comprender como es debido...

En la lengua castellana, la palabra «huésped» significa dos papeles aparentemente contrapuestos: el de quien se aloja en la casa de otro y el de ese otro que le aloja en su casa. Pero quizá este doble uso un poco desconcertante encierra en el fondo una verdad muy profunda sobre la condición humana. Porque todos somos a la vez el forastero recibido en casa ajena y el anfitrión que le aloja y debe preocuparse por su bienestar. Desde que nacemos —y no olvides que «nacer es llegar a un país extranjero», como dijo un antiguo griego— dependemos de la hospitalidad que otros quieran darnos, sin la cual no podríamos vivir. Pero pronto somos también nosotros los que debemos atender a otros que han llegado después, intentando que se sientan lo más cómodos posibles.

No preguntes qué derecho tiene el otro a tu hospitalidad; sólo recuerda que tú también la necesitaste y la obtuviste; si no la obtuviste, recuerda que querías obtenerla y trata al otro como tú deseabas ser tratado, no como efectivamente te trataron. A fin de cuentas, todos los humanos somos inmigrantes en este planeta y desde luego no viene de más lejos ni es más «extraño» quien llega desde otro país que el surgido por primera vez de la nada en el vientre de su madre. ¿Quién puede parecerse más a ti, quién tiene más derecho a llamarse tu semejante y hasta tu hermano que aquella o aquel que llega desde no se sabe dónde, cuanto más lejos mejor? Quizá toda la ética de la que tanto venimos hablando pueda resumirse en respetar las leyes no escritas de la *hospitalidad*: en todas las épocas y latitudes, portarse hospitalariamente con quien lo necesita —y por ello se nos asemeja— es ser realmente humano. Como venimos de no se sabe dónde, tenemos que guiñarle el ojo con complicidad a cualquiera que llegue de no sabemos dónde... Ya que antes elogiamos la perspicacia de la lengua castellana en su doble uso de la palabra

«huésped», rindamos ahora tributo a la lengua inglesa, donde se responde hermosamente a la palabra «gracias» con el lema universal de los buenos anfitriones: *you are welcome*, es decir «sea usted bienvenido».

Pero las obligaciones de la hospitalidad aún se extienden más allá. El buen huésped –en ambos sentidos de la palabra– procura no sólo ser fraterno con sus semejantes sino también respetar y cuidar al máximo la casa en la que se hospeda o en la que hospeda a otros. Tal «casa» de todos es precisamente el planeta Tierra que habitamos (¡aunque quizá tú mismo o tus hijos, quién sabe, tengáis la ocasión de ocupar algún día otro «piso» en el enorme vecindario del sistema solar!). Por el momento, no tenemos otro hogar en todo el universo que este modesto cuerpo celeste de tercera categoría en el que ya nos hemos acostumbrado a vivir. Si lo polucionamos fatalmente o destruimos sus recursos... ¿de dónde sacaremos sustituto a medio plazo para él?

Hace unos siglos, cuando los seres humanos eran mucho menos numerosos y necesitaban menos fuentes de energía natural, se podía habitar la Tierra como si sus aguas, sus árboles y sus minas fuesen infinitos: hoy ese derroche es ya un lujo que no podemos permitirnos, porque nuestra economía global produce ahora en tres semanas más de lo que nuestros abuelos producían en todo un año. Este dispendio de elementos naturales insustituibles plantea un desafío a nuestra prudencia moral, primero por la injusticia que supone que los países más desarrollados gasten y polucionen cien veces más que todos los otros y después cuando pensamos en nuestros próximos descendientes... ¡con los cuales tenemos anticipadamente ciertas obligaciones como «huéspedes» venideros! De modo que la hospitalidad bien entendida –es decir, éticamente entendida– empieza por preocuparnos del buen mantenimiento de esta «nave» interplanetaria en la que viajamos por el cosmos todos juntos... aunque sea trazando círculos.

¿Y qué más? Pues ahora sí, ya sólo me queda despedirme. Y recomendarte que no esperes milagros salvadores ni de los nuevos siglos ni de los nuevos milenios porque ningún calendario trae realmente nada nuevo a la vida de los hombres. Sólo confía en ti y en tus semejantes, en lo que podemos (¡podéis!) hacer todos juntos con sólo quererlo de verdad. Inteligentemente. Por lo demás, como dicen al despedirse mis amigos mexicanos, «que te vaya bonito...».

Apéndice

Veinte años después

Han pasado veinte años desde que este libro apareció en las librerías. A pesar de su declarada vocación juvenil, que no ha perdido, en cierto modo podemos decir que ya es mayor de edad. Algunos me preguntan si no habría que modificar parte de sus contenidos o añadir otros nuevos, después de estas dos décadas. Aunque el tango diga que «veinte años no es nada», la verdad es que son mucho tiempo en la existencia de cualquiera, incluso de un libro...

¿Ha cambiado entre tanto la ética? La verdad es que no: lo que ha cambiado y mucho (no siempre para bien, desde luego: la crisis económica, el paro, etc...) es la sociedad. Si tuviera que escribir hoy este libro, lo que debería transformar son los ejemplos y las referencias sociales, empezando por el nombre de algún futbolista que menciono y que los adolescentes actuales tendrán que buscar en Wikipedia para enterarse de quién fue. Tampoco la mismísima Wikipedia existía hace veinte años, ni Twitter, ni Facebook, ni los blogs, ni... Alguno de los lectores más jóvenes se preguntarán cómo se podía vivir sin esas maravillas, ahora tan familiares. Sin embargo, juro que vivíamos, ni más ni menos que hoy. Y las preguntas que nos hacíamos sobre cómo emplear mejor nuestra libertad no eran fundamentalmente distintas a las que se están haciendo en este momento las chicas y los chicos que pueden leer esta página.

Por eso creo que el propósito con que fue escrito este libro sigue siendo válido. Ética para Amador nunca fue un recetario de soluciones –hay que hacer esto, no hay que hacer aquello– sino una **invitación**. ¿A qué? A reflexionar. ¿Sobre qué? Sobre la orientación que podemos dar a nuestra vida. Porque la ética consiste en intentar vivir a **propósito**, de un modo deliberado y consciente, sin limitarse a seguir como un borrego la rutina establecida, los mecanismos colectivos o imitando sin crítica a la mayoría de quienes nos rodean. Y esa reflexión a la que este libro invita tiene tres características que conviene recordar:

Es **autónoma**, o sea que cada cual debe pensarla por sí mismo y para sí mismo. No es una serie de mandamientos que hay que aprender, sino ideas y pautas para actuar que hay que comprender. Otras personas o los libros pueden enseñarte muchas cosas interesantes, pero vivir es una experiencia que nadie puede hacer por ti. Y vivir como de veras te conviene es una decisión que sólo tú puedes tomar.

Es **laica**, o sea que depende de tu capacidad de razonar y no de tus creencias, por respetables que sean. La ética no proviene de dogmas religiosos o políticos, sino de argumentos y conocimientos sobre los que cada cual debe pensar. Todos somos a ratos «creyentes» en esto o en aquello –suele depender de dónde hemos nacido y de la fe de quienes nos rodean– pero la ética está destinada a los momentos en que nos portamos como «pensantes».

Es **alegre**, o sea que se ocupa de cómo mantener y aumentar tu gozo humano de vivir. Obrar bien no es una penitencia ni el sufrimiento indica que se ha escogido el mejor camino. Es verdad que a veces comportarse como humanos racionales y libres comporta esfuerzo, incluso algún sacrificio. Pero el objetivo es mantener y aumentar la alegría de existir, que no equivale a aturdirse o a no querer ver los aspectos difíciles y hasta terribles de la vida. Aprender a amar la vida humana es aceptarla en sus placeres y también en sus dolores, pero procurando siempre hacerla más plenamente gratificante para uno mismo y para quienes la comparten con nosotros.

Cuando hace veinte años se escribió este libro, ésta era la invitación a reflexionar que quería transmitirse con él. Y sigue en pie, a pesar de las transformaciones históricas y sociales, como un reto estimulante y necesario para quienes son jóvenes... y también para quienes ya no lo somos tanto.

Fernando Savater

Ética de

URGENCIA

Ariel

Presentación

Hace ya más de veinte años que se publicó *Ética para Amador*, un libro sin otra pretensión que ayudar a jóvenes y adolescentes a reflexionar sobre la perspectiva moral que debe acompañar a la libertad humana. Pensados para esa franja de edad ya existían muchos libros de ficción, junto a música, películas, videojuegos... pero no propiamente libros de ensayo. Los que yo conocía de ese género eran más bien obras de estudio —de esas que exigen la tutoría de adultos o profesores— en el mejor de los casos, y en el peor, libros catequísticos o de autoayuda. Mi intención fue escribir un ensayo filosófico, sencillo y accesible pero que plantease preguntas en lugar de apresurarse a dar respuestas; y sobre todo, que pudiese ser leído por los propios interesados sin necesidad de guía por parte de los mayores, tal como ellos leen un cuento de Stephen King o *El señor de los anillos*.

Ética para Amador y después su complementaria *Política para Amador* obtuvieron una aceptación internacional muy generosa de la que confieso que fui el primer sorprendido. Por lo visto, se revelaron útiles y gratas para sus destinatarios, así como sirvieron para facilitar el diálogo pedagógico en las familias y en las escuelas. Y aún deben conservar parte de estas virtudes dos décadas después, pese a tantos cambios sociales y tecnológicos ocurridos desde entonces, si la asiduidad de reediciones no engaña.

Uno de los motivos de esta permanencia es que esos ensayos tratan sobre todo de la teoría básica de ética y política, sin entrar en las variables circunstancias casuísticas. A este respecto siguen siendo válidos sus planteamientos y yo no sabría mejorarlos. Pero me ha parecido interesante dialogar ahora con alumnos y profesores de bachillerato sobre temas morales concretos de interés actual, de urgencia práctica, para ver cómo podemos aplicar los razonamientos y principios de que tratan aquellas obras. ¿Cuáles son las cuestiones éticas o políticas que más preocupan a los jóvenes y adolescentes de hoy? ¿Cómo razonan ellos las alternativas morales? ¿Qué nuevos retos plantean Internet y las redes sociales?...

El presente libro no es una obra directamente escrita por mí, sino la transcripción cuidadosa y selectiva de coloquios que he mantenido en dos centros de enseñanza de nuestro país. Conserva a todos los efectos la espontaneidad e inmediatez del género oral y quizá también sus ocasionales imprecisiones. Por supuesto, no pretende sustituir ni revocar a *Ética para Amador* y *Política para Amador*, sino constatar el efecto de su propuesta de reflexión sobre valores y libertad en la generación actual y vislumbrar los nuevos debates éticos que apuntan hoy entre quienes tienen la edad del «Amador» de hace veinte años. Así sirve como complemento y prolongación de aquellos libros, espero que reforzando tanto su interés como su utilidad entre quienes ahora deben educar o ser educados. Sólo

me queda agradecer su colaboración a los alumnos de los institutos San Isidro y Montserrat de Madrid y Virgen del Pilar de Zaragoza por sus preguntas y objeciones, así como a Gonzalo Torné por su trabajo de fijar en un texto la vivacidad a veces atropellada de las palabras.

FERNANDO SAVTER

Veinte años de Ética para Amador

Ética para Amador nunca tuvo otro propósito que ayudar a los profesores que daban clases de ética en los institutos, una asignatura nueva que se introdujo al acabar la dictadura, cuando la democracia daba sus primeros pasos, como única alternativa posible a la asignatura de religión. Ya de entrada no parecía una alternativa demasiado sensata porque la ética no excluye la religión: los temas que trata la ética deberían interesar tanto a las personas religiosas como a las que no lo son.

Tampoco existían temarios ni manuales, de manera que muchos profesores de instituto estaban desesperados porque no sabían cómo enfocar la asignatura. Cogían el periódico y discutían las noticias, ponían sobre la mesa temas como el aborto, la energía nuclear, las elecciones... Después se debatía, cada alumno decía lo que le parecía, y no se avanzaba apenas, tenía bien poca gracia.

Por esas fechas una amiga mía que era profesora en un instituto de Barcelona me pidió si podía escribir un libro para inspirar las discusiones. Como yo tenía un hijo de quince años, que ahora va a cumplir los treinta y cinco, pensé en tomarlo como modelo de la clase de chico al que quería dirigirme. Mi idea fue poner por escrito no tanto lo que se debía pensar sobre los distintos problemas éticos, sino más bien, exponer los motivos por los que es tan valioso dedicar un tiempo a pensar en ellos. No es un libro que ofrezca soluciones, su propósito es explicar por qué es mejor protagonizar una vida deliberada y razonada que actuar de manera automática.

Su función era meramente instrumental, estaba pensado para cubrir una necesidad educativa; lo curioso es que no existía un ensayo pensado para jóvenes. Los adolescentes pueden escuchar música, leer novelas, ver películas, filmadas y compuestas pensando en sus intereses, pero no podían leer un ensayo sin sentir a cada página el aliento de un adulto, posado sobre su hombro como un cuervo, con el propósito de indicarles lo que tenían que pensar en cada momento. No existía un libro que pudieran abrir y avanzar tranquilamente por los razonamientos, como si fuese una novela de Stephen King. Además de ser útil a los profesores y a los alumnos durante la clase de ética, el libro pretendía ser también una ayuda para los padres. Porque a menudo los padres queremos hablar con nuestros hijos pero es difícil enfocar el tema, no vas a decirle: «Siéntate ahí que vamos a hablar de moral». En cambio, un libro puede establecer un punto de partida, y un acercamiento.

Han pasado dos décadas, y, evidentemente, tener quince años hoy no se parece demasiado a los quince años de entonces. La percepción de los comportamientos que los jóvenes consideran normales es muy distinta. Disfrutamos de más libertad, de más

confort, y muchas circunstancias se han alterado notablemente. Hoy somos mucho más desenfadados, cuando yo era joven éramos más ceremoniosos. En mi colegio, cada vez que entraba un adulto en el aula, aunque fuese para reponer la tiza, toda la clase nos poníamos de pie, y además, había que decir: «Ave María Purísima», algo que, evidentemente, ya no ocurre hoy. Cuando las personas mayores dicen que ya no hay valores, se refieren a que las mujeres salen a la calle en lugar de ir a misa, o que llevan las faldas más cortas, que se puede comer todos los días, o a todas horas. Lo que cambian son las supersticiones.

Ética para Amador fue el primer libro que escribí en un ordenador que, si lo viéramos ahora, nos parecería una pieza de museo; los anteriores los había escrito en una máquina eléctrica, y antes, en máquinas de escribir que parecen irreales de tan viejas que son. La tecnología que nos rodea es muy distinta y eso afecta mucho nuestro día a día. Cuando en una película de hace unos años vemos al protagonista alterado porque tiene que hacer una llamada muy urgente de teléfono, y no encuentra una cabina, o no tiene fichas, o cuando la encuentra está ocupada por un pesado que no parece tener intención de salir, todos nos impacientamos y pensamos: «Que llame por el móvil». Ya no nos identificamos con la época en que una cabina estropeada podía fastidiar un negocio o una relación personal.

También se ha reducido muchísimo el tiempo que invertimos en ir de un sitio a otro, la velocidad con la que se mueven las noticias. Una persona del siglo XIX sabía lo que pasaba en su barrio, en la comarca, pero poco más, del mundo sólo conocía aspectos generales. Chateaubriand cuenta en sus memorias que durante la batalla de Waterloo, él estaba en Bélgica, muy cerca de donde ocurría la batalla, pero tuvo que guardar cama por culpa de una enfermedad. Como se había ocupado y había escrito mucho sobre la figura de Napoleón, en cuanto se recuperó salió a dar un paseo y le preguntó a un campesino que estaba trabajando la tierra: «Oiga, ¿tiene noticias de Napoleón?». Y el campesino le respondió que no; estaba a menos de dos kilómetros del sitio donde se libraba una batalla que iba a decidir el destino de Europa durante un siglo, pero él no se había enterado. Hoy todos habríamos visto la batalla on line o en televisión. Muchas veces el nervio dramático de una historia está basado en algo que es una cuestión técnica ya resuelta. En las novelas de Jane Austen, el factor desencadenante de la acción es el lío tremendo que se arma cuando una señora no recibe a tiempo la carta del novio. Por eso nos cuesta entender las situaciones donde alguien pierde a un amigo o a una amada porque tarda ocho días en recorrer una distancia que hoy en día apenas nos llevaría media hora cubrir. Las mejoras técnicas afectan a la narración: si en su época se hubiese podido llamar por teléfono, el argumento de *Orgullo y prejuicio* sería muy diferente, y también deberían volver a escribirse las novelas de Sherlock Holmes.

Aunque lo accesorio cambie mucho las cosas básicas de la vida, los sentimientos elementales, las ambiciones, los miedos, se mantienen inalterables. Cuando ves que cambian muchas cosas accidentales, aprendes a distinguir las que son esenciales y sí

permanecen: el respeto, la cortesía, la idea de que los seres humanos nos podemos alegrar la vida los unos a los otros. Si ahora entrase por la puerta un contemporáneo de Arquíloco o de Safo, o de cualquier otro poeta griego del siglo III o IV a.C., el mundo en que vivimos le parecería un sueño o una pesadilla, algo irreal, en cualquier caso. Nuestros aparatos, nuestros instrumentos, nuestros coches, nuestros aviones, nuestros móviles, nuestras pantallas, el fluido eléctrico... todo sería nuevo para él, le sobrepasaría. Sin embargo, en cuanto nos diera por empezar a conversar, nos daríamos cuenta de que la idea de los celos, la idea del amor, de la ambición, del miedo a la muerte le serían perfectamente familiares, no habría que ponerle en antecedentes.

La propia Safo, que vivió en Lesbos hace más de dos mil años, en un mundo radicalmente distinto al nuestro, dejó escrito un poema breve que dice: «Una nube que pasa por delante de la luna, y en este momento yo estoy sola en la cama». Un poema que nos habla de la soledad del momento como si hubiese estado escrito por un contemporáneo. Las costumbres, la sociedad y la moral han cambiado muchísimo, pero la soledad, la nostalgia, la compañía del amado... son sentimientos que conocemos perfectamente.

Cambia la epidermis del mundo, pero debajo hay un núcleo que sigue vivo. La estética se ocupa de lo que pasa en la superficie, de las modas, los géneros artísticos... Todo eso está muy bien, pero pasados unos años lo que estuvo vigente ya no nos sirve: aunque las obras de Rembrandt sean admirables, es un sinsentido empeñarse en seguir pintando como lo hacía él. La estética es un archivo, un catálogo, y la gracia es conocerlo en profundidad para poder hacer cosas nuevas a partir de lo que lograron los artistas del pasado. Y allí donde la estética trata de la modificación y nos habla de las cosas que nos van pasando y se suceden, la ética se ocupa de las cosas que duran, que no se van del todo, que permanecen, de aquello que siglo tras siglo sigue siendo importante para los seres humanos.

Si hoy todavía leemos con provecho la *Ética a Nicómaco*, que lleva por el mundo más de veinte siglos, es porque sigue tratando cuestiones que todavía nos son útiles. Si ese libro sigue interpelándonos es porque el fundamento y el sentido de la pregunta ética no han variado. Si me preguntasen cuál es ese fundamento y ese sentido diría que radica en la obligación de atender a los deberes que los seres humanos tenemos hacia el resto de los seres humanos. Al ejercitarse, la ética renueva el impulso de considerar al otro como un fin y no como un instrumento de nuestros apetitos. Aunque todo lo exterior cambie, aunque se alteren profundamente los hábitos, aunque la técnica altere nuestra percepción del espacio o nos traiga hasta nuestra casa caudales de información, aunque la sociedad se transforme, para mejorar o empeorar, hasta volverse irreconocible, mientras seamos humanos no podremos dejar de preguntarnos cómo debemos relacionarnos con los otros, porque somos humanos gracias a que otros humanos nos dan humanidad y nosotros se la devolvemos a ellos.

Primera parte

El mundo que viene

Razones para la ética

Durante buena parte del día vivimos como si nos hubieran dado cuerda: nos levantamos, hacemos cosas porque se las hemos visto hacer a los demás, porque nos lo enseñaron así, porque eso es lo que se espera de nosotros. No hay demasiados momentos conscientes en nuestro día a día, pero de vez en cuando, algo ocurre e interrumpe nuestra somnolencia, nos obliga a pensar: «¿Y ahora qué hago? ¿Le digo que sí o le digo que no? ¿Voy o no voy?». Estas preguntas señalan distintas opciones éticas, nos exigen una buena preparación mental, nos interpelan para que razonemos hasta alcanzar una respuesta deliberada. Tenemos que estar preparados para ser protagonistas de nuestra vida y no comparsas.

La imagen del mundo como un teatro es muy antigua. El filósofo Schopenhauer imaginaba la vida como un escenario, cada uno de nosotros ve entre bambalinas cómo unos personajes hablan, lloran, gritan, luchan, se enfrentan y se asocian sobre las tablas. De pronto, sin previo aviso, una mano nos empuja y nos sorprendemos en el centro del escenario, nos obligan a intervenir en una trama que no conocemos demasiado bien porque hemos llegado con la obra comenzada, y tenemos que enterarnos a toda prisa de quiénes son los buenos y los malos, de qué sería conveniente decir, de cuál sería la acción correcta. Decimos nuestro monólogo y antes de enterarnos de cómo acabará todo, nos vuelven a empujar, y nos sacan del escenario, esta vez ni siquiera nos dejan quedarnos entre bambalinas.

Pero no nos pongamos tétricos, no siempre tenemos un papel relevante en la obra. Podemos pasar días actuando como figurantes en escenas pensadas y escritas por otros. Pero hay veces que nos apetece ser protagonistas de nuestra vida, y pensar en las razones por las que actuamos como actuamos. No se trata de vivir de manera muy original ni de hacer cosas muy extravagantes, sino de examinar los motivos por los que actuamos, nuestras metas y si deberíamos buscar objetivos mejores, o cambiar la manera de proceder.

La ética no nos interesa porque nos entregue un código o un conjunto de leyes que baste con aprender y cumplir para ser buenos y quedarnos descansados con nosotros mismos. Hay una película de los Monty Python en la que Moisés baja del Sinaí con tres tablas de la ley entre los brazos, se detiene ante su pueblo y les habla: «Aquí os traigo los quince mandamientos...», entonces se le resbala una de las tablas, cae al suelo y se rompe, y ahora les dice: «Bueno, los diez mandamientos». Pues la ética no va de

aprenderse diez ni quince mandamientos, ni uno o dos códigos de buena conducta. La ética es la práctica de reflexionar sobre lo que vamos a hacer y los motivos por los que vamos a hacerlo.

¿Y por qué debería yo razonar, vivir deliberadamente, entrenarme en la ética? Se me ocurren dos buenos motivos para no hacer la vista gorda.

El primero es que no tenemos más remedio. Hay una serie de aspectos en la vida donde no se nos permite razonar ni dar nuestra opinión: no depende de nosotros tener corazón, hacer la digestión, respirar oxígeno... Son actividades que me vienen impuestas por la naturaleza, por el código genético, por el diseño de la especie. Tampoco puedo elegir el año en que he nacido, ni que el mundo sea como es, ni el país natal, ni los padres que tengo. Los hombres no son omnipotentes, no les ha sido dado el poder de hacer y deshacer a voluntad. Pero si nos comparamos con los animales enseguida vemos que disponemos de un campo de elección bastante amplio. El resto de los seres vivos parecen programados para ser lo que son, lo que la evolución les ha deparado. Nacen sabiendo qué deben hacer para sobrevivir, saben cómo ocupar su tiempo. No hay animales tontos. Muchas veces hemos visto las imágenes de los chimpancés y los monos caminando cada vez más erguidos y al final un ingeniero de caminos con su sombrero, y ésta es la idea que tenemos nosotros de la escala: pasamos de los animales inferiores al ser humano; pero según cómo lo miremos, los animales son mucho más perfectos que los humanos. Observa el brazo de un gibbon o de cualquier mono arborícola: es un instrumento de precisión, de una flexibilidad y una potencia tan asombrosas que puede subir un enorme peso hasta lo alto de un árbol. O piensa en la zarpa de un león, eso sí es un aparato útil para desgarrar la carne de sus víctimas, o la aleta de un pez, etcétera, son apéndices admirables, que sirven muy bien a su propósito. La limitación de los animales es que sólo puede hacer una cosa cada especie, están especializadísimos. Unos nadan, otros vuelan, éstos cazan con el pico, los otros hacen agujeros en el suelo. Por eso cuando cambia el ecosistema empiezan a morir y desaparecen, porque no se pueden adaptar.

Los hombres venimos al mundo con un buen hardware, del que nos ha provisto la naturaleza, pero no tenemos el programa establecido, tenemos que procurarnos un software para orientar nuestras acciones sociales, los proyectos creativos, nuestras aventuras intelectuales. Los humanos no estamos especializados en nada, y esta característica tiene su reflejo en el diseño anatómico: el brazo humano sirve para trepar, pero mal; puede dar algún golpe, pero nada comparable con los del león; podemos nadar, pero tampoco como el delfín; pero podemos hacer todas esas cosas y también tocar el piano, disparar un misil, señalar a la luna, meternos en un barco para cruzar el océano sin saber adónde vamos, y tampoco puede descartarse que un día destruyamos el mundo, algo que bien seguro no podrán hacer los animales. Gracias a que no estamos

circunscritos a una sola tarea, los humanos podemos elegir entre cosas distintas, y hemos desarrollado estrategias y culturas que nos permiten habitar el desierto, reproducirnos en el polo. Ese campo abierto de elección tan amplio es una extraordinaria ventaja evolutiva.

Por contrapartida, esta indefinición conlleva una serie de responsabilidades. La principal es que tengo que elegir qué voy a hacer con mi vida, qué voy a aceptar y qué voy a rechazar. Tengo que escribir mi papel en la función de la vida. Tengo que elegir lo que hago y justificar mi decisión; si quiero vivir humanamente y no como un animalito es bueno que sepa por qué creo que me vendrá mejor hacer una cosa y no otra. A veces la explicación es bien sencilla; por ejemplo, si vivo en un octavo piso y quiero bajar a la calle puedo optar por meterme en el ascensor o tirarme por la ventana; a menos que viva en un entresuelo o que haya decidido acabar con mi vida, en un caso así tengo buenas razones para defender ante quien sea mi decisión de optar por el ascensor. Pero hay decisiones más difíciles de tomar y de justificar, y no puedo escabullirme, pues se trata de una serie de elecciones obligadas. El filósofo Jean-Paul Sartre lo dijo en el siglo pasado con una frase contundente: «Estamos condenados a la libertad». Es decir, somos libres pero no disfrutamos de libertad para renunciar a la libertad. Esta necesidad de elegir es característica del ser humano, y no podemos desdecirnos de ser humanos. Estamos destinados a inventar nuestro destino, sin segundas oportunidades. Por eso los hombres nos equivocamos y nos defraudamos, y cometemos atrocidades, pero también, gracias a eso, podemos transformar nuestra vida, inventar sus contenidos. Y reflexionar sobre esta naturaleza y buscar los motivos adecuados y las mejores explicaciones por las que hacemos una cosa en lugar de otra es parte de la tarea de la ética.

La segunda razón es muy sencilla de entender. Los humanos somos una especie vulnerable, nos rompemos y morimos, es muy fácil hacernos daños físicos, morales y sentimentales, no podemos hacer lo que se nos antoje con los demás, debemos tener cuidado con ellos. La deliberación ética se impone porque somos mortales. Si fuésemos inmortales podríamos hacer lo que nos diese la gana. Los primeros cristianos leían y escuchaban escandalizados las historias protagonizadas por los dioses griegos. Ellas eran lascivas y arrogantes, ellos eran unos tipos bravucones y feroces, y los dos sexos eran unos mentirosos que se entregaban a toda clase de perrerías que nosotros condenaríamos como inmorales. Lo que no entendían estos primeros cristianos es que los dioses no eran inmorales, sino que estaban fuera de la moralidad. Si eres inmortal, como no te haces daño, ni haces daño a los otros porque son tan invulnerables como tú, para qué vas a tener miramientos; si todos fuéramos inmortales, podríamos comportarnos los unos con los otros como quisiéramos, como pasa en las leyendas de los dioses, que unos mueren y luego resucitan y es como si todo pasase en una realidad virtual, como si fuese de mentira, como si viéramos una película. En realidad los dioses no se matan ni se aman, sólo juegan a matarse y fingen el amor.

Y, como bien sabéis, la vida humana no es así, no es reversible, sigue una dirección y no podemos volver atrás. La nuestra es una vida irrepitible y frágil, única para cada uno de nosotros, protagonizada por seres vulnerables que a cada minuto están en peligro de muerte. Amenazados no sólo por la muerte física, sino también por otras muertes: la muerte social, la muerte sentimental, la muerte de la salud, todo lo que se aleja y nos deja abandonados, todo lo que nos hiere y nos deja tristes, solitarios, frustrados. Ése es el motivo por el que he dicho antes que debemos tener miramientos con nuestros conciudadanos.

«Miramientos» es una palabra española muy significativa, que expresa muy bien la disposición ética. Presupone que vamos a mirar a los otros, que vamos a fijarnos en cómo son y qué necesitan. Una de las características zoológicas que tenemos los humanos es que somos capaces de leer en la cara de los demás. Muy pocas especies de animales son capaces de hacerlo, la mayoría no tienen expresión. Un tigre, por ejemplo, arma una expresión feroz cuando va a atacar, y cuando está tranquilo pone otra cara, una que no dice nada. No tiene más rostros ni más expresiones. Los hombres y los monos superiores sí podemos expresar con las facciones una cantidad importante de emociones, de manera que podemos leer la mente de los otros gracias a las caras que ponen, interpretar si están tristes, alegres, burlones, si desean o envidian o detestan... Lo comprendemos porque somos capaces de interpretar las facciones y ponernos en el lugar del otro, porque somos empáticos. Esta capacidad es la raíz del dicho que han adoptado tantas religiones y propuestas morales: «No le hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti».

Se trata, además, de un lenguaje (el de los gestos) y una capacidad (la empatía) universales. Álvarez Núñez Cabeza de Vaca, un personaje que vivió unas aventuras tremendas (descubrió el Misisipi, llegó a ser el chamán de una tribu, y cuando murió le enterraron con el mayor honor que uno puede imaginar: desviaron el lecho de un río, le dieron sepultura y después volvieron a rectificar el caudal para restablecer el curso natural, de manera que las aguas resbalasen por encima de la tumba), escribió un libro que se lee como una novela de acción, que se titula Naufragios y comentarios, porque el hombre naufragaba cada dos por tres. En una de las historias que cuenta, siempre rodeados de una selva increíble, él y un grupo de españoles avanzan por los rápidos de un río con una balsa, muy precaria, de troncos atados a toda prisa por miedo a las tribus caníbales que supuestamente vivían en los márgenes del río, y cuya ferocidad habían magnificado; navegaban espantados. En un momento determinado, llegan a unos rompientes, la balsa choca con unas rocas y se deshace; vamos, que naufragan como de costumbre. Dos o tres de ellos se ahogan allí mismo, y el resto llegan destrozados a la orilla, arrastrándose por la arena, y cuando se quedan allí tumbados, exhaustos, intentando recuperar el aliento, se abre la selva y aparecen los caníbales. Los naufragos se miran entre ellos, están tan agotados que ya todo les da lo mismo y se echan a llorar

en la arena. Cuando llevan así un rato, Álvaro levanta la mirada y ve que los caníbales se han dispuesto en un semicírculo a su alrededor, en cuclillas, les están mirando, y también lloran.

Este reconocimiento de la desgracia y del desamparo es propio del ser humano. Cuando decimos de alguien: «Es una persona muy humana» (lo que en principio es una bobada porque todos somos igual de humanos), significa que es sensible a la vulnerabilidad de los demás, que no les trata como si fuesen de goma. La persona «humana» es la que cuando ve que te sangra la rodilla se preocupa y te advierte. No hace falta que nos lo expliquen, entendemos el dolor y la fragilidad ajena porque todos somos vulnerables. Son los dioses inmortales los que tendrían problemas para comprendernos, ése es el sentido de la leyenda de la encarnación de Cristo: un dios que se quiere volver humano para entender qué sienten los seres mortales y vulnerables.

La libertad de elección y la vulnerabilidad de nuestra condición son las bases de la ética, y nos imponen unas obligaciones. La reflexión ética pretende ayudarnos a entender cómo podemos ayudarnos los unos a los otros a convivir mejor, a disfrutar de la mejor vida posible. Y aunque no exista un código, podemos acudir a unas ideas útiles y consolidadas, emplearlas como instrumentos que nos ayuden a pensar qué clase de vida preferimos. Y como los problemas se renuevan casi a diario, debemos reflexionar constantemente, la vida razonada no termina nunca, y dura lo que dura la existencia.

Internet y realidad

No estoy tan seguro de que Internet haya atrofiado nuestra sensibilidad. Si tú ves a un niño muriéndose delante de ti, sigues sintiéndote conmovido, estableces un vínculo afectivo con él, no quieres que le pase nada malo, quieres que viva. No creo que los seres humanos nos hayamos vuelto de piedra ante la realidad cuando la tenemos delante. El problema es que ahora tenemos que elegir entre una realidad virtual y una realidad presente y, muchas veces, la realidad virtual, que también es realidad porque está ocurriendo en algún sitio determinado, pero lejano, nos va acostumbrando a ver la realidad como un espectáculo.

Estamos tan habituados a esa distancia que si estás en casa y oyes gritar a una mujer, la mayoría de las veces vas a pensar que se trata de la televisión o de la radio. Durante mucho tiempo si alguien escuchaba un grito en casa sabía que sólo podía tratarse de un vecino. Al sentir el mundo como un espectáculo algunas cosas que antes nos parecerían alarmantes o espeluznantes las confundimos ahora con una película, con un decorado. Entre la persona que pide ayuda y nosotros imaginamos una pantalla en medio. No es que los sentimientos se hayan entumecido y haya aumentado la frialdad, sino que se ha vuelto más complicado identificar lo que es real, distinguirlo de lo virtual.

Platón en uno de sus diálogos dice: «Nadie aplica la moral mientras sueña». Cuando estás dormido no puedes ser moral ni inmoral porque no estás actuando en la realidad, sino en un mundo donde lo que estás viendo son creaciones tuyas, donde nada de lo que hagas tendrá consecuencias. Y sería absurdo tener problemas morales porque mientras soñabas le diste una patada en la nariz a una señora a la que le tienes mucha manía. En cambio, si lo haces en la vida real, tu libre decisión sí tendría consecuencias, pertenecería a la esfera de lo moral y lo legal.

Los seres humanos siempre hemos protagonizado existencias virtuales además de las reales, ya que la mitad de nuestra vida transcurre en sueños. El propio pensamiento es una manera de explorar virtualmente la realidad. Pero la distinción entre realidad y sueño, que ha dado lugar a obras famosas, como *La vida es sueño* de Calderón, estaba antes más acotada, mejor delimitada, era sencillo saber en qué lado estabas. Ahora la realidad virtual está por todas partes y la frontera se ha desdibujado, es bien fácil confundirse.

Yo pienso que Internet sí nos ha cambiado. Ahora cuando llegas a casa tienes mil informaciones que no puedes canalizar. Antes no había tanta información, era más importante lo que veíamos y lo que tocábamos.

Antes la gente se emocionaba cuando veía un paso de Semana Santa, lloraban porque la Virgen llevaba puñales. Hoy estamos acostumbrados a ver tantos horrores, en las series de ficción y en los informativos, que es muy raro que una persona se eche a llorar por lo que le pueda pasar a una estatua, por dramática que nos parezca su situación.

¿Qué piensa de las redes como Facebook, cómo pueden influir en nuestra ética?

Bueno, la moral funciona en muchos ámbitos distintos. Todo lo que aumenta nuestro poder, redimensiona nuestro campo moral. Por ejemplo, Aristóteles dedicó muchas páginas y grandes reflexiones a la ética, pero no se hizo nunca una sola pregunta sobre biogenética, porque en su mundo no se sabía qué era. La biogenética ha abierto muchas posibilidades y nos ha planteado problemas morales nuevos. Tenemos que reflexionar moralmente sobre nuestras responsabilidades.

El principal problema moral que plantea Internet es la veracidad. Decir la verdad o no se ha convertido en una cuestión más complicada que en el pasado. Ahora desde casa podemos hacer llegar mensajes falsos, erróneos, incluso nocivos, a conocidos y a desconocidos. Esta posibilidad es nueva, supone un nuevo reto moral, porque muchas veces es cuestión de darle o no a una tecla, y todo sucede en casa, sin que nadie nos vigile, sin que se nos pueda acusar, y sin tener que rendir cuentas a nadie. Nuestro poder ha aumentado, y si nos tomamos en serio la vida, también aumenta nuestra responsabilidad.

Precisamente, como el poder siempre conlleva responsabilidades, debemos exigirles mucho a las personas que lo ejercen y tienen autoridad. Ya que, en democracia, les hemos concedido el poder de hacer cosas que no podemos hacer los demás. Por eso nos indigna cuando una persona que ocupa un puesto destacado actúa de manera nefasta, porque está abusando de nuestra confianza.

Con Internet el poder de actuar impunemente se ha repartido, cada uno de nosotros puede hacer su ración de daño sin apenas sufrir las consecuencias. Las nuevas tecnologías nos permiten saber más, estar en más sitios, y dañar a más personas (aunque no de manera irreparable, por fortuna) que los príncipes de hace unos siglos. Internet supone un enorme desafío moral para todos sus usuarios.

¿Los múltiples alias que usamos en Internet pueden terminar afectando a nuestra identidad?

Bueno, la propia identidad, la manera de representarse a uno mismo, ya era un problema antes de Internet, incluso cuando uno trataba de ser lo más normal posible.

Ahora se escuchan casos delictivos que uno no comprende bien. Parecen haberse abolido no sólo las fronteras, sino que también se han atrofiado los sentidos más elementales de reconocimiento. ¿Cómo es que un tipo puede hacerse pasar por una

señora y llevarse a una serie de incautos a un hotel y violarlos? ¿Cómo es que no se enteran las víctimas? ¿Cómo pueden estar tan distraídos?

Mi impresión es que la sustitución de identidades ha llegado a un grado de enredo muy sofisticado, y que además se acepta como algo completamente normal. Ahora mismo en Twitter hay un señor que se hace pasar por mí, yo no digo que el Twitter esté bien o mal, pero sí he intentado aclarar que ese señor pone mi nombre, pero no soy yo. Y resulta que a la propia gente de Twitter le cuesta entender tu reclamación. Es como si alguien se presenta en una fiesta diciendo que es Fernando Savater, bueno, aunque te juren que se haya portado estupendamente, que no se ha emborrachado, y ha dejado en paz a las camareras, pues, hombre, aun así me gustaría dejar claro que ese señor no soy yo.

Pero si ni quien se hace pasar por mí ni la empresa que lo aloja lo ven como algo extraño, si cuando reclamas te miran con cara de sorpresa, desde luego vamos a tener un conflicto de pareceres. Supongo que es un eslabón más de una serie de cambios que afectan a la identidad personal que con el tiempo se ha ido transformando mucho. A medida que avanza la civilización uno tiene más identidades disponibles, al alcance de la mano por así decirlo.

La vida moderna —comparada con la del señor del pueblo, que vive en una aldea pequeña, que prácticamente no puede tener más identidad que la que le procura su trabajo, puede ser pastor o zapatero, y ser el marido de fulanita y el padre de menganito — te da la oportunidad de tener muchas más identidades. Cambiamos de oficio, cambiamos de identidad familiar... Y ahora mismo la identidad que te da la ideología, lo que piensas, y la religión, lo que crees, es mucho más compleja que antes, cuando éramos señores que íbamos a la iglesia, a una, a la que había y se acabó.

Ahora tenemos cientos de ideas para escoger, decenas de iglesias, de identidades sexuales, no somos los mismos por la mañana cuando acudimos a la oficina que cuando salimos de juerga. Uno de los atractivos de la ciudad moderna, sobre todo cuando eres joven, es precisamente la posibilidad de multiplicar tus identidades. Si te quedas en tu pueblo eres lo que eres y se terminó. Y lo que eres probablemente ni lo habrás escogido tú. La ciudad te da una ración de anonimato que te ayuda a cambiar de pelaje, a ser más camaleónico. A mí cuando en un bar me dicen: «¿Lo de siempre?», pues ya no vuelvo.

Y en ese sentido Internet es como una ciudad enorme, con barrios inmensos, amorfos, en la cual puedes estar cambiando constantemente. Este vértigo te abre un gran abanico de posibilidades, pero también tiene mucho más riesgo que acatar una vida serena, donde los papeles están bien repartidos y claros, y sabes quién eres y lo que se espera de ti. Antes tenías pocas identidades pero seguras, ahora tienes muchas más, pero también son más precarias, y muy vulnerables.

Si tuviese un anillo que le concediese hacer lo que le viniese en gana sin que nadie pudiera verle, ¿qué haría?

El auténtico nombre de ese anillo es irresponsabilidad. La pregunta que me haces puede afinarse: ¿qué harías si estuvieses seguro de que nadie te podría pedir responsabilidades? Rousseau se inventó un cuento que se basa en el mismo supuesto, el del mandarín chino. Rousseau nos invita en ese relato a imaginar que en China hay un mandarín de más de noventa años de edad, cruel y malvado hasta extremos intolerables. De repente te dan un botón que si lo tocas hará que el mandarín muera y que a ti te toque la lotería. Al día siguiente serás rico y el mandarín estará muerto, nadie podrá relacionarte ni acusarte de nada, no tienes ninguna relación ni con China ni con el mandarín. No lo conoces, no le has visto nunca, y sólo tú sabes que hay un vínculo entre un premio de lotería y la muerte de un anciano déspota en alguna parte de la remota China. La pregunta de Rousseau es: «¿Qué harás, vas a pulsar el botón?».

Nosotros no matamos gente porque sabemos que hay leyes y conocemos el castigo que supondría transgredirlas, pero qué sucedería si pudiésemos matar sin que la ley se diese cuenta, sin que nos pidieran explicaciones. El problema es cuando somos los jueces únicos de nuestra acción, estamos ante un caso de conciencia, ante una decisión moral casi pura. Una buena respuesta al reto de Rousseau sería negarse a pulsar el botón porque me tengo a mí mismo en una consideración tal que no puedo aceptarme matando personas para ganar un premio de lotería. Hay cosas que no hacemos porque queremos seguir siendo como somos. En una obra de Shakespeare, hay un rey, Ricardo III, que comete un crimen tras otro, sin remordimientos, hasta que en un momento determinado dice: me doy cuenta de que me he convertido en enemigo de mí mismo, porque ahora cuando me quedo solo en una habitación estoy a solas con un asesino.

En Internet es sencillo que nadie sepa quién eres, así que la moral depende sólo de ti.

La moral no entra en juego cuando no tienes más remedio que hacer una cosa, porque entonces todos nos portamos bien. Cuando llegas al semáforo y está el guardia con la agenda mirándote, todos respetamos la luz roja. Cuando no hay semáforo y están los niños cruzando por la calle, y tú vas con prisa, ahí es cuando decides si respetas o no. E Internet te abre un mundo en el que puedes tomar decisiones de todo tipo, la mayor parte lúdicas, pero también de hacer cosas que no están bien, que pueden provocar engaños o sufrimiento.

Me gustaría saber qué entiende usted por la palabra «realidad», qué es la realidad.

La realidad es lo que nos ofrece resistencia. Para saber si tienes delante una farola, para saber si la farola es una alucinación o es una farola de verdad, pégale con la cabeza; si es de verdad te dolerá la cabeza, y si no lo es, no te dolerá. La realidad es lo que no cambia simplemente por efecto de nuestro deseo. Los sueños no son reales porque están funcionando de alguna manera en asociación con nuestros deseos. En cambio, la realidad es lo que siempre está ahí, queramos o no, y tiene unas condiciones que nosotros no

podemos modificar, o que podemos modificar, pero no a voluntad. La realidad es todo eso que de mil maneras nos ofrece resistencia, incluido nuestro propio cuerpo. Nuestro cuerpo es real, demasiado real, y por eso nos da tantos problemas, porque no se ajusta a nuestros deseos, no está sano a voluntad, no se cura cuando queremos.

La educación

A nivel universitario los medios técnicos han cambiado sobre todo la manera de documentarte, ahora puedes buscar una bibliografía de lo que quieras en Internet. Claro que también puedes usar una pantalla en lugar de una pizarra, y seguir las clases a distancia, pero esto no son más que instrumentos, no me parece relevante. El verdadero problema que las nuevas tecnologías plantean a los profesores universitarios es cómo mantener vivo el espíritu de investigación, que es lo que interesaba desarrollar durante la licenciatura.

En cualquier caso, la mayor transformación la experimentan los niños. Antes el niño acudía a la escuela para que le dieran conocimientos sobre las materias que en su casa no dominaban, como la geografía, la gramática, la historia, la literatura, la música... Todo el conocimiento venía por la vía de la escuela. La enseñanza en general consistía en eso: en informar a los niños de las cosas que no sabían. El niño llegaba a la escuela y desconocía las verdades de la muerte, el sexo, la ambición o el crimen político, y, poco a poco, se le iban revelando.

Hoy en día, con la televisión y con Internet, la prioridad ya no puede ser informar, sino orientar al alumno través del laberinto de información que le está bombardeando constantemente. Así que la educación ya no puede centrarse en informar, sino que tiene que hacer un trabajo de orientación; el educador es cada vez más una especie de brújula para orientarse en un flujo de informaciones donde está mezclado lo trivial, lo necesario, lo importante, lo falso y lo verdadero... El niño tiene que educarse ahora para aprender a distinguir la calidad de estos materiales, porque lo que está claro es que los niños van a estar sumergidos en Internet, no tiene vuelta de hoja, no vamos a volver atrás, así que no tiene sentido protegerle del que será su hábitat para obligarle a que escuche a la abuelita. Así que estamos obligados a aprender cómo rentabilizar estos medios a favor de la educación y del ciudadano.

Una amiga me contó hace poco que su hija le dijo: «Mamá, cuando sea mayor no quiero tener hijos». Mi amiga se quedó muy sorprendida por esa decisión tan repentina y taxativa, hasta que descubrió que la niña acababa de ver un parto en televisión, y había decidido que de aquella experiencia, por interesante que fuese, se podía privar perfectamente. No hace tantos años esta historia hubiese sido impensable, las cosas te las explicaban los padres y los profesores a su debido momento.

Pero si la niña ve el vídeo y rechaza ser madre, ¿no le está cambiando su punto de vista, no deberíamos protegerla?

Lo que está cambiando es el papel del educador, porque tú ya no puedes soltarle sin más a la niña que los hijos los trae una cigüeña, tienes que buscar otra manera de plantear el asunto. El educador no puede negar la realidad, y la realidad es que existe ese flujo de información constante que mezcla lo necesario con lo caprichoso, lo verdadero y lo falso, lo relevante y lo irrelevante, todo junto. Lo que tenemos que hacer es aprender y enseñarles a navegar en ese mar. No se trata de descubrir cosas, sino de jerarquizar y ordenar lo que se les viene encima.

Se dice que con Internet la información se recibe como cuando hacemos zapping en la televisión. ¿Nos va a costar cada vez más concentrarnos?

Cuando yo estaba en la Universidad todavía no se apreciaba ese supuesto problema de concentración. Algunos profesores tenían esa aprensión cuando veían a un alumno que manejaba Internet, pero no pasaba de ser algo subjetivo. Aunque había indicios, por ejemplo, cada vez se tendía más a exámenes de tipo test, en detrimento de la argumentación, el razonamiento, el discurso...

Esta sustitución es un reflejo de lo que sucede en la sociedad. Martha Nussbaum, a la que acaban de conceder el Premio Príncipe de Asturias, ha insistido mucho en que estamos perdiendo el método socrático, de implicación personal, en la enseñanza. Un método que está basado en la argumentación. Según este modelo, no importa que el alumno sepa o no que Aristóteles nació en Estagira, sino atender a qué piensa o qué le sugieren las reflexiones de Aristóteles.

A medida que el PowerPoint sustituye a la argumentación, este modelo va vaciándose de contenido. Lo mismo pasará si vamos a un examen tipo Twitter, donde todo se pueda resumir en una frase o en un apotegma. Cuando una persona se configura para expresarse en 140 caracteres, cuando se habitúa al dicitario o al insulto, pierde capacidad para la argumentación, que es la médula del pensamiento.

Cioran dijo en una ocasión que le hubiese gustado haberse formado en una sociedad dominada por el aforismo y el epitafio; pues bien, ahora la gente ya se comunica y se alimenta intelectualmente de epitafios. Y creo que sí, que sería bueno que la educación presentase cierta resistencia, que siguiese formando a los alumnos en la argumentación.

En cuanto a la pérdida de atención, creo que no es sólo un problema entre los niños, ni un problema sólo para los educadores: la diversidad de reclamos a los que hay que atender está convirtiendo la dificultad de prestar atención al otro en el problema central de la vida moderna. Lo puedes comprobar a diario. Si hace años invitabas a alguien a almorzar y a media comida abría el periódico y se ponía a leerlo delante de ti, pues te levantabas y te ibas, y eso si antes no le rompías una botella en la cabeza. En cambio, ahora mismo, si protestas porque la persona que está comiendo contigo le presta más atención al móvil que a la conversación, pareces un intemperante, un tipo escrupuloso, cargado de puñetas.

En Estados Unidos, la confederación de distribuidores de cine se está pensando dejar entrar a ver las películas en los cines de Nueva York con el móvil, porque están perdiendo al público joven: los chicos ya no entran a ver una película si les prohíbes tener el móvil encendido. Ya no le puedes decir a alguien que durante una o dos horas va a tener que prescindir de su móvil, es una batalla perdida. ¿Cómo va a concentrarse en la película? ¿Cómo va a concentrarse nadie?

El cambio es más relevante de lo que parece, porque todo lo que es importante en la vida exige atención. El conocimiento, el amor... Incluso para transformar la realidad, para llevar a buen puerto cambios políticos o avances sociales es imprescindible concentrarse. Sin una atención adecuada no hay progreso, ni civilización, ni desarrollo humano.

Esta idea de atención meramente flotante, suspendida en el aire, constantemente amenazada por la ráfaga de aire más leve... esto sí es algo grave, que afecta a muchos aspectos de la vida y de la sociedad. Pero como estamos hablando de educación, lo más importante es recuperar la atención. Y, de entrada, se me ocurre no ceder tan fácilmente, no hacer concesiones, conseguir que el profesor recupere el centro de la atención. Hay que enseñar al alumno que durante unos periodos de tiempo debe concentrarse en lo que le están enseñando, aprender que hay momentos en que el móvil e Internet son instrumentos de dispersión. En este sentido, el reto central de la educación a día de hoy es recuperar la atención del alumno.

Internet facilita mucho la especialización. Antes, si querías especializarte en algo, tenías que ir a la biblioteca, formar un grupo. Ahora todo lo podemos hacer en Internet, allí tienes foros, información... Esta especialización, sin salir de casa, ¿puede ser un problema para abordar cuestiones generales, de interés universal, como las que plantea la filosofía o la ética?

En cierto sentido la especialización está bien. A mí me gustan mucho las carreras de caballos, soy muy aficionado. Y en Internet he encontrado páginas y foros donde concurrimos todos los que estamos locos por el asunto, y nos podemos pasar todo el día charlando de algo que al resto del mundo no le interesa lo más mínimo.

Esta posibilidad está muy bien, lo que se pierde es el esfuerzo personal que antes de Internet tenías que hacer para llegar a ese mundo de especialización, o para create un grupo de afines. Cuando hablo de esto me acuerdo siempre de un amigo músico que vive en Alemania, y que ahora consigue en Internet partituras de todo. Él me ha contado que antes los aficionados iban a los archivos con papel pautado y copiaban ellos mismos la partitura.

Era mucho más costoso, claro, menos cómodo, pero tenía un valor, y es que además de la dificultad (que es lo primero que ves) era también un elemento de transformación personal. Copiar no era sólo la paliza de copiar, también contaba la experiencia de hacer tuya la partitura con el esfuerzo. Asimilarla. Uno puede decir: «Qué tontos debían ser esos eruditos que necesitaban una tarde para conseguir lo mismo que

ahora yo puedo tener si pulso una tecla con este dedo». Pero hay un conocimiento que arraiga mejor si pasa por la experiencia y transforma a la persona. Mejor que si te limitas a meter datos, canciones o libros en una bolsa. Lo tienes ahí, pero no te toca, no te transforma.

Éste es el lado negativo de un cambio en la manera de obtener información que nos ha afectado a todos, de la que todos nos hemos beneficiado. Yo, si estoy escribiendo un artículo, y no me acuerdo de la fecha de la batalla de Waterloo, pues como puedes imaginar, ya no me levanto y voy a buscar la enciclopedia. Me meto en Wikipedia, y se acabó. Esos atajos los utilizamos todos, y son muy útiles. Pero no es lo mismo utilizarlos cuando ya tienes una base de conocimiento, fruto de tu esfuerzo, o cuando el alumno ya corre por sí mismo, que cuando uno no sabe nada de nada, o muy poco. El peligro es que la confianza en que los datos están allí sustituyan al esfuerzo y la experiencia, porque, para decirlo con un ejemplo elemental, por mucho que las calculadoras te faciliten las operaciones complicadas, pues está bien saber las cuatro reglas aritméticas básicas. Entre otras cosas, para que no te engañen, pero también porque el desarrollo mental que uno tiene al aprender a calcular y al ejercitar ese cálculo es positivo. Y esto lo digo yo, que fui un mal estudiante de matemáticas, y que siempre he pensado que la calculadora era algo así como una venganza a tantos esfuerzos.

Ahora los niños, por decirlo así, ya nacen con las calculadoras bajo el brazo, pero si no supiesen ni sumar ni restar, por bueno que fuese el aparato, tendríamos la impresión de que se ha perdido algo, una destreza elemental, que saber hacer las cosas por uno mismo, saber cómo se hacen, y por qué se hacen así, son conocimientos importantes para una persona.

Algo parecido pasa con la especialización: está bien que sea fácil, siempre que no te simplifique hasta tal punto la vida que te arranque toda dimensión de búsqueda, de aventura personal.

¿En qué otras cosas ha cambiado la tarea del educador por culpa de Internet y la televisión?

En este cambio de escenario el educador también tiene que preguntarse qué sentido tienen expresiones como «solidaridad» o «piedad». Ya que vemos cosas espantosas que ocurren lejísimos, pero que gracias a las pantallas las sentimos como si estuviesen bien cerca, ¿podemos reaccionar igual que cuando el desastre afectaba a nuestros vecinos o a nuestros compatriotas? Darle sentido a unas virtudes que nacieron cuando las noticias afectaban sólo a los seres humanos que vivían juntos y que hoy pretendemos aplicarlas a todo el planeta es un reto ético de nuestro tiempo ante el que el educador debe ser sensible.

Tampoco tiene sentido rebelarse contra esta situación. La niñez es una etapa deliciosa pero transitiva, a los niños de sesenta años los consideramos retrasados mentales, no niños. El propio niño hace preguntas sin parar, son los primeros filósofos, no están conformes con la ignorancia, quieren salir de ella cuanto antes. Es rarísimo que

encuentres a un niño que te diga que no le cuentes nada, que no quiere saber, que se tape los oídos cuando hablan los mayores, porque no va a consentir ser niño toda su vida. Así que la tarea del educador no puede consistir en vendarle los ojos ni en apagar la televisión, sino en enseñarle a consumir la información adecuada y a reconocer la que es perjudicial o falsa.

Pero nos están infundiendo el criterio con el que tenemos que pensar. No nos enseñan a pensar por nosotros mismos, sino que nos dicen cómo tenemos que hacerlo. A mí me preocupa que las generaciones siguientes todavía lo tengan peor, que ni siquiera disfruten de la oportunidad de aprender a pensar. Si seguimos así, a los niños del futuro les dirán cómo tienen que hacer las cosas, lo que tienen que ser, qué aspecto físico han de tener para ser aceptados por la sociedad. Incluso los valores que nos transmitieron nuestros padres dejarán de tener efecto.

Por mucho que mires atrás, da igual la época, encontrarás siempre las mismas quejas. Este año, por ejemplo, estamos celebrando el centenario de Charles Dickens; pues Dickens tiene dos obras más o menos sobre educación, *David Copperfield* y *Oliver Twist*, dos novelas sobre adolescentes que tienen que crecer en un medio urbano, y las quejas son exactamente las mismas que señalas. Bueno, no, son peores, ya que la Inglaterra victoriana era bastante más despiadada, te podían cortar una mano por robar una manzana. A los niños les trataban de una manera que ahora no podríamos tolerar, y no digamos ya si eran de clase baja, entonces eran trabajadores bajitos, sin derechos.

Si te vas más atrás en el tiempo, te encontrarás con Juvenal, cuyas *Sátiras* están infestadas de quejas contra la educación en Roma. Juvenal se lamenta de que lo bueno nunca se recomienda con énfasis suficiente, y que, en cambio, los malos ejemplos y las influencias negativas están constantemente a la vista de todos, exhibiendo sus atractivos.

Por eso no tiene sentido resignarse y justificar nuestra falta de empuje porque me ha tocado vivir una mala época. Hay personas que creen que serían mejores si hubiesen nacido en el siglo XXII, que entonces se iban a enterar de lo que valían. Y no es así, si hubieses nacido en el siglo XXII, te quejarías de lo mismo y hablarías de lo bueno que hubiese sido nacer en el siglo anterior. Woody Allen convierte esta situación en el motor cómico de su película *Midnight in Paris*: todos los personajes creen que la buena época para disfrutar del verdadero París, del auténtico, hubiese sido la inmediatamente anterior, a la que ya no pueden acceder, que ellos viven en un periodo decadente.

Ésa es la constante: pensar que antes era más fácil y mejor. ¿Por qué pensamos eso? Porque los problemas del pasado ya están resueltos, mientras que los del presente los tenemos que arreglar nosotros, y, claro, es mucho más difícil hacerles frente que contemplar las soluciones de los otros. Por eso empecé el libro de *Política para Amador* con una cita del primer acto de *Hamlet*. Hamlet se entera de que han matado a su padre, que su madre es una fresca, que su tío es un intrigante y que todo el país está patas arriba, y dice: vaya gracia haber venido a este mundo para tener que cambiarlo, con lo bien que viviríamos si lo hubiesen arreglado antes de llegar. Nosotros no somos príncipes, pero es

una sensación que a nuestra escala todos hemos tenido: «¿Por qué no han pintado la escalera o arreglado la fachada antes de darme las llaves del piso?». Estará bien, claro, pero no es así como funciona, siempre tienes que pintarla tú, con todas las dificultades que entraña.

¿Qué clase de democracia puede haber en un país donde a los niños, que serán los futuros votantes, se les enseña a pensar de una forma determinada?

Es que para enseñar a los niños a pensar no tienes más remedio que enseñarles a pensar de una manera determinada. La idea de que los niños pueden empezar a pensar por sí mismos es una tontería, porque no se les va a ocurrir nada. Si pudiesen pensar solos no habría educación.

Pero el problema de la educación es que es muy sectaria.

Es que la educación no es neutral, la educación toma partido por una o por otra cosa. Si alguien intenta enseñarte que el canibalismo es una variedad gastronómica exótica tienes que decirle que no. No somos neutros respecto a los valores. Por eso es importante que los educadores aceptemos que, a veces, nos toca ser antipáticos. En un mundo donde todos quieren ser como el presentador de televisión que vive con una sonrisa de oreja a oreja, el educador tiene que ir contracorriente y ser antipático porque su trabajo consiste en frustrar. Ante las posibilidades infinitas que se le abren al niño o al joven, el educador tiene que frustrar las malas, las negativas y las indeseables. El educador tiene que ofrecer resistencia al chico que está educando, porque todos crecemos como la hiedra, apoyándonos en algo firme, que nos ofrece resistencia. Es una tarea difícil, porque nadie la quiere aceptar, ni los padres ni muchos profesores. Y lo entiendo. Es duro frustrar a alguien para que pueda crecer, y que después se vaya y prescindan de mí. Porque es que ésa es la tarea de la educación: formar personas autónomas e independientes. Los hijos que se quedan hasta los cuarenta en casa, esclavos de los cariños de sus madres, no están educados.

Antes decía que no estamos programados por naturaleza, pero en la época en que vivimos ¿usted cree que nos programa la sociedad?

En la época en que vivimos pasa lo mismo que ha pasado en todas. Decir que no estamos programados por naturaleza es como decir que todos los seres humanos nacemos dos veces: una del útero materno, y otra del útero social. Por ejemplo, si a ti de pequeña, en lugar de criarte con tu familia te hubiesen raptado unos monos, como le pasa a Mowgli en El libro de la selva, la novela de Kipling, no habrías desarrollado el lenguaje. Es decir, la humanidad es una potencia que tienes, pero si no estás envuelto en un entorno humano, no la vas a desarrollar. Hoy sabemos que las personas que por

desgracia, por un abandono, porque se murieron sus padres... han tenido que vivir abandonados, sólo son humanos en la forma, no tienen lenguaje, no tienen sentimientos humanos...

La sociedad nos condiciona, claro, pero la convivencia nos ayuda a desarrollarnos mutuamente como humanos. De ahí la importancia de la educación y del trato personal. Todo puede condicionarte como individuo, y contribuir a convertirte en alguien que, te guste o no, no esperabas ser. Forma parte de la vulnerabilidad del ser humano. Por eso, todos tenemos que tener miramientos con los demás, para intentar desarrollar lo mejor de los otros, y que ellos, a cambio, nos ayuden a ser mejores. Ese condicionamiento existe ahora y ha existido siempre en las sociedades; de hecho, es la razón principal por la que vivimos en grupos amplios.

Yo creo que el compañero no se refiere tanto a lo que todos aprendemos los unos de los otros, sino a cómo influyen con su ejemplo en las decisiones más relevantes de nuestras vidas. Muchos, por ejemplo, empiezan a beber porque ven a otros que lo hacen.

La imitación es esencial para todos los seres sociales, es fundamental para aprender. Todos los seres que viven en sociedades organizadas, por ejemplo, los monos superiores (que son los animales que más se nos parecen) y los chimpancés, viven imitándose unos a otros, es la única manera de que una sociedad se sostenga. Si cada ser fuera totalmente original no podríamos vivir en sociedad porque no seríamos receptivos a los demás ni ellos a nosotros.

Cuando somos pequeños (pero también de mayores) aprendemos a vivir observando cómo viven los demás. Los demás siempre nos inspiran. De ahí la importancia que tiene en la educación el contacto con el profesor. No basta con que te den toda la información que necesitas con un ordenador. La convivencia con maestros vivos, de carne y hueso, y con su personalidad, pese a todas las limitaciones, es imprescindible, porque uno se prepara para vivir investigando a personas que están más avanzadas en ese empeño.

Claro que los ejemplos de los que aprendemos unas veces pueden ser buenos, y otras veces pueden ser tontos o perjudiciales. Por eso es muy importante quién te educa, porque nadie va a quedarse sin educación. Si no te educa un profesor responsable en un buen centro, te educará la banda del barrio o la televisión o Internet. Una de las tareas más importantes de los educadores, en nuestra época, es llegar antes a los chicos que los malos educadores y protegerles de su pésima influencia, o cortarla de raíz.

Por otro lado, aunque aprendemos a vivir humanamente observando cómo se las arreglan los otros, tampoco hay tantas clases distintas de educación básica. Cuando alcanzamos cierta madurez, introducimos elementos más personales en nuestra manera de vivir, pero aun así todas las vidas se parecen mucho. Hay casos como el de Mozart,

que para nuestro disfrute hizo cosas que a la mayoría de nosotros se nos escaparán siempre, pero, en general, las personas disfrutamos de un margen de libertad, aunque no es excesivo.

Pero ¿qué podemos hacer cuando el entorno en el que convives te encierra en su manera de pensar?

Dices que no piensas porque el entorno no te deja pensar, estás convencido de que te van a educar de tal manera que no podrás decidir por ti mismo, que no podrás desarrollar tu propio pensamiento. Pero si el entorno nos motivara a pensar de una determinada manera, no nos daríamos cuenta; en cambio, tú sí te das cuenta, así que, ¿por qué no van los demás a darse cuenta también? Si el entorno nos motiva a todos, ¿por qué hay opiniones discrepantes?

Es halagador pensar que a ti no te afecta lo que les pasa a los demás, que tú estás por encima. Es como cuando la gente dice que la televisión imbeciliza a la gente, mira que lo habré oído veces, pero nunca he escuchado a nadie que diga: «Soy imbécil perdido porque veo la televisión todas las tardes».

Es posible que a quienes ostentan el poder, a las empresas o a los bancos, si quieres, les interese que pienses una serie de cosas, y que te induzcan a ello. Pero si puedes resistir esa motivación, darte cuenta e invertirla, los demás también van a ser capaces, y a los que no lo logren por sí solos se les podrá convencer si nos empeñamos. Cada uno de nosotros tiene inteligencia y recursos suficientes para influir sobre las personas de su entorno.

Si quieres cambiar las cosas, es preferible que estés rodeado de personas con una mente flexible, receptiva a los argumentos, que no esté dominada por el miedo. Yo no digo que la educación resuelva todos los problemas, pero en la solución de cada problema hay un ingrediente que una buena educación te puede suministrar. La educación es el único mecanismo de revolución pacífica que hay. La educación es el antídoto contra la fatalidad. La fatalidad provoca que el hijo del pobre siempre sea pobre, que el hijo del ignorante siempre sea ignorante, una buena educación hace saltar estas barreras por los aires. La educación es lo más subversivo que hay.

Los profesores también se dan cuenta de que tenemos que aprender a pensar por nosotros mismos. Ahora mismo está todo patas arriba, y en el colegio nos dicen que si queremos mejorarlo tenemos que encontrar nuestras propias soluciones.

Claro, es que ésa es la idea. Pero también hay que tener en cuenta que para poder pensar por ti mismo, necesitas tener una serie de conocimientos sobre los que pensar. Pensar es como ordenar una habitación. Tú puedes ordenar una habitación de diversas formas, lo que no puedes es ordenar una habitación vacía. Las cosas de la habitación pueden estar amontonadas, desordenadas, puestas sin sentido, puede faltar algo o sobrar algo, pero si no hay nada dentro, olvídate de poder ordenarla.

La educación sirve para estimularte a pensar, pero también para proporcionarte contenidos que luego vas a tener que ordenar tú. Una educación que pretende dártelo todo ordenado para que no pienses será mala, desde luego, pero otra que no te da nada, que pretende que pienses desde el vacío, también lo será. Aunque tengas mucha voluntad y determinación para pensar por ti mismo, sin contenidos, sin cosas sobre las que razonar, no conseguirás nada de nada.

Tan importante para el debate sano es atreverse a formular las propias ideas como aprender las cosas por las que vale la pena tomar partido. Por eso el papel del educador es tan importante, porque te dota de contenidos. Te enseña cosas que no puedes aprender tú solo. El aprendizaje siempre proviene de sitios y de personas que no pertenecen a nuestro interior, y debemos tener la voluntad de ordenar lo que viene de fuera.

Está claro que necesitamos a los otros humanos para educarnos, para vivir, y que podemos aprender a vivir observando a los demás, pero me preocupa lo que decía de los malos educadores, siempre va a haber alguien que pueda educarnos mal, ¿cómo podemos evitarlo o protegernos de este peligro?

Es que sin ese riesgo no haría falta educar. Imagínate que viviéramos en una sociedad en la que todos los adultos fueran como San Francisco de Asís o la Madre Teresa de Calcuta, entonces le dirías a tu hijo: «Niño, sal a la calle, y haz lo que veas», porque estarías seguro de que todo lo que va a encontrarse será excelente, generoso, solidario...

Desgraciadamente, sabemos que no es así, por eso es importante que existan sitios donde te suministren anticuerpos para enfrentarte a la infección de la vida en sociedad, para que no te domine lo que te espera fuera, porque si llegas sin esas defensas desarrolladas estás perdido.

Estos problemas no se pueden evitar, no vivimos en el mundo que queremos, sino en el mundo que hay, en el de siempre. Si la virtud y las cosas que consideramos valiosas fueran las más comunes y corrientes, no habría ninguna necesidad de recomendarlas. Las defendemos porque de alguna manera siempre han estado en peligro, enfrentadas a corrientes opuestas. A nadie hay que darle clases de respirar, ni consejos ni ánimo para hacerlo. La gente respira sin más, aunque también es verdad que en Madrid es cada vez más difícil. En cambio hay que recomendar las cosas que tropiezan con dificultades sociales, pero es inevitable. El mundo es como es y seguirá habiendo mentira, explotación, horror, agresiones... En el prólogo de uno de sus cuentos, Borges, hablando de un antepasado suyo, dice: «Le tocaron, como a todos los hombres, malos tiempos en los que vivir».

¿No cree que la humanidad aún no ha salido del todo de la caverna, que sigue habiendo muchas personas que viven como anestesiadas?

Los que entienden de estas cosas dicen que las fases por las que pasa el feto humano hasta su desarrollo se corresponden con las fases evolutivas que ha atravesado la especie mientras evolucionaba. Al principio es una especie de lagarto o pececito, y después va adquiriendo el aspecto de un mamífero...

Al final nacemos como crías humanas, pero creo que en cada uno de nosotros hay estratos y fases mentales que reflejan esas etapas primitivas. Todos somos, por ejemplo, un poco reptilianos, y pensamos el mundo en términos de amigo y enemigo. Tenemos días donde gracias a nuestros actos merecemos sentirnos orgullosos de pertenecer a una especie evolucionada, y otros en los que ni siquiera rozamos la altura del chimpancé. Por eso una excusa recurrente cuando hacemos algo mal es: «No me juzgues por esto, normalmente no soy así». No queremos que nos encasillen en una de nuestras facetas, sobre todo si es de las peores. Queremos que nos den la oportunidad de demostrar que no nos correspondemos con lo que hicimos durante un día malo, que somos capaces de cosas mejores.

Sobre los recortes en educación qué opina. ¿Beneficia a la sociedad reducir el dinero de la educación?

Ahora mismo estamos atravesando un periodo de crisis, y empezamos a darnos cuenta de lo cara que vamos a pagar la mala educación que hemos tenido en nuestro país. Estoy convencido de que las mejoras en la educación son lo único que nos puede sacar del atolladero, pero no de manera inmediata, es una apuesta a medio plazo. Pasa un poco como cuando vemos a una persona que cae al agua y empieza a hundirse: no sirve de mucho que le digas que le vas a enseñar a nadar, debiste hacerlo antes, ahora ya se está ahogando. Si queremos que sirva para un futuro inmediato es ahora cuando tenemos que enseñar a la gente a nadar. Así que los recortes en educación en un país donde ya está más recortada que en ningún otro sitio de Europa, exceptuando Grecia y Portugal, sólo pueden considerarse un desastre.

El presupuesto es muy importante. Aquí somos un grupo abarcable, con el que se puede hablar, pero si multiplicásemos por tres el número de alumnos, y la mitad no entendiesen el español, si las diferencias de conocimientos fueran abismales... No te digo que fuese imposible dar clase, pero por bueno que fuese el programa diseñado en el ministerio no ibas a poder cumplirlo.

Lo mismo ocurre con los profesores. No pueden seguir enseñando lo que les enseñaron a ellos, porque el mundo cambia, y la sociedad demanda dominar nuevos conocimientos. Así que hay que seguir formándolos, y esta formación continua también es cara. Todo lo relacionado con una buena educación es caro, pero a la larga sale mucho más caro mantener un sistema barato y malo. Los países que están saliendo antes de la crisis, como Alemania o Francia, son los que sostienen un buen sistema educativo.

Si la base de todo es la educación, ¿está de acuerdo con el sistema educativo que hay ahora?

Eso es como preguntar si se está de acuerdo con el sistema digestivo general del país.

En España todo lo confiamos a lo que ponen los papeles. Si la ley dice una cosa y la ley es estupenda ya parece que todo quede resuelto, pero guardas el papel, sales fuera y descubres que todo sigue estando como estaba. Todos los planes educativos tienen cosas que están bien y cosas que están mal, el problema es cómo se están aplicando.

Pero ellos no quieren que estemos educados.

Invertir en educación no es una prioridad para un político. No creas que no se dan cuenta de lo que decimos aquí, lo entenderían perfectamente. El problema es que es una solución a largo plazo. Imagínate que a partir de mañana en este país se empieza a educar como nos gustaría. ¿Cuánto tiempo tardaríamos en darnos cuenta de los efectos, en disfrutar de los beneficios? ¿Quince años? No hay político en el mundo que piense a quince años vista, los que son capaces de levantar la cabeza y ver que tienen quince días por delante, además de la fecha en la que viven, ya son de los buenos. No le dan importancia porque no van a ver el resultado. Es pedirles que inviertan en algo cuyo premio lo van a cobrar otras generaciones, otros políticos. Así que confían en los parches y en la educación en un sentido amplio: la familia, los medios de comunicación, las relaciones humanas, las cosas que aprendemos al jugar, al trabajar...

Además, la educación tiene cierta dimensión suicida que el profesor conoce muy bien. El verdadero educador, como os decía, es el que enseña para que el que aprende pueda prescindir un día de él. Los buenos padres educan al hijo para que un día pueda irse, y el profesor para que su alumno sea más listo que él. Eso es lo duro de la educación: el propósito final es que se independicen, que no te necesiten más. De manera que la educación va a contrapelo de los políticos y de sus estamentos, que prefieren seguir controlando a los ciudadanos, seguir cobrando, seguir diciéndoles lo que hay que pensar en cada caso.

Por eso es la sociedad la que tiene que reclamar una buena educación. Hay que decirles a los políticos que ellos se van a ir, pero que nosotros nos vamos a quedar, por eso queremos educación. Somos los ciudadanos los que tenemos que exigir una educación que nos proteja, que nos ofrezca mejores posibilidades para el futuro, porque para los políticos nunca será una prioridad.

Internet y derechos

Hay un asunto que me llama la atención de los piratas de Internet, de los ladrones. Cuando hablas con ellos presumen de que se bajan cincuenta películas todas las semanas, cien canciones, doscientos libros. Uno se pregunta para qué las quiere, cómo se va a ver una persona cincuenta películas en una semana. Y el pirata te responde que él no las ve, que lo que le gusta es guardarlas, que tiene mil, dos mil o tres mil, bien archivadas.

Es curioso, pero el hecho de bajarse la película, de hacer la bribonada, sustituye el placer de verla. ¿Verla? ¿Para qué? Y lo mismo pasa con la música, y no digamos con los libros. La bulimia del predador, el placer de andar metido por la red, consiguiendo todo lo que quiere sin pagar, ya está por encima del interés humano por las cosas. Ahora que tenemos más medios que nunca para satisfacer la curiosidad es posible que la echemos a perder, porque la curiosidad se despertaba por la dificultad de satisfacerla, se alimentaba por el esfuerzo, había que levantar la falda para mirar, no era tan sencillo, pero ahora las faldas las borran con el Photoshop, así que no te exige ningún esfuerzo.

¿Cree que con la ley Sinde y con la ley SOPA, que pretenden legislar Internet, se está dando un primer paso para censurar la libertad?

Coartar la libertad de robar no es censurar, es corregir comportamientos inadecuados.

Pero son leyes que van en contra de los hábitos y las costumbres establecidas en Internet. Parece como si los políticos hubiesen llegado tarde, y después han querido legislar deprisa y corriendo, y se les ha ido de las manos.

Si mañana fallaran los sistemas de protección de El Corte Inglés y todos los servicios de seguridad se fuesen a su casa, la gente entraría y se llevaría las prendas y los artículos que más les gustasen. Suponiendo que al día siguiente los sistemas volviesen a funcionar y los agentes estuviesen de nuevo en sus puestos, no sé si te serviría de mucho decirle al gerente: «Venga, hombre, déjenos llevarnos lo que queramos, como ayer, que usted no se adapta a los nuevos hábitos». Y suponiendo que te hiciesen caso, el problema duraría dos días: el lunes siguiente cerraría El Corte Inglés y adiós nuevas costumbres.

La energía nuclear también ha traído nuevos peligros para la humanidad. A nadie se le ocurre decir: «Mire usted, ahora hay energía nuclear y escapes radiactivos, adáptese a la situación; antes iba con un garrote y ahora hay bombas atómicas, y como proliferan, si un día le cae una encima pues se aguanta». No funciona así, se toman medidas para que no haya escapes, se mejoran las centrales, se adaptan los protocolos de seguridad, y se legisla para que no aumente el número de cabezas nucleares para reducir el riesgo contra la humanidad.

Las nuevas tecnologías no imponen un estado inicial del que no podemos salir ni progresar ni mejorar. La capacidad potencial de hacer cosas siempre va acompañada de reglas legales o morales pensadas precisamente para encauzarlas. La invención de las armas de fuego exige un tipo de reglamento impensable para los tiempos en que se solucionaban los asuntos con navajas y cuchillos. Internet tiene sus ventajas, pero cuando organizas un sistema de difusión y propaganda, donde se confunde la verdad y la mentira, estás abriendo un campo nuevo de acción que se deberá regular con leyes para que dejen de sacar ventaja los pederastas, quienes transmiten informaciones para beneficio de los terroristas y, sí, también para quienes actúan en perjuicio de determinadas obras artísticas que pueden descargarse impunemente.

La humanidad tiene una capacidad increíble de poner cosas en marcha, y cada vez que desarrolla una nueva tecnología, la especie se interna en un campo donde habrá cosas buenas y malas, beneficios y contrapartidas. Lo nuevo no siempre es sinónimo de bueno. Hay novedades terribles, y otras maravillosas. Y la mayoría tiene un doble rostro y hay que regularlo para que lo que nos ayuda predomine sobre lo que nos perjudica. Vuelvo a la energía nuclear porque es el mejor ejemplo. Ha supuesto un enorme avance, pero también puede ser una grave amenaza. La más grave que se pueda imaginar, de hecho, porque puede destruir el mundo, lo que también es una novedad radical. Pues bien, la obligación de los seres humanos no es ni prohibirla ni desarrollarla sin control, es regularla, porque se trata de una invención nuestra.

Pero existen otras soluciones. Entiendo perfectamente que se pretenda que Internet esté regulado para evitar comportamientos inmorales, pero en algunos países del norte de Europa, se paga una cuota mensual de derechos de autor.

Si no digo que haya una sola fórmula, hay cincuenta fórmulas posibles de control para evitar robos e impedir la difusión de determinados materiales perniciosos. Claro que hay diversas fórmulas, pero insisto en que debe haber una activa que regule Internet.

Y ahora mismo la situación es que cada vez que se intenta aplicar una fórmula sale alguien diciendo: «No, ésta no me gusta, prefiero la que hay en otro sitio». Y al final sospechas que no le gustará ninguna que pueda entrar en vigor. Que lo que no les gusta es la que le toca, precisamente porque le obliga a algo. Y ésa es la actitud que debemos cambiar. Tenemos que asumir que una va a haber y que va a afectar a unos comportamientos que igual te beneficiaban, pero que perjudicaban gravemente a otros. Y

tampoco podemos esperar una ley perfecta y definitiva para empezar a aplicarla. Dentro de veinte años Internet y el mundo habrán alterado su perfil, y las leyes evolucionarán a ese ritmo. Pero lo que no se puede tolerar es un ámbito sin regulación, donde se pueden hacer toda clase de cosas que son negativas para el buen funcionamiento de la sociedad y que, sin embargo, por dejadez política, para no ofender a los piratas, quedan totalmente impunes. Porque la impunidad es corrupción.

Todos los avances democráticos nacen de un intento de cortocircuitar a las autoridades, a los que actúan impunemente. Luis XIV hacía lo que quería y a nadie se le ocurría decirle lo que tenía que hacer. El avance no fue dejar que todo el mundo hiciera como Luis XIV cada vez que le tocase ser rey, sino socavar las posibilidades que tenían los dirigentes, crear mejores mecanismos de control. Y hoy en día ya no queremos perder esa capacidad de exigirles que rindan cuentas. Sería un poco absurdo defender que hay que controlar a los políticos para que no hagan desafueros, pero que vamos a dejar libre Internet porque me va muy bien bajar gratis las películas y los vídeos con los que me entretengo por las tardes. No parece un argumento muy honrado.

Para mí la ley Sinde se queda muy corta, creo que amaga y no da. Yo soy partidario de la ley francesa, que incrimina directamente a los usuarios y no a las páginas web.

¿Si yo tengo un libro y se lo dejo a un amigo, estoy robando?

No. Si tú tienes un libro, es porque has pagado el precio que te pedían para comprarlo. Un ejemplar tiene su precio, lo compras y es tuyo, y puedes hacer lo que quieras con él: regalarlo o venderlo, hasta aquí ningún problema. El precio está saldado y los editores se quedan contentos. Pero si lo que tú haces con tu ejemplar es fotocopiarlo y repartirlo por la calle, o montas un negocio para sacar un beneficio económico y lucrarte, aquí sí te estás apropiando de algo que no es tuyo.

Pero no pueden pretender que la gente pague cinco o diez euros por un disco si lo encuentra gratis en Internet.

Yo sólo sé que los libros y los discos nunca habían estado tan baratos. Cualquier persona puede en este momento tener una discoteca, una biblioteca y una videoteca prácticamente por nada: te lo regalan con las revistas que compras en el quiosco, con la cesta de la fruta, hasta el punto de que ya no sabemos qué hacer con todos esos títulos, no tenemos tiempo para leerlos ni verlos. La cultura jamás había sido tan accesible, y justo entonces alguien descubre que, pese a todo, sigue siendo demasiado cara. Hay que tener jeta.

El día que se falsifiquen entradas de fútbol, y la gente se niegue a formar colas de mil personas como se forman cada domingo, y se quejen de que las entradas de fútbol son caras, ese día me sumaré a los que encuentran excesivos los precios de los libros. Pero me temo que ese día queda bien lejos.

Con la situación actual lo que se ha logrado es que sólo puedan vivir de la música los grupos que dan conciertos, y que en los últimos catorce años ninguna discográfica importante haya grabado un gran disco. Lo que se ha conseguido es anular a los jóvenes que hoy quisieran hacer música, porque a ellos nos les pagan los conciertos como a Bruce Springsteen y tampoco les graban los discos. Es una situación terrible, tétrica. Claro que las discográficas buscan un beneficio, pero esa misma acusación también se la puedes hacer a los distribuidores de verduras, y a los que venden jerséis. También podemos preguntarnos por qué el jamón de Jabugo cuesta lo que cuesta, pero mientras tanto todos pasamos por caja.

Pero la ropa y el jamón son caprichos, mientras que la cultura es un bien necesario.

¿Por qué va a ser un jersey un capricho cuando tienes frío? La cultura no es una cosa tan rara ni tan especial. Lo único que distingue a las obras culturales del resto de los productos es que puedes conseguirlas por Internet, por eso te parece un caso «especial». Si los Rolex se pudieran bajar por Internet, todos llevaríamos Rolex, y nadie iría a la joyería nunca. La cultura no te la descargas gratis porque sea algo especial, sino porque está accesible. Entonces, como te conviene, te montas una teoría para justificar la conveniencia de que siga siendo gratis. Si pudiéramos descargar jamón de Jabugo y jerséis, y un Aston Martin, ya verías cómo aumentaban los partidarios de que el Jabugo, los jerséis y el Aston Martin son cultura, y que lucharían por conseguir el acceso gratuito. Esa distinción no funciona.

¿Qué es más reconfortante, que la gente le compre 2.000 libros o que 200.000 personas lean el libro?

Si 10.000 lectores leen los libros gratis por Internet y nadie gana dinero, se van a terminar los libros, dejarán de escribirse.

Mira, yo puedo tener una idea, y estar tan convencido de su bondad para la vida pública que cedo mis derechos y la difundo gratis para que llegue a todo el mundo. Imagina que un día Plácido Domingo se aburre de cantar en grandes salas y se arranca en una esquina con el «Adiós a la vida» de Tosca, gratis, para que todos podamos pararnos y escucharle. No le veo ningún problema a esas actitudes, sería un atropello que el gremio editorial o una compañía de discos les obligase a cobrar.

El problema es cuando la entrega gratuita de tu trabajo no es voluntaria, cuando no se le pregunta al escritor o al cantante si quiere o no cobrar. Lo que no admito es que alguien decida por mí si tengo que ser generoso o no, ni que los internautas me coaccionen. La generosidad debe ser una prerrogativa personal, y deja de ser generosidad cuando se convierte en una imposición de alguien que dice saber qué es lo mejor para mí. No hagamos como las empresas actuales que te envían una carta donde puede leerse: «Le agradecemos que en beneficio de la sostenibilidad de la empresa haya aceptado una

rebaja del diez por ciento de su sueldo». Para que en medio del fastidio por la pérdida de fuerza adquisitiva puedas pensar: «Qué generoso soy, sobre todo cuando no me queda más remedio».

Respeto sus argumentos sobre la piratería, pero no entiendo cómo se puede estar contra WikiLeaks. Son secretos de un país, pero parece que perjudican al resto de la comunidad internacional.

Estados Unidos tiene secretos de Estado como los tienen el resto de los países, y es comprensible que así sea. Todos los gobiernos tienen secretos, y fíjate que no es algo completamente reprochable. No admitiríamos que un gobierno no fuera discreto en sus negociaciones y deliberaciones, porque a veces deben tomar medidas que, de saberse con antelación, perderían toda su eficacia. Si mañana os ponen un examen, ¿tú crees que se debería decir el día anterior cuáles son las preguntas que van a poner en el examen solamente porque son secretas? Sería útil para los más rezagados y zánganos, pero no sería justo hacerlo. Cuando un tribunal va a juzgar a un opositor las discusiones son privadas, no se podría debatir con justicia si lo emitieran por una pantalla. El mundo está lleno de cosas que se deben difundir, y de otras que no se pueden ni se deben.

Durante casi quince años de mi vida he tenido que salir de casa acompañado por dos escoltas que me protegían cuando yo iba de un lado a otro. ¿Crees que nos hubiese beneficiado en algo a ellos y a mí que se difundieran por Internet sus identidades, mi lugar de destino, la ruta que iba a seguir, dónde haríamos un descanso? ¿Que se revelasen esos datos sólo porque un tipo a quien nadie ha escogido ni se representa más que a sí mismo decida que ya está bien de algunos secretos?

Pues yo creo que no nos hubiese beneficiado en nada. A mí el señor de WikiLeaks me parece un sinvergüenza integral. Un temerario que se ha lanzado a una aventura que a él le puede salir bien o mal, pero que perjudicará a muchas personas. No niego que muchos secretos son vergonzosos, pero otros no lo son, y, en cualquier caso, quien los está difundiendo es un sujeto incontrolable, no tiene nada que ver con un Estado democrático, cuyos responsables han sido escogidos por los mismos ciudadanos que los pueden devolver a sus casas. Que un señor que porque tenga acceso y habilidad decida qué puede seguir siendo secreto y qué debe dejar de serlo me parece muy peligroso.

La intimidad

El concepto de intimidad ha ido variando de acuerdo con la evolución de la sociedad. Por ejemplo, hoy ya estamos acostumbrados a las cámaras de vigilancia, están por todos lados, de manera que una gran porción de nuestra vida queda registrada. También ha cambiado el uso social de las máquinas fotográficas, cualquier celebración se fotografía y las imágenes se publican en distintas redes sociales. Incluso sin tu consentimiento, hay desconocidos que te pueden filmar o grabar si salvas a un niño que se está ahogando en un río, o si le tocas el culo a una señora en la tienda. Lo trágico, lo cómico, lo heroico, lo risible... cualquier cosa parece demandar una fotografía.

Y si eres una persona conocida, si ejerces un cargo público, entonces sí que no hay escapatoria posible. No hay secretos. A mí me sorprende la ingenuidad de políticos o actores o funcionarios que se embarcan en una pillería pensando que no les van a ver y registrar, cuando todos sabemos que es completamente imposible. Lo que digas será registrado por un micrófono y de tus gestos se apoderará la cámara; la vida pública no tiene pliegues ni resquicios donde esconderse.

La intimidad ha dejado de ser un estado corriente que es invadido para convertirse en algo cada vez más difícil de conseguir, la intimidad es más valiosa porque está secuestrada. Fíjate la diferencia que hay entre hablar por teléfono sin que la otra persona sepa dónde estás, o hablar por un teléfono que está localizado o con alguien que puede verte por una cámara. En la cámara se pueden ver cosas agradables como los ojos dulces de una novia, pero también el jefe que se da cuenta de que estás en un bar en lugar de hacer tu trabajo no sé dónde...

La intimidad se ha convertido en una especie de aventura personal permanente. Buscar espacios de intimidad, resguardar áreas de intimidad, negociar la intimidad con otras personas, decidir con quién quieres tener una conversación privada y con quién no cambiarás una sola palabra sin luz y taquígrafos... Los momentos de intimidad son ahora una conquista, algo que debemos negociar con los demás.

Pero si se convierte en un hábito social, cada vez es más difícil resistirse, llega un momento que no te queda otro remedio que tolerarlo.

Ahora mismo vamos por la calle y podemos escuchar perfectamente a un señor que grita: «Pepita, te quiero, te espero en la esquina» o «Pepita, subo en dos minutos». Van gritando a pleno pulmón, en el autobús o en el aeropuerto, conversaciones íntimas que antes ni se susurraban, y uno no sabe dónde meterse, porque actúan como si no hubiese

nadie más en el mundo. Hace unos años le hubiésemos considerado un loco, ahora es un tipo normal y corriente. Y si protestásemos por su comportamiento, seríamos nosotros los que pareceríamos marcianos, o trastornados.

Ése es un cambio muy notable, sí.

Pero esta cesión de la intimidad muchas veces es voluntaria, no nos molesta.

Es bueno hacer algunas distinciones, es verdad que cuando es uno el observado, o cuando te graban sin tu consentimiento, en lo primero que piensas es en una mirada de puro control, en el sentido más abusivo del término.

Pero es cierto que tiene algunas ventajas la observación. Por ejemplo, es muy molesto tener que pasar por un escáner cada vez que subes al avión, vaciar las monedas, quitarte el cinturón, sacarte el reloj... Pero si nos dan la oportunidad de elegir entre el engorro del escáner o subirte al avión con un señor que lleva una bomba... Pues está claro qué vamos a escoger; al fin y al cabo, si no tienes nada que ocultar, la pérdida de intimidad es mínima.

Ahora bien, lo peligroso es si te hacen ese mismo examen cuando llegas por la mañana al trabajo. Si te hiciesen pasar una prueba de alcoholemia o te pinchasen para saber si ayer te tomaste alguna sustancia ilegal. Porque en este caso lo que está en juego ya no es la seguridad, qué va, aquí se te impone un control basado en la idea de otra persona de lo que está bien o está mal, es una intromisión.

Cuando se trata de su intimidad no se puede decir «siempre» o «nunca», hay que negociar continuamente. Uno admite las pruebas de alcoholemia en la carretera, porque es un sitio donde puedes tener o provocar problemas a los demás, un espacio donde aceptas que no pueden entrar personas bebidas. Pero si te la hacen en un cine pues tienes todo el derecho a no entrar, a irte a otro sitio. Y si vienen a tu casa (un espacio donde lo que eres se supone que lo eres para ti mismo) estás en tu derecho a negarte.

Sobre la verdad

El problema no es que tengamos opiniones diferentes, sino averiguar qué opinión se acerca más a la verdad, porque la verdad nos conviene a todos. Si yo creo que dos y dos son cinco, y tú vienes y me demuestras que son cuatro, no habremos tenido ningún conflicto, lo que ha ocurrido es que me has ayudado a razonar mejor.

Pero ¿qué ocurre si mis opiniones entran en conflicto con las de otro, si no nos convencemos?

Las opiniones no siempre tienen que entrar en conflicto. Es cierto que hay cosas para las que sí puede tener cada uno su verdad, por ejemplo, cuando se trata de decidir qué queremos para el desayuno: aquí cada uno elige según su gusto. Pero si hablamos de la fórmula del agua, bueno, se trata de una determinada combinación de hidrógeno y oxígeno y no depende de tu capricho, ni de tu opinión ni de tu gusto. Depende de que sepas la fórmula o no la sepas. Y hay muchísimos casos en los que todo depende de si sabes o no sabes, la discusión es impertinente porque no se trata de gustos ni de opiniones, sino que se resuelve contrastando con la realidad.

Los gustos son variables, pero los conocimientos suelen ser bastante estables. Las montañas miden lo que miden, y no cuenta lo que tú y yo creamos sobre su altura, lo que hay que hacer es ir y medirla.

También es cierto que en la vida no todo es medible y comprobable. Las emociones, la convivencia, los sentimientos, las preferencias políticas... todo esto es variable y discutible, hay muchos enfoques... También hay muchas maneras distintas de darle sentido a la vida, y eso es fantástico. El arte también se basa precisamente en esa variedad, en que no se pueda decir la palabra definitiva, a diferencia de la ciencia, donde si alguien descubre algo y lo demuestra, el resto de la comunidad debe aceptarlo.

Es muy importante para no perder el tiempo, y para que no nos embauquen, que aprendamos a distinguir cuándo estamos delante de una situación ante la que cada uno debe buscar su propio camino, y cuándo nos enfrentamos a un asunto que se puede solventar acudiendo a la realidad.

Antonio Machado decía: «No tu verdad, la verdad, y ven conmigo a buscarla, la tuya guárdatela». En muchos casos la verdad no es la de uno o la de otro, sino la verdad que impone la realidad.

Cuando sí depende del gusto, de la opinión o del interés, entonces también es bueno descubrir cuál es la predominante, para adaptarnos a ella, o como punto de partida para empezar a transformarla. En un mundo plural las discusiones son inevitables. Afortunadamente, nadie nos impone lo que tenemos que decir o defender en público, así

que las opiniones y los intereses chocan entre ellos. La buena convivencia está hecha de transacciones: el lubricante de las relaciones sociales es la capacidad de escuchar y de ceder. Las personas que siempre tratan de imponerse y no ceden nunca, o viven solos o tienen esclavos, pero es imposible que participen de la convivencia.

Pero en asignaturas como historia cambia mucho lo que te explican según cómo piense el profesor.

Puede influir, claro. El pensamiento de las personas no es puro, está teñido de las creencias de cada uno. Si el profesor es de derechas te va a contar la historia desde ese punto de vista, y si es de izquierdas pues lo hará desde el suyo.

Pero esa influencia tiene sus límites de actuación: puede modificar el enfoque, pero no va a contarte que Julio César era azteca. Una vez al viejo político francés Clemenceau le dijeron: «Vaya usted a saber dentro de unos años cómo interpretarán la primera guerra mundial». Y Clemenceau respondió: «No sé cómo la interpretarán, pero seguro que nadie defiende que Bélgica invadió Alemania».

Hay aspectos de la historia que pueden explicarse desde enfoques distintos, a los que se les pueden dar interpretaciones matizadas, pero siempre hay una base objetiva. Por otro lado, tenéis la suerte de que vivís una época en la que si bien se os ofrece la posibilidad de educaros, no se os está imponiendo un pensamiento. Tenéis el deber de escuchar al profesor, pero también es bueno tomar la precaución de no creerle a pies juntillas. Y menos ahora que tenemos acceso a una cantidad de fuentes de información como ninguno de nuestros antepasados habría sospechado nunca.

Me gustaría saber si está de acuerdo con Kant en que no hay que mentir bajo ninguna circunstancia.

Lo que Kant quiere decir es que en el fondo cuando uno miente está haciendo una excepción a la norma moral, ya que a ti te gustaría vivir en un mundo donde se dijese la verdad. Si estás en una habitación y entra un señor con un hacha y tienes debajo de la cama, escondido, al tío al que viene a matar, bueno, en ese caso, si el del hacha te pregunta si lo has visto soy partidario de decirle: «Acaba de pasar corriendo por ahí delante y ha cogido el autobús», aunque sea mentira, que cumplir con la norma moral de decir siempre la verdad, y condenarlo a una muerte segura. Hay sinceridades que pueden ser funestas. Es como ese viejo chiste de Jaimito que ve a su tía y le dice: «Qué fea eres, tía», y su madre, horrorizada, le reprende: «Jaimito, por favor, no le digas eso a tu tía, discúlpate y dile que lo sientes», y Jaimito remata: «Tía, siento que seas tan fea». Yo soy más consecuencialista que Kant; por encima de la coherencia de mi actitud con una norma que considero buena, antepongo las consecuencias previsibles e inmediatas de mis actos.

Para Kant la regla moral es soberana, no debe esperarse a calcular las consecuencias de un acto determinado para evaluarla, porque nadie puede prever la cadena completa de consecuencias. Por ejemplo, ves a un niño que se ha caído al río, la corriente lo arrastra,

se está ahogando, te tiras con toda tu buena voluntad y lo rescatas de la muerte. Cuando le preguntas cómo se llama te responde: «Adolf Hitler». Bueno, desde el punto de vista de las consecuencias que conoces ya la has armado. Kant te diría que has salvado al niño porque es lo que te dicta la norma moral, porque queremos vivir en un mundo donde los adultos acuden al auxilio de los niños que se ahogan en los ríos, si luego el niño al crecer se convierte en una plaga para la humanidad, qué se le va a hacer, ya no es culpa tuya. Entre los que nos dedicamos a pensar en temas de moral hay algunos que no somos tan rigoristas como Kant, que pensamos que las consecuencias de los actos también tienen que tenerse en cuenta antes de tomar una decisión moral.

¿No cree que a veces hay algo de mentira en la verdad y algo de verdad en la mentira?

Paul Valéry escribió una obra de teatro que es una versión muy suya del Fausto tradicional. Y su Fausto es un señor muy moderno, que está en una oficina con una secretaria muy mona con la que se pasa toda la obra charlando. Y hay un momento en que la secretaria le pregunta: «¿Quiere que le diga la verdad?», y Fausto le contesta: «Dígame usted la mentira que considere más digna de ser verdad».

Ciencia y robótica

Ya no hay que esperar el futuro, ya vivimos plenamente en el mundo de los robots.

Desde que Karel Capek inventó la palabra nos habíamos imaginado los robots con formas antropomórficas, pero los microondas son robots, así que tenemos en la cocina una docena de robots trabajando para nosotros. Los robots están por todas partes en una casa, facilitándonos tareas a veces muy complejas. No los reconocemos como robots porque no se parecen a nosotros, pero lo son. Lo mismo se puede decir de la automatización de las prótesis humanas, que se han acelerado mucho en los últimos tiempos.

Hablamos de un siglo muy acelerado: el 90% de los inventos técnicos que la humanidad ha hecho en toda su historia pertenecen a los últimos cien años. Y esas invenciones, en la mayoría de los casos, han sido suplantaciones de posibilidades nuestras para aumentar su capacidad. El caballo ha sido suplantado por el caballo de vapor, y el de vapor por el de gasolina. El microscopio y el telescopio son versiones más poderosas de nuestro ojo. El misil sustituye al puño durante la guerra. Muchos de nuestros órganos tienen una réplica mecánica que los amplifica, acentúa o suplanta.

¿Cree que las prótesis son una amenaza para la propia personalidad? ¿Y la investigación con células madres?

Prótesis llevamos todos, no creo que generen en nadie problemas éticos. En cuanto a las células madre... bueno, todo eso está por ver, es un mundo por descubrir. Probablemente, antes o después, la ciencia conseguirá manipularlas hasta un punto que genere dilemas morales. Así, en frío, puedo prever uno: la supresión del azar.

Lo que quiero decir es que la igualdad de los seres humanos depende, entre otras cosas, de que ninguno de nosotros somos un invento o un producto fabricado por otro. Es cierto que todos tenemos padres, maestros, modelos... pero ninguno de ellos es nuestro dueño, o nuestro «fabricante». No somos la «creación» de nadie.

Pero, en cuanto se pueda programar a un ser humano para que nazca con unas características determinadas, se terminó la igualdad entre hombres. Y no porque tú seas mejor que los otros, porque ese «mejor» es muy difícil de determinar, sino porque quien te ha programado tiene un conocimiento y un dominio sobre ti que no vas a poder revertir. Aquí se destruye la igualdad y se instaura una jerarquía entre seres humanos, entre fabricante y fabricado, que rompe la esencia de la convivencia entre humanos.

Los seres humanos somos libres gracias a que no dependemos de la voluntad de otro hombre; somos hijos del caos, los padres se apasionan inesperadamente el uno por el otro, y producen un hijo, pero no lo proyectan ni lo programan.

Pero es posible que con los análisis genéticos uno ya no busque pareja por azar, sino por compatibilidad, ¿eso no trastoca el azar?

Intuitivamente ya buscamos la compatibilidad. Los sentidos humanos están diseñados para captar la salud. Consideramos atractiva a la señora que tiene curvas, y nos apartamos del señor esquelético y tembloroso, sabemos que puede morir en cualquier momento, y nos apartamos por motivos genéticos.

De alguna manera nuestros sentidos ya hacen un análisis genético de nuestra pareja, rudimentario si quieres, intuitivo, pero bastante efectivo. Los hombres y las mujeres buscan personas saludables, enérgicas, que les vayan a durar. Y se apartan de los ancianos, de los enfermos, de los que tienen un pie en la tumba. Las personas de veinte años nos gustan más que las de ochenta porque a los viejos se nos nota que estamos más cerca de la muerte, y esa cercanía no hace más atractivo a nadie. La gracia de darle un pellizco en la mejilla a un niño es que la carne es flexible, si das el pellizco en la mejilla de un anciano se pierde la gracia. Amamos por naturaleza la expresión más animal de la vida, y, en cambio, todos los indicios del final: la muerte, las arrugas, el marchitarse... los aceptamos a regañadientes.

Esta clase de análisis genéticos sólo van a servir para refinar más algo que hacemos a diario, con mucha efectividad.

Segunda parte
Cuestiones imperecederas

¿Qué es un problema de filosofía?

La filosofía discute cuestiones que nos afectan como seres humanos. Si nos preguntasen cómo podemos reconocer un problema filosófico, cómo podemos distinguir una pregunta específicamente filosófica del resto de las preguntas que nos hacemos al cabo del día, una buena respuesta sería decir que una pregunta es filosófica cuando se interesa por un tema que es de interés para cualquier persona.

Todos nos pasamos la vida formulando preguntas. Si queremos ir de viaje a Francia, las haremos sobre París, sobre la comida francesa, los monumentos, los hoteles y los medios de transporte del país; pero si no vamos a ir a Francia, lo normal es que no sintamos ninguna necesidad de preguntar sobre ese país y sus costumbres. Si queremos cocer un huevo, nos interesará saber a qué temperatura hierve el agua, pero si no nos gustan los huevos cocidos, podemos desentendernos de ese dato. Los intereses que no son filosóficos están directamente relacionados con las cosas que queremos hacer, tienen una utilidad práctica, más o menos inmediata.

En cambio, lo peculiar de la filosofía es que se interroga por lo que somos como seres humanos y no sólo por lo que queremos puntualmente.

Imagina que quieres tomar un tren, acudir a una cita o ver un programa de televisión a las siete. Imagina que has salido a la calle y te has dejado el reloj en casa. Si has perdido la noción del tiempo, entonces buscas a alguien a quien poder preguntarle: «¿Qué hora es?». En cuanto te dicen que son las seis y media, te desentiendes, cesa tu interés por la hora y te dedicas a preparar la cita, a ir a la estación, o a casa para encender la televisión. La hora ha dejado de interesarte, porque la pregunta era puramente instrumental, ya ha cumplido con su función, así que puedes olvidarte.

Pero si en lugar de preguntar por la hora, me pregunto qué es el tiempo, ya no estoy relacionando mi interés con algo concreto que quiero hacer. Y la respuesta tampoco revertirá sobre mi vida diaria. Sea lo que el tiempo sea, voy a seguir comiendo igual, bebiendo igual, paseando, tomando el tren, conversando... No va a alterar mi vida, porque la pregunta no tiene nada que ver con lo que voy a hacer, sino con lo que soy.

Cuando me pregunto qué es el tiempo, lo que me estoy preguntando es qué supone vivir en el tiempo sabiendo que el tiempo existe, me estoy preguntando qué significa despertarme por las mañanas, saber que me voy a morir. Me estoy preguntando por el significado de ser humano.

Un gran filósofo, muy complejo, Hegel, dijo en una ocasión que la gran tarea del hombre era pensar la vida. Y todos sabemos muchas cosas de la vida: sabemos cómo nos nutrimos, cómo respiramos, cómo nos reproducimos... Pero ¿qué debemos pensar de

todos estos procesos?, ¿qué podemos pensar de que la vida nos pase a nosotros, de que seamos así, de que tengamos un aparato digestivo, genitales, pulmones, cerebro?, ¿de que vivamos en el tiempo, dentro de una sociedad, que nos enamoremos y convivamos en pareja? ¿Qué significa? ¿Por qué nos pasa eso? Ésas son las preguntas que hace la filosofía, no tienen nada que ver con las cosas prácticas.

Si sea cual sea la respuesta que le demos a las preguntas filosóficas vamos a seguir viviendo igual, ¿cuál es entonces su propósito?

Cada vez que nos hacemos una pregunta filosófica estamos tratando de averiguar algo más sobre nosotros. En lugar de vivir rutinariamente, por imitación, porque no hay más remedio, porque nos han dado un empujón y tenemos que seguir, hacemos el esfuerzo de vivir deliberadamente. En cierto sentido, nos ponemos a andar mirándonos los pies, no levantamos la vista, y eso es problemático, y tiene riesgos, claro, porque podemos tropezar. Pero es que la filosofía no sirve para salir de dudas, sino para entrar en ellas.

Las personas que no dudan nunca son las que nunca filosofan, son personas serias, incapaces de asombrarse. En cambio, el padre fundador de la filosofía, Sócrates, se pasaba el día preguntándole a la gente tonterías, como hacen los niños. En uno de sus diálogos más famosos, Platón pone a Sócrates a discutir con Calicles. El adversario de nuestro filósofo es un joven arrogante, que exhibe su espada, y que defiende que los fuertes tienen derecho a imponer sus leyes a los débiles, y cosas parecidas. Es una de las primeras veces que acusan a Sócrates de ser un viejo que hace preguntas más propias de un niño que de un ciudadano maduro; preguntas que no interesan a nadie, que no conducen a nada; preguntas del tipo: «¿Por qué no se caen las estrellas?». Pese a que Calicles piensa que está insultando a Sócrates, en realidad, lo que el joven hace es definir muy acertadamente la actitud filosófica: jugar a hacerse preguntas igual que los niños, pero hacerlas completamente en serio, sin otro propósito que salir lo antes posible de la ignorancia, porque las personas que filosofan son las que están deseosas e impacientes por abandonar la ignorancia.

Ha dicho que las preguntas filosóficas no influyen en las acciones futuras, pero quizá sí lo hagan las respuestas que les demos a estas preguntas.

En principio, nada de lo que tengas que hacer esta semana va a cambiar porque el tiempo esté relacionado con el movimiento, como pensaba Aristóteles, o con el espacio, como defendía Einstein. Incluso las personas que nunca se han interesado por el tiempo van a seguir viviendo en él sin mayores molestias. De alguna manera todos sabemos lo que es el tiempo, aunque no sea una tarea fácil definirlo con palabras. San Agustín en las Confesiones escribió sobre el tiempo que sabía lo que era si no se lo preguntaban, pero que si se lo preguntaban no lo sabía. Es una manera elaborada de decir que cuando tienes que

cumplir con un horario saber la hora tiene una utilidad concreta, y que preguntarte por la naturaleza del tiempo no la tiene. Lo mismo sucede cuando te interrogas sobre la belleza, la verdad, la justicia, la naturaleza o la bondad... con cualquier pregunta filosófica.

Se trata de preguntas que nos transforman al volvernos más conscientes de lo que supone ser humano. ¿Y qué beneficio sacamos de saber más sobre nuestra naturaleza? Pues que los hombres no nos conformamos con ser, también sentimos el impulso de querer saber qué somos.

La felicidad

El humorista Jardiel Poncela decía: «Si quieres ser feliz como me dices, no analices». Y, en cierto sentido, lleva toda la razón. Sin embargo, en una ocasión le preguntaron a Bertrand Russell, uno de los filósofos que más he admirado: «Si le dieran a escoger entre saber más o ser feliz, ¿qué preferiría?». Y Russell respondió: «Es extraño, pero preferiría seguir aprendiendo».

La clase de pensamiento que se elabora en la reflexión ética, el que no está relacionado con una acción concreta, puede provocar un vértigo temible, pero si no existiera, ¿merecería la pena vivir? ¿Quién de nosotros, para evitar el sufrimiento, aceptaría vivir anestesiado?

En realidad, relacionamos la felicidad con el transcurso o el resultado de alguna actividad nuestra. Y aunque, en muchas ocasiones, actuar nos dé problemas y disgustos, en el fondo parece que nos compensa, porque no queremos abandonar el juego. No queremos dejar de vivir ni de hacer, aunque pueda dolernos. A veces sí que nos asustamos y damos un paso atrás, claro, pero nadie quiere renunciar del todo a la libertad de actuar y de hacerse preguntas.

Entonces para ser felices también tenemos que vivir experiencias malas, si fuéramos felices constantemente no distinguiríamos la felicidad.

Ser constantemente feliz supondría vivir en un estado de dicha completa, que, además, nadie te podría quitar nunca. Porque por bien que estés, si sabes que ese estado puede acabarse, ya no serás feliz sin fisuras. Por eso los humanos no pueden ser completamente felices, porque todas las cosas que experimentan pasan, su propia vida pasa. Lo propio de los seres humanos, su mayor aspiración, quizá no sea la felicidad, sino conservar la alegría.

Quien dice que ama la vida debe hacerlo con todas sus consecuencias. Lo que no podemos decir es: «Amo la vida, por favor, quítenme la parte mala». Eso no significa que no tengamos que luchar contra las maldades, pero tenemos que amar el mundo a pesar de todo eso. Tampoco tiene mucho sentido decir: «Yo hasta que no se arregle todo el mundo, no amaré la vida», porque seguro que no te va a dar tiempo de ver solucionado todo lo que anda mal. Hay que luchar contra lo que no nos gusta de la vida, pero no aplazar el amor que podemos sentir por ella: pese a todo lo negativo siempre es mejor participar de la vida que ya no estar en el mundo.

Además, las cosas malas de la vida nos ofrecen un contraste que intensifica y mejora el sabor de las buenas. Sólo el que se pone enfermo repara en lo bien que se está sano, nadie sabe mejor lo importante que es un dedo que el que se lo rompe. La ventaja que tiene ser viejo es que uno ha conocido cosas muy buenas y también su reverso. Si nos faltara ese contraste, nos faltaría la experiencia. Es gracias a la madurez y a la experiencia de la vida que aprendemos el valor de cada cosa. Lo mismo sucede con la alegría y la felicidad.

Es decir, somos felices porque nos arriesgamos.

Yo creo que sí, de alguna manera decimos: «Ya que está ahí la muerte, vamos a bailar frente a ella». Si no supiéramos que todo es breve y fugitivo, que todo es riesgo, qué gracia tendrían las decisiones. Tampoco es que tengamos elección, no podemos imaginar una vida distinta a la que tenemos, una vida sin muerte, pero sí sabemos que la muerte le da el picante a la vida, su sabor especial.

Entonces la felicidad absoluta es imposible, siempre vamos a pedir más.

Los ideales humanos se parecen al horizonte. Nadie puede alcanzar el horizonte, pero podemos andar hacia él, y merece la pena encaminarse hacia allí, porque sólo así avanzamos como personas, como sociedad y como especie. Contentar a un esclavo que está atado a sus cadenas y que casi no come es muy fácil, pero en cuanto el esclavo se libere de sus ataduras situará más alto su nivel de satisfacción y bienestar. Los seres humanos nos vamos volviendo más exigentes con las libertades porque vamos conociendo más cosas y por eso no se nos puede saciar del todo, mientras estemos vivos vamos a exigir siempre mejoras.

El problema es que felicidad sólo es una palabra. Hay que imaginar un contenido. Me gustaría saber si desde que escribió *Ética para Amador* ese contenido ha variado.

La palabra felicidad es demasiado ambiciosa. La auténtica felicidad exigiría ser invulnerable, exigiría que el futuro no te pudiese afectar. Por muy bien que te encuentres ahora, si sabes que dentro de una hora te van a cortar la cabeza ya no puedes ser feliz: la angustia por la pérdida casi inmediata de tu situación no te lo permitiría.

La felicidad es un estado exagerado para una criatura mortal. Lo que los seres humanos buscamos es algo de satisfacción. Satisfacción fisiológica, por supuesto, pero también a otros niveles: cultural, afectiva, etcétera. Las satisfacciones tienen fecha de caducidad, claro, pero son un objetivo vital más modesto, más realista que la felicidad.

Es verdad que a medida que aumenta nuestro nivel de vida somos más exigentes, buscamos más y mejores satisfacciones, nos cuesta más sentirnos satisfechos. Un pobre que vive en alguna zona del centro de África con que le den un bocadillo y le espanten la

mosca que le está dando la murga, probablemente ya se sienta satisfecho. Nosotros vivimos en una sociedad sofisticadísima, con unas oportunidades de ocio y placer muy variadas, así que cada vez cuesta más sentirse satisfecho.

Para ilustrar esta dinámica, un filósofo alemán contaba la teoría de la princesa y el guisante: la princesa dormía sobre once colchones para estar más cómoda, pero bastaba un guisante bajo el último colchón para que se le hiciera insoportable la molestia y no pegara ojo en toda la noche.

Con las mejoras en el confort, todos vamos convirtiéndonos un poco en esa princesa. A medida que disminuyen las molestias, el más pequeño inconveniente se vuelve insoportable. Lo puedes comprobar en el aeropuerto. Nuestra civilización ha alcanzado un nivel tecnológico que te permite viajar desde Europa hasta Estados Unidos en siete horas. Para cualquier otra época sería un sueño, algo inaudito. Ahora basta con que suframos media hora de retraso para armar un escándalo y pedir el libro de reclamaciones. Media hora de retraso es suficiente para llegar a casa y decir: «Ha sido espantoso, me han tenido media hora en Barajas».

En el momento en que la gente empieza a vivir muy bien, como se pierde la capacidad de resistir las molestias y las complicaciones, hay personas que se imaginan viviendo en un mundo insoportable. Son personas que te preguntan: «¿Usted cree que se puede ser alegre en este mundo?». Y la verdad es que apetece responderles que viven en el mejor de los mundos conocidos, que no hay otro sitio, ni por supuesto otra época, en los que se haya vivido mejor. Es curioso cómo una situación de evidente privilegio, con todos los defectos y carencias que quieras, genera tantas sensaciones de inquietud y de desasosiego, pero claro, sólo podemos valorar la realidad comparativamente, y muchos ciudadanos sólo pueden valorar la vida de Occidente.

¿El dinero da la felicidad?

La verdad es que se podría ampliar el concepto de riqueza. Ahora mismo tenemos una idea de riqueza crematística, vinculada exclusivamente con el dinero. Y el dinero, como decía Schopenhauer, es una felicidad abstracta. El dinero es una promesa de felicidad mientras lo tienes en el bolsillo, pues eres feliz porque lo puedes transformar en cien cosas distintas: en emborracharte, en ir a cenar, en comprarte un coche o la Enciclopedia Británica, lo que sea. Pero esta felicidad abstracta empieza a darte problemas cuando intentas concretarla, porque cualquier gasto y cualquier actividad están llenos de limitaciones, de dificultades... y puede que no revierta en satisfacciones, sino en dolores de cabeza.

Quizá deberíamos acostumbrarnos a formas concretas de felicidad más sociables. Por ejemplo, la madre que está cuidando a un niño está experimentando una forma concreta de satisfacción, de alegría. Y lo mismo sucede cuando estamos en compañía de personas con las que nos sentimos a gusto, con las que nos divertimos, porque nos cuentan cosas interesantes o nos hacen reír.

Además, si la felicidad fuese tener veinte millones en el banco, ya se sabría a estas alturas de la vida y de la sociedad. Pero lo que todos sabemos es que no es así, que la alegría viene de las cosas concretas, y no de las abstractas. No hay que ser demagogo, claro: si no tienes dinero, se te puede amargar el día y la vida. Pero tenemos a nuestro alcance un abanico de posibilidades de satisfacción que no dependen de si tienes mucho o muchísimo dinero en la cuenta corriente. Dependen de circunstancias, a veces azarosas, a veces ganadas a pulso, conquistas afectivas e intelectuales, que mejoran tu calidad de vida. A menudo pienso que la diferencia esencial entre una persona cultivada, o culta, y una persona inculta es que cuanto menos sabes, más tienes que gastar para divertirse. Lo puedes ver en las vacaciones: las personas menos cultivadas necesitan más dinero porque cuando apenas sabes nada eres como esos Estados que tienen que importar todas las materias primas, porque no producen nada. Mientras que las personas cultivadas pueden pasear con provecho, conversar, ver museos, barajar recuerdos..., van produciendo por sus propios recursos momentos agradables que les salen prácticamente gratis.

La libertad y la autenticidad

El sueño de una autenticidad que no esté condicionada por nada, que uno puede ir construyéndose a lo largo del tiempo, es un proyecto emocionante, muy seductor, pero imposible de conseguir. La propia vida no puede gobernarse de manera espontánea. El error es creer que tú partes de una espontaneidad natural y que luego la vas perdiendo, cuando es al contrario: la espontaneidad es una conquista posterior, algo que se alcanza cuando ya has construido una personalidad.

Los psicólogos nos aseguran que cuando a una persona normal la dejas totalmente libre para hacer lo que quiera, lo primero que hará será imitar a los otros. La idea de que las personas imitamos por obligación, coaccionadas por la educación o la sociedad, es una ingenuidad. Cualquiera lo que quiere es imitar, la elección principal que tiene el individuo es elegir a su modelo. Así que unos imitan al triunfador, al futbolista, a la modelo... Los médicos a un buen médico, los escritores a un buen escritor... Parece imposible que exista alguien que no se sienta tentado de imitar a alguien.

Además, en cierta manera, la imitación de modelos es casi una exigencia social, para poder preservarse. Un individuo que no quisiera imitar a nadie sería ineducable, y no se podría vivir en una ciudad donde a cada uno se le ocurrieran cosas distintas a diario, donde cada día quisiéramos una cosa distinta. No habría metros, ni restaurantes, ni servicios de limpieza, ni programas de televisión o radio. Sería algo ingobernable.

Pero si la sociedad me dice lo que tengo que hacer, ¿nunca seré libre?

No debemos caer en el error de confundir la libertad con la omnipotencia. El ser humano es libre para decidir, pero no puede hacer lo que quiera, nuestra libertad no viene acompañada de la facultad de conseguir que todo lo que deseamos se cumpla. Ser libre significa que tienes la posibilidad de escoger entre distintas posibilidades, en decidir lo que quiero intentar entre el abanico de actividades propias de los humanos. Yo soy libre de decidirme a intentar subir el Everest, pero dado mi estado físico lo más probable es que poco después de dar el primer paso ya me haya caído. Esta incapacidad manifiesta no merma para nada mi libertad.

El problema es que tampoco podemos escoger lo que queremos. Depende de las circunstancias.

Eso es verdad. El problema de la libertad es que nos vemos empujados a escoger en unas circunstancias que no hemos elegido. Que nos vienen dadas por la cultura del país donde hemos nacido, por el nivel económico y social de nuestra familia, por las

circunstancias de la época... Ninguno hemos elegido partir desde donde partimos, pero una vez hemos tomado conciencia de cuál es el juego de circunstancias que nos rodean, podemos elegir. Incluso podemos decidirnos a actuar para cambiar algunos de estos condicionantes. Y también es verdad que unas decisiones influyen sobre las siguientes: si optamos por ir a cenar a un restaurante chino, somos libres de pedir los platos que queramos siempre que estén en la carta. Lo que no puedes es pedir paella. El menú está impuesto, y tu elección está limitada por la decisión previa (y libre) de sentarte a cenar en un chino.

Me gustaría preguntarle por la relación entre el individuo y la sociedad, ¿qué pueden aportarse mutuamente?

El individuo es un producto de la sociedad; más concretamente, es la sociedad urbana la que produce individuos. Las tribus amazónicas, por ejemplo, son mucho menos individualistas que las sociedades industrializadas. En las tribus todos tienen que repetir una serie de rituales, desempeñan papeles que ya están escritos: el curandero, el zapatero, las mujeres...; no hay vidas «diferentes», «novedosas», no tienen una noción de individuo. La idea de un tipo que va diferenciándose del resto es relativamente moderna. Incluso en Grecia, al ciudadano que se sentía demasiado superior, original o distinto se lo sometía al ostracismo, que era una práctica un poco cruel. Todos los ciudadanos atenienses votaban con unas conchas de ostras, una ostra por persona, había blancas o negras; si el hombre perdía en la votación se le expulsaba de la polis, por considerar que había escogido un camino demasiado particular para una sociedad que le daba un gran valor al mantenimiento de unas semejanzas y unos parecidos que garantizasen que todos los ciudadanos tenían algo en común.

Son las sociedades las que van favoreciendo el desarrollo de la individualidad. Una cosa curiosa de las películas que se rodaron en los años cuarenta es que todos los hombres parecen ir vestidos igual. Las mujeres solían vestir más variadas (aunque no tanto como ahora), pero los varones hace sesenta años parecían ir de uniforme. Había cuatro prendas y dos colores para combinar, y así es como iba vestido todo el mundo. Ahora tenemos una variedad de indumentarias muchísimo mayor. A medida que las sociedades se han vuelto más complejas, se han ido diversificando las tareas y los roles, y ahora es muchísimo más sencillo diferenciarse de los demás. Hoy en día hay grupos sociales a los que puedes reconocer por cómo se visten, y personas que tratan de definir y destacar su personalidad por las prendas que eligen, por el corte o los colores. Y la ropa es sólo un ejemplo de las posibilidades que tenemos hoy de singularizarnos.

La sociedad apuesta por desarrollar individualidades porque cree que así terminará mejorando al conjunto. Los individuos ayudan a la sociedad aportando cosas que nos benefician al resto. A mí me alegra que Mozart fuese una persona tan distinta, y que la

sociedad, en lugar de condenarlo al ostracismo o de reprimir su singular personalidad, favoreciese el desarrollo de su talento, porque así pudo escribir una música de la que todavía nos beneficiamos.

A día de hoy, ¿qué pueden aportarme los individuos que forman el resto de la sociedad que nutra o enriquezca mi vida?

Para empezar, tu humanidad. Todas las cosas que te permiten vivir como un ser humano las recibes de los otros, porque tú eres un ser simbólico, eres una criatura que piensas con palabras, que hablas, que empleas un lenguaje y un idioma para comunicarte que no has inventado tú, de manera que tu propia mente pertenece a la sociedad, es la propia sociedad interiorizada.

La sociedad también te ofrece reconocimiento. ¿Por qué queremos dinero? Primero porque hemos imitado el deseo de tener dinero de los demás, y segundo para poder conseguir cosas que están en la sociedad, y poder influir sobre otras personas. Si mañana te dijeran que te van a desterrar a una isla desierta y te preguntaran qué quieres llevarte... responderías que comida, bebida, unos libros, a Catherine Zeta-Jones, unas cuantas cosas útiles..., pero seguro que no se te pasa por la cabeza llevarte dinero, ni siquiera un millón de euros. Incluso algo que deseamos tanto como el dinero, lo deseamos en la medida que podemos usarlo en la sociedad. Y es que el dinero es lo más social que podemos imaginar, fuera de la sociedad no sirve absolutamente para nada, no tiene ningún interés.

De alguna manera los individuos estamos buscando siempre reconocimiento y compañía. ¿Quién quisiera vivir rodeado de objetos caros y maravillosos sin ningún sujeto a su alrededor? El mito del rey Midas trata de eso, era un hombre tan ambicioso que sólo deseaba oro, y cuando su deseo se volvió realidad quedó encerrado en la trampa de su propia ambición. Como todo lo que tocaba se convertía en oro, al cabo de un tiempo tenía más oro que nadie, pero ninguna persona duraba a su lado sin convertirse en metal. Lo que el mito cuenta no es real, no es un relato histórico, pero sí es muy veraz. Creemos que podemos pasar sin los demás, nos halaga sentirnos independientes, pero todo lo que contienen nuestros deseos, todas las aspiraciones que hacen que la vida valga la pena: el poder, la belleza, el dinero... lo queremos para influir sobre los demás, para impactarles. Si te quitan a los demás, con el tiempo, te dará igual ser pobre que ser feo. Lo único que te puede interesar a ti mismo, con independencia de si están allí otros o no, es la enfermedad, cualquier otra cosa te relaciona con tus vecinos y con tus conciudadanos.

Me parece que no vivimos nuestra vida, que vivimos una inspirada desde fuera.

Pero es que la distinción no es limpia. Nadie se alimenta sólo con las ideas que su cerebro produce, nuestra mente está poblada de ideas ajenas, que vienen de tu familia, de tus amigos, de los escritores, de las personas que hablan en la radio y de la televisión, de tus rivales... Tu cabeza está llena de cosas que no provienen de ti, pero que haces tuyas, porque el cerebro es una especie de mapa en marcha del mundo: contiene todo lo que hemos visto, las palabras escritas o pronunciadas por los demás, las sensaciones, las impresiones... El mundo nos entra dentro a chorros y después tenemos que organizarlo en un sentido o en otro, pero nuestra mente está formada por materiales que absorbemos de fuera.

Por otro lado, ser nosotros mismos tampoco creas que es tan beneficioso para nuestra libertad como parece. Si a algo estamos forzados es a ser nosotros mismos, y, por tanto, estamos inclinados a desear de acuerdo con lo que somos. Schopenhauer se preocupó de este problema: somos libres de desear lo que queramos, sí, pero siempre desde un carácter y una personalidad que no elegimos: los nuestros. No podemos escoger ser otro distinto a quienes somos, eso nos viene dado, impuesto. Sólo partiendo de esa libertad limitada podemos actuar libremente.

Pero uno no elige elegir.

Ya lo dijo Jean-Paul Sartre: «El hombre está condenado a la libertad». No se puede renunciar.

Los animales no se plantean ese problema porque no son libres. Ahora se celebra el cincuenta aniversario de la muerte de un humorista gallego, Julio Camba, que tiene un libro maravilloso sobre cocina que se titula *La casa de Lúculo*, donde Camba explica, entre otras cosas, la historia del longueirón, un crustáceo de las playas de Galicia. El longueirón vive dentro de un agujero en la arena, cuando sube la marea entra agua por el agujero y entonces el longueirón sale. Cuando la marea baja y la arena se seca, el longueirón se queda dentro de su agujero, y no asoma. Para pescarlo se buscan los agujeros, y se les echa un poco de agua para que el longueirón salga. Camba cuenta cómo él se entretenía engañando a los longueirones, echando agua una y otra vez, para que saliesen y volviesen a entrar. Tanto los mareó que al final los bichos se equivocaban, como si fueran humanos. Porque eso es lo propio de los humanos, entrar y salir continuamente, y no de manera automática, sino cuando queremos o nos parece. Por eso nos equivocamos mucho más a menudo que los animales, porque somos libres de asomar la cabeza a voluntad.

¿La libertad debe supeditarse a los intereses generales de la sociedad?

Sí, y es lógico que así sea. Una cosa es que tengamos una buena disposición a respetar las diferentes elecciones que cada uno hace dentro de los márgenes que cada uno tiene para decidir. Pero, por otra parte, quieras o no, para poder convivir en una

sociedad que funcione hay muchos aspectos que no pueden estar sujetos a la originalidad de cada uno, a lo que a cada uno se le antoje en ese momento.

Estamos acostumbrados a asociar la originalidad y lo espontáneo con las personas positivas y creadoras, esto es así hasta cierto punto, pero sólo hasta cierto punto. Para comprobarlo basta con pensar en alguien que nos dijese: «Mire usted, a mí la espontaneidad me lleva a querer violar niñas de cinco años en cuanto las veo. A usted igual no le pasa, y por eso pretende meterme preso antes de que actúe, pero es porque no es usted tan original como yo, mi gusto por las niñas de cinco años es algo que brota tan espontáneamente de mi carácter como su atracción hacia las mujeres mayores de edad». Hay momentos en los que la originalidad deja de ser un factor de creación y de enriquecimiento para convertirse en un germen nocivo para la sociedad.

En algunos países nórdicos están proliferando grupos que tienen un concepto de la religión bastante sorprendente. Unos adoran no pagar impuestos y otros tienen como dogma no pagar nunca ni un euro de las cosas que te bajas de Internet. Han registrado estas creencias y aseguran que si nos oponemos estamos ofendiendo su «original» libertad religiosa. En casos así hay que cortar de raíz con la tolerancia hacia la «espontaneidad».

Pienso que todos debemos estar dispuestos a ser tolerantes en aquellos campos donde la elección es lícita. Tú eres vegetariano, no quieres comer carne, bien, es una opción perfectamente lícita. Se te pueden dar consejos nutricionales, los escucharás o no, pero no veo ningún problema. Ahora bien, por mucho que te guste comer carne, no tienes libertad para darte un atracón de carne humana, ni siquiera un bocado.

Una sociedad funciona cuando se permite a cada individuo ser él mismo y desarrollar su personalidad siempre que cumpla con aquello con lo que tenemos que cumplir todos para que la sociedad no se colapse. Uno puede ser él mismo siempre que asuma que hay una serie de deberes y responsabilidades que son para todos, nos gusten más o nos gusten menos. Sobre esta base compartida por todos los ciudadanos cada uno puede ir construyendo una personalidad particular.

¿La libertad nos hace más felices?

En *Ética para Amador* citaba una anécdota de don Manuel Azaña que viene al caso. Cuando le preguntaban lo mismo que ahora te preocupa a ti, si la libertad hace más felices a los hombres, les respondía: «Yo sé que los hace más hombres». No es que al ser libres seamos más felices, es que nos volvemos más humanos.

Hay películas donde se ve a un soldado que comete una atrocidad, incluso durante el combate, y después se siente menos humano. ¿Es que un hombre que actúa de manera salvaje pierde su esencia?

Bueno, nosotros no tenemos otro remedio que ser humanos. Somos humanos como los geranios son geranios, claro. Pero cuando decimos que alguien es humano no nos referimos sólo a que pertenece a una especie natural, también nos estamos refiriendo a un ideal, algo que nos proponemos como meta. Y ese ideal consiste en que el resto de los humanos nos reconozcan como miembros de su grupo. En Macbeth, Shakespeare imagina una escena donde lady Macbeth está tratando de convencer a su marido para que suba al piso de arriba, donde el rey Duncan, su huésped, duerme plácidamente. Lady Macbeth le dice que ha llegado el momento que esperaban, que suba y lo mate, así le proclamarán después rey a él (y reina a ella). Y Macbeth le responde que Duncan no es sólo su rey, es también un anciano que ha confiado en él, y que ahora duerme bajo su protección y su techo. Macbeth no sabe si será capaz de hundirle un puñal en la carne, tiene miedo de que en el momento de la verdad el viejo abra los ojos y los clave en él, tiene miedo de que las dos humanidades queden confrontadas en el momento del asesinato. Lady Macbeth le reprocha que un soldado como él, que ha participado en tantas guerras y ha matado a tantas personas, tenga ahora miedo de un anciano indefenso que duerme en una cama. Y Macbeth responde algo muy sagaz: «Yo me atrevo a lo que se atreva un hombre; quien se atreva a más, ya no será un hombre». Pues ésa es la idea: existe un límite que no nos atrevemos a sobrepasar por miedo de salirnos de la humanidad, por miedo a cruzar el límite más allá del cual ya no se nos reconozca como parte del colectivo. Macbeth cuenta la historia de una persona que empujada por la ambición termina saliéndose de lo humano y convirtiéndose por sus obras en un enemigo de sí mismo. Ése es el peligro.

Sobre la belleza

La belleza es un don, evidentemente, y es un don que todos podemos admirar porque las personas, los objetos y los paisajes hermosos embellecen el mundo, y tienen algo de ideal, de inalcanzable. Por eso un gran poeta francés decía: «La belleza es lo que nos desespera».

Pero es verdad que, de un tiempo a esta parte, la belleza se ha convertido en una especie de obligación. Y, además, se trata de una belleza dictada por un canon determinado, de manera que ya no es algo que enriquezca el mundo, sino que lo empobrece. Se crean presiones para alcanzarlo que provocan situaciones como la anorexia, y la exclusión de grupos de edad o de personas con determinado aspecto; individuos talentosos o con méritos en otros órdenes pueden pasarse la vida sufriendo porque su cara y su cuerpo no se adaptan al canon. Lo monstruoso no es lo que se queda fuera de la categoría de belleza, sino la idea misma de belleza como una imposición externa y que puede convertirse en una tortura.

El miedo a envejecer y a perder la salud y la belleza no es nuevo, se ha dado siempre, hay cientos de relatos y novelas sobre ese asunto. Lo que sí parece un fenómeno nuevo es que en nuestra época no existe un modelo positivo para las personas mayores. Los viejos tenemos que fingir que somos jóvenes porque el que no es joven está enfermo en nuestra sociedad. La juventud, por razones sociológicas, de consumo, etcétera, se ha convertido en la totalidad de la vida; si no quieres ser excluido, debes fingir que eres joven hasta la tumba.

Una actitud así tiene sus peligros. No es sólo que todos vayamos a ser viejos, si tenemos la suerte de vivir lo suficiente, sino que como decía Voltaire: «Quien no tiene las virtudes de su edad, tendrá que cargar sólo con sus defectos». Todas las épocas, la juventud, la madurez, la vejez, tienen algún tipo de virtud que sólo se da en ese momento. Si no disfrutamos de ellas, entonces sólo arrastraremos los defectos comunes al resto de las edades.

Religión, Dios y muerte

Filósofos muy finos como Spinoza hablan del amor de Dios, pero hay que entender la expresión como una aceptación del Universo tal y como es. Existe un amor hacia la totalidad de las cosas que existen que equivale a una afirmación, equivale a decir «sí» a lo que hay, a renunciar al antagonismo perpetuo con lo que hay, aunque después sigamos luchando por reformar los aspectos que más nos disgustan.

El amor que nosotros conocemos es aquel que sentimos por otros seres humanos y por algunos seres vivos. Es un amor que está marcado por la preocupación de conservar a la persona que quieres, que no se nos vaya, que no desaparezca. El amor es querer que alguien siga existiendo, por eso no se puede amar a un ser indestructible. De manera que en un sentido literal no entiendo la expresión «amor a Dios». Dios es precisamente nuestra idea de lo eterno, no se puede ir, ni lo podemos perder. Por eso a Dios no le podemos amar, como no se puede amar al Everest, te puede gustar, pero es absurdo amarlo, porque va a seguir allí cuando tú mueras.

Todo lo que conocemos sobre la muerte lo aprendemos observando la ausencia de los demás. Nuestra propia muerte personal es impensable, se nos escapa. Freud escribió que pese a que todos decimos que vamos a morir, en el fondo nadie se lo cree. Pero la muerte de los demás es muy creíble y real, porque la experimentamos. De manera que la muerte es una suerte de reverso de la vida en general, y reflexionar sobre ella nos ayuda a entender nuestra condición y el amor que sentimos por la vida.

¿Qué piensa sobre Dios?

Nunca he entendido muy bien lo que es, tengo poca familiaridad con Dios. Oigo las cosas que dice la gente sobre Dios, hablan como si lo conocieran personalmente, pero yo no entiendo lo que es. Ni siquiera puedo decirte que no existe porque no sé qué supondría eso. Conozco historias, leyendas... pero todo me parece un poco etéreo. La tribu africana de los masai utiliza la misma palabra para decir «Dios» y «no sé», pues a mí me pasa un poco lo mismo, para todo lo que se refiere a Dios soy un poco masai.

Ha dicho que no entiende cómo se puede amar a Dios porque no puede amar algo que no se va a acabar. Pero yo creo que la gente ama a Dios precisamente porque saben que son ellos los que van a morir.

Entonces, se trata de un amor interesado. Hay que tener amigos en todas partes. Hubo una época en que yo estaba liado con temas del terrorismo, vivía amenazado, con escolta... Un día salí a la calle en Madrid y una señora se me acercó y me dijo: «Ya sé que no es usted creyente, pero yo rezo mucho por usted». Y yo le respondí: «Señora, siga rezando por mí, porque yo no creo en Dios, pero como todo buen español creo en las recomendaciones, así que, por si acaso, siga recomendándome».

¿Las religiones están por encima de la moralidad? ¿Debemos aceptar que una religión musulmana desprecie a las mujeres por respeto a unas creencias culturales que no son las nuestras?

La moral y la religión son cosas distintas. El problema es que hemos vivido durante años con la idea de que la moral está supeditada a la religión, como pretenden los curas. Pero lo cierto es que desde el obispo hasta el párroco de lo que hablan es de religión, un asunto muy respetable para quien crea, pero sólo para quien crea. Mientras que la auténtica moral es algo que vale para los creyentes y los no creyentes, y apela a la capacidad de raciocinio de cualquier persona del mundo.

En Ética para Amador señalé una diferencia básica entre religión y moral que sigue siendo válida: la moral persigue una vida mejor y la religión busca algo mejor que la vida. Son objetivos bastante diferentes.

A mí portarse bien porque después alguien te va a dar un premio no me parece una actitud muy moral. Imagina que ves a un niño que se ha caído a un río y se está ahogando y te arrojas al agua para salvarle, pues no tiene el mismo valor moral si intentas rescatarle a sabiendas de que su padre es un millonario que te va a recompensar generosamente. No es lo mismo saltar sólo por salvar una vida que por cobrarte un dinero. Con la religión pasa algo parecido, el soborno del cielo será santo, pero también es un soborno. Y eso es lo que proponen las religiones: un pago por portarte bien.

Las religiones, mientras no sean obligatorias, son un derecho privado de cada ciudadano, pero no pueden pretender constituirse en un deber para nadie, y todavía menos, de la sociedad entera.

Hay que defenderlas como derecho individual siempre que no perjudiquen a ninguna persona. Me parece muy bien que, si una mujer cree que no puede conducir un coche porque es pecado, no lo conduzca, pero que alguien la obligue a no conducir el coche porque él cree que es pecado y se lo prohíba, eso ya no se puede permitir.

Entonces, ¿considera que algunas normas culturales se pueden valorar, juzgar y rechazar?

La idea de que las culturas no pueden juzgarse es una ocurrencia posmoderna. Una cultura donde pueden convivir diversas opciones religiosas sin exclusiones y sin ser perseguidas es mejor, objetivamente, que una donde sólo puede haber una religión y donde el resto de los cultos son prohibidos y perseguidos. Una cultura donde los hombres

y las mujeres, sea cual sea su raza, tienen los mismos derechos, las mismas posibilidades laborales y políticas, y se les trata igual, es mejor que una cultura donde sólo mandan los hombres o donde se discrimina por el color de piel.

Esa idea de que cada cultura tiene su propio valor, que no puede juzgarse, es la falacia del marco, la idea falsa de que cada opinión y norma cultural hay que ponerla dentro de un marco donde adquiere su valor, de manera que nada es verdad o mentira, ni puede juzgarse fuera de su marco. Yo defiende que existe un marco general, el marco de la razón humana. La razón humana es la que intenta establecer un código de derechos universales, de manera que puede juzgar el resto de los marcos. Todos estamos dotados de razón, y no es la razón de uno contra la razón de otro, sino la misma razón para todas las culturas: la razón humana.

Los derechos animales

Derechos sólo pueden tener las personas porque es algo que nos concedemos unos humanos a otros. Un animal puede tener todos los derechos que se nos ocurran, pero sólo si se los concedemos los hombres, por consenso.

La idea de derecho supone la de deber, a quien se le conceden derechos se le exigen, a cambio, deberes. De manera que los animales quedan fuera por su propia naturaleza de la esfera de los derechos, porque no pueden atender a sus deberes deliberadamente. No puede defenderse que una gallina tenga el deber de poner huevos a cambio de sus derechos. A la mayoría de los animales los utilizamos según nuestras necesidades, durante siglos les hemos especializado hasta el punto de que no es un disparate decir que son animales «inventados». La vaca no tiene el deber ni la obligación de dar leche, la da y punto. El juego entre derechos y deberes está basado en la libertad humana, y, por tanto, no tiene aplicación sobre los animales porque éstos no disfrutan de capacidad de elección sobre su actividad, de la que nos aprovechamos o nos defendemos.

El trato con los animales debería estar regido por un concepto distinto al del derecho. Porque sí es verdad que podemos tratarlos mejor o peor. Ese trato podría basarse en las relaciones emotivas que sí se establecen con ellos. Sabemos que son seres vivos y que pueden sentir dolor. Y aunque los neurólogos dicen que los animales no sienten el dolor como nosotros, hay indicios suficientes para creer que a un perro también le duele si le das una patada. Establecemos lazos empáticos con ellos, nos disgusta su sufrimiento y, por tanto, podemos tener miramientos hacia los animales.

Pero esos miramientos, esa empatía, no surgen del derecho, sino de una preferencia o de una simpatía personales. Por ejemplo, si pasas por delante de un árbol y ves a un pajarito que acaba de caerse y está en el suelo, incapaz de remontar el vuelo, como eres una persona compasiva, coges al pajarito y lo devuelves al nido antes de que pase la serpiente y se lo coma. Todo el mundo dirá que eres un chico de buen corazón, aunque hayas dejado a la pobre serpiente sin merienda. Ante el pajarito no tienes ninguna obligación moral, ningún deber de ayudarlo, si lo haces es porque tienes una sensibilidad que considera a los pajaritos más simpáticos que las serpientes. Pero si cuando pasas por delante del árbol lo que escuchas llorar es a un niño que se ha caído o al que han abandonado, tienes la obligación de ayudarlo, el deber moral. Y si pasas de largo, y no le ayudas, se te pueden pedir responsabilidades legales. No se trata de una preferencia sentimental, sino de un deber objetivo.

Pero entonces somos nosotros quienes decidimos quién tiene derechos.

Claro. La ética es igual que el lenguaje, un invento humano. Es como si me dices que sólo hay peines para humanos, menuda discriminación. El caso es que los animales no se peinan, se rascan, así que no necesitan peines. Sus necesidades son distintas. Como no han desarrollado un lenguaje que les acompañe en la deliberación moral, no son libres. No se les pueden pedir responsabilidades. Hacen lo que saben, cumplen con aquello para lo que están programados. A ti te puede parecer que el tigre es cruel, pero es una interpretación humana, el tigre se comporta como un tigre, qué va a ser cruel el pobre animal.

En Balares vi una vez una exposición de herpetología, de serpientes. Tenían una pitón tremenda y dos veces al día la alimentaban: le echaban ratoncitos vivos. En cuanto se enteró, la Asociación Protectora puso el grito en el cielo y elevó una protesta contra la crueldad de los responsables de la exposición. Pero es que la pitón sólo come animales vivos, si le daban cadáveres la iban a matar de hambre. Los de la Asociación se dejaron llevar porque la pitón tiene cara de mala y el ratoncito parece tan indefenso... Pero en estado salvaje estas distinciones son absurdas, ni la serpiente es mala ni el ratoncito bueno, no tienen piedad ni crueldad, en la naturaleza no hay comportamientos morales ni se puede ser inmoral. Somos los humanos los que podemos pensar, deliberar y actuar. Por eso hemos inventado la moral, la piedad y la crueldad, los derechos y los deberes, para orientarnos en el laberinto de las decisiones. Así que somos nosotros los únicos que podemos atribuir esos valores.

¿Qué opinión tiene de las corridas de toros? ¿Está de acuerdo con que se prohíban?

Para responder a esto tengo que dar un rodeo. Los animales están vencidos. Hay que diferenciar bien entre los animales salvajes y los que son creación humana, porque hay animales que son inventos humanos. La naturaleza no produce cerdos de bellota, ni caballos de carreras, ni toros bravos, ni vacas lecheras; no existen. Cuando nos vamos a un sitio verdaderamente salvaje, encontramos muy pocos de estos animales domésticos. Apreciamos mejor la enorme distancia que hay entre un lobo y un chihuahua, la cantidad de esfuerzo humano invertido para pasar de uno a otro.

Reconozco que todos los seres vivos tienen sensibilidad, que no se les pueden dar patadas como si fuesen una mesa o una silla, pero es absurdo pensar que estas razas tienen un destino más allá de los motivos por los que el hombre los ha ido adaptando. ¿Le ha preguntado alguien al cerdo de bellota si quiere servir para dar jamones? No. Lo hemos hecho para eso. Nuestra forma de preguntárselo ha sido producir un animal para que dé jamón.

El maltrato fundamental sería tratar a esta clase de animales fuera del uso que hemos acordado darles. Si uso un gato doméstico como alfilerero para clavar alfileres, pues es verdad que me pueden acusar de ser cruel con el gato, igual que si te pones a

torear a una oveja. Estás tratando de conseguir que un ser que ha sido concebido para una función desempeñe otra distinta que, además, le produce dolor y no te da ningún beneficio.

Pero es un poco absurdo acusar de maltrato a quien saca jamón del cerdo de bellota o leche de la vaca lechera, porque son animales que si no diesen ese beneficio desaparecerían en pocos años. Si mañana llegamos a la conclusión de que el jamón de Jabugo produce cáncer irreversible a todos los seres humanos, pues se acabaron los cerdos de Jabugo. No hay más. No tienen más objetivo de existir que ése.

El caso de los toros bravos es parecido. Es evidente que si mañana se suprimen las corridas de toros, lo primero que habría que hacer es sacrificar a unos 180.000 toros que hay en España. Y no todos van a las corridas: están las crías, las hembras... Cuando argumentas así siempre te responden: «No van a extinguirse, conservaríamos algunos en zoológicos, para reproducir la especie». Bueno, el caso es que, a cambio de acabar con las corridas y evitar la muerte de algunos toros bravos, habría que aniquilar a unos 179.980 toros, y a los diez restantes distribuirlos en algunos zoológicos para tenerlos como ejemplo de un animal que vivió en otro tiempo. Es una paradoja que el humanismo protector de los animales esté pidiendo sin pretenderlo la extinción de algunas especies porque las vinculan a deseos y proyectos contrarios a los proyectos que animaron la proliferación de estos animales.

La mirada está desenfocada porque el resto de los animales han dejado de ser adversarios para el hombre. De manera que han pasado de ser animales que te pueden arrancar la cabeza de un zarpazo a ser pobres animalitos. Pero el tigre de Bengala, el tiburón blanco y el resto de las bestias feroces nos parecen pobres animalitos porque ahora los podemos destruir cuando nos da la gana.

Pero no siempre ha sido así. Ahora mismo ya no existe el miedo a la fiera; existe, claro, su proyección en el cine, con las películas de monstruos, pero todos sabemos que la fiera es un temor atávico. Los antropólogos nos dicen que la especie humana se organizó en grupos probablemente para defenderse de los predadores. Quizá existió un gran felino con los dientes de sable, que se dio cuenta de que esos monos lampiños éramos la presa más fácil, y se dedicó a cazarlos sistemáticamente.

Los monos, nuestros ancestros, aprovecharon la dosis de inteligencia que tenían para organizarse en grupo y defenderse. Probablemente la defensa ante ese predador fue el comienzo de nuestras sociedades. Ahora sólo quedan predadores porque nosotros los protegemos, no los aniquilamos, dejamos algunos sueltos, pero todos viven en nuestro jardín. Cuando alguno nos molesta lo exterminamos y se acabó.

El animal, en cuanto amenaza, como adversario, ha desaparecido, y los seres humanos sacralizamos todo lo que desaparece. No hay campesinos enamorados del paisaje, porque están metidos en él, conocen el sacrificio y el esfuerzo de primera mano, pero en el momento en que se van a la ciudad y se meten en una taberna, empiezan a acordarse de lo bonito que era su pueblo por la noche. Todos sacralizamos lo que no

tenemos, lo que ya no existe. Probablemente, el culto a los muertos viene de ahí: como ya no están, los convertimos en santos, en dioses, pero igual si volvían nos daban un disgusto. Y con los animales pasa lo mismo. De niño yo no tenía mucho contacto con animales, pero en San Sebastián todavía había carros que venían con el caballito, y me encantaban los zoológicos, era lo primero que visitaba de una ciudad; ahora van desapareciendo, los sacan del suelo urbano porque ya no interesan a la gente, ya los vemos por televisión. A esos animales que no podemos tener en casa, con los que no tenemos un trato frecuente, es a los que tendemos a glorificar, a sacralizar, a pensar que necesitan que salgamos a defenderlos.

Tercera parte
Pensar lo público

Democracia y participación

Lo más esperanzador que yo vi en el 15-M fue la relación entre ciudadanos. Salieron a la calle, y aunque no se les ocurrían grandes cosas, se reunían los unos con los otros, y se decían: «Vamos a hablarlo». Era como si pensasen: «En lugar de quedarme en casa a ver un partido de fútbol, y esperar a que otros me resuelvan el mundo, voy a salir, voy a mezclarme, voy a ver por mí mismo». Y esta actitud estuvo muy bien. Claro que muchas veces no se encuentra una solución, porque no por ponerte con la mejor voluntad del mundo, vas a encontrar de buenas a primeras una solución a problemas complejos que involucran a tantos colectivos. Pero sí que es verdad que supuso un cambio, nos dimos cuenta de que la política nos concierne a todos.

Es muy importante abrir los ojos a que somos una sociedad cuyos asuntos públicos debemos gestionar entre todos. Se llama sociedad por eso, porque somos socios, y no hay ninguna empresa de la que te puedas desligar, no es conveniente dejarlo todo en manos de los ejecutivos. No es práctico ni inteligente.

Sirvió para darse cuenta de que la política no era sólo una cosa negativa, un fastidio y una pérdida de tiempo. Por un momento se dejaron de escuchar frases como: «Yo no me meto en política», «Qué mala es la política», «No, no, yo no me quiero poner en política». Los ciudadanos descubrieron que si no te metes en política, más tarde o más temprano, la política se meterá contigo, que es lo que está pasando ahora, que la política se ha metido hasta el comedor de las personas y las familias.

Entonces, ¿es importante que todos participemos en política y no sólo los políticos?

El gran invento de la democracia griega fue imponer a todos los ciudadanos que acudiesen a discutir y a votar los asuntos que les concernían.

A nadie se le ocurriría someter una teoría científica a una votación; en cambio, tiene sentido debatir cómo organizamos la seguridad social, porque hay varias opciones, y no podemos medirlas para saber cuál es la mejor. Cada una tiene sus ventajas y sus desventajas, y benefician más a unos que a otros. Entonces, lo que hacemos es explicarlas y después decidimos cuál nos parece mejor. Corremos el riesgo de equivocarnos, claro, pero es la única alternativa a una decisión dictatorial. Por eso es tan importante aprender a valorar la democracia. En un mundo donde el 80% de la humanidad vive en una dictadura, bajo el dominio del fanatismo..., los que tenemos la suerte de vivir en la zona privilegiada del mundo no podemos pasarnos el día quejándonos como si habitáramos un infierno.

A mí me parece que la nuestra es una democracia ficticia.

Todas lo son.

Nos hacen creer que tenemos derecho a votar y que somos nosotros los que elegimos, pero cuando se acaban las elecciones hacen lo que les conviene a ellos.

Con la democracia puedes hacer lo que quieras menos descansar. La democracia es un régimen para no parar quieto, para estar siempre atento y vigilante, dispuesto a actuar. La democracia te da la posibilidad de intervenir, de controlar, de echar al gobernante que has puesto, porque te ha defraudado, porque descubres que es un corrupto, porque consideras que no es lo bastante competente. Pero si te cansas, estás vendido. La democracia es una motivación permanente para que intervengas en la sociedad.

Pasa como en las reuniones de vecinos, yo no asisto nunca porque no me apetece discutir sobre el ascensor. Delego en otra persona para que vaya por mí, y si luego se decide una tontería o algo que no me gusta, pues tengo que aguantarme. Sé que lo hago mal, como lo hace mal quien a mayor escala hace exactamente lo mismo.

Pero hay gente que va a las reuniones de vecinos, y tampoco le sirve para nada.

Eso es la excusa de los que nunca van. La primera crítica a la democracia ateniense la encuentras en un texto político que llamamos Anónimo ateniense. Probablemente lo escribió un oligarca espartano, y allí ya puedes leer las mismas objeciones de las que estamos hablando: «La gente no sabe de lo que habla». «Da igual lo que digas, porque siempre hay otro que gritará más.» Y piensa que en Atenas se juntaban quince mil personas, sin micrófonos ni altavoces, así que es natural que no se oyeran.

En Grecia pagaban a los más pobres para ir a la asamblea, a pesar de que la diferencia entre los más ricos y los más pobres era escasísima si la comparas con hoy. Y se les pagaba porque se consideraba imprescindible que fuesen todos, así los más pobres se quedaban sin la excusa de que si acudían se quedarían sin comer. Pero ese pequeño sueldo fue suficiente para que se empezase a sospechar de soborno, que se votaba lo que les apetecía a los más ricos.

Todas estas objeciones que se hacían a la democracia en tiempos de Pericles deben ser verdad, estoy convencido de que la corrupción no es algo que nos haya pasado a nosotros por descuidar las esencias, sino que las corruptelas formaron parte de la democracia desde su origen. Y, pese a todo, los atenienses sentían que valía la pena defenderla ante la amenaza de la única alternativa política que se les ofrecía en su tiempo, que era la dictadura espartana.

Igual ya conocéis una frase muy famosa de Churchill: «La democracia es el peor sistema político, exceptuados todos los demás». Y tiene razón, la democracia es un sistema político lleno de agujeros, de faltas y deficiencias, que nos cobra mucho tiempo y

nos penaliza con un estrés tremendo si nos lo tomamos en serio. Y que, además, si no te lo tomas en serio seguro que funcionará fatal. No tiene otra ventaja que ser mejor que los otros sistemas disponibles.

Yo creo que no todos somos políticos, porque hay gente que prefiere dedicar su tiempo a estar con sus hijos, con sus familias... No se meten en la pelea, ya les viene bien que les sometan un poco.

Por desgracia, yo también creo que eso es lo que hace la mayoría. Lo que pasa es que por mucho que tú quieras pasar de la política, la política no tiene ninguna intención de pasar de ti. Esos hijos con los que juegan necesitan una educación, una sanidad... Su matrimonio se rige por unas leyes de unión y de separación... Los impuestos que gravan su trabajo, las pensiones que cobrarán cuando se jubilen, incluso sus sueldos... Todo eso depende de las medidas políticas, lo deciden unos representantes elegidos por todos, en una elecciones de las que dicen «pasar», porque ni les va ni le viene, porque según ellos no está en juego «nada suyo». En democracia no puedes escoger ser un sujeto político o no, estás dentro de una polis, perteneces a un mundo que está haciendo política todo el tiempo.

Naturalmente, muchas organizaciones te premiarán por que te desentiendas de la política, porque estás regalando tu participación a alguien que la usará a favor de sus intereses. Así que te van a decir que haces muy bien, que con la que está cayendo tiene mucho sentido que te dediques a lo tuyo.

Los atenienses tuvieron esa intuición tan buena de obligar a participar a todos los ciudadanos en política. Y si se generaba un conflicto fuerte y alguno, para mantenerse al margen, se defendía diciendo que él no era político, entonces le aplicaban una palabra específica para designarlo, una que nosotros empleamos para otras cosas. Le llamaban idiota. El idiota era *idion*, el que sólo quiere ser él mismo. El idiota es el que piensa que puede vivir sólo para sí mismo, desentendiéndose de la refriega política.

Pero ¿cómo podemos hacer para que la gente se implique más en política? En Grecia sabemos que los esclavos mantenían el sistema, porque les dejaban a los ciudadanos tiempo libre para dedicarse a los amigos y a los asuntos públicos. Pero hoy en día la gente tiene que trabajar.

La mayoría de los ciudadanos atenienses también trabajaba. Sobre todo los más pobres, éstos no podían pasarse el día contemplando el cielo. Les retribuían para que no pudieran excusarse.

Con el nivel de vida que hemos alcanzado en Europa ahora mismo, eso de que no puedo intervenir en política porque tengo que trabajar es una excusa. Es como la gente que se disculpa de no leer porque no encuentra el momento. Para pensar, para intervenir en política, hay que buscar ese tiempo, sacarlo de cualquier sitio. Las cosas más importantes de la vida no están escritas en el horario de la agenda, no las vas a encontrar en el plan del día. El horario y el plan te dicen: «desayuno», «primera lección», «reunión

con los directivos»... pero nunca te van a indicar a qué hora tienes que enamorarte, en qué franja del día te irá mejor reflexionar sobre la vida... El tiempo para dedicar a las cosas verdaderamente importantes para nosotros hay que arrancarlo a las obligaciones corrientes, y la política es una de esas cosas decisivas para las que nunca encontraremos un aviso en la agenda.

En Grecia ha dicho que eran veinticinco mil habitantes, en España somos cuarenta millones y la población va a más. Es cierto que disfrutamos de mejores medios de comunicación que entonces, pero ellos tenían representantes y portavoces que se ajustaban más a la realidad porque al ser un grupo menor de personas...

Bueno, no siempre tenían representantes. La boulé era la que tomaba decisiones, sí era más representativa, pero la ekklesía era de todos, se reunían los veinte mil.

Además, hoy tenemos mejores mecanismos que nunca para la participación. En Atenas eran sólo quince o veinte mil personas, pero tenían que hacerse oír sin medios para proyectar la voz al aire libre, así que daban berridos. Hoy somos millones, pero disfrutamos de tecnología para conectarnos entre nosotros, con lo que los atenienses no podían ni soñar.

Pero aquí no podemos meter a cuarenta millones para que discutan uno o varios temas, de manera que la democracia ya no es un sistema válido.

Por eso se han inventado los partidos políticos. Los griegos no tenían partidos políticos porque todos los ciudadanos eran agentes políticos, así que no hacía falta. Los partidos han nacido porque parten la sociedad en visiones políticas generales, y así todo se vuelve más manejable.

Tú no conoces a todos los políticos que se presentan, pero como se presentan bajo unas siglas determinadas, con un programa político detallado, tienes una idea clara de quiénes son y lo que piensan hacer. Los partidos sirven para orientarte, te señalan la ideología básica que tienen las personas que concurren a las elecciones y de las que puedes desconfiar porque no las conoces personalmente.

Claro que ahora te puedes informar mucho mejor sobre ellos. Antes todas las campañas se basaban en los mítines en las plazas de toros, en los pueblos; iban personas con ideas bien distintas, el político decía lo que le parecía, y podía convencer a unos, y a otros, no. Hoy en día, con la posibilidad de darse a conocer por Internet parece absurdo seguir convocando mítines en las plazas de toros, la prueba es el volumen tan escaso de gente que acude, se sigue haciendo por inercia; hay tantas cosas en la sociedad y en la política que sólo se hacen ya por motivos simbólicos... ¿Tú crees que puede interesar algo de lo que dice el candidato en la plaza o en el teatro cuando todos los que han ido allí son amigos y afiliados que vienen a apoyarle? La verdad es que podrían suprimir estos actos para reducir gastos, imagínate el ahorro que significaría utilizar bien las posibilidades de Internet durante las campañas políticas, o incluso para debatir leyes.

Pero las ideologías son estereotipos. Sería muy importante conocer bien a esas personas que van a representarnos.

El estereotipo no está mal, es una forma de conocimiento tentativo, a medio camino entre la comodidad y la pereza mental. El esfuerzo de la madurez intelectual se basa en intentar cuestionar el estereotipo, ir un poco más allá, probar si podemos transformarlo en un instrumento de análisis más fino. Pero como no somos sólo espectadores, estas objeciones pueden motivarnos a actuar. Es cierto que la sociedad de masas se presta al intercambio de lugares comunes y de estereotipos. Pero también es verdad que el área de conocimiento mutuo que ha abierto Internet no había existido antes, que hace sólo unas décadas se hubiese considerado un sueño la posibilidad de conocer a tanta gente y poder intercambiar opiniones. Ahora disponemos de esa ventaja tecnológica, la cuestión es ver cómo vamos a desarrollarla.

Pero yo veo que los partidos políticos no luchan por el beneficio general, sino que pelean por acumular poder para ellos, que engañan a la sociedad para que les voten.

Ése es un riesgo real. Pero en democracia tiene solución. Si se te pudren las zapatillas, vas y te compras otras. Pues en la vida hay cosas que empiezan muy bien y poco a poco se van estropeando por lo que sea, y entonces hay que cambiarlas. Los romanos tenían un aforismo: corruptio optimi pessima, que significa que cuando lo que se corrompe era bueno, el resultado será peor que si sólo hubiese sido malo. Así que cuando los políticos se estropean hay que cambiarlos por otros. Y hay que ofrecerse y participar para seguir viviendo en un sistema que nos permite sustituirlos.

Nos hacen creer que hay personas que piensan mejor que nosotros. Nos dicen que pueden solucionar mis problemas, pero si esos problemas son míos y me afectan a mí, no hay nadie mejor que yo para solucionarlos.

Hay cosas que me afectan personalmente que es mejor dejar en manos de especialistas. Cuando tu cuerpo falla y tienen que operarte no coges el cuchillo y te abres la carne tú mismo. Vas a buscar a un experto que merezca tu confianza y te pones en sus manos. La sociedad está llena de profesionales especializados. Pueden pilotar el avión por ti, hacerte tu casa... Pero nadie puede ser tú por ti. Hay una serie de cosas importantes que no puedo delegar. Debo ser yo quien hable, quien decida, quien actúe, aunque luego sea para adherirme a la mayoría, es igual, lo tengo que decidir yo, no lo puede decidir otro. Y hay que estar alerta, porque es un derecho que constantemente van a querer comprarte o suprimir.

Pero la democracia no es válida si los políticos nos engañan.

Es que no nos engañan, nos dejamos engañar. No podemos ser tan inocentes, los seres humanos vivimos engañándonos en sociedad. La palabra nos ha sido concedida para ocultar nuestros pensamientos. La política, como cualquier relación social, establece un juego entre la verdad, la mentira, la veracidad y la falsedad. Hay políticos que dicen más verdades que otros, partidos que mienten más, y otros que menos, pero el juego nunca es completamente limpio. Si nadie está interesado en señalar las falsedades que intentan que nos traguemos, podemos ofrecernos para decir las verdades que nadie quiere escuchar. Ése es el campo de batalla de la democracia. En la Edad Media, al sitio donde se decidían los torneos se le llamaba «el campo de la verdad». Y ese campo es ahora el espacio público de lo político, donde jugamos, debatimos y luchamos.

¿Y qué podemos hacer cuando no nos escuchan?

Para eso están las elecciones. Ésa es la gracia de la democracia, que todos somos políticos. Y si los que mandan lo hacen mal, será responsabilidad nuestra si no los cambiamos por unos que lo hagan mejor. A mí me hace gracia cuando gritan: «No nos representan», claro que nos representan y deciden por nosotros, lo quieras o no. Así que como sin política no se puede vivir, es importante hacer política antes de que otro la haga por ti.

Lo que pasa en este país es que a despotricar ya se lo considera hacer política. Quien critica ya cree que ha entrado en política. Hasta los treinta años viví en una dictadura donde todo el mundo criticaba a Franco en el bar, y después se iban al trabajo sin mover un dedo, no tenían la más mínima intención de actuar. Y claro, Franco se murió de viejo en la cama. Al político, digan lo que digan de él en el bar, no se le va a mover ni un pelo del bigote. Ahora pasa lo mismo, se prefiere despotricar antes que arriesgarse a buscar una solución, al compromiso personal.

Ha mencionado que los dioses griegos eran un ejemplo a seguir para los griegos, mientras que personas de otras creencias como los cristianos no soportaban su comportamiento y cómo abusaban de su poder. ¿Se podría aplicar este reproche a los políticos actuales?

Bueno, los dioses griegos no eran un ejemplo para nadie. Ningún griego decía: «Voy a comportarme como Zeus». Los griegos tenían muy claro que los dioses llevaban una vida propia de seres inmortales y que difícilmente podrían enseñarles a unas criaturas mortales como los humanos a comportarse. Las mujeres en Grecia no escuchaban los relatos míticos para aprender del ejemplo de Venus. Los mitos no están hechos de ejemplos morales, no se trata de una religión moral. A Aristóteles, cuando escribe la Ética nicomáquea, no se le ocurre mencionar a ningún dios como ejemplo, recurre a héroes, a hombres famosos.

Más allá de la opinión que nos merezca como dogma, el acierto del cristianismo fue inventarse la idea de un Dios que quiere volverse mortal para saber cómo sufren los hombres, porque ésa es la única manera de entendernos. Los dioses griegos tomaban a veces apariencia humana para divertirse, pero era un disfraz, no les podías dañar ni matar. Al convertirse en hombre, Dios comprende la naturaleza mortal lo suficiente como para constituirse en ejemplo moral. La idea de que la religión puede ser fuente de moralidad la introdujo el cristianismo.

No creo que mucha gente interprete la acción de los políticos en términos de ejemplaridad, ni que busque una guía moral en su desempeño público. Tampoco pienso que los políticos se consideren por encima de la moral, el problema es que con demasiada frecuencia se sienten invulnerables, ajenos al control de los ciudadanos. El problema no está en que haya casos de corrupción, sino en que la corrupción salga impune. Creo que los humanos somos todo lo malos que nos dejan ser. Si alguien cree en algún momento que puede hacer algo para sacar ventaja, y si está completamente seguro de que no van a poder echárselo en cara, pues lo hará.

La tarea democrática no es corregir la naturaleza humana, ni su inclinación a las trampas, sino crear una sociedad que nos asegure que los comportamientos antisociales no van a quedarse sin castigo. Kant se dio cuenta de una cosa muy importante mientras investigaba la moral: incluso aquel que miente y roba prefiere que los demás cumplan las normas; desde luego que las personas inmorales quieren seguir haciendo trampas, pero exigen que los demás respeten las normas. El mentiroso prefiere que el resto del mundo diga la verdad, porque si todos mienten, nadie va a creerse nada, y él no podrá sacar ventaja. Lo mismo podemos decir del que no paga impuestos, ¿cómo va a querer que todos hagan como él y se hunda la seguridad social? Muchísimas personas, en un momento determinado, intentamos esquivar las normas para sacar algo de ventaja, pero nadie quiere vivir en una sociedad sin normas. Porque en un sitio donde todos mintiesen, robasen y asesinasen, todos y cada uno de nosotros estaríamos en peligro permanente.

Una de las grandes aportaciones de Kant a la ética fue enseñarnos que para reconocer una norma moral hay que preguntarse: ¿quiero yo que todo el mundo haga esto? Si yo veo a un niño que se ha caído al agua, aunque yo sea incapaz de tirarme para salvarlo, lo que quisiera es que todas las personas adultas que pasasen por allí tuviesen el valor de intentarlo. Salvar a un niño que se ahoga es una norma moral, sea yo capaz o no de cumplirla, porque aunque no pudiese tirarme sé que me gustaría que todos los adultos fuésemos capaces de ayudar a los niños.

Los políticos saben que hay normas morales (no robar es una, porque nadie quiere vivir en un mundo donde todos robasen), pero no siempre quieren cumplirlas. En este sentido no son tan distintos a nosotros, claro que es más sencillo ver lo malos que son los demás y hacer la vista gorda ante las corrupciones propias. Hay muchos ciudadanos que se ponen enfermos cuando ven que los políticos roban, pero que se pasan la tarde tranquilamente en Internet robando películas, libros, canciones... Y como les beneficia, y

les viene bien seguir así, no creen que su corrupción sea equiparable a la de los políticos. Y ése es un verdadero problema moral: que la crítica a la que somos tan aficionados bien pocas veces la proyectamos hacia nosotros. La autocrítica es una especie muy rara de ver.

Lo que ha dicho de las personas que hacen algo inmoral sabiendo que no las van a castigar me ha hecho pensar en la cumbre de las Azores. ¿Lo que allí se decidió puede ser juzgado como inmoral?

La moral trata sobre opciones individuales, sobre lo que cada uno hace con su propia libertad. Pero podemos distinguir dos niveles. Hay un nivel general, que se refiere a las obligaciones que tenemos con los otros por el mero hecho de ser humanos. Por ejemplo, no matar al vecino. Son cuestiones morales válidas para todos nosotros.

Después están las obligaciones que se derivan de ocupar un cargo público determinado, de la función profesional de cada uno. De manera que hay unas cuestiones morales específicas según el papel que desempeñemos en la sociedad. Los griegos tenían una palabra muy útil, *tadeonta*, que significa «lo que corresponde», lo que debe ser, lo que toca en cada momento. A la hora del aperitivo podemos hacer bromas, contar anécdotas, falsedades, ideas que nos han pasado por la cabeza... hablamos irreflexivamente porque estamos con amigos, pero cuando entramos en el aula y nos ponemos en el papel de educadores, faltaríamos a nuestro deber si dijésemos cosas en las que no creemos sólo por caer simpáticos. En una clase tengo la obligación, por respeto a mis alumnos, de decir lo que creo que es verdad. Hay cosas que, en una reunión o en una tertulia, pueden ser hasta agradables, pero en una clase no se pueden permitir. No pasa nada por difundir un rumor o una falsedad entre amigos, ni por contar mentiras para gastar una broma, pero si trabajas en un medio de comunicación ya no deberías difundir rumores falsos, tu trabajo debería imponerte mayor cuidado.

Vosotros mismos sois conscientes de que podéis recibir una educación que la mayor parte de los seres humanos de vuestra edad no podrán disfrutar, que está vedada a los jóvenes en muchos países, y eso os impone unas obligaciones propias, específicas de vuestra edad, que ya no os afectarán cuando cumpláis los cuarenta años, pero que ahora es importante que respetéis. Como veis, hay responsabilidades morales según la edad, el rol o el trabajo.

Lo que ocurre con los cargos políticos es que las responsabilidades de su cargo vuelven inmorales actitudes que en la vida corriente no lo son. A todos nos gusta recibir regalos, pero si eres un político con un puesto importante, recibir regalos puede ir contra la *tadeonta*. Tienes que pagarte tus trajes y tu ropa, porque dado el cargo que ocupas ningún regalo va a salirte gratis, después te van a pedir tu apoyo, van a intentar aprovecharse de tu influencia, vas a perder la neutralidad que exige la gestión del dinero público.

Ya sé que he dicho que en una democracia todos somos políticos, de nosotros depende atribuirles el poder, pero cuando una persona ocupa a título individual un cargo público tiene unas obligaciones propias de su puesto: debe hacer las cosas de manera honrada, por supuesto, pero también debe tener mucho cuidado en no equivocarse. Un político que se equivoca puede hacer mucho daño. La moral es buena intención, pero a un político, como a un cirujano, como a cualquier especialista en el desempeño de su cargo, hay que pedirle algo más, no basta con que tengan las mejores intenciones si después te destrozan el cuerpo o te hunden el país. Ésa es la gran diferencia entre la moral y la política. Al político hay que exigirle una preparación específica.

Entonces, desde ese punto de vista, ¿lo de las Azores se pudo decidir con buena intención?

No lo sé, yo no puedo dictaminar si esa gente tenía buena o mala intención, que es el dominio propio de la ética. Los resultados ya sabemos cuáles fueron, y es cierto que a un político se le juzga por sus resultados.

El presidente Lyndon Johnson de Estados Unidos introdujo una serie de medidas de protección social muy importantes. Con la idea de mejorar la vida en los guetos, se decidió a ayudar con dinero a las madres solteras, que eran muy numerosas, para que pudiesen alimentar a sus hijos... La intención del presidente no podía ser mejor, pero los resultados fueron bastante regulares, porque lo que consiguió con esas medidas fue que la mayoría de los afroamericanos no se casasen nunca. El hombre vivía del dinero del subsidio que recibía la madre soltera, así que tampoco se sentía obligado a trabajar. De esta manera, unas décadas más tarde, el esfuerzo de los coreanos, los griegos o los vietnamitas les había ayudado a progresar socialmente, mientras que los afroamericanos se quedaron atrás. Este desastre económico y social se debió en buena medida a una ayuda bienintencionada que salió mal.

También es cierto que Lyndon Johnson acabó con la discriminación en las escuelas, y que gracias a su empeño, hoy tenemos un presidente negro en la Casa Blanca, pero en cuanto a resultados aquel plan fue un desastre. Cuando se trata de evaluar la acción política hay que pensar en los resultados, en los beneficios que obtiene el país.

Antes ha dicho que, por naturaleza, los seres humanos cuanto más tenemos, más queremos. Entonces los políticos, como lo que tienen es poder, también querrán más poder.

Sí, pero me refería, sobre todo, a que queremos más libertad política, más confortabilidad... que cuando hemos conseguido unos derechos, no nos apetece retroceder...

Por pesimista que sea uno, tiene que reconocer que se ha producido una mejora de las condiciones de vida. Incluso en la democracia ateniense, que tanto admiramos, había esclavos a los que no se les permitía votar. Y todas las mujeres estaban excluidas de la vida política porque se consideraba que pertenecían al ámbito de la familia, como los

animales y las plantas. Las mujeres estaban bajo el dominio de la jerarquía doméstica, que era opuesta a la esfera de la libertad y los iguales, el ágora, donde reinaba el debate. Hoy la mujer se ha ido incorporando al mundo de la política, de hecho es un triunfo reciente, muy reciente. Y también los pobres disfrutan ahora del derecho al voto. Estas mejoras provienen de un prolongado progreso en el tiempo. Y ahora queremos más libertad, y mejorar la manera como el ciudadano puede participar en las decisiones políticas. Nadie se conforma con lo que tiene; parece un fastidio, pero también es el impulso que nos permite mejorar.

Yo distinguiría ese querer más con el propósito de mejorar, del querer más en el sentido de acumular, que puede terminar muy mal. No sé si habéis visto la película Ciudadano Kane, va de un hombre que se pasa la vida acumulando, poseído por el deseo de tener más, y al final tiene tantas cajas llenas de cosas, puestas las unas encima de las otras, que ni siquiera puede abrirlas para ver qué hay dentro.

A un político le puede pasar como a Kane, con una diferencia: los políticos no tienen poder. El político puede creer que el poder es suyo, pero ese pensamiento es tan real como si se le antoja creer que tiene tres ojos. De hecho, es una ocurrencia que hay que quitarle de inmediato de la cabeza (la del poder, no la de los ojos). El político tiene el poder que le damos los ciudadanos, y sólo durante el tiempo que acordemos dárselo.

¿Qué perfil cree que debería tener un buen político?

Recuerdo que me invitaron a participar en un comité de ética a cuyos miembros se nos pidió que determinásemos las condiciones que debía reunir una persona para que se le concediese una autorización especial para tener perros peligrosos, porque un perro así no puede caer en manos de cualquiera. Cuando me tocó el turno de hablar dije que la primera condición para tener un perro peligroso era no querer tenerlo porque me parecía una malísima señal que alguien quisiese tener en casa un arma canina.

En La República, Platón dice, no tan irónicamente como parece a primera vista, que lo mejor para ser un buen político es no querer serlo, porque la experiencia nos dice que querer ser político es una malísima señal. El político ideal sería aquel que tuviésemos que ir a buscar nosotros, que lo llevásemos a rastras al Congreso, y que se pasase la legislatura soñando en el día que lo vamos a dejar en paz. El poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente, de esto sí que estoy convencido.

¿Qué es para usted la democracia, entonces?

Lo principal de la democracia es que no es el final de la partida, no es un destino que hay que alcanzar y una vez llegas se terminaron todos los problemas. Gracias a la democracia, por ejemplo, disfrutamos de medios de comunicación veraces, que pueden

seguir adelante si tienen el apoyo del público. Gracias a la democracia podemos defendernos de los piratas que roban bienes ajenos en Internet, que son tan corruptos como los políticos, aunque nos cueste más reconocerlo.

La democracia es una herramienta para solucionar problemas, tan útil como la llave inglesa en lo suyo, pero si dejas la llave inglesa sobre la mesa sin tocarla no te apretará una sola tuerca; pues con la democracia pasa lo mismo, por sí misma no resuelve nada. Napoleón decía que con las bayonetas se podía hacer cualquier cosa menos sentarse encima, pues con la democracia igual, no es para sentarse encima y descansar, es un instrumento para luchar por las ideas que nos gustan, y oponernos a las que no nos convienen, y unas veces sale bien y otras mal, pero no podemos echarnos a dormir.

La democracia es un sistema de elección, después hay que dotarla de contenidos, que pueden ser muy distintos. Fíjate en la diferencia de democracias tan grande que ha habido en la historia. En la democracia más importante del planeta los candidatos tienen que explicar sus creencias religiosas y dar cuenta de su vida personal, algo que en las democracias europeas, donde todavía se distingue entre la vida pública y la privada, sería un escándalo. Hemos visto a un presidente de Estados Unidos negro, más tarde o más temprano lo presidirá una mujer, pero no creo que veamos a un presidente ateo o que reconozca que no es religioso, ni tampoco soltero. Y la razón es que ése es el contenido que le da la gente del país, porque la democracia depende de lo que los ciudadanos quieren.

Justicia e igualdad

Si lo miramos con cierta perspectiva hay que reconocer que la justicia se ha ampliado en los últimos siglos. Antes había una serie de estamentos que sólo podían ser juzgados por sus pares. Durante muchos siglos se consideró que el príncipe no sólo era poderoso, sino también de una naturaleza distinta a la de los ciudadanos corrientes, quienes, a su vez, eran mejores que los esclavos. Si un conde o un duque mataban a uno de sus criados de una patada en la cabeza, no le juzgaba un juez de la calle, le juzgaban los suyos. Hasta hace bien poco, la India se regía por un sistema de castas que garantizaba una jerarquía social desde el nacimiento que duraba lo que durase la vida del individuo. Nadie se escandalizaba por estas desigualdades que no hace tanto que han desaparecido.

Thomas Jefferson dijo una frase que es una gran verdad: «Hay algunos que creen que hay seres humanos que nacen con una silla de montar en el lomo, mientras que ellos han nacido con espuelas para subirse encima». Pues durante siglos, y todavía hoy, entre nosotros, se encontraban personas que pensaban así. Pero nosotros como sociedad ya no creemos en la superioridad por nacimiento. Uno puede entender hasta cierto punto las enormes desigualdades que genera el juego social y económico, entre empresarios y vagabundos, por ejemplo, pero no toleramos que la justicia trate de manera distinta a unos ciudadanos que a otros si han cometido el mismo delito. Nos escandalizan las injusticias. Tenemos la sociedad más igualitaria que nunca ha existido pero, por otra parte, sigue siendo menos igualitaria de lo que nos gustaría. No sólo queremos que alcance a todos, sino también que nadie la eluda.

Antes se decía que la justicia era igual para todos. En el programa Salvados, hicieron un capítulo que titularon «¿La justicia es igual para todos?», y en uno de los apartados del programa, hablaban con uno de los jueces que instruyó un caso de corrupción. Y el juez dijo que para quien ostenta el poder es más fácil delinquir y robar que para quien se dedica a las estafas a pequeña escala. A quien puede robar millones de euros le va a salir más barato el crimen que al que roba poco, porque tiene poder suficiente para no tener que ir muchos años a la cárcel. Así que la justicia no es igual para todos.

La justicia es igual para todos, lo que no es igual para todos es la capacidad de burlarla. Hay gente que tiene una posición social desde la que le es más fácil esquivar la justicia que a otros. Teóricamente, el juez tendría que encargarse de que no hubiera diferencias, pero es verdad que siempre podrá enfrentarse mejor a la justicia quien tiene más recursos y mejores abogados. La mayor parte de la gente que está en la cárcel lo está por ser pobres. Sobre todo son culpables de pobreza, miseria e ignorancia.

Entonces es verdad que la justicia mide con distintos baremos.

Eso es porque hay personas que tienen mucho peso e influencia en la sociedad, y nos inspiran más temor a todos. El temor es paralizante, y te deja a merced de quien lo infunde, ya sea porque lleva pistola o porque ejerce un cargo tan poderoso que nadie se atreve a meterse con él. Por eso es fundamental luchar por educar a la gente contra el temor, para no tener que vivir en una sociedad esclavizada.

¿Cómo van a ser iguales los derechos siendo la sociedad tan desigual?

Todos tenemos los mismos derechos, pero la sociedad no es igual para todos en nada. En una fiesta, el feo tiene menos oportunidades que el guapo, y el que no tiene gracia tiene menos oportunidades que el gracioso. Los seres humanos somos desiguales, por eso tuvimos que inventar la igualdad jurídica. Unos somos fuertes, otros débiles, unos graciosos... la igualdad jurídica nos permite partir de una misma base de derechos, pero la vida nos hará distintos a cada uno, porque hay quien tiene dones y capacidades, y otros, no. Pero la igualdad jurídica sirve para que los más fuertes y los más listos no puedan ponerles una silla de montar a los que no son tan listos y fuertes para dominarlos con sus espuelas.

¿Cómo van a vigilar los jueces a los políticos si han sido escogidos por los partidos?

El Consejo del Poder Judicial es una de esas cosas que no termina de entenderse bien. Pero fue lo que autorizó la ciudadanía. No fueron los jueces los que impusieron ese sistema de elección. Fue en el Parlamento, por iniciativa de los representantes escogidos por nosotros, donde se decidió que los jueces llegasen a sus órganos directivos siguiendo un reparto equitativo. Es un disparate, desde luego, pero ha sido autorizado por la ciudadanía. Por eso es tan importante no desentenderse de la política, saber qué estamos autorizando en cada momento. No vale lamentarse después de lo malos que son, y echarse las manos a la cabeza, si primero les hemos dado nuestro permiso, aunque no nos diéramos cuenta de que lo hacíamos porque estábamos despistados.

¿Qué opina del caso del juez Garzón?

No es sólo una cuestión moral. Hay unas pautas de comportamiento propias de cada cargo que se ostenta. Un juez no sólo debe ser una persona de buena voluntad y recto, también tiene que cumplir con unos requisitos establecidos. La alternativa son esas películas a las que los norteamericanos son tan propensos, donde un policía que de día se aburre porque las leyes le obligan a respetar a los detenidos y no torturarlos, se entretiene de noche pegándoles palizas para sacarles información. Las películas son películas, pero

la mayoría creemos que en la vida real los policías no están para eso. Su cometido es cumplir con las leyes, y no violarlas. Un policía que actúe fuera de la ley, aunque sea con la mejor intención, da mucho miedo.

Lo mismo pasa o debería pasar con los jueces. Debemos exigirles que sancionen a quienes infringen la ley, y al mismo tiempo que lo hagan sin salirse del marco legal establecido. Es un equilibrio difícil, pero se han preparado y están retribuidos para hacerlo. Si un juez en un momento determinado, aunque sea con la mejor intención, se salta una norma importante, pasa por alto o pisotea el derecho de un imputado, está violando su papel y si eso puede tener responsabilidades penales debe afrontarlas, aunque moralmente su actuación sea irreprochable.

Hay personas que creen que es lícito actuar como se cree que se debe actuar en cada momento, sea cual sea el coste, porque si no, nunca vamos a terminar con los delincuentes. Si uno es coherente con este argumento tiene que terminar defendiendo la tortura. La prisión de Guantánamo se basa en el supuesto de que unos servicios de inteligencia están legitimados para encerrar, atar y torturar a una persona sin darle la posibilidad de defenderse porque consideran que pertenece a Al Qaeda, porque están convencidos de que se trata de un asesino, y de una amenaza para la seguridad de su país.

Si la tortura y Guantánamo nos repugnan, entonces tenemos que reconocer que las garantías judiciales son imprescindibles y, por tanto, respetarlas. Los que hemos estado alguna vez en la cárcel, sabemos lo poco que nos hubiese gustado que un juez justiciero, convencido de que somos muy malos, nos hubiese privado de un abogado.

Creo que la labor del juez Garzón ha sido estupenda, imprescindible en muchos momentos. Me acuerdo cuando se convirtió en el azote de Batasuna, del GAL y de Felipe González. Entonces toda la izquierda se metía con él, le llamaban el juez campeador, el juez de la horca... yo tuve que redactar un artículo en su defensa, se titulaba «Gora Garzón». Pero el hecho de que una persona haya hecho una labor extraordinaria durante años no le faculta para saltarse las pautas de comportamiento que se exigen a su cargo, ni para invalidar las garantías legales de los imputados.

Terrorismo y violencia

La banda terrorista es una organización criminal que se dedica a delinquir, y lo que hace falta es luchar contra ella con las mismas armas que se emplean con el resto de los malhechores: la policía, los jueces, etcétera. No hay otra manera de terminar con las mafias. El crimen organizado nunca te dice: «Hasta aquí, ya he tenido bastante, me voy a casa voluntariamente».

Después, es cierto, que como han tenido un apoyo ideológico y político constante, también tenemos que defender el estado de derecho. El problema de fondo es que en el País Vasco a la España democrática nunca le han dado una oportunidad. Desde el primer momento, desde las primeras elecciones que se convocaron, todo ha estado viciado por la violencia. Hemos votado, pero no como se hacía en el resto de las comunidades, se votaba con miedo, la gente no se podía presentar libremente a las elecciones, sino bajo coacción y amenazas, de manera que se escogía sólo entre los que se presentaban después de una «selección» previa, bien poco democrática. La violencia ha contaminado el proceso. Ahora hay que sacudirse el pasado, recuperarse y darle una oportunidad a la España democrática. Pero es difícil, porque sigue habiendo muchos problemas por resolver, incluso terminológicos.

¿Sería partidario de que no estuviera en el Congreso ningún partido relacionado con ETA?

Lo que es absurdo es impedir que se legalicen porque son etarras o amigos de etarras. No tiene sentido seguir reprochándole a alguien que abjura de las armas y ya ha pagado por lo que hizo. El argumento de que siguen siendo los mismos no me vale, de hecho, sólo se puede volver bueno quien ha sido malo, y sólo puede dejar las armas quien las ha utilizado, eso es lo que nos interesa de ellos. Ahora bien, queremos saber si de verdad han cambiado y piensan actuar de otra manera, si de verdad han renunciado a la violencia y se arrepienten. Y no es ninguno de nosotros a título individual quien debe juzgar la calidad de su arrepentimiento, sino los tribunales.

Pero tienen apoyo popular..

Hace unos meses murió Kim Jong-il, el dictador coreano, y la gente salía a la calle llorando, gritando, se tiraban de las barbas... Pese a que el resto del mundo tiene una opinión, digamos, bastante regular de él, parece que en su casa, donde tienen que soportar sus caprichos, todo el mundo le quería muchísimo. A uno le quedan sus dudas sobre la espontaneidad de esas personas que se manifiestan en sitios donde reina un

régimen basado en el terror y en el control. En España ocurrían cosas bastante parecidas durante la dictadura. Cuando las Naciones Unidas condenaban a Franco y a su régimen, la gente salía masivamente a la calle para apoyar al Caudillo. No niego que muchos ciudadanos se manifestaban a favor porque así lo sentían, pero te aseguro que otros muchos lo hacían por miedo a las delaciones y a las represalias.

Pero no es lo mismo Corea del Norte que el País Vasco.

Evidentemente, no es lo mismo, pero es importante saber si la gente sigue asustada.

Yo creo que cuando la actividad de ETA termine de verdad nos enteraremos porque dejaremos de sentir miedo; mientras el miedo esté activo, el proceso seguirá abierto.

El hecho de que una organización no se disuelva, aunque te diga que se ha vuelto buena, no ayuda nada. Si se ha vuelto usted tan bueno, ¿por qué sigue considerándose miembro de una banda, y sigue teniendo armas, y qué precio me va usted a pedir para entregarlas de una vez? ¿Es que pretende que le dé las gracias por no haberme matado, porque me ha concedido la clemencia de no ir a mi casa a matarme, y tendré que gratificarle por el anuncio de que renuncia a matar en el futuro?

Hemos mejorado, eso lo admito. Hoy he venido a este instituto solo, y no hace tanto tiempo hubiese tenido dos hombres allí fuera, en la calle, esperándome para acompañarme hasta la estación. Quiero pensar, y apuesto que es así, que la situación ha entrado en una fase en gran medida irreversible, pero todavía pueden darse pasos atrás mientras avanzamos, no debemos confiarnos. Todavía hoy en el País Vasco hay personas que no podemos pasear ni entrar en determinados lugares, no es que ETA propiamente vaya a atentar contra nosotros, pero seguimos teniendo miedo de sus grupos de apoyo. No sería una idea inteligente entrar en un bar de Hernani con una cara tan conocida como la mía. Son indicios de que el miedo sigue vivo, que las cosas todavía tardarán un tiempo en normalizarse.

¿La violencia nunca es una vía? ¿Ni siquiera cuando no nos dejan una alternativa política?

La violencia siempre es un problema. El otro día estaba en un encuentro de estudiantes en Herrera del Duque, en la provincia de Badajoz, y un joven me dice que con los recortes ya no vivimos en democracia.

Los recortes son lamentables, claro, nadie quiere perder derechos educativos, ni recursos sanitarios, pero las decisiones han sido tomadas por personas que pertenecen a grupos políticos votados por los ciudadanos. No es que esas personas hayan llegado a sus escaños por un agujero que ellas han hecho en el suelo, para sustituir a los diputados legítimos. Están en el Congreso porque los ciudadanos los han llevado allí.

El error es pensar que la democracia tiene que ser satisfactoria para todos, y no es así. La democracia es un instrumento político que da la razón y el poder a la mayoría, y que, por tanto, puede causar grandes satisfacciones a los que viven en ella. Una

democracia puede reunir todos los puntos exigibles y producir muchos dolores de cabeza y muchas frustraciones a sus ciudadanos, porque muchos desean cosas distintas a la mayoría. De modo que, a veces, deseos muy elogiados son muy minoritarios dentro de la sociedad, y si no se satisfacen no es culpa de que la democracia no sea auténtica o verdadera, sino que pese a ser verdadera va en contra de cosas que pueden parecer buenas, precisamente porque no son un interés prioritario para la mayoría. Esa idea de que si la democracia fuese auténtica, y no un sucedáneo corrupto que hay que hacer saltar por los aires, todos estaríamos satisfechos de vivir en ella es de una ingenuidad pueril.

Entrar en el terreno de la violencia es destruir la política. La violencia debe ser erradicada, hay que restringirla y darle al Estado el monopolio de su uso legítimo. Es verdad que en la vida corriente hay violencia en el sentido de que las sociedades te imponen cosas que no quieres hacer, pero la única manera de regular eso es mediante las leyes, mediante la lucha política entre partidos.

Hace poco la Dirección General de la Policía ha dictado una disposición que ya era hora de que se tomase: se han prohibido las redadas de inmigrantes sólo por su aspecto. Eso de que entren en un local y al señor que vean que es negro se lo lleven es una violencia legal que no puede tolerarse, y que ya ha sido suprimida. Pero la idea de que como algunas veces los depositarios de la autorización legal de la violencia abusan de ella o no se comportan bien, entonces todos y cada uno de nosotros puede tomarse la justicia por su mano sólo puede conducir a situaciones peores.

No tengo mucha simpatía por muchos de los miembros del Parlament de Catalunya, pero el espectáculo que dieron esos ciudadanos persiguiéndolos no es muy edificante, ni democrático. No sólo porque es una falta de consideración y de respeto hacia esas personas, sino también hacia los que los votaron y a la propia democracia. El que apedrea a un representante político está apedreando a los que le votaron y confiaron en él; lo podrá hacer mejor o peor, se equivocarán y todo lo que tú quieras, pero las cosas no pueden hacerse así.

El terrorismo siempre actúa igual: intenta atrapar en sus redes una parte de la población, y someterla a una violencia ilegal para obtener beneficios políticos que de otra manera nunca conseguirían. Y la sociedad y los ciudadanos, si son demócratas, tienen que estar en contra de esta usurpación.

Continuamente leemos noticias sobre casos de violencia en el instituto, de acoso escolar, ¿cree que los jóvenes somos más violentos que nunca?

Bueno, los jóvenes siempre han sido más violentos que los viejos, esto es un hecho, pero es un hecho ligado a la propia biología: los ejércitos están formados por hombres jóvenes, no con afiliados al Imsero. Un joven puede pegarte un guantazo y desmontarte.

Ortega tiene un texto muy bonito que se titula «El origen deportivo del Estado» en que especula que el Estado debió de ser un invento de los jóvenes, y que las leyes las inventaron los viejos para atemperar a unos jóvenes que tendían a glorificar la fuerza, la belleza, el arrojo... Y los viejos se detenían para recordar: «Bueno, si alguien se cae y se rompe una pierna, que se le ayude».

A grandes rasgos siempre ha sido así, la violencia ha estado del lado de los jóvenes porque son más impulsivos y más fuertes. Lo que alimenta hoy la violencia es la aceptación social de que uno puede hacer lo que le venga en gana si le ampara la razón. Si tú le partes la cara a un señor pero luego explicas que es porque era malo, porque te debía dinero o te había hecho una jugarreta, pues parece que está bien. Y no está bien. Uno puede tener todas las razones del mundo para hacer una cosa y, sin embargo, esa cosa, como tomarse la justicia por su mano, no es recomendable o está prohibida.

Esta manera de proceder ha calado entre los jóvenes, percibo una batasunización de las actitudes juveniles. Como están convencidos de tener razón amedrentan a los políticos o queman los contenedores de media ciudad. Se consideran cargados de razones para llevar a cabo acciones que son delictivas. Este funcionamiento es asombroso en una ciudad desarrollada, no puede tolerarse que haya un grupo dentro de la sociedad que cuando cree que ya ha tenido bastante incluya la violencia en su menú habitual. Si están indignados, lo que tienen que hacer es acudir a la instancia correspondiente a reclamar, constituirse en partido político, dar voces en la calle, qué sé yo, cualquier cosa, menos apoderarse de la calle con intimidación y violencia.

Algunas de estas actitudes violentas empiezan a observarse en la pérdida de modales, de miramientos en el trato. Hace dos años me encontré con una antigua alumna en San Sebastián, muy amable, estuvimos recordando viejos tiempos y en un momento determinado me dice: «No sabes cómo nos reíamos contigo». Y yo pensé que se reían porque siempre estoy contando chistes y haciendo bromas, pero no, no era por eso. Se reían porque en lugar de intentar pasar el primero por una puerta y darle un codazo a quien fuese, yo cedía el paso a las chicas. Por lo visto, estas atenciones que yo tenía con mis alumnos y con mis colegas eran una juerga continua.

Bueno, si los miramientos hacia los otros, como dejar el asiento a una persona mayor o a una embarazada, o ser respetuoso con los mayores y los débiles, empiezan a parecer ridículos, entonces eso es un síntoma de brutalidad. Nos vamos a dar cada vez más pronto un trato familiar, y el trato familiar puede ser un tanto brutal. Larra tiene un artículo muy gracioso donde habla de un castellano viejo que se va a comer a un sitio donde le dicen: «Aquí no hacemos miramientos ni formalidades», y el pobre hombre termina huyendo porque, claro, con el pretexto de que no hay formalidades le tratan a batacazos.

Una sociedad que no respeta los miramientos en el trato es una sociedad que no piensa que el otro puede ser tan violento como tú. No hay un pacto de mutuo respeto porque crees que eres el más fuerte y el más agresivo, y así se cultiva un campo para la

violencia, porque siempre puedes encontrarte a otro más fuerte. Incluso el joven puede encontrarse con que el viejo o el débil al que ha despreciado le da una puñalada por la espalda.

Por otro lado, todos somos vulnerables, no sólo nuestros cuerpos, también nuestro ánimo, y la cortesía es importante, un avance de la civilización para mitigar el desencuentro y el malestar social. Dar tanta cancha a la espontaneidad es peligroso, porque puede resultar invasiva y dañina para los otros.

Pero en la escuela hay una sobreprotección contra la violencia, se corta cualquier juego que pueda ser mínimamente violento...

Ése es un error educativo, un exceso de celo por parte de la sociedad. Porque muchas de las cosas que aprendemos del trato con los otros lo aprendemos precisamente a base de golpes.

Cuando presenté en Dinamarca la traducción de *Ética para Amador*, salió una noticia de un joven que con 18 o 19 años había tenido una bronca y había matado a otro. Señalé a mis acompañantes la sorpresa de que en un país tan pacífico se diera un brote de violencia tan radical y me dijeron que en el país los niños daneses hasta los 15 y los 16 sólo tienen contacto con maestras.

Fue una profesora la que me dijo que al estar los chicos tutelados tanto tiempo por mujeres se estaba creando un problema, porque las mujeres, me decía ella, tienden a cortar el más mínimo brote de enfrentamiento. De manera que el niño no tiene la experiencia de que si le pegas un golpe a uno, te lo va a devolver, y que esa dinámica te hace la vida imposible, porque si le pegas al vecino o a un compañero de trabajo, luego te lo vas a tener que encontrar. Los chicos crecen sin una noción del daño físico que provoca la violencia hasta que ya son mayores, y ya tienen brazos para pegar de verdad. Así que una noche sale con 18 años, se toma tres cervezas y mata a otro, porque no tiene sentido de la proporción, ni sabe dónde está ese límite que se aprende con el tiempo.

La educación tiene que proporcionar un gusto por la cortesía y el miramiento, pero tampoco debemos coartar ciertos brotes de agresividad, sobre todo masculina, es una parte de la pedagogía que es dolorosa, pero un niño tiene que aprender que si corre mal puede caer y romperse una pierna. Hay que dejar que las cosas fluyan un poco por sí mismas. Un buen educador es el que sabe cuándo una pelea se estaba convirtiendo en un hecho cruel y cuándo había que dar un poco de cuerda para que fuese una situación educativa. A los padres ultraprotectores nos gustaría que nuestro hijo lo aprendiera todo de la vida sin sufrir nada, sin pasar por todos los dolores que a los demás nos costó aprender cómo es la vida y cómo funciona el mundo. Pero es un proyecto imposible, así no se puede aprender.

Una de las características de nuestras sociedades del Primer Mundo es que hay un exceso de codificación. En Estados Unidos, por ejemplo, tienen la idea de que todo se puede codificar, y no es así, los abusos deben limitarse, pero no se pueden determinar los límites de una relación y obligar a respetarlos mediante el código penal.

Los jóvenes estadounidenses tienen mucha más libertad sexual de la que teníamos nosotros, claro, pero el trato y los códigos para acercarse a una persona son tan estrictos que terminan siendo disparatados. En las Universidades, para evitar los abusos, el chico antes de ponerle la mano en la rodilla a la chica que le gusta tiene que preguntarle si le deja, de otro modo se trata de una actitud orgiástica. Pero si cada vez tengo que preguntar: «Voy a tocarte la oreja, ¿te gusta que te toquen la oreja?», el asunto pierde un poco la gracia.

Además, las relaciones sociales no siempre son claras. No todas las personas que te dicen «no», están diciendo «se acabó», a veces están alentándote, hay un juego social. Un político francés que estuvo en el Congreso de Viena decía que las mujeres tenían que ser como los diplomáticos, o los diplomáticos como las mujeres, según se mire. Cuando dicen «no» quieren decir «quizá», cuando dicen «quizá» quieren decir «sí», y si dicen «sí» entonces, amigo, ni es diplomático ni es señora.

Querer que todas las relaciones estén en un código penal con una responsabilidad penal es un disparate. Hay que enseñar a la gente a convivir sin darse porrazos, hay que ser muy duro con la violencia que pretende sacar un rédito político o social con la intimidación, pero no se puede tratar como a Jack el Destripador a un padre que le pega un cachete a su hijo.

Lo curioso es que estamos generando una sociedad algo esquizofrénica: por un lado hay una enorme violencia latente, y, por otro, enseguida se penalizan cuestiones que pertenecen al ámbito de la convivencia y del sentido común.

Sobre la crisis

En algunos aspectos de la crisis yo aprecio una responsabilidad compartida. El banco te ha dado un crédito porque tú lo has pedido, y, evidentemente, no te ha advertido de la letra pequeña y de los riesgos..., de acuerdo, pero tú lo has pedido, y eres tú quien no se ha asesorado.

Conozco el caso de un banquero, muy pundonoroso, que se echaba las manos a la cabeza cuando veía a personas con un nivel de ingresos corriente pedir determinados créditos. Les aconsejaba que no los pidiesen porque ya tenían dos hipotecas, y ahora, además, querían pedir más dinero para gastárselo en la comunión de la niña. No sé si habría muchos banqueros así, pero alguno habría, y seguro que terminaban con una depresión nerviosa o en la calle. Porque el banco quería arriesgar con ese crédito y la gente arriesgarse a pedir el dinero. Nadie quería renunciar a nada.

Yo sólo admito que sea una estafa con matices, porque cuando uno firma un contrato tiene que estar bien atento. A lo que me recuerda es al timo de la estampita. Al tío que estafan en la calle, precisamente porque quería estafar a otro que le parecía más tonto. De acuerdo, le han robado, pero tampoco él es un ser puro, también tuvo sus ambiciones excesivas.

Toda crítica a los bancos y a los políticos que haga la ciudadanía tiene que empezar con un examen de conciencia sobre el propio comportamiento antes de que se desatase la crisis.

Lo que sí debe reclamar todo el mundo es más educación. Porque la única manera de saber que te están estafando, qué puedes pedirle a un banco o calcular lo que te costará devolver ese dinero es recibir una buena formación, garantizada por el Estado, y lo más completa posible. Sólo así el ciudadano puede darse cuenta de cuándo la fuente de información es transparente, y de cuándo le están intentando engañar.

Pero en la situación que vivimos en este país no me parece que se pueda trasladar toda la responsabilidad a los otros, a los dirigentes políticos, a los economistas y a los banqueros.

¿Los recortes de derechos que se están haciendo se recuperarán en el futuro?

En las ciudades de veraneo, cada vez que llega el buen tiempo, suben los precios de casi todos los productos. A los vecinos nos aseguran que es una medida transitoria, que durará lo que dure la oleada de turistas, para hacer más caja. Pero cuando llega octubre los precios se quedan donde estaban.

Este ejemplo puede aplicarse a la situación actual. Supongamos que por culpa de la crisis es imprescindible que se hagan ciertas restricciones. Pero si ahora se limitan los sueldos, ¿qué garantía hay de que se incrementen más adelante? ¿Es que se repartieron antes, en tiempo de bonanza, cuando se acumularon grandes ganancias?

No vamos a recuperar esos derechos, nos van a engañar y nos van a decir que los hemos recuperado. Pero si bajan un 7% el sueldo, lo van a subir un 3 dentro de veinte años y van a decir que hemos recuperado esos derechos.

Eso sólo será si nos dejamos. Hay una milonga argentina que dice: muchas veces la esperanza sólo son ganas de descansar, pues yo creo que muchas veces la desesperanza también son ganas de descansar. Yo conozco dos tipos de perezosos, uno es el que dice: «No te preocupes que esto se arregla solo, sólo necesita tiempo». Y no es verdad porque, en el fondo, el tiempo arregla tan pocas cosas como el espacio, es decir, no arregla nada. Y los otros son los grandes pesimistas desesperados que te dicen una y otra vez: «No se puede hacer nada, no hay nada que hacer». Y uno espera que después abra la ventana y se tire, pero no, prefiere irse a comer unas gambas. Yo sólo me creo al desesperado que después de dar la mala nueva de que el mundo es irremediable empieza a darse golpes contra la pared. Si no hace eso, lo siento, pero no me lo creo.

Los bancos nos están pidiendo compasión, mientras que ellos han estado abusando con los intereses. ¿Por qué se la tenemos que dar si son ellos los que se han comportado de manera inmoral?

Los banqueros pueden responderte a esto: «Usted me pidió una cosa, yo se la di, y ahora resulta que soy culpable por habérsela dado sin haberle pedido más requisitos, por entregársela sin averiguar que usted no tenía recursos, ni sabía lo que me estaba pidiendo». Cuando nos quejamos del comportamiento de los bancos, acostumbramos a olvidarnos de la codicia de sus clientes. Y es un asunto muy complejo, porque primero está la responsabilidad de las personas que pensaban que era normal vivir por encima de las posibilidades económicas que tenían. Y después está la de los que les ayudaron a creer que era posible y normal para poder sacar más beneficio.

¿Qué es peor: ser tonto o ser malo? No hay estafadores si no encuentras primero personas a las que por su codicia puedes estafar. La mayoría de las estafas se basan en que el estafado estaba dispuesto a estafar a otro. Al estafador se le manda a la cárcel, claro, pero en situaciones tan complejas como éstas también hay que pensar en que se había creado una atmósfera de consumismo desenfrenado, donde lo habitual era querer ganar más para poder consumir más, sin tiempo para detenerse y pensar en cómo se podría consumir de manera más responsable. Es mala señal aceptar el dinero si te lo regalan porque no es gratis, en algún momento te van a pedir que lo devuelvas. Muchos ciudadanos se han comportado como ambiciosos ingenuos.

Entiendo que los grandes bancos cuando recuperen el capital no van a devolverlo, y reconozco que pedirnos ayuda bajo la amenaza de que, si no, va a ser peor para toda la sociedad es una coacción y una jugada sucia. Pero es que la crisis tiene tal envergadura que el reparto de culpas debería estar un poco más matizado.

¿Pero el estafador nunca termina en la cárcel?

Alguno sí va, ahí tienes a Madoff. Pero a la cárcel vas por hacer cosas ilegales, no basta con que sean inmorales. No es lo mismo la moralidad que la legalidad: la ley te autoriza a hacer cosas que son inmorales, cosas que tú sabes que están mal. La ley no resuelve los problemas morales de cada cual. Por ejemplo, una mujer puede abortar legalmente, nadie va a perseguirla, pero se trata de una cuestión sensible, y aunque la ley se lo permita, entiendo que le cree dudas morales. Lo mismo puede pasarle al empresario: ahora con la reforma laboral puede despedir con unos finiquitos bien bajos a sus empleados, pero si es una persona sensible puede pensar que es una canallada y rebelarse. La ley despenaliza algunas cuestiones, pero no suprime la deliberación moral que las acompaña. Dentro del marco legal se puede pensar y actuar con moralidades muy distintas. Incluso dos personas que comparten las mismas ideas sobre lo que está bien y lo que está mal, pueden darle matices bien distintos.

¿En qué puede perjudicar la crisis a quienes conservan su trabajo?

Mira, convivir consiste en intentar que la vida del otro sea mejor para que la tuya también lo sea. Porque lo cierto es que cualquiera de nosotros disfruta de más calidad de vida si está rodeado de personas alegres. Hoy en día, con la crisis, cualquier persona sensible, al saber que hay tantos conciudadanos sin trabajo, con malas expectativas, en situaciones dramáticas, con hijos pequeños a los que no consiguen alimentar, también sufre con ellos. No lo haces sólo porque seas muy bueno y sensible, también porque sabes intuitivamente que tu vida se resiente al vivir rodeado de personas que están angustiadas y sufriendo. Incluso desde un punto de vista práctico, de seguridad, porque el sufrimiento ajeno precariza la vida de todos, nos vuelve más vulnerables. Si esta situación se mantiene no sólo se aprenderá a distinguir entre lo esencial y lo accidental como suele decirse, también conllevará mayores riesgos y peligros para todos. De manera que nos conviene recuperarnos cuanto antes, y que las personas que conviven con nosotros vuelvan a estar alegres y contentas.

Capitalismo y Tercer Mundo

Lo cierto es que no se me ocurre otro modelo que el capitalista. Fundamentalmente porque es tan variado y flexible que probablemente lo que haya ahora en China sea capitalismo. En Alemania hay un tipo de capitalismo distinto que en los países latinos, y en Estados Unidos es tan distinto que consideran que la seguridad social y la protección sanitaria van en contra de los intereses de los ciudadanos.

Todos esos matices, todas esas variables caben en un sistema que sigue siendo capitalista. Mi modelo de capitalismo es uno que dice que el Estado sirve para mediar entre el ciudadano y los mercados. Ahora que Europa se hunde estamos viendo para qué sirve el Estado, es una barrera de protección contra el mercado, para no dejarte a solas frente a él.

Una sociedad funciona mejor cuando la mayoría de los ciudadanos tienen más razones para cumplir con las leyes que para incumplirlas. Las sociedades son pacíficas cuando los beneficios de cumplir la ley y de mantenerse dentro del orden institucional son evidentes. En cuanto el ciudadano detecta mayores ventajas si actúa fuera de las leyes, la sociedad empieza a desmoronarse.

El capitalismo que a mí me gusta, por decirlo así, es un capitalismo mediatizado por un Estado que garantiza protecciones sociales redistributivas. Yo creo que las grandes revoluciones que ha habido en la modernidad son la seguridad social, la educación pública, la igualdad ante la ley de hombres y de mujeres... éstas son las únicas revoluciones que yo conozco. Poner una guillotina en una plaza, cortarle la cabeza al zar... son cosas que salen en los libros de historia pero la verdad es que no tienen mucho efecto en la vida cotidiana. O mucho menos que poder acudir a la seguridad social esta mañana para que me miren la operación que me hicieron en la mano. Ésta es la revolución que cuenta y cuyos beneficios, que ahora están amenazados, yo quiero mantener.

Lo que se le debería inculcar al niño o al joven es que la riqueza es social. El motor del capitalismo es la capacidad emprendedora de las personas, pero si esas capacidades y los beneficios que le reportan funcionasen en el vacío nunca podría hacerse rico. De manera que toda riqueza comporta responsabilidades sociales, uno no puede decir el millón que he ganado es mío y me lo llevo a las islas Caimán. Y no puede porque lo ha conseguido gracias a que hay una sociedad dispuesta a apoyar sus iniciativas. Es verdad que la sociedad saca cosas positivas de las iniciativas de los emprendedores, pero es que no hay empresa ni negocio que pueda crecer al margen de los ciudadanos. Ésa es la base del pacto social por el que permitimos que una persona se haga rica, a cambio de asumir

ciertas responsabilidades sociales sobre su riqueza. Esta dimensión pública de la riqueza modera el indudable impulso predador que tiene el capitalismo. Y es bueno recordárselo a los empresarios cuando hay bonanza, no dejar que se vayan con el dinero en un barco, porque cuando entramos en déficit, ellos son los primeros en pedir la ayuda de la sociedad.

Si quisiera mejorar el sistema político de España, ¿qué propondría?

Mejorar la educación; no creo en un cambio de sistema. Pienso que debemos esforzarnos por mejorar el ámbito de nuestra vida porque a todos nos conviene movernos en un ambiente alegre, que funcione bien. Para mí eso es política, la política es lo que hacen los ciudadanos de la polis, no es algo de lo que uno pueda dimitir. Como soy educador, siempre he querido mejorar la política desde la educación, y habrá otras personas, con conocimientos distintos, que podrán intentar mejorarla desde la sanidad o desde el derecho. Cada uno tiene sus capacidades, su campo de influencia y sus retos.

Pero ahora mismo, tal y como está nuestro sistema, por mucho que yo piense y haga cosas alternativas, no va a servir de nada... porque nos están mandando a todos desde la Unión Europea, y no van a permitir que se avance por otro camino.

La Unión Europea no es un ente único, allí trabaja gente que tiene ideas muy distintas. Es un organismo por el que los europeos lucharon muy duro, precisamente, porque creían que cuando se formalizase la Unión ya no habría sitio en Europa para nuevos Hitlers y Mussolinis.

Para los otros países el capitalismo es un Hitler más.

Eso lo dices tú. Pero hay gente que piensa lo contrario: que donde no hay un sistema capitalista lo que hay es un capitalismo de Estado disfrazado de comunismo que impone la pobreza a todos sus ciudadanos.

Durante mucho tiempo se dijo que era imposible que en Europa no hubiese guerras y dictadores. Era un continente con muchos intereses, fragmentado en tantísimas naciones, donde cada una tiraba por su lado y no era posible poner a nadie de acuerdo. Entonces nació la Unión Europea, después de una guerra terrible, en la que el continente casi se autodestruye, para demostrar que hemos escarmentado. Y desde que este organismo existe se terminaron los totalitarismos, y la guerra no ha asomado entre los Estados que la componen. Ha cumplido su objetivo, y ahora decimos que nos decepciona. Los seres humanos somos así, siempre queremos más libertades, más seguridad, queremos avanzar constantemente. La Unión Europea no es perfecta, pero es bueno que exista, es mejor una Europa unida que con todas las naciones enfrentadas.

Lo que tenemos que hacer es participar para mejorarla. Los valores de la Unión Europea no son utópicos, sino ideales. La utopía es un sitio donde tú llegas y ya está todo arreglado y te puedes quedar a vivir. Es muy cómodo, pero tiene la desventaja de que no existe. El ideal, en cambio, se parece a la línea del horizonte, te vas acercando, y a medida que te acercas, él se aleja. Todos los ideales políticos son así: la libertad, la justicia, la ética... puedes encaminarte hacia ellos, pero no vas a alcanzarlos nunca.

Pero no son ideales, son principios.

Son ideales porque no sabes cuál es el principio, qué es la justicia, qué es la libertad... no disponemos de un principio ni de una definición clara.

De lo que tenemos que darnos cuenta es de que hay justicia, aunque no sea perfecta, aunque no sea exactamente como nos gustaría. No hay que esperar a vivir en una sociedad donde se haya erradicado la desigualdad y la injusticia para reconocer que una sociedad es justa e igualitaria. Los ideales siempre van a estar luchando contra sus opuestos, nunca se darán completamente puros. Sólo por el hecho de vivir en un país donde hay seguridad social ya eres ciudadano de un lugar privilegiado en términos de justicia social, no sólo en términos históricos, sino también geográficos.

Pero yo no puedo vivir tranquila en un país que tiene seguridad Social mientras que en África no tienen ni agua para vivir.

Pero la solución no es estropear nuestra seguridad social, sino intentar que la puedan organizar también en África. Que puedan luchar por desarrollar un sistema democrático propio, una justicia limpia, un funcionariado sin corrupción.

Pero yo no puedo ayudar a otro continente cuando el mío también está mal.

Santo Tomás hablaba del ordo amoris, todos tenemos un orden de preferencia: primero atendemos a nuestro hijo si está enfermo, cuando el chico se ha recuperado nos preocupamos del hijo del vecino... Lo que no podemos hacer es atender a los hijos de todo el mundo a la vez. Lo propio es preocuparse lo máximo posible de las personas que están a nuestro alrededor, es así en todos los campos: educación, sanidad...

Pero sí que ayudamos a África, sólo que con intereses.

Ahí tienes otro signo de mejora: la ayuda humanitaria. Los ciudadanos comprometidos y los filántropos como Bill Gates. Puedes tener los recelos que quieras contra el Primer Mundo, pero esas personas están dando sin pedir nada a cambio, y ése es un fenómeno de generosidad y compromiso nuevo, no creas que ha existido en todas las épocas.

Igual hay un error de perspectiva, yo no digo que actualmente no existan problemas, los reconozco, y son reales. El asunto es que hablamos de las deficiencias del presente como si fueran mayores que nunca, o peores que en otros sitios. Y eso no es verdad. No se trata de cerrar los ojos ante los defectos, sino darse cuenta de que no hemos inventado nosotros el mal, que el mundo siempre arrastra mucha maldad y muchas imperfecciones. Es importante cobrar conciencia, incluso para no desanimarnos, y poder dar mejor la batalla por mejorarlo.

¿No cree que a veces el Primer Mundo interviene en África por motivos interesados?

La gente que entró a derrocar a Gadafi puede que no tuviera ningún espíritu altruista. Bueno, seguro, porque hasta el día anterior eran los mejores amigos de Gadafi. Pero eso no quita que su ayuda le viniera bien a la población.

Cuando terminó la segunda guerra mundial, en Europa todavía quedaban dictaduras militares de corte fascista. En España se creía que los Aliados intervendrían para acabar con Franco y dar paso a la democracia. Es lo que habían hecho en el resto de Europa, hubiese sido lo lógico. Sin embargo, las potencias mundiales hicieron un pacto en Yalta por el que Stalin se quedó con los países del Este, mientras que los «Aliados» se quedaron con el resto, y decidieron no sacar a la fuerza a los dictadores de España y Portugal. ¿Fue una decisión buena o mala? Es verdad que a España, que salía de una guerra civil, sólo le hubiese faltado padecer una intervención extranjera. Claro que esos daños nos hubiesen ahorrado cuarenta años de terror y de primitivismo. No son cuestiones sencillas de resolver, son problemas morales delicados. Yo no sentía mucho cariño hacia Gadafi, pero las imágenes de gente despedazándolo por la calle tampoco me ayudan a estar esperanzado con el futuro.

Posiblemente, esta intervención conlleve mejoras humanas para Libia. Siempre se podrá decir que es una intervención hipócrita, que intentar humanizar mediante la guerra es un disparate, porque la guerra siempre es un horror. Bueno. Incluso en la guerra hay cosas que se admiten y cosas que no, como dice Macbeth: «Yo me atrevo a lo que se atreve un hombre». Si das un paso más allá te caes fuera de la humanidad, así que incluso en la guerra hay leyes que te dictan cómo comportarte, y no se puede negar que de intervenciones militares, todo lo hipócritas que quieras, han salido a veces cosas favorables, como las Naciones Unidas.

¿Qué nos da derecho a pedirles que mejoren su seguridad social?

Nosotros hicimos unas revoluciones para acabar con el privilegio y el dominio de unos pocos sobre el resto. Si no las hubiésemos hecho no tendríamos ningún derecho moral, pero las hicimos, y nos beneficiamos de ello. De acuerdo en que sólo podemos contribuir si ellos quieren. Pero ayudar a cruzar la calle al ciego cuando quiere que le ayuden está bien.

¿Y si en África y en el Tercer Mundo viven mejor que nosotros?

Yo recuerdo una época en que la gente iba a visitar Albania, que entonces era un régimen comunista, y al volver decían que allí vivían mucho mejor que nosotros. Según estos visitantes españoles los ciudadanos albaneses eran unos privilegiados que vivían libres de la dominación consumista, que no les importaba llevar zapatos de cartón ni que las tiendas de las ciudades estuviesen cerradas. Claro que en cuanto cayó el régimen comunista se vio que los albaneses no querían nada de eso, sino vivir una vida lo más parecida posible a la del resto de los europeos.

Aun así, yo creo que hay que respetar sus costumbres.

En los años veinte del siglo pasado se inventaron las sulfamidas, un elemento indispensable para terminar con las infecciones. Cuando los misioneros y los exploradores iban a África visitaban comunidades pequeñas donde no conocían las sulfamidas. Así que todas las mujeres morían de fiebres puerperales al segundo hijo. Aquella masacre tenía sus ventajas sociales, no creas, las muertes durante los partos mantenían el equilibrio de la población, lo que les iba bien porque vivían en zonas restringidas, con muy poco espacio, que no hubiesen soportado un repentino crecimiento demográfico.

Así que se creó un dilema moral: porque si se introducían las sulfamidas, si las mujeres no se morían en el segundo parto, entonces, en lugar de dos hijos, tendrían ocho, con el consiguiente desbarajuste demográfico y social. Según cómo lo mirases, la llegada de la civilización suponía la decadencia y la destrucción de la vieja cultura. Había gente en Europa que pedía que no les dieran sulfamidas, se preguntaban qué derecho teníamos a deteriorar una cultura de siglos.

Es verdad que ayudar a los demás plantea ese tipo de dudas. Yo, como soy un ilustrado normalito, quiero que le den sulfamidas a la gente. Para mí lo importante es que se pueda elegir. Porque yo no creo que alguien pueda preferir morirse a los 25 años de una enfermedad que ya no acaba con nadie en el resto del mundo. Si después de todo te dicen: «Mire, yo voy a seguir viviendo en mi chocita», me parecerá estupendo, pero me parece muy mal que en un mundo donde ya se ha pisado otro planeta se obligue a la gente a vivir en dos kilómetros alrededor de su casa; que se condene a los niños a conformarse con eso porque no saben que existe todo lo demás. No, yo prefiero que se les explique cómo es el mundo que les rodea, que lo conozcan y que luego decidan.

No veo claro qué derecho tenemos a juzgar las costumbres de otros pueblos.

Todos los humanos compartimos la misma razón, así que podemos juzgar las costumbres de otros pueblos: la ablación del clítoris, que las niñas no puedan estudiar o escoger a sus maridos... Son costumbres que podemos entender, algunas incluso han

existido en nuestros pueblos. Y si después de razonar sus motivos y sus efectos los seguimos considerando malas, ¿por qué no íbamos a decirlo?

Las costumbres no tienen por qué ser respetadas como si fueran vacas sagradas. No tenemos que aceptarlas sin más, ni en nuestras sociedades ni en la de los otros. Todas las culturas han tenido costumbres atroces, discriminatorias y violentas... que en su momento fueron aceptadísimas. Pero estaban mal, y el progreso moral viene de oponerse a lo que está mal, a no conformarse con lo que a uno le viene dado, ni a dejarse amedrentar por argumentos como: «es lo que siempre se ha hecho aquí» o «qué va usted a saber si viene de fuera». Otra cosa es que para erradicar esas costumbres tengamos que argumentar y persuadir. Tienes que exponerles las distintas opciones y dejarles elegir. No vas a llegar con un tanque y pegarles un cañonazo para que sean buenos y abandonen esas costumbres perniciosas.

Pero no basta con ayudarles de cualquier manera, hay que ayudarles con cosas que ellos necesiten de verdad.

Albert Camus escribe en uno de sus apuntes que él se encontraba cada día en París con un mendigo que vivía cerca de su casa. A veces hablaba con él y el mendigo le decía: «No es que la gente sea mala, no, es que no ven». A lo mejor es verdad, y la maldad está en que en una época en la que disponemos de medios insólitos para comunicarnos no vemos ni escuchamos bien al vecino. Es cierto que no se trata sólo de ver y oír, porque todos vemos en televisión una masacre y una hambruna, y después nos vamos a terminar la sopa; necesitamos algo que nos motive más, algo así como una escucha efectiva. Escuchar a la persona a la que vas a ayudar es lo más importante, pero verla ya es un paso.

Hay un refrán que dice que si te encuentras con uno que no sabe pescar, antes que regalarle un pez te agradecerá que le enseñes. Y yo estoy bastante de acuerdo. Es curioso que haya médicos sin fronteras, payasos sin fronteras... pero no haya maestros sin fronteras, ésta es quizá la ONG que nos falta. Por otro lado, también es verdad que siempre aprendemos cosas los unos de los otros, así que si escuchas al individuo al que le estás enseñando cómo se cura la gangrena seguro que puedes aprender algo de él, porque todos compartimos la misma racionalidad de fondo.

¿Cómo vamos a acabar con la dictadura de los otros países o reformar el capitalismo cuando a nosotros nos encanta tener un móvil nuevo cada mes?

Es una buena reflexión.

No se puede creer a nadie que empiece a criticar a la sociedad, al sistema político y a sus conciudadanos sin empezar por criticar su propio comportamiento. En el momento en que dices: «Estoy indignado con todos menos conmigo», es que eres un hipócrita. La

objeción que les haces a los otros puede estar justificada, pero no será creíble si no empiezas por pedir que se reforme lo que te implica a ti, en lugar de lo que sólo te molesta.

Muchos de nosotros queremos el santo y la limosna, queremos tener el móvil y ropa a buen precio, sin que haya explotación. ¿Alguna vez nos hemos parado a pensar si es compatible? Antes de ponernos a despotricar, ¿hemos dedicado una hora a reflexionar sobre cómo podríamos solucionar la situación que tanto nos ofende? Porque estos abusos entre sociedades no son inevitables, no es algo contra lo que no podamos luchar. Hubo una época en que la esclavitud se daba por hecho, otra en la que se discutió su abolición como un tema candente, igual que hoy discutimos sobre el aborto o la manipulación genética. Había personas que argumentaban: «¿Cómo vamos a terminar con la esclavitud, es que vamos a contribuir todos a levantar las pirámides?». Hoy nos parece una monstruosidad, pero en su momento la esclavitud se veía como algo natural e imprescindible, un mal necesario. Tuvieron que pasar muchos siglos para que se resquebrajase esa impresión. Muchas de las situaciones injustas que hoy nos parecen tan arraigadas que no es posible luchar contra ellas, quizá se podrían vencer si apareciesen personas decididas.

Lo que yo creo es que se puede llegar a un término medio, puedes tener móvil y no cambiarlo cada dos años. Puedes tener móvil y preocuparte por la situación de los demás.

Es verdad que el problema de los móviles es el abuso. No tenemos por qué prescindir de algo que nos aporta grandes cosas y no tiene por qué esclavizarnos. A menos que su uso se desborde y el aparato nos domine. Pero no creas que pasa sólo con el móvil, cuando se trata del deseo humano, el peligro latente siempre es salirse de madre.

Los dos aspectos de la vida que más peligro tienen de convertirse en fines por sí mismos y volverse contra nosotros están vinculados al deseo humano: el dinero y el sexo. Son cosas útiles, excelentes, llenas de posibilidades positivas, pero al ser objetivos de un deseo como el nuestro, que es por naturaleza insaciable, hay que ir con tiento. Quizá lo más difícil de esta época sea dominar el deseo y controlarlo, dada la enorme cantidad de reclamos que nos rodean; ésa sí sería una prueba definitiva de madurez, y probablemente nadie lo consiga nunca de manera definitiva.

Tampoco es un peligro específico de nuestro tiempo. Ha pasado siempre, desde que los fenicios inventaron el dinero, en los albores de la civilización griega; no se conoce una época en que no se haya abusado del dinero.

Ha dicho que mientras seamos humanos y mortales tendremos que preocuparnos por la ética. Pero si un día alcanzamos un mundo justo, ¿no desaparecerán muchas preocupaciones morales?

Eso será si alcanzamos una sociedad perfecta, pero es una meta que no me parece plausible. Incluso en esa sociedad perfecta, en la que todo estuviera bien organizado, en que no hubiese robos ni agresiones ni abusos... El compromiso moral de cada uno con los demás, el esfuerzo por ser generosos, por decir la verdad... seguirían siendo compromisos morales que dependen de la propia voluntad. Incluso viviendo en ese paraíso tendríamos que seguir viviendo con arreglo a la moral, con precaución, para evitar ser nosotros quienes introdujésemos elementos negativos, maldades, en ese tejido social.

La queja y la preocupación moral no son malas, es buena señal que existan. Como la perfección no es algo humano, como siempre habrá algo que mejorar, zonas de la sociedad entregadas al crimen o corruptas, es bueno que siga despierta la facultad de imaginar posibilidades nuevas y mejores de las que están en circulación. Nosotros vivimos una vida que probablemente a un hombre del siglo XIV le hubiera parecido el paraíso absoluto. Tenemos todo lo que él hubiese querido, y cosas con las que ni siquiera soñaba, y, sin embargo, si empezase a elogiar desmesuradamente nuestra sociedad y nuestro tiempo, seguro que no tardaríamos en replicarle: «No te creas, no es para tanto, va mal esto y lo de más allá y lo otro...».

Ésa es la cuestión. Aunque disfrutemos de cosas que en otros siglos no se atrevían ni a soñar, sabemos que podemos soñar todavía más y más, mantener vivas nuestras exigencias, y que cuando todos nuestros problemas presentes se hayan solucionado, las personas que estén vivas en ese momento seguirán soñando con nuevas mejoras.

Ética para amador/ Ética de urgencia
Fernando Savater

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Mauricio Restrepo

Ética para Amador: © Fernando Savater, 1991, 2008 y 2011
Ética de urgencia: © Fernando Savater, 2012

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2015

ISBN: 978-84-344-2254-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

Índice

Ética para Amador	3
Dedicatoria	4
Cita	5
Aviso antipedagógico	6
Prólogo	7
I. De qué va la ética	10
II. Órdenes, costumbres y caprichos	17
III. Haz lo que quieras	23
IV. Date la buena vida	29
V. ¡Despierta, baby!	35
VI. Aparece Pepito Grillo	41
VII. Ponte en su lugar	49
VIII. Tanto gusto	58
IX. Elecciones generales	65
Epílogo. Tendrás que pensártelo	73
Apéndice. Diez años después: ante el nuevo milenio	76
Apéndice. Veinte años después	82
Ética de urgencia	84
Presentación	86
Veinte años de Ética para Amador	88
Primera parte: El mundo que viene	92
Razones para la ética	93
Internet y realidad	98
La educación	103
Internet y derechos	114
La intimidad	119
Sobre la verdad	121
Ciencia y robótica	124
Segunda parte: Cuestiones imperecederas	126
¿Qué es un problema de filosofía?	127
La felicidad	130
La libertad y la autenticidad	134
Sobre la belleza	140

Religión, Dios y muerte	141
Los derechos animales	144
Tercera parte: Pensar lo público	148
Democracia y participación	149
Justicia e igualdad	160
Terrorismo y violencia	163
Sobre la crisis	169
Capitalismo y Tercer Mundo	172
Créditos	180